RENDIDA *ante el* INVIERNO

Tres romances eróticos de navidad



NARIA ESMAY

Rendida ante el Invierno

Tres Romances Eróticos de Navidad

NARIA ESMAY

Copyright © 2025 por NARIA ESMAY Todos los derechos reservados.

Rendida ante el Invierno

Esta obra, incluidas todas sus partes, está protegida por derechos de autor. Cualquier uso no autorizado por la autora es ilegal y sancionable. Esto se aplica en particular a la reproducción electrónica o de otro tipo, la traducción, la distribución y la puesta a disposición del público.

Para solicitudes de autorización, por favor contacte a: wendymay@authorwendymay.com

Rendida ante el Invierno – La trama, así como todos los nombres, personajes y eventos de esta obra, son ficticios. Cualquier parecido con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios o productos es pura coincidencia y no es intencional.

Diseño de portada: Halberd & Ink Designs

Maquetación y diseño: JyL Publishing Creations

Primera edición 2025

Contents

Desvelado por el enemigo

Sofía

Sofía

Sofía

Sofía

Sofía

Sofía

Sofía

Sofía

Sofía

Sofía

Sofía

El mocoso navideño del guardaespaldas

Lana

Lana

Lana

Lana

Lana

Lana

Lana

Lana

Lana

Epílogo

Marcada por el hombre de la montaña

Maya

Gideon

Maya

Maya

Gideon

Gideon

Maya

Maya

Gideon

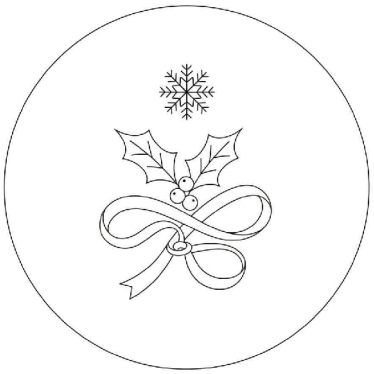
Maya

Epílogo

Desvelado por el enemigo

Libro uno

Sofía



ARRASTRÉ LA MALETA POR el último escalón helado, con el intenso aroma a pino atravesando el aire frío, y miré con ira la cerradura digital que parpadeaba en rojo en el crepúsculo de Las Adirondacks. Setenta y dos horas antes había reservado esta lujosa cabaña como el mejor refugio navideño, una fortaleza de soledad, wifi y adornos retro, porque eso es lo que hice después de sobrevivir a la implosión de mi carrera provocada por mi mejor amienemigo. Así que me di un capricho, huí y desafié a los dioses de la nieve de Nueva York a que me atraparan en un remoto palacio invernal solo para ver si me derrumbaba.

La cerradura volvió a parpadear en rojo. Maldije tan fuerte que los pinos se hicieron eco. El código de registro de la empresa de alquiler estaba garabateado en mi teléfono, igual que el correo electrónico de bienvenida automático, pero nada menos que un protocolo de lanzamiento nuclear abriría esta puerta.

Golpeé el teclado, con los dedos temblorosos que me impedían ver los números con claridad. No era por el frío. La ira era un mejor aislante que cualquier prenda de invierno de diseño. Por fin, la puerta se abrió y entré, preparado para luchar. Las fotos de la página web no le hacían justicia. La sala principal tenía dos pisos de cristal y vigas encaladas, con una chimenea del tamaño de un coche de alquiler y un árbol de Navidad tan cubierto de nieve artificial que parecía la escena de un crimen. Dejé caer la maleta con un satisfactorio golpe sordo, y el aire del interior se llenó del olor a fuego reciente y piedra fría.

El interruptor de la luz emitió un clic hueco, pero las sombras no se movieron. Nada. Lo intenté de nuevo. Todavía nada. Tal vez el último inquilino había fundido un fusible por asar castañas con demasiado entusiasmo, o tal vez la ventisca exterior ya había comenzado a hacer de las suyas. El lugar estaba más oscuro que mi última revisión de mitad de año.

La linterna de mi teléfono atravesó la penumbra, barriendo la habitación en busca de la caja de fusibles. El haz de luz captó una brillante salpicadura de guirnaldas y adornos espantosamente brillantes. Negué con la cabeza. Exagerado, pero bueno. El mundo me debía algo de exageración.

Mi teléfono vibró. «¡Bienvenido a su cabaña Winterlude!», canturreó el mensaje automático. «¡Esperamos que disfrute de su estancia!». Adjunta había una selfie del administrador de la propiedad con un gorro de Papá Noel, sosteniendo una taza que decía Campanas Mortales. Todavía me estaba riendo cuando una

tabla del piso crujió arriba. La voz de un hombre tarareaba «Santa Baby», desafinada.

La risa se me atragantó en la garganta, como un pinchazo metálico y agudo.

«¿Hola?», mi voz rebotó en las astas. «¿Quién está ahí arriba?».

Los pasos se detuvieron. El silencio se prolongó durante un instante antes de que el ruido sordo y deliberado de unas botas pesadas se reanudara en el piso de arriba. Las sombras se extendían por el rellano superior, irregulares y oscuras. La adrenalina se disparó, enviando un pulso frenético que martilleaba la base de mi garganta. La anchura de los hombros, la postura segura de la cabeza.

Por supuesto que era *él*. El universo era una perra mezquina.

Derek Carter estaba de pie en lo alto de las escaleras, dominando el terreno, vestido con un pijama a cuadros y con la misma expresión de suficiencia que había tenido cuando me arrebató el ascenso seis meses atrás. Tenía el cabello húmedo, la mandíbula recién afeitada y el aroma de su loción para después de afeitarse flotaba en el aire. El mismo aroma a sándalo y especias que había usado durante años.

—Vaya. Sofía Martel en persona. —Tenía la misma sonrisa que usaba para cerrar un trato que sabía que ya tenía ganado—. No te esperaba hasta mañana. ¿Has traído el ponche de huevo o le echo alcohol al chocolate?

Una acidez me subió por la garganta. —¿Cómo que mañana? Mi reserva es para esta noche.

Derek inclinó su copa. —Ahora vivo aquí. Derechos de ocupación.

Empezó a bajar las escaleras, lento y con paso suelto, cada paso un ejercicio de confianza mesurada. Siempre había caminado así, cuando éramos compañeros de trabajo: nunca con prisa, nunca desequilibrado, dejando que otros se ocuparan del caos resultante.

Apreté los dientes. «¿Has alquilado este lugar?».

—Técnicamente, sí. —Se detuvo tres escalones por encima de mí y se apoyó en la barandilla, haciendo girar el vino—. Llegué hace una hora y el código me funcionó bien. Pero puedo enviar un mensaje al administrador de la propiedad si sigues teniendo problemas.

Hice un gesto con mi teléfono. «Ya lo hice. Debe haber algún error».

—Supongo que lo averiguaremos. —Los ojos de Derek se posaron en mi bolso y luego volvieron a mi rostro—. No me parecías del tipo Las Adirondacks. Pensé que tu idea de lo rústico era una suite de hotel con un minibar roto.

—Qué gracioso. Yo te imaginaba pasando las vacaciones ahogado en champán y rodeado de pasantes.

Derek se rió. Era la misma risa que antes hacía que cada happy hour después de una conferencia pareciera un desafío, cuando estábamos a punto de ser algo más que amigos. Eso fue antes de que decidiera que un ascenso valía más que lo que estábamos convirtiéndonos.

El recuerdo era tan vívido que contuve la respiración; el oxígeno se enfrió en mis pulmones. Necesitada de hacer algo, cualquier cosa, giré a la izquierda hacia la cocina. —¿Dónde está la caja de fusibles?

Él me siguió, sin prisa. «En el vestíbulo, detrás de los abrigos. ¿Quieres ayuda?».

«Quiero electricidad. Después de eso, puedes quitarte de mi camino».

Se encogió de hombros y me siguió, bebiendo vino a sorbos. La cocina estaba en silencio, el reloj del horno era una pantalla oscura y en blanco.

«Debe de ser la ventisca». Derek dejó su copa sobre la encimera. «Bienvenida al mundo analógico. Espero que hayas traído velas».

Sin hacerle caso, encontré el panel de fusibles, pero con toda la cabaña a oscuras, accionar un interruptor no servía de nada. Las fuerzas me abandonaron los hombros y me desplomé contra la puerta de la despensa, mirando con ira la casita de jengibre alimentada por pilas que parpadeaba sobre la encimera.

Apreté la frente contra la madera fría de la puerta. «Esto no está pasando».

«Oh, sí que está pasando». Derek acortó la distancia, apoyándose a mi lado, con su cuerpo como un muro sólido e inmóvil que reclamaba el espacio como suyo. «¿Quieres sentarte junto al fuego y quejarte, o eres más bien de los que se enfurruñan de forma pasivo-agresiva?».

Lo ignoré y saqueé la despensa. Era un santuario del azúcar y los carbohidratos procesados, así que agarré la primera caja de cereales que vi, la abrí y me comí un puñado seco, cuyo crujido calcáreo era un pobre sustituto del control.

Derek se apoyó en el marco de la puerta, con una mirada divertida en su rostro. «No te tenía por adicta al azúcar».

«No sabes nada sobre mí».

«Estoy bastante seguro de que sí. Sigues siendo Sofía, ¿no? La mujer que clasifica los planes de crisis por colores y probablemente tenga un itinerario para esta crisis nerviosa. ¿Estoy en lo cierto?».

Me metí otro puñado de cereales en la boca y lo miré con el ceño fruncido. «Apenas estás a temperatura ambiente».

Él sonrió. «Extrañaba esto».

La confesión fue tan inesperada que me dejó sin aliento. Reprimí la sorpresa. «No te pongas demasiado cómodo. Ni siquiera he empezado a insultarte todavía».

Derek se enderezó, dejó el vaso y levantó ambas manos. —Mira, sé que estás enojada. Pero yo no planeé esto. Se suponía que también iba a ser mi escapatoria. Podemos llamar al administrador de la propiedad, pedir un reembolso y no volver a vernos nunca más.

«Nada contigo es nunca un accidente. Sobornar a un empleado de una empresa de alquiler suena exactamente como algo que tú planearías».

Sus ojos me recorrieron lentamente, con mirada evaluadora. —Entonces, hay que reconocer lo que hay que reconocer. Siempre me has dado demasiado crédito.

—No. Ganar es tu única obsesión. Quemar cosas para conseguirlo era solo parte del precio.

Él se rió, esta vez más suavemente. «Siempre con entradas dramáticas. ¿Cuál es el plan? Volver a Manhattan en medio de una ventisca no es precisamente una opción».

Mi teléfono pitó. Era el administrador de la propiedad confirmando el error en la reserva y que las carreteras estaban oficialmente

cerradas.

Le mostré el mensaje a Derek. «Esto no puede estar pasando».

Él miró el mensaje y luego asintió. «Bueno. Parece que te vas a quedar conmigo».

«Me voy a la cama». Volví a colocar los cereales de malvavisco en el estante y cogí mi maleta.

Se interpuso en mi camino, ampliando su sonrisa burlona. «Sobre eso. Solo hay un dormitorio».

«Estás bromeando».

«Cama king size, arriba. A menos que quieras el sofá. Se despliega, pero estarías justo frente a la chimenea. Tendría una vista perfecta de ustedes toda la noche».

Un escalofrío involuntario me recorrió la espalda. Una respuesta traicionera que inmediatamente intenté reprimir apretando los puños. —Me quedaré con el sofá.

Él se encogió de hombros, pero sus ojos se quedaron fijos con esa vieja intensidad, la forma en que solía mirarme cuando no solo escuchaba mis palabras, sino que calculaba mi siguiente movimiento. Subí las escaleras pisando fuerte, arrastrando mi maleta detrás de mí. En el rellano superior, la puerta del dormitorio estaba abierta de par en par. Todas las superficies estaban cubiertas de blanco y rojo, y la cama king size, tan repleta de almohadas, parecía obscena.

En la mesita de noche había una nota de bienvenida con alegres deseos navideños escritos con letra cursiva. Arrugué la nota y la tiré a la basura, pero fallé y la dejé en el suelo.

La nieve fuera era una sofocante cortina blanca que borraba el mundo y dejaba solo esta habitación, esta cabaña y a él. Un frío intenso irradiaba desde el cristal mientras el viento lo sacudía. Por un segundo, me pareció una elaborada pesadilla, un sueño estresante creado por mi terapeuta. Que por la mañana me despertaría con la luz del sol y el silencio, y Derek no sería más que un recuerdo que podría borrar.

Dejé mi bolsa en el banco y fui al baño, con la esperanza de que una ducha solucionara algo. Pero las tuberías solo gorgoteaban y escupían agua turbia y llena de sedimentos que olía a óxido y tierra húmeda. Me conformé con lavarme la cara, luego me desplomé en el dormitorio y miré la cama king size. No era una cama, era un campo de batalla, y yo estaba a punto de perder terreno.

Al diablo. No iba a dejar que me echara del lugar más cómodo de la casa. Él podía quedarse con la planta baja.

Retiré las mantas, las sábanas frías y crujientes que olían ligeramente a lejía, me metí en la cama y me cubrí la cara con una almohada. Pero mi mente se negaba a calmarse. Mi mente se trasladó a la sala de conferencias acristalada con vistas a Central Park. Entré esperando un ascenso; él sonrió, me dijo que «no era nada personal» después de borrar mi nombre del organigrama y luego tuvo el descaro de preguntarme si quería «relajarme tomando unas copas».

El amargo recuerdo se me revolvió en el estómago. Ahora él estaba abajo, probablemente saqueando el minibar y tramando nuevas formas de hacerme la vida imposible.

Cerré los ojos, tratando de borrar la imagen de él con ese estúpido pijama. Pero, en cambio, nos imaginé hace dos años, compartiendo pizza e intercambiando historias. Una vez fuimos amigos. Quizás algo más. Pero él lo cambió todo por una oficina en la esquina.

El recuerdo se vio interrumpido por el crujido de una tabla del piso de abajo. Esperé a oír el siguiente ruido, pero no hubo nada más.

Me di la vuelta, alcancé el teléfono y comprobé si había señal. Nada. Ni barras, ni wifi. Solo yo, Derek y una tormenta de nieve que acabaría con todas las tormentas de nieve.

«Perfecto». Enterré la cara en la almohada. «Jodidamente perfecto».

Pasé los siguientes veinte minutos tratando de entrar en calor, pero las sábanas estaban heladas y el viento aullaba como una banshee. Al final, me levanté, fui al armario y cogí el primer jersey navideño feo que vi. Era de lana verde áspera con un reno de fieltro cosido en la parte delantera, con ojos saltones y todo. Me lo puse y volví a la cama, apretando los músculos contra el temblor que ya comenzaba en mis manos.

Un rato después, un frío que me calaba hasta los huesos me despertó. La habitación estaba completamente a oscuras, la calefacción apagada y mi boca sabía a arrepentimiento rancio mientras me arrastraba hasta la ventana y miraba hacia un mundo de remolinos blancos.

Salí sigilosamente del dormitorio y bajé las escaleras. Él estaba en la sala, estirado en el sofá con una manta sobre las piernas y un vaso de whisky en la mano. Había encendido todas las velas que había encontrado, haciendo que la habitación titilara con un brillo

inestable mientras el aire se llenaba del aroma empalagoso de la canela artificial.

Derek levantó la vista. Sus ojos se posaron en mi suéter de renos y sonrió. «Qué bonito».

«No digas nada más al respecto».

«Ni se me ocurriría». Se movió y dio una palmadita al espacio a su lado. «Ven aquí. Hace mucho frío».

Dudé un momento, pero el frío pudo más. Me acerqué al extremo más alejado del sofá y me envolví mejor en la manta. El fuego proyectaba sombras extrañas en el techo y, bajo la luz parpadeante, lo observé, esperando su siguiente movimiento.

«¿Te acuerdas de cuando hicimos el lanzamiento de ese producto en Glasshouse?», preguntó Derek. «Cuando manipulaste la máquina de nieve para que se pusiera en marcha durante el brindis».

—Dijiste que era demasiado.

Él sonrió, más suavemente. —No, fue perfecto. Siempre supiste exactamente cómo dar a la gente lo que quería.

Me quedé mirando las llamas, negándome a dejar que ganara puntos con la nostalgia. —Aun así, me apuñalaste por la espalda.

—Hice lo que tenía que hacer.

—Yo también.

Las palabras quedaron entre nosotros, pesadas y definitivas. Seguí con la mirada una sola chispa que subía en espiral por la chimenea, y el crepitar de los leños se volvió de repente ensordecedor.

Derek dejó su vaso sobre la mesa de centro. «Seré sincero, toda esa situación... no fue el resultado ideal para mí».

«¿En serio? ¿Aquella en la que pretendías humillarme y apuñalarme por la espalda para conseguir un ascenso?».

Él negó con la cabeza. «Con nosotros convirtiéndonos en esto. El resultado de que tú me odies».

La palabra quedó suspendida en el aire y, por un segundo, no estaba en una cabaña oscura, sino de vuelta en un bar abarrotado, riéndome tanto de uno de sus chistes que le había derramado mi bebida sobre la camisa.

Lo observé, viéndolo realmente por primera vez desde el ascenso. No había cambiado. Seguía teniendo la misma sonrisa torcida, los mismos ojos que prometían camaradería pero que traicionaban.

Pero también parecía cansado. Más viejo. Quizás yo también.

«Odiar es una palabra muy fuerte», dije. «Pero estoy trabajando en ello».

Él se rió, con una risa baja y un poco triste. «Me parece justo».

El viento aullaba fuera. Me abracé las rodillas contra el pecho, una defensa inútil contra el silencio de la habitación, que parecía más ruidoso que la tormenta.

Derek me observó. «Escucha, puedes quedarte con la cama. Yo dormiré en el sofá».

Casi dije que sí. Casi acepté la victoria, pero luego lo pensé mejor.

«Es una cama enorme». Lo miré a los ojos. «Y no voy a dejar que me conviertas en un Scrooge por eso».

Él arqueó una ceja. —¿Tregua?

«Llámalo alto el fuego temporal». Me levanté y empecé a subir las escaleras, y cuando me detuve en el rellano para mirar atrás, su

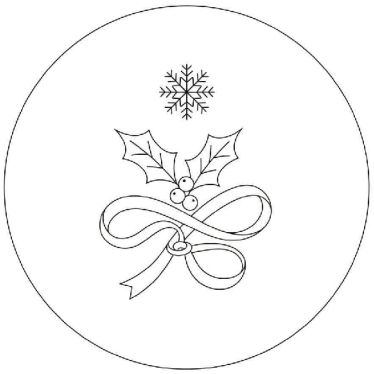
sonrisa de satisfacción confirmó que sabía exactamente quién acababa de rendirse.

—Pero no acapares las mantas —le dije.

Él sonrió y me siguió escaleras arriba, y un calor diferente ahuyentó la piel de gallina de mis brazos.

Afuera, el viento seguía aullando. Adentro, lo único más intenso que el aire era el recuerdo de lo que habíamos sido y de lo que aún podíamos ser.

Sofía



LA MAÑANA TRAJO CONSIGO a un enemigo de metro ochenta y dos que respiraba cálida y lentamente en mi cuello. Derek estaba tumbado detrás de mí como un misil teledirigido, con un brazo alrededor de mi cintura, el calor sólido de su pecho presionando mi espalda y su mano marcando la curva de mi cadera.

Intenté escapar, pero cada movimiento hacía que su agarre se hiciera más fuerte, como si mi cuerpo hubiera desencadenado algún reflejo primitivo y posesivo en su sueño. Si no lo supiera mejor, lo habría llamado dulce. En cambio, lo llamé el precio de compartir la cama con un hombre que definía los límites como cualquier cosa que le sirviera para ascender.

«Quítate». Empujé su hombro con todas mis fuerzas y me liberé. Él gimió, rodó sobre su espalda y luego se incorporó de un salto, al instante alerta: con la misma concentración voraz que tenía en todas las reuniones.

Derek se frotó la cara con la mano. —Buenos días, rayito de sol. —Su voz estaba pastosa por el sueño. Estaba sin camisa y sentí un espasmo involuntario en la parte baja del estómago, una exhibición estratégica de músculos que era en sí misma un acto de guerra.

«Roncaste», le dije. Mentira. No lo hizo. Pero su cabello revuelto por el sueño lo hacía parecer repugnantemente humano, una vulnerabilidad que tenía que borrar forzando cierta distancia entre nosotros.

Él sonrió. —¿Sí? Y tú babearas.

Me limpié los labios. No había pruebas, pero lo miré con ira de todos modos. —La próxima vez, mantén tus tentáculos para ti.

Derek se encogió de hombros y se estiró hasta que le crujió la columna. La manta cayó sobre su regazo, dejando al descubierto la marcada «La V» de su torso, que se estrechaba hasta unos finos calzoncillos de algodón, y la pálida línea de piel en sus caderas que deseé no haber visto.

«Créeme, si quisiera tocarte, lo sabrías». Se dirigió al baño con pasos amortiguados, y la deliberada contracción de los músculos de su espalda envió una irritante oleada de calor directamente entre mis piernas.

Me obligué a mirar al techo. Allí también había cuernos. Empalar a Derek con uno de ellos sería una corrección satisfactoria del desequilibrio de poder entre nosotros.

Dejando a un lado esa fantasía asesina, me centré en los aspectos prácticos. Mientras tomábamos un amargo café instantáneo, yo reclamé el baño y Derek la cocina, y acordamos dividir la sala de estar como una zona desmilitarizada.

—La cama es terreno neutral —Derek señaló el colchón—. Es extragrande. No hay motivo para el contacto.

—Díselo a tus brazos de pulpo. Vertí el jarabe con tanta fuerza que casi rompo la botella.

Sus ojos siguieron el sirope mientras salía, y luego se levantaron hacia mí. «¿Quieres hablar de anoche?».

Pinché un panqueque. —No.

Dio un sorbo a su café y luego lo dejó sobre la mesa. —Esto no era lo que esperaba. Nosotros.

Una calidez indeseada se extendió por mi pecho, una invasión hostil que inmediatamente rechacé. —Pensabas que lloraría, ¿verdad?

Derek se encogió de hombros. «O gritar. O, no sé, iniciar una investigación improvisada de Recursos Humanos».

—Dale tiempo. —Le di un mordisco a mi panqueque—. El día acaba de empezar.

Él se rió, con una risa baja y despreocupada, y ese sonido peligrosamente familiar era una nueva amenaza.

Sin Internet y sin señal de celular, mi plan de enviar un correo electrónico furioso al administrador de la propiedad para que enviara un rescate con una máquina pisanieves se fue al traste. Frustrada, encendí mi maleta.

Surgieron los feos suéteres navideños. Muñecos de nieve con lentejuelas, Papás Noel cantantes, incluso uno azul con una menorá iluminada. Los alineé en la cama, clasificándolos por la gravedad de sus delitos contra la moda, tratando de decidir cuál molestaría más a Derek.

Llamó a la puerta abierta. «Eres una acumuladora compulsiva».

Agarré el suéter de renos. «Se llama espíritu navideño. Quizás hayas oído hablar de él».

Derek miró los suéteres. «¿Cuál te pones cuando estás tramando la caída de alguien?».

«Depende del objetivo». Levanté el de Papá Noel con el dedo medio levantado. «Este es para ocasiones especiales».

Su sonrisa se desvaneció y se puso serio, trazando el contorno de un reno en mi manga. —Siempre fuiste un enigma que no pude resolver en esa oficina.

Sus palabras me desarmaron. Necesitando distancia, me puse un suéter de renos y me dirigí a la sala de estar. Derek me siguió, dejó una botella de whisky y dos tazas en la mesa de centro y las llenó con algo que olía mucho más fuerte que el chocolate caliente.

Cogí una taza y lo miré por encima del borde. «¿Esto lleva alcohol?».

Él me guiñó un ojo. «Protocolo de ventisca».

Olí la taza. «No voy a beber esto».

Él dio un sorbo al suyo. «Como quieras. Yo me tomaré tu parte».

Nos acomodamos a ambos lados de la chimenea; yo acurrucada en un sillón y Derek en el sofá, con solo una alfombra y medio metro de madera maciza entre nosotros. Él se quedó mirando el fuego, removiendo su bebida, pero sus ojos no dejaban de mirarme.

No a mi cara.

A mi suéter. Su mirada recorrió mis muslos, desnudos bajo el dobladillo de mis pantalones cortos, dejando un rastro de calor en mi piel.

Me moví, tirando del dobladillo de mi suéter hacia abajo. «Me estás mirando».

No apartó la mirada. «Es difícil ignorarte».

Bebí el chocolate. El whisky me quemó la garganta como un desafío, encendiendo un calor lento y envolvente en lo profundo de mi estómago, una brecha en mis defensas que él reconoció claramente por la mirada de satisfacción en su rostro.

Para sofocar esa sensación, cambié de tema. —¿Cuál es el plan? ¿Esperar a que abran las carreteras y esperar que ninguno de los dos mate al otro?

Derek dejó su taza sobre la mesa. «Eso depende. ¿Tienes pensado matarme?».

«Si fuera así, ya estarías muerto».

Él se rió. «¿Sigues enojada conmigo?».

«¿Tú qué crees? Me robaste el ascenso».

«No fue así».

—Claro que sí. Les dijiste que no podía manejar al cliente. Que era demasiado volátil.

Me miró, con una expresión desprovista de su habitual coraza. «Les dije la verdad. Que te matabas a trabajar por un cliente. Que necesitabas a alguien que te impidiera quemarte antes de arrastrar a toda la empresa contigo».

—Claro. Me detuviste y me metiste en una oficina de esquina: *la tuya*.

Él negó con la cabeza. «Lo intenté, pero no dejabas que nadie te ayudara. Ni siquiera yo».

Di un largo trago a mi bebida.

La discusión se estancó, pero la guerra simplemente cambió de táctica. Su primera microagresión fue culinaria; narró su creación de un sándwich de queso fundido «gourmet» como un presentador de Food Network que intenta ganar una estrella Michelin. A pesar del apetitoso aroma del pan tostado y el queso cheddar fuerte, lo califiqué de mediocre.

Respondí con la ducha más larga del mundo. Cuando encontré su nota pasivo-agresiva en el espejo: «Deja agua caliente para los demás», respondí con un mensaje escrito con lápiz labial: «Vete al diablo».

Después de cenar, mientras el viento golpeaba las ventanas con renovada fuerza, las luces parpadearon una, dos veces y se apagaron. La cabaña se sumió en un silencio repentino y profundo, solo roto por el fuego. Me levanté para comprobar los interruptores, pero Derek ya estaba echando más leña al fuego.

«Tenemos que conservar el calor», dijo, con los ojos brillantes, mientras daba una palmadita al espacio del sofá junto a él. «Comparte la manta».

Observé la creciente oscuridad del exterior. «¿Siempre estás tan tranquilo en una crisis?».

Se encogió de hombros y se recostó en el sofá. «No es una crisis a menos que haya una fecha límite. Solo es un inconveniente».

Me dejé caer en el extremo opuesto del sofá, con los brazos llenos de feos suéteres para abrigarme. «Apuesto a que te encanta esto. Sin distracciones, sin nadie con quien competir excepto yo».

Se estiró, llevando los brazos detrás de la cabeza. La camiseta sin cuello, con una pequeña tapeta de botones en el escote, se tensó

sobre su pecho, trazando la línea de sus músculos hasta la cintura.

Sus ojos se encontraron con los míos. Por supuesto que sí. «¿Ves algo que te guste?».

Mi paciencia se agotó. Le lancé un bastón de caramelo, que rebotó en su cabeza con un golpe sordo. Lo atrapó, lo desenvolvió con un hábil movimiento y se lo metió entre los dientes, sonriendo como el diablo.

«Eres un idiota», le dije.

Se acercó más. —Tú eres la que me está tirando dulces.

—Porque eres insufrible.

Mordió el bastón de caramelo, lo masticó y el aroma a menta y whisky me invadió cuando se inclinó hacia mí, su calor corporal envolviéndome hasta que nuestras caras quedaron a pocos centímetros de distancia. «Podrías admitir que me extrañabas».

Lo miré con ira. —Prefiero archivar tus informes de gastos durante un año.

Él sonrió, lenta y con seguridad, y bajó la mirada hacia mi boca. —Eso se puede arreglar.

Necesitando una barrera física, alcancé la gruesa manta de lana para construir un muro entre nosotros. Pero Derek se movió más rápido, agarró el borde y me la quitó. Tiré hacia atrás y, por un segundo, ambos nos aferramos a ella, sin estar dispuestos a ceder.

—Suéltame —me retorcí contra su agarre.

Él apretó más fuerte. «Oblígame».

Me resistí, negándome a romper el contacto visual. «No me asustas». Mentira. Me aterrorizaba, pero no por las razones que él pensaba.

Se inclinó hacia mí y me susurró: «Deberías estarlo».

Retorció la manta, atrapando mi mano. Intenté liberarme, pero sus dedos rodeaban completamente mi muñeca, con un agarre fuerte e inflexible. El contacto envió una descarga cruda por mi brazo, encendiendo nervios que hacía tiempo había obligado a permanecer inactivos.

Su pulgar presionó el frenético pulso de mi muñeca, apretando los dedos. «Mía».

Por un segundo, el mundo se detuvo. El fuego crepitó, el viento aulló y mi pulso martilleó un ritmo que sonaba peligrosamente como *«sí»*.

Retiré la mano bruscamente, rompiendo el hechizo. «No soy tu propiedad».

Derek me soltó, pero sus ojos permanecieron fijos en mí, hambrientos y sin pestañear. «Quizás».

Me retiré a mi sillón, llevándome la manta conmigo. La huella de sus dedos ardía en mi piel y odié la parte de mí que gritaba para que lo volviera a hacer.

El silencio era un arma y, por la expresión de satisfacción de su mandíbula, Derek sabía que estaba ganando. No podía dejar de mirarlo, la forma en que se concentraba en mí como si estuviera memorizando cada reacción.

Esa intensa concentración me llevó de vuelta a la noche anterior al ascenso. Habíamos sido los dos últimos en quedarnos en la oficina, bebiendo vino barato, y recordé el calor de su mano en mi brazo, el momento en que estuve segura de que iba a besarme y la profunda decepción cuando solo me acompañó al ascensor.

Ahora, en medio de la nada, con nada más que nieve, fuego y demasiado whisky, ese viejo y persistente sentimiento había vuelto, un defecto fatal en mi programación. Crucé las piernas, apreté la manta e intenté pensar en otra cosa.

Derek me observó retorcer un hilo suelto de la manta durante un minuto más antes de hablar. —¿Alguna vez has jugado a verdad o reto?

—¿Qué somos, niños de doce años?

Él se encogió de hombros. —Estamos aislados por la nieve. Más vale que lo hagamos interesante.

Miré el fuego y luego a él. «Está bien. Verdad».

Me observó durante un largo rato. —¿Por qué los suéteres feos?

La pregunta me tomó por sorpresa. Casi mentí, pero la verdad se me escapó. «Mi mamá los coleccionaba», dije. «Llevaba uno diferente cada día de diciembre. Decía que así las fiestas eran menos solitarias».

Derek asintió, como si lo entendiera. «Me gusta el azul. El que tiene la menorá».

Sonreí, a pesar mío. «Te toca. ¿Verdad o reto?».

Él levantó una ceja. «Reto».

Decidí cuál sería el castigo perfecto. «Sal fuera en calzoncillos y haz un ángel en la nieve».

Me miró a los ojos, con un destello de desafío, luego se levantó, se quitó la camiseta y se dirigió a la puerta. Sorprendida de que hubiera aceptado mi reto, lo vi desaparecer en el frío glacial. Un minuto después regresó, con la piel enrojecida y cubierta de nieve, el pecho

y el estómago cubiertos de piel de gallina que solo resaltaba los duros músculos que había debajo.

Me quedé mirando los copos de nieve que se derretían en su cabello. «Estás loco».

Él sonrió, con los dientes castañeando. «Tú me retaste».

Le entregué la manta y, mientras se envolvía en ella, el aroma agudo y limpio de la nieve y el aire frío llenó el espacio entre nosotros.

Horas más tarde, el whisky se había acabado y el fuego se había apagado, proyectando largas sombras. Derek yacía estirado en el sofá, medio dormido, mientras yo me acurrucaba en la alfombra frente a la chimenea.

«¿Vas a subir?», preguntó.

Bostecé. «Quizá más tarde».

Él asintió con la cabeza, cerrando los ojos. —Buenas noches.

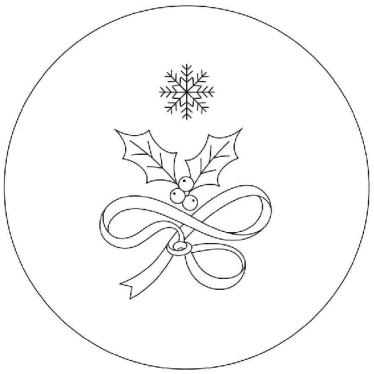
Observé la relajada línea de su boca, la forma en que sus pestañas rozaban su mejilla, y me pregunté si alguna vez lo había conocido de verdad. El viento aullaba afuera, pero adentro, un lento y peligroso deshielo había comenzado en mi pecho.

Mi odio tenía dos objetivos: Derek, por romper el hielo que rodeaba mi corazón, y yo misma, por ansiar el calor.

De cualquier manera, estaba en problemas.

Y estaba deseando ver hasta qué punto empeoraba.

Sofía



LA SOPA SABÍA A agua salada caliente con fideos en forma de árbol de Navidad, un nuevo mínimo incluso para mí, pero me la comí toda. Cualquier cosa era mejor que sentarme en silencio mientras mi estómago rugía. Al otro lado de la isla de la cocina, Derek Carter sonreía cada vez que levantaba la vista.

Hizo un gesto con la cuchara. «Te preguntaría si quieres más, pero creo que el contenido de sodio ya supera la cantidad diaria recomendada».

«Me arriesgaré». Cogí el último fideo con una cuchara de plástico. «Si muero de hipertensión, al menos será en buena compañía».

Derek resopló. «¿Planeas morir antes de mañana? Eso es débil, incluso para ti».

«Oh, te sobreviviré». Dejé caer la cuchara que acababa de lamer en el fregadero, y el ruido que hizo acompañó mis palabras. «La supervivencia es básicamente mi marca».

Vertió los restos de la sopa en su propio tazón y luego le echó una generosa dosis de whisky. «Por eso te dieron la cuenta de Orlinder». Agitó el tazón. «A nadie más se le habría ocurrido echarle alcohol al ramen».

Intenté no sonreír. «Si no le echas alcohol, es que no te estás esforzando lo suficiente».

«No puedes tener más razón». Derek se bebió de un trago la sopa empapada en whisky.

Como si fuera una señal, el viento azotó la cabaña con una nueva ráfaga de violencia, haciendo vibrar los cristales de las ventanas y temblar todos los adornos del árbol de Navidad. Seguía sin haber electricidad. La única luz provenía de las velas parpadeantes y del fuego que se apagaba, llenando el aire con un ligero aroma a pino y humo. Incluso la casita de jengibre a pilas que había sobre la repisa de la chimenea había perdido su fuerza vital y sus ventanitas se estaban apagando.

—Bueno —dijo él, recostándose en su taburete—. Estamos aislados por la nieve, sin internet, sin nada más que sopa y alcohol de primera calidad. ¿Qué hacemos ahora?

—Iba a sugerir una siesta —aparté mi tazón vacío—. Pero pareces el tipo de persona que lo consideraría un ataque personal.

Él sonrió, mostrando sus dientes blancos a la luz de las velas. —Soy más bien del tipo que se entrega al terror existencial.

—Qué sorpresa. Bueno, en ese caso... —Cogí la caja de galletas para una última ronda—. ¿O es que te da demasiado miedo volver a jugar?

Derek arqueó las cejas. —¿Verdad o reto? Reglas para cuando hay nieve. No hay preguntas prohibidas ni retos rechazados. A menos que prefieras que me tire a la chimenea antes que jugar a un juego de intercambio de propiedades.

«Está bien». Levanté la barbilla. «Pero te advierto que juego para ganar».

Se levantó, cogió la botella de whisky y dos tazas desparejadas del armario. —Eso es lo que te metió en este lío en primer lugar. Por un segundo, algo se tensó en la comisura de su boca antes de desaparecer tan rápido como había aparecido.

Se dirigió a la sala de estar y yo lo observé desde el sofá mientras nos servía whisky a ambos, cuyo aroma penetrante se elevaba de la taza que colocó ante mí.

Deslizó mi taza por la mesa. «¿Quién empieza?».

—Tú. Tú querías esto. Asúmelo.

Él asintió con la cabeza y me miró fijamente durante un largo rato. —¿Verdad o reto?

—Verdad.

«¿Por qué te fuiste realmente del Grupo Solstice?».

La respuesta ejecutiva genérica se me atragantó en la lengua.

«Porque estaba cansada de trabajar para gente que pensaba que era suya». Me quedé mirando la taza, sintiendo cómo el calor de la cerámica se filtraba en mis manos frías. «Pensé que podría ganar saliéndome primero, pero no se puede ganar un juego cuando no dejan de cambiar las reglas».

Derek asintió lentamente, pensativo. «Eras el mejor que tenían. Espero que lo sepas».

El whisky me provocó una desagradable sensación de calor en el pecho. «Te toca. ¿Verdad o reto?».

Dio un sorbo a su whisky. «Verdad».

Dejé que el silencio se prolongara, esperando la primera señal de que estaba a punto de romperse. «¿Por qué me traicionaste con la cuenta de Canfield?».

No respondió de inmediato, el único movimiento fue el apretar de su mandíbula mientras el fuego crepitaba contra el viento aullante.

—No quería hacerlo —dijo—. Pero eras demasiado bueno. Si yo no la hubiera cogido, lo habría hecho otro. Y yo no estaba dispuesto a seguir siendo tu protegido. —Apretó la mandíbula—. No después de haber pasado dos años demostrando que era tu igual.

Esperé. Su respuesta parecía preparada, como algo que se había dicho a sí mismo antes.

Se inclinó hacia delante, con los codos sobre las rodillas y la mirada fija en el fuego. —Pensé que si te ganaba, me sentiría mejor. Pero solo empeoró las cosas. Especialmente después de que te fueras.

En lugar de eso, di un largo trago, dejando que el whisky me quemara la lengua antes de que su fuego se extendiera por mi pecho. «Te toca».

Levantó la vista y volvió a sonreír, pero la sonrisa no le llegó a los ojos. «Acepto el reto».

Consideré mis opciones y luego opté por el sabotaje culinario puro y duro. «Te reto a que prepares un ponche de huevo con alcohol que sea bebible. Solo puedes usar lo que tenemos en la cocina».

Derek se rió a carcajadas. —Eres un monstruo.

«Y dijiste que te gustaban los retos».

Se retiró a la cocina, murmurando algo entre dientes.

Después de quince minutos de ruido de armarios y una sola maldición vehemente desde la cocina, regresó con dos tazas de algo que olía vagamente a especias rancias y bourbon.

Cogí la taza. «Casi me has impresionado».

Me observó por encima del borde de la suya. «Bébete eso, cobarde».

Di un sorbo. Sabía a azúcar quemado y arrepentimiento, pero me lo tragué todo mientras sus ojos seguían cada sorbo. Sus ojos seguían cada sorbo y, cuando terminé, empezó a aplaudir lentamente.

Bajó las manos. «Bravo. ¿Verdad o reto?».

«Verdad».

Dejó la taza sobre la mesa y, de repente, se puso serio. «¿Qué pensabas de mí *antes* de lo de Canfield?».

La respuesta salió brusca, una confesión que no sabía que estaba preparada para hacer. «Pensaba... que eras mi mejor amigo en el trabajo. La única persona allí que me entendía».

Derek parpadeó, con una mirada de auténtica sorpresa en los ojos. «Eso no es lo que dijiste en tu entrevista de salida».

Solté una carcajada. «¿Crees que iba a contarles la verdad? Por favor».

Él solo asintió con la cabeza, pero sus ojos se mantuvieron fijos en los míos durante una fracción de segundo más de lo debido.

«Te toca». Mi voz sonó más suave de lo que me hubiera gustado.

«Reto».

Sonreí. «Déjame ver tu teléfono. Desbloqueado».

Él miró la botella y luego se encogió de hombros. «Si eso es todo lo que tienes, no sé por qué te temía».

Derek me lo lanzó, un elegante rectángulo negro que aterrizó suavemente en el cojín del sofá entre nosotros. Lo recogí, el vidrio frío contra mis dedos. Su huella digital aún estaba manchada en la pantalla. Lo deslicé para abrirlo y fui directamente a su galería de fotos. Esperaba un portafolio de conquistas, un resumen de sus alardes tras el ascenso.

En cambio, encontré fotos de montañas. Puestas de sol. Una selfie mal iluminada con un golden retriever. Y luego, entre una captura de pantalla de un gráfico bursátil y una foto de un filete a medio comer, estaba yo.

No era una foto que hubiera visto antes. Era de hacía dos años, en aquella desastrosa comida campestre de la empresa. Yo reía, con la cabeza echada hacia atrás y una mancha de salsa barbacoa en la mejilla. Tenía el pelo revuelto y los ojos arrugados en las comisuras. Parecía desprevenida. Feliz. Debió de tomarla cuando yo no miraba.

El aire salió de mis pulmones en una silenciosa ráfaga. No era un arma. Era un recuerdo. Su recuerdo de mí.

Levanté la vista de la pantalla. La luz del fuego proyectaba sombras en su rostro mientras observaba, con la expresión oculta y la mandíbula apretada. Simplemente observaba y esperaba.

Bloqueé el teléfono y lo deslicé de vuelta sobre la mesa, el sonido de su roce contra la madera me pareció increíblemente fuerte. Había ido en busca de munición y, en cambio, había encontrado una bandera blanca.

«Te toca», dije. «¿Verdad o reto?».

Se sirvió el último trago de whisky en la taza y se lo bebió de un solo trago. Dejó la taza con un golpe seco, se limpió la boca con el dorso de la mano y esbozó una sonrisa con los dientes afilados y la victoria.

«Reto».

Le reté a que me contara la primera vez que había querido besarme. Dudó, y el juego cambió, los retos se disolvieron en verdades incómodas y desagradables.

«Verdad», dijo después de que yo aceptara el reto de inhalar crema batida de una lata. «Mis padres trabajaban turnos dobles cada Navidad. Para nosotros, cada día festivo era una cuestión de supervivencia, y cada victoria se ganaba con sangre».

«Mis padres eran narcisistas altamente funcionales que esperaban la perfección. Mi papá una vez me castigó sin salir por sacar una calificación alta en química avanzada. Para ellos, la Navidad era solo otra competencia».

Derek asintió. Su mirada transmitía una empatía que me resultaba sorprendente y familiar a la vez. «Por eso eres tan buena». Su mirada se clavó en la mía. «No sabes perder».

«Tú tampoco».

Él sonrió, y esta vez fue casi amable. «¿Verdad o reto?».

Lo miré fijamente, desafiándolo a parpadear. «Reto».

Metió la mano en una caja de adornos y sacó una ramita de muérdago de plástico, dejándola balancearse como un péndulo entre su pulgar y su índice.

«Bésame. Ahora mismo. A menos que tengas miedo».

El silencio se hizo palpable entre nosotros. Un pulso bajo y fuerte latía entre mis piernas. Había tomado tres tragos más de lo normal y hacía diez años que no me importaba lo que pensaran los demás, pero aún así dudé.

Él sonrió aún más. «Eso es lo que pensaba».

En lugar de besarlo, me levanté y crucé la habitación. El satisfactorio golpe de mi palma contra su mejilla resonó con fuerza en el silencio de la cabaña.

Derek no se inmutó. Me agarró la muñeca con una fuerza sorprendente. Sus dedos callosos se cerraron alrededor de mi piel con un calor suave mientras sus ojos, despojados de toda protección, se clavaban en los míos. Se llevó mi mano a la boca y lamió el lugar donde la había golpeado, con la lengua caliente y lenta.

«Te toca», gruñó, y sus palabras fueron como una ráfaga de aire caliente con olor a whisky contra mi piel.

Antes de que pudiera responder, un repentino y rítmico estruendo irrumpió desde el porche. Las pesadas campanas de viento de latón que había ignorado antes, ahora se agitaban con violencia por el fuerte viento. El sonido era agudo, metálico y lo suficientemente fuerte como para romper el pesado silencio entre nosotros.

Los dos nos quedamos paralizados.

Él me soltó. Di un paso atrás, con la huella de sus dedos ardiendo en mi muñeca, una marca que no podía ignorar. Las campanas continuaban su frenética danza en el exterior, pero lo único que podía oír era el rugido de mi sangre en los oídos.

«Yo... no puedo». Las palabras fueron un susurro entrecortado. No esperé una respuesta antes de salir corriendo al pasillo, con las piernas pesadas como el plomo, y me metí en el baño y cerré la puerta de un portazo.

Me salpiqué la cara con agua fría. Las gotas resbalaban por mi rostro en el espejo. Mi reflejo me mostraba con las mejillas rojas y los ojos muy abiertos. Veía al hombre que me había robado el ascenso y al hombre al que quería empujar contra la pared, y no sabía dónde terminaba uno y empezaba el otro.

Después de secarme las manos, volví a la sala. Él seguía en el sillón, con las piernas estiradas y el muérdago olvidado en la mesa de centro. Nuestras miradas no se cruzaron.

Tras un silencio incómodo, apagó las linternas. Un acuerdo tácito nos llevó a subir las escaleras a trompicones. El recuerdo de su tacto vibraba en mí con cada paso. El dormitorio estaba a oscuras, las sábanas frías, pero cuando me metí en la cama, el calor de él irradiaba desde el otro lado.

Tumbados allí, a pocos centímetros de distancia, podía oír el leve susurro de las sábanas cuando él cambiaba de postura. El sonido era ensordecedor en medio del silencio, un recordatorio de lo cerca que estaba.

En la mesita de noche, la radio a pilas se encendió y empezó a sonar «Noche de paz» con una voz tan suave que apenas se oía. Me quedé mirando al techo, con los brazos cruzados sobre el pecho, sintiendo el roce áspero de las sábanas de algodón barato contra mi piel, mientras intentaba no pensar en lo fácil que sería alcanzar su mano.

Él se me adelantó.

—Sofía. —Su voz era tan baja que casi no la oigo.

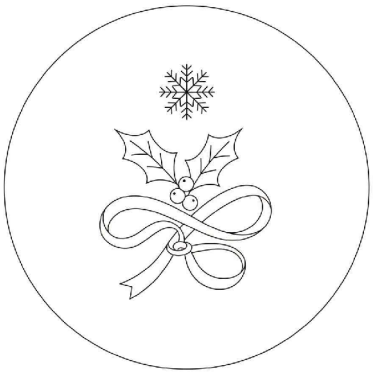
—¿Sí?

Durante un largo momento, no respondió. La canción dio paso a la siguiente, y a la siguiente, hasta que la batería de la radio finalmente se agotó, dejando solo el sonido de nuestra respiración en la oscuridad.

«No importa», dijo.

Pero no tuvo que decir nada más. En la oscuridad, me permití sonreír, solo un poco. Porque si iba a arder, al menos no lo haría sola.

Sofía



EL CAFÉ ESTABA AMARGO, pero no tanto como el hecho de que no fuera lo suficientemente fuerte como para matarnos a los dos.

Derek trajinaba por la cocina, tarareando «Jingle Bell Rock» en voz baja, y cada vez que llegaba al estribillo fantaseaba con lanzarle una almohada. La nieve del exterior llegaba ahora hasta la parte inferior de la ventana de la cocina, la tormenta la apretaba contra el cristal, encerrándonos. Mi teléfono estaba muerto. Estaba completa y totalmente atrapada con él.

Como para demostrar mi punto, puso una taza frente a mí y se deslizó en el taburete al otro lado de la isla, su presencia encogiendo la habitación a mi alrededor. «Pensé que te vendría bien la cafeína», dijo. «No te preocupes. Esta taza no está envenenada».

—No soy paranoica, solo que no soy idiota. —Examiné la taza en busca de cualquier signo de manipulación—. Echas alcohol en el ponche en la fiesta de lanzamiento de Henderson. No lo he olvidado.

Derek sonrió, mostrando todos sus dientes. —Solo cuando hace las cosas más interesantes.

Di un sorbo. Era negro y fuerte, y no sabía a nada parecido al asesinato. Decepcionante.

Ignoró mi silencio, abrió la lata de galletas y me la acercó. «El desayuno de los campeones».

Cogí una galleta con glaseado verde y le di un mordisco a la parte superior. Se desmoronó en mi boca, azúcar y serrín y la cantidad justa de vainilla artificial para hacerme doler los dientes.

«Es difícil creer que no te hayas convertido en socio con habilidades como estas». Asentí con la cabeza hacia las galletas.

«Golpe bajo». Se inclinó hacia adelante, con los codos sobre la encimera, y la luz de la cocina dibujó un camino a través de la sombra de su mandíbula. «Incluso en una tregua, no puedes resistirte a lanzar un golpe, ¿verdad?».

«La guerra se reanuda al amanecer», dije, lamiéndome el azúcar arenoso de los dedos.

Él observó mi lengua, con las pupilas dilatadas, y cuando el poder en la habitación pasó a estar completamente en mis manos, un músculo se le tensó en la mandíbula.

«¿Siempre tienes que escalar las cosas?», dijo. «¿Por qué nunca puedes dejar las cosas como están?».

Cogí otra galleta, esta vez la roja. —Quieres decir que no puedo dejar que sientas que has ganado.

Él se rió. «¿Crees que ganar es lo que quiero?».

Lo ignoré, partí el muñeco de nieve por la mitad con un suave chasquido y me comí primero la cabeza, sintiendo su mirada sobre

mí todo el tiempo.

Derek sorbió su café, sin apartar los ojos de mi boca. —¿Quieres saber cuál es tu problema?

«Por favor». Le di un mordisco a la cabeza del muñeco de nieve con un crujido satisfactorio. «Llevas años deseando decírmelo».

«¿Crees que se trataba siquiera de conseguir un aumento?».

Puse los ojos en blanco. «Claro, por eso saboteaste la presentación de Canfield. Solo querías verme sufrir».

Con un clic distintivo, dejó la taza sobre la mesa y su sonrisa se desvaneció. —No. Quería verte acorralada. Y quería que finalmente luchases contra mí por algo más que un maldito ascenso.

—Vete al carajo, sí que luché —gruñí, con un sabor ácido en la boca—. Solo te aseguraste de que el árbitro estuviera de tu lado.

Dejó que el silencio se prolongara y el rugido de la tormenta vibró a través del suelo. Mi pulso latía con un ritmo inútil en medio del silencio.

No apartó la mirada.

En cambio, bajó la mirada hacia mi boca, con un destello de algo oscuro y decisivo en los ojos. Luego se levantó, se acercó al cajón junto a la estufa y sacó un trozo de seda roja y verde, retorcido en una cuerda apretada y prometedora.

«Vamos a resolverlo». Enrolló el pañuelo alrededor de su mano. «Una ronda, el ganador se lo lleva todo. Pero esta vez, juegas según mis reglas».

Miré de la bufanda a su expresión severa. «¿Qué es esto, algún tipo de ejercicio de confianza corporativa? ¿Cuáles son las reglas?».

Se acercó tanto que pude oler el café y los restos de whisky en su piel. «Tienes cinco minutos. Sin discutir, sin correr, sin morder, a menos que yo lo diga. Solo siéntate ahí y aguanta».

Se inclinó y sus labios rozaron mi oreja. «Voy a demostrarte que siempre has deseado esto tanto como yo».

Se me escapó una risa, tensa y aguda en mi garganta. «¿Y si gano?».

Lo pensó, recorriendo mi rostro con la mirada. «Si aguantas, retiraré el extractor y volveremos a la tregua. No volveré a tocarte».

Mi corazón latía con fuerza, sopesando el riesgo. «¿Y si ganas tú?».

Sonrió, con una expresión suave y letal que pareció bajar la temperatura de la habitación. —Entonces admitirás que querías esto. Y durante el resto de la noche, me pertenecerás.

Lo miré fijamente, con las manos sudorosas. Estaba apostando mi orgullo contra el suyo, y una emoción ardiente y vertiginosa me recorrió al pensar en perder el control por completo.

Lo miré a los ojos y asentí con la cabeza de forma tajante y deliberada.

Derek se colocó detrás de mí y me vendó los ojos con el pañuelo. Oí el suave y decidido roce de la seda mientras lo ataba con fuerza, sumergiéndome en una oscuridad que olía a él y a galletas navideñas.

—¿Te has arrepentido? —Su voz estaba tan cerca que se me erizaron los pelos de la nuca.

—Sigue adelante —dije, con una voz más firme que los frenéticos latidos de mi pulso contra las costillas.

Me apartó el cabello de la mejilla y las yemas callosas de sus dedos me provocaron un rasguño áspero y eléctrico a lo largo de la mandíbula. No me estremecí. Me tomó la barbilla con la palma de la mano, con un toque ligero pero firme que prometía una pelea.

—Primera regla —murmuró—. No mentir. Ni a mí, ni a ti misma.

Abrí la boca, dispuesta a decirle dónde podía meterse sus reglas, pero él deslizó lentamente el pulgar por mi labio inferior y la fricción me silenció antes de que pudiera articular palabra.

—Segunda regla —dijo, presionando con el pulgar con la autoridad justa para hacer que mis labios se separaran en un suave y involuntario suspiro—. Si quieres que pare, solo tienes que decirlo. De lo contrario, aceptarás todo lo que te dé.

El calor se extendió por mis mejillas y bajó por mi cuello, y no podía llenar de aire mis pulmones ardientes.

Como si lo sintiera, deslizó los dedos por mi cuello y se detuvo en la cavidad de mi garganta. Su aliento era cálido y constante contra mi piel, y todos los músculos de mi cuerpo se tensaron, preparados para su siguiente movimiento.

—Tercera regla —dijo, bajando la voz—. Dame una reacción sincera. Sin ira, sin sarcasmo. Solo una.

Intenté tragar saliva, pero sentía la garganta cerrada.

Debió de darse cuenta del esfuerzo que me costaba, porque se rió, un sonido suave y seguro que rozó mi oído. —¿Lista?

No confiaba en mi voz, así que solo asentí con la cabeza.

Empezó lentamente, recorriendo con las manos la línea de mis hombros. Presionó los labios detrás de mi oreja (no fue un beso,

solo un punto concentrado de calor) y una descarga eléctrica recorrió mi cuerpo desde ese punto hasta lo más profundo de mi ser.

«Hueles a azúcar y café», susurró. «Siempre lo has hecho. Era una distracción terrible en las reuniones, saber que quería poseerte, no solo vencerte».

—Tonterías —mi voz se quebró y arruinó el efecto.

Me besó la mandíbula, luego otra vez, más despacio, con la lengua dejando un rastro húmedo y frío en mi piel que me hizo estremecer. «Mentirosa», dijo, y esa palabra hizo que mis pezones se endurecieran bajo el suéter.

Recorrió el borde de la bufanda, deslizando los dedos por mis pómulos y frotando con los pulgares pequeños círculos en mis sienes. Intenté concentrarme en la humillación de estar con los ojos vendados en la isla de la cocina, pero un temblor recorrió mi espina dorsal dejando un rastro caliente y líquido.

Me pasó la mano por el cabello, extendiéndolo sobre mi hombro. «¿Alguna vez te has preguntado por qué nunca te perseguí antes?».

Como no respondí, continuó sin pausa. «Eras demasiado peligrosa. Me hacías desear cosas que no podía controlar».

Me besó en la comisura de los labios, suave y deliberadamente, y luego presionó su pulgar contra mis labios, una orden silenciosa que obedecí sin pensar. No me besó profundamente, solo mantuvo mi boca abierta, con su aliento cálido y posesivo sobre el mío.

«Estás temblando», dijo, y un zumbido bajo y eléctrico comenzó bajo mi piel, vibrando a una frecuencia que él parecía controlar.

Debió de sentir el temblor, porque se rió, un sonido grave y seguro que sentí contra mi espalda, una victoria que aún no se había

ganado. «¿Quieres un reto? Aquí tienes uno». Deslizó algo en mi mano: duro, curvado, pegajoso. Un bastón de caramelo.

«No lo sueltes», dijo.

Lo agarré y, un momento después, una franja húmeda y fría de menta tocó el lado de mi cuello. Deslizó el bastón de caramelo hacia abajo, y el frío pegajoso contrastaba de forma impactante con el calor inmediato de su lengua lamiendo el rastro.

«Dios», la palabra se me escapó en un siseo agudo mientras lamía mi pulso.

Sonrió contra mi garganta y una nueva oleada de escalofríos recorrió mi piel. «Te haré suplicar por algo más que este bastón de caramelo. Pero te haré esperar».

Sus pasos me rodearon, el aire se movió a medida que se desplazaba. Se detuvo y entonces el bastón de caramelo tocó mis labios, con sabor a menta y a su piel.

«Chupa», dijo con voz ronca.

Dudé, pero él mantuvo el bastón presionado contra mis labios. Me dije a mí misma que solo lo hacía para ganar, pero cuando cerré la boca alrededor de él, el dulce ardor de la menta me pareció lo primero sincero que había hecho en todo el día.

Él gimió, un sonido suave y sincero que envió una sacudida victoriosa directamente a mi clítoris.

Luego aplastó su boca contra la mía, un beso profundo y completo mientras su lengua se deslizaba dentro, áspera y húmeda, lamiendo el azúcar arenoso de la mía. Le mordí el labio, lo suficiente para que le doliera, pero él solo me besó con más fuerza, sujetándome la cara con las manos.

Rompió el beso y la habitación se inclinó mientras yo respiraba entrecortadamente con sabor a él y a azúcar de menta. Apreté las manos, con ganas de golpearlo y arrastrarlo de vuelta con el mismo movimiento.

Ignorando mi caos interior, desató la bufanda con un gesto deliberado y, cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, él estaba allí. Tan cerca que lo único que podía ver era su sonrisa.

—Cinco minutos —dijo, con voz baja y victoriosa—. Y me has dado todas tus reacciones sinceras.

Lo miré con ira, incluso con las mejillas ardiendo y los labios hormigueando por el azúcar y su beso.

Él se rió y me acarició con el pulgar el labio inferior, que aún estaba hinchado. —Buena chica.

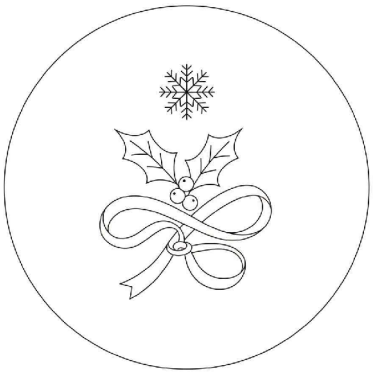
Se apartó, dejándome en la cocina con su sabor, el de la menta y la amarga verdad de que había perdido. Miré fijamente la bufanda sobre la encimera y luego el bastón de caramelo que tenía en la mano.

Lo apreté con tanta fuerza que el gancho se rompió.

Se marchó sin decir nada más y, desde la sala de estar, volvió a oírse el bajo y exasperante zumbido de él tarareando «Jingle Bell Rock».

Me terminé el café, me serví otra taza e intenté no pensar en lo que pasaría la próxima vez que perdiera una apuesta. Pero, en mi interior, no podía dejar de sonreír.

Sofía



AL TERCER DÍA DE estar atrapados en el infierno nevado, sobrevivir era el único objetivo; la dignidad era un extra. Ni siquiera se parecía al síndrome de encierro. Era más bien un síndrome de homicidio: la cabaña gemía bajo el peso de la nieve, todas las superficies eran inflamables o afiladas, y si Derek me citaba un solo aforismo empresarial más, el equipo de la escena del crimen lo desenterraría con un taladro para hielo.

Me pilló en la puerta, naturalmente, justo cuando intentaba escabullirme. «¿Vas a algún sitio?». Se apoyó en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, las mangas remangadas y una sonrisa de complicidad en los labios.

«Salir», dije, metiendo mi bufanda en la chamarra con una fuerza innecesaria. «Es lo que hace la gente normal. Aire fresco. Vitamina D».

El cristal estaba más escarchado que la ventana. Su mirada se desvió de él hacia mí. «Hay una ventisca. Estamos en condiciones de "no intentar rescates"».

—Entonces considéralo una misión de misericordia. —Me bajé el gorro hasta las cejas, y la lana áspera me rozó la frente. Era ridículo, rojo y blanco con cuernos de reno verdes, pero necesitaba esa protección.

Derek se plantó entre mí y la salida, un muro de metro ochenta y dos de irritante confianza masculina que no tenía intención de moverse. «Te perderás antes de llegar a la línea de árboles. Este es exactamente el tipo de impulso imprudente en el que nunca podría confiar en la oficina».

—Porque eres un controlador compulsivo —intenté empujarlo—. Y yo tengo espíritu aventurero.

Él se apartó, siguiendo cada uno de mis movimientos, hasta que mi espalda chocó contra la pared del vestíbulo y la única salida era a través de él. «No quieres irte», dijo, entrecerrando los ojos. «Solo quieres ver si te detengo», y una parte traidora de mí esperaba que lo hiciera.

«Si quisiera tanto drama, habría llamado a mi madre. Déjame pasar».

Él no lo hizo. «Admítelo».

Parpadeé. —¿Admitir qué?

—Que quieres esto. —Su voz se redujo a un murmullo grave que vibró contra mi piel—. Que quieres que te persiga. Que quieres que alguien finalmente...

«No seas ridículo». Intenté escabullirme por debajo de su brazo, pero él extendió la mano y me agarró la muñeca con facilidad. «Has perdido la cabeza».

Él sonrió. —Quizá. Pero no voy a dejar que te vayas, no hasta que seas sincera conmigo.

Tiré de mi brazo hacia atrás, pero su agarre era inquebrantable, sus dedos se clavaban en los huesos de mi muñeca. «Muévete o te haré mover».

«¿Lo prometes?». El desafío era evidente en sus ojos.

Así que le di un rodillazo en el muslo, fuerte y seco. Él gruñó y apretó mis muñecas con más fuerza durante un segundo, pero luego se echó a reír, un sonido pleno, profundo y encantado que le vibraba en el pecho. Mi cerebro se bloqueó, incapaz de procesar la reacción; durante un fatídico segundo, lo único que pude hacer fue quedarme mirándolo.

«Inténtalo de nuevo, *mocosa*». Antes de que pudiera reaccionar, me empujó contra la pared, inmovilizándome las muñecas por encima de la cabeza con ambas manos.

Me quedé paralizada, mi cuerpo me traicionó al inclinarse hacia la sólida pared de calor que él representaba, mi conciencia se fijó inmediatamente en la dura protuberancia de su erección contra mi estómago, un desafío directo e innegable.

«Estás loco», pero las palabras temblaron cuando su calor empapó mi ropa y no pude respirar sin que el aire se llenara del aroma de su jabón y pino.

Bajó la cabeza y sus dientes rozaron el lóbulo de mi oreja. «Te gusta».

Una punzada de verdad me atravesó, haciendo que se me encogiera el estómago. Tenía razón, y un grito de pura frustración se acumuló en mi garganta.

Ajustó su agarre, sujetándome ambas muñecas con una mano. La otra bajó, enganchando mi bufanda para acercarme más hasta que su muslo quedó encajado entre los míos, y el áspero denim creó una fricción que envió una sacudida directa a mi centro.

«¿Quieres saber lo que podría hacerte?», susurró. «Podría tomarte aquí mismo, junto al árbol de Navidad. Podría hacerte gritar tan fuerte que ahogaría todos los villancicos de la lista de reproducción».

Quería abofetearlo por eso, pero mi clítoris palpitaba con un dolor húmedo e insistente, traicionando la humillante esperanza de que lo hiciera.

Mis mejillas ardían, y él respondió a mi humillación con una lenta sonrisa victoriosa.

Su sonrisa se desvaneció cuando me empujó con más fuerza contra la pared, y la estantería detrás de nosotros crujió y luego se derrumbó con un estallido de madera astillada, tirando libros y una caja al suelo en una nube de polvo.

Derek me soltó. Tropecé, casi cayéndome sobre el desorden, y lo miré con ira.

—Bien hecho. Has destrozado la cabaña.

Él se encogió de hombros. —Ha sido culpa tuya.

Necesitada de romper la intensidad de su mirada, me arrodillé y recogí la caja. Era pesada, cerrada con cinta adhesiva amarillenta, con la palabra «PRIVADO» garabateada en la parte superior con un marcador negro descolorido de punta gruesa.

«Parece maldita». Derek se agachó a mi lado. «Probablemente demasiado escandalosa para alguien que sigue las reglas como tú».

Despegué la cinta; era imposible resistirse al desafío tácito. Dentro había montones de sobres, algunos atados con cinta, otros sueltos y con los bordes rizados. Olían a papel viejo, tinta seca y un ligero rastro a perfume olvidado.

«Cartas de amor». Leí la primera línea de una florida garabateada con tinta azul. «Fechada en 1972». Esto parecía el comienzo de un desastre.

Derek cogió una y la levantó. «Querida mía, no puedo dejar de pensar en anoche. En cómo tú...». Hizo una pausa y levantó las cejas. «¿Ya te estás sonrojando?».

Se la arrebaté. «A ver si sabes leer letra cursiva, genio».

Él eligió otra. «16 de mayo de 1973. Todavía siento tu sabor en mi lengua, no puedo dormir, no puedo respirar, te necesito más que el oxígeno. Si alguien encuentra estas cartas, significará que hemos fracasado y que el mundo ha ganado». Me miró y yo no podía respirar profundamente.

«Una aventura», susurré, y la palabra cayó entre nosotros con el incómodo peso de un secreto compartido.

Él asintió con la cabeza, la luz del fuego proyectando sombras en su rostro. «Probablemente. Es un escándalo clásico».

Puse los ojos en blanco, pero leí la siguiente carta de todos modos. «Te vi esta mañana a través de la ventana de la cocina, con el pelo mojado por la ducha, nada más que una toalla, y quise romper el cristal para llegar hasta ti. Pero esperé. Te vi comer una tostada, lamer la mantequilla de tu dedo, y juro que casi me corro solo de

pensarlo». Esas palabras provocaron una humedad cálida entre mis piernas y tuve que dejar de leer. La idea de sus ojos fijos en mí, siguiendo en secreto cada uno de mis movimientos, hizo que mis pezones se endurecieran bajo el suéter.

La voz de Derek se volvió áspera y ronca, lo que hizo que las palabras se sintieran como un contacto físico. «Tu cuerpo te delata. Te excita».

Dejé la carta sobre la mesa, negándome a mirarlo a los ojos. «Deberías leerle esto a tu terapeuta, no a mí».

Cogió un puñado y las abanicó como si fueran cartas. «Apuesto a que hay una obscena aquí. Te reto a que la encuentres y la leas en voz alta».

«No me tientes», dije, pero revisé la pila de todos modos. Mis manos temblorosas hacían que el frágil papel traquetease. Sus ojos se posaron en ellas durante una fracción de segundo.

El siguiente sobre era más grueso, con las páginas metidas dentro de un sello marcado por un beso de lápiz labial descolorido. Olía ligeramente a cera y perfume viejo. El aroma de un secreto guardado durante demasiado tiempo.

«Sé que me estás observando ahora mismo. Tus ojos me agobian cuando camino por la sala, me calientan en la cocina mientras preparo café, me siguen como una sombra cuando finjo ignorarte en el piano. Siempre me observas, pero nunca me tocas. Sin embargo, nunca cruzas esa línea invisible. Dijiste que si alguna vez lo hacías, nunca podrías detenerte.

Oh, cómo desearía que lo hicieras. Desearía que derribaras los muros y me arruinaras hasta que no quedara nada más que

nosotros dos y el mundo ardiendo afuera. Quiero que me tomes allí mismo, en el piso junto al fuego, con la nieve cayendo y la radio tocando villancicos, toda la ciudad ajena a la verdad: soy tuya. Siempre he sido tuya. Márcame. Haz que nunca pueda olvidar a quién pertenezco».

El silencio que siguió se sintió como un vacío táctico, todo el aire fue succionado de la habitación, dejándome sin influencia. Derek me miró fijamente, con la mandíbula apretada, y escuché el silbido agudo de su respiración entre los dientes. La necesidad cruda en sus ojos se agudizó hasta convertirse en un hambre peligrosa que quemó toda pretensión.

Se inclinó hacia adelante y el aroma de su loción para después de afeitar y el ligero amargor del café quemado llenaron el espacio entre nosotros.

«Lee la siguiente parte», ordenó con voz baja.

Negué con la cabeza, sintiendo un temblor de miedo (¿o era expectación?) recorriendo mi cuerpo. «No».

Me agarró la mano, apretándome la muñeca con los dedos. «Léelo».

Bajé la mirada a la página y me detuve en el siguiente párrafo.

«Sabes que haré todo lo que me pidas. Que quiero ser buena para ti, incluso cuando me haces suplicar. Incluso cuando me haces llorar. Quiero ser tu secreto, tu pecado, tu castigo. Así que, por favor, ven a verme esta noche. No llames a la puerta. No digas nada. Ven y toma lo que es tuyo».

La página se me escapó de los dedos temblorosos y su suave aterrizaje atrajo mi mirada hacia él. Esta vez no dijo nada, solo me

observó con ojos ardientes y hambrientos hasta que no pude soportarlo más.

Me levanté, sacudiéndome el polvo de los vaqueros. «Bueno», dije, con la voz tensa por una tensión que era exclusivamente nuestra. «¿Qué es lo que realmente quieres?».

Se levantó conmigo, retrocediendo varios pasos hasta que choqué con el borde de una pequeña mesa consola junto a la pared. «¿Quieres saber lo que pienso?».

«La verdad es que no», pero las palabras salieron en un susurro entrecortado.

Me acorraló, con las palmas de las manos apoyadas en la mesa a ambos lados de mis caderas. «Quieres lo que *ella* quería. Quieres que alguien te arruine».

Levanté la barbilla y apreté los puños para detener su temblor. «No sabes lo que quiero».

Se inclinó hacia mí y me rozó la oreja con la boca. «Sé que ahora mismo estás mojada», susurró, rozándome ligeramente el lóbulo de la oreja con los dientes. «Y no puedo dejar de pensar en follarte contra esa ventana mientras todo el mundo nos mira».

Tragué saliva para superar la repentina sequedad de mi boca, con el corazón latiéndome con fuerza contra las costillas. Todos mis instintos me gritaban que mintiera, pero mi cuerpo ya se había rendido. Lo miré a los ojos. «Entonces muéstrame algo que no puedas fingir».

Él soltó una risa áspera que no tenía nada de graciosa. —Ten cuidado. Podrías conseguir lo que deseas.

Enganchó los dedos en las presillas de mi pantalón y me atrajo hacia él. El aire salió de mis pulmones cuando mi estómago chocó contra la dura protuberancia de su cremallera, inmovilizando mis manos entre nuestros cuerpos. Las cartas se esparcieron por el suelo y, de repente, la habitación se precipitó a nuestro alrededor. Desde el crepitar del fuego hasta el aullido del viento, y en algún lugar al fondo, Bing Crosby cantando sobre soñar con una Navidad blanca.

Derek presionó su muslo entre mis piernas, balanceando sus caderas en un círculo lento y deliberado que aplicaba una presión perfecta y tortuosa directamente sobre mi clítoris. «¿Quieres algo obsceno? Te daré algo obsceno. Pero tienes que pedirlo».

«Nunca», dije, pero la palabra no era más que ruido, una protesta patética contra lo que mi cuerpo ya deseaba.

Me besó con fuerza y ansia, su lengua abriendo mi boca con el sabor del café y la exigencia. Sus manos se aferraron a la bufanda, manteniéndome en mi sitio. Le mordí el labio, sintiendo el sabor metálico y agudo de la sangre, y él solo gimió, frotando su erección con más fuerza contra mí.

«Puedes luchar todo lo que quieras», dijo contra mis labios, con el aliento caliente, «pero no irás a ninguna parte hasta que me lo supliques».

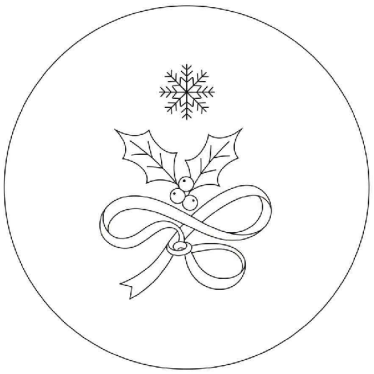
De repente, me soltó y yo retrocedí tambaleándome, sin aliento y furiosa, con una humedad resbaladiza empapando la entrepierna de mis jeans.

Cogió la carta y se la guardó en el bolsillo trasero. «Voy a hacer café», dijo con voz ronca. «Estaré en la cocina».

Se alejó y yo finalmente admití la verdad: esto no era una adquisición hostil. Era una fusión.

Miré las letras, el beso de pintalabios, y me pregunté qué haría falta para que él me arruinara. Probablemente menos de lo que quería admitir.

Sofía



VEINTICUATRO HORAS ANTES, QUERÍA matar a Derek. Ahora le leía literatura erótica vintage a la luz de un árbol de Navidad a medio decorar, con el aroma picante y dulce de una casa de jengibre abandonada flotando en el aire.

El viento sacudía los cristales de las ventanas, un espejo blanco y furioso del rígido control que ejercía sobre mí misma, que se resquebrajaba con cada segundo que pasaba con él.

—Lee esto. —Le pasé el sobre más grueso. La parte superior estaba sellada con un beso de lápiz labial descolorido. La fecha era diciembre de 1973, pero la letra era atemporal: garabateada, segura de sí misma, cada «y» terminaba en una daga.

Derek lo abrió, frunciendo el ceño en señal de concentración. —Sabes, en algún momento tendrás que admitir que estas son mejores que la mitad de las novelas eróticas de tu Kindle —dijo con lentitud.

Me burlé. «Tendrías que descifrar mi encriptación para comprobarlo, y te garantizo que no podrás».

Él sonrió ampliamente y con aire salvaje. «No eres tan impredecible como crees. Veamos qué nos tiene reservado nuestra misteriosa amante esta noche...».

Se aclaró la garganta y luego leyó con una voz que podría haber vendido una propiedad frente al mar a un hombre que se estaba ahogando: «Anoche pensé en lo que dijiste, sobre las reglas y las consecuencias, y deseé haber sido peor. ¿Qué habrías hecho si realmente te hubiera desafiado? ¿Me habrías puesto a raya? ¿Me habrías dejado una marca que duraría días?». Derek hizo una pausa y me miró con sus ojos oscuros y perezosos.

Resoplé, pero un escalofrío revelador recorrió mi espina dorsal. «¿Qué es esto, 1950? La gente ya ni siquiera pega a sus hijos».

Siguió leyendo, pero su voz bajó un tono, suave y constante. «Quiero saber qué se siente al estar bajo tu mano, al ser castigada por desearte demasiado. Hazme tuya, sin importar el costo. Arruíname y luego hazme suplicar por más».

El empalagoso olor a azúcar espesaba el aire, dificultando la respiración. Agarré la casita de jengibre y empecé a untarle más glaseado, desesperada por mantener las manos ocupadas.

La mirada de Derek se fijó en mí durante un instante antes de recostarse y estirar los brazos a lo largo del respaldo del sofá, reclamando deliberadamente el espacio a mi alrededor. «¿Estás segura de que no quieres probar a leer uno de estos? ¿O es que fingir que controlas tus emociones es lo único que te impide admitir que te gusta?».

—No estoy nerviosa —dije, clavando una gominola en el techo con tanta fuerza que la aplasté hasta convertirla en una masa pegajosa —. Solo estoy harta de que la gente utilice siempre las mismas metáforas trilladas. «¿*Arruinarme*? Por favor. Consigue un diccionario de sinónimos».

Él tomó la siguiente carta de la pila, con los labios curvados. «Está bien. Aquí hay una para ti. Intenta no desmayarte».

La arrebaté, la ojeé y evoqué la voz de todas las jefas de proyecto maliciosas para las que había trabajado:

«Siempre eres tan cauteloso, pero veo el deseo que intentas ocultar. Sueño con tus manos, con cómo se sentirían mostrándome lo que es la verdadera rendición. Me llamas mocosa y provocadora y luego dices que algún día me domarás, pero empiezo a pensar que te falta valor. Te reto a que demuestres que me equivoco. Estaré esperando arriba esta noche. Si no vienes, sabré que estás tan asustado como yo».

Terminé y lo tiré a la pila. «¿Ves? Todo ladridos y nada de mordiscos».

El humor desapareció de los ojos de Derek. Se quedó completamente inmóvil, con todo el cuerpo encogido como un cazador que acaba de oler a su presa. Se inclinó hacia adelante, solo unos centímetros, y su aroma a pino y whisky se volvió repentinamente sofocante. «¿Quieres apostar por eso?».

Abrí la boca para lanzarle un insulto fulminante, pero en lugar de eso le di un empujón en el hombro. En cuanto mi mano entró en contacto con él, me rodeó la cintura con un brazo y me echó sobre su regazo. La casita de jengibre cayó sobre la alfombra con un

estruendo de caramelos. Aterricé boca abajo, con el trasero al aire y ambas muñecas inmovilizadas a la espalda.

Ni siquiera me dio oportunidad de protestar. Su voz era un gruñido grave. «La falta de respeto merece un castigo».

Mi corazón latía con un ritmo frenético y desesperado contra mis costillas. Me retorcí, pero su fuerza era absoluta, y un calor líquido y vergonzoso se acumuló en lo más profundo de mi vientre ante la futilidad de mi lucha.

Se inclinó y sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja. «Avísame cuando hayas tenido suficiente. O tendré que decidir por ti».

Me reí con una risa aguda e inestable. «No finjas que realmente te detendrías».

Las palabras desafiantes quedaron suspendidas en el aire, un reto que yo misma había lanzado y para el que estaba preparada. Su respuesta fue una sola y fuerte palmada. El seco golpe de la palma contra el denim rompió el silencio, y el dolor se agudizó aún más por el grosor de la tela. Grité, más que nada por la sorpresa, e intenté zafarme de su regazo, pero él me sujetó con fuerza y volvió a golpearme.

Su mano descansó en la parte baja de mi espalda, una promesa pesada. —Cuéntalas. O volveré a empezar.

El calor inundó mi rostro, una corriente vergonzosa y emocionante. Todos mis instintos me gritaban que me callara, pero la idea de que él empezara de nuevo era peor. «Uno», susurré.

Volvió a darme otra palmada. —Dos —jadeé, más alto.

Me dio tres más, cada uno medido y deliberado, con la palma de la mano posada sobre mi piel para imprimirle el calor. Para cuando

llegó el quinto, el escozor se había desvanecido y se había convertido en un pulso profundo y adictivo, y un estremecimiento impactante comenzó entre mis piernas.

«Cinco», dije, la palabra un sonido crudo y desconocido en mis propios oídos.

Después de un momento, su palma descansó sobre mi trasero con un peso suave pero posesivo. «Buena chica», dijo, pasando el pulgar por el lugar que acababa de calentar con la palma. Las palabras me provocaron una emoción humillante y, antes de que pudiera decidir si matarlo o besarlo, se movió.

Soltó mis muñecas. Tuve una fracción de segundo para alejarme antes de que me agarrara por las caderas y me levantara hasta quedar a horcajadas sobre él, con el aroma a pino y whisky flotando en el aire. El deseo crudo de sus ojos salvajes era tan intenso que mi respiración se entrecortó y se detuvo.

Su mirada me dejó clavada en el sitio. —¿Tienes algo que decir en tu defensa?

Lo pensé, luego me incliné hacia adelante y le hincé los dientes en el hombro. La comisura de sus labios se curvó hacia arriba en una lenta sonrisa.

«Sigues siendo una mocosa», murmuró. Me rodeó el cuello con el brazo y aplastó su boca contra la mía. Sabía a whisky y a intención mientras su lengua separaba mis labios exigiendo mi rendición.

Le devolví el beso, mordiéndole el labio y frotando mis caderas contra el duro músculo de su muslo. Un gemido grave retumbó en su pecho. Me agarró por las caderas, sujetándome en su sitio

mientras me lamía la boca, lenta y minuciosamente, hasta que me mareé.

Con un solo movimiento fluido, me volteó debajo de él. El sofá crujió bajo nuestro peso combinado, su tela desgastada rozaba mi espalda. Se apoyó en sus antebrazos para no aplastarme, pero sus caderas permanecieron presionadas entre mis muslos, inmovilizándome.

—¿De verdad quieres ver lo que les pasa a las chicas traviesas en Navidad? —Su aliento era cálido en mi mejilla.

Mi cabeza daba vueltas y no podía respirar lo suficiente como para responder. «¿Es esto lo que querías en la sala de juntas?».

Sus manos callosas se deslizaron bajo mi suéter, rozando la piel desnuda de mis costillas. Me arqueé ante el contacto y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Me besó de nuevo, esta vez más suavemente, casi con dulzura, y luego se apartó lo justo para mirarme a los ojos. —Joder, he estado deseando hacer esto desde aquella reunión. Verte destrozarme delante de todos... solo podía pensar en quedarme a solas contigo. —Su pulgar me acarició el pómulo.

Sonreí. «Sigues siendo un incompetente».

Levantó mis caderas para darme una última y dolorosa palmada que era a la vez un castigo y una promesa, y luego se apartó deliberadamente de mí. Aterrizamos uno al lado del otro, y el calor de su muslo contra el mío era una amenaza completamente nueva.

Un repentino escalofrío me recorrió la piel y me di cuenta de que el fuego se había reducido a brasas. Derek se puso de pie y el atizador rozó la piedra, seguido del crepitar de leños frescos. Una bocanada

de humo de leña perfumó el aire cuando las llamas volvieron a encenderse y, cuando se volvió a sentar, no se molestó en dejar ningún espacio entre nosotros.

Agarré la siguiente carta, con las manos aún temblorosas. «No te detengas ahora». Le tiré la carta al pecho.

Él la abrió y levantó la vista para mirarme a los ojos antes de leerla. «Aún puedo sentir los moretones que dejaste en mi piel. Cada vez que me muevo, pienso en ti y en cómo te reías cuando fingía que no me importaba. Ahora me pregunto qué harás la próxima vez que rompa tus reglas, hasta dónde me llevarás. Me digo a mí misma que tengo miedo, pero es mentira. Quiero que me hagas tuya tan completamente que olvide mi nombre, hasta que lo único que pueda decir sea "*tuya*"».

Hizo una pausa y luego me entregó la carta, con una intensidad inquietante en la mirada. «¿Te suena familiar?».

Intenté reírme, pero un pulso frenético vibraba en mi garganta. «Sigue soñando. No podrías manejarme aunque lo intentaras».

Su mirada se clavó en la mía, despojándome de mi falsa bravuconería. Sus dedos trazaron suavemente la línea de mi mandíbula, en un impactante contrapunto a sus palabras. «No tienes ni idea de lo fácil que sería romperte».

Lo miré y, por una vez, no supe qué responder. A medida que el silencio se prolongaba, un calor húmedo se acumuló entre mis piernas y solo quería que siguiera adelante.

Inclinándome hacia él, lamí una mancha de glaseado de su dedo, saboreando el fuerte contraste entre el azúcar dulce y la piel salada.

Sus ojos se oscurecieron, lo que me provocó una sensación de victoria.

Lo miré a los ojos, con los labios aún dulces por el glaseado. «Vamos. Muéstrame lo que tienes».

Su mano se extendió, agarró la parte delantera de mi suéter y me atrajo hacia él.

Me dio otro beso áspero e impaciente, y luego me mordió el labio inferior con tanta fuerza que me dolió. Jadeé, y su mano se deslizó inmediatamente bajo la cintura de mi pantalón, con los dedos metiéndose en la parte trasera de mis jeans para presionar contra la hendidura de mi trasero. Apretó. Un gemido bajo y genuino escapó de mi garganta.

Él sonrió contra mi boca. —Te gusta ser mala.

—Solo cuando me castigas por ello. Un músculo se le tensó en la mandíbula y sus pupilas se dilataron. Esa necesidad aguda y descarada era una victoria que eclipsaba todo lo demás.

Se apartó, jadeando con dificultad. «Joder».

Sus ojos se clavaron en los míos durante un largo y tenso momento antes de soltarme, y yo caí hacia atrás contra los cojines mientras el silencio crepitaba entre nosotros.

El momento se prolongó y vibró entre nosotros. Cuando alcancé la siguiente carta, su mano cubrió la mía, su pulgar acariciando mi pulso antes de soltarme.

Derek se movió, sus dedos rozaron una carta escondida más abajo en la pila, una que yo aún no había visto. La leyó y luego me miró, sin rastro alguno de sarcasmo.

«A veces imagino que dejas una parte de ti conmigo, una marca para siempre. Sueño con llevar a tu hijo, con tener esa huella permanente en mí que nadie podría ignorar jamás. Quiero que hagas imposible que te olvide, aunque lo intentara».

Dejó la carta y me miró a los ojos.

Yo lo miré fijamente, con la boca seca, sin poder articular palabra. Una risa histérica luchaba con una oleada de náuseas en mi garganta, pero debajo de todo eso estaba el impulso de arrastrarlo arriba y dejar que hiciera exactamente eso.

«No estoy diciendo que yo quiera lo mismo». Se aclaró la garganta. «Solo es una carta. No le des más importancia».

Asentí, pero la imagen ya estaba ahí. Sus manos sobre mi vientre, un peso posesivo, y la impactante emoción de estar llena de su semilla.

Mientras el viento aullaba como si el mundo se acabara, una tormenta de deseo similar palpitaba dentro de mí, tan intensa que era un dolor físico.

—¿Derek? —dije.

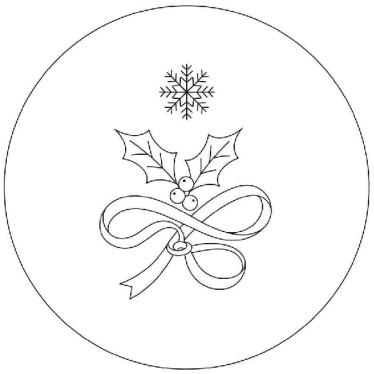
—¿Sí?

—No subas todavía.

—No pensaba hacerlo.

Me volvió a sentar en su regazo y, esta vez, no me resistí en absoluto.

Sofía



A LA UNA DE la madrugada, la frágil paz entre nosotros se había desvanecido como el calor de las brasas del fuego. Afuera, la nieve se acumulaba en la ventana, silenciando el mundo. Nos acurrucamos más cerca en el sofá desgastado, con el aire oliendo a pino y su respiración suave y áspera. No estaba segura de si temblaba por la corriente de aire o por él: el hombre que me había azotado, me había leído una carta de amor obscena y ahora presionaba su erección contra mi trasero.

No hablamos. No de inmediato. Fingí mirar las luces navideñas parpadeantes del árbol falso, con el pulso latiéndome con fuerza en la garganta. Sentí que se movía detrás de mí, estirándose. Colocó un brazo debajo de mi cabeza y me rodeó las caderas con el otro, clavándome los dedos con posesividad, un peso sólido que me marcaba a través de las mantas.

Presionó su boca abierta y húmeda contra mi nuca, su voz un murmullo grave contra mi piel. —¿Nunca te cansas de fingir?

—No estoy fingiendo —dije, concentrándome en las tenues grietas del yeso del techo, como si catalogarlas pudiera convertirlo en realidad.

Él resopló. «Eres la persona más deshonesta que conozco».

«Lo dice el hombre que mintió a Recursos Humanos sobre el sabotaje de mi correo electrónico».

—Eso no fue una mentira —dijo con una sonrisa—. Fue una distracción.

Me giré en sus brazos para mirarlo a la cara. A la tenue luz del fuego, los duros rasgos de su mandíbula se difuminaban, suavizados por el cansancio. —Solo dime por qué estás realmente aquí. En esta cabaña en concreto.

Se encogió de hombros, dejando caer lentamente los hombros. «No podía soportar la idea de que me ganaras el mejor alquiler de Las Adirondacks».

«Tonterías. Inténtalo de nuevo».

Él se quedó mirando el fuego que se apagaba, moviendo la mandíbula durante un momento. —Quizá no quería estar solo —dijo en voz baja—. Quizá pensé que si te volvía a ver, esto que hay entre nosotros finalmente se extinguiría.

El viento aulló y un escalofrío se me metió en los huesos, que no tenía nada que ver con el frío. Me ajusté la manta. —Esa es la cuestión. No te odio. Eso sería más fácil.

Se apoyó en el codo y me miró a la cara, buscando alguna mentira. —Entonces, ¿qué sientes?

Dejé que el silencio se prolongara, sopesando las palabras antes de pronunciarlas. —Me hiciste sentir que no era lo suficientemente buena. Esa confesión me provocó un temblor, una verdad que recorrió mi cuerpo antes de que mi mente pudiera negarla.

Él me miró fijamente, con su propia confianza pareciendo tambalearse. —No puedes decir eso en serio.

Negué con la cabeza, clavándome las uñas en las palmas de las manos mientras pronunciaba cada palabra. «Me hiciste parecer débil. Éramos amigos. Confiaba en ti. Y cuando me traicionaste... Todavía puedo sentir la vergüenza ardiente y enfermiza, ese sabor amargo en la garganta. No sabía si quería destruirte o simplemente rendirme».

Su boca se torció y un músculo se le contrajo cerca del ojo. «¿Quieres saber algo enfermizo? Eras la única que pensaba que estaba fuera de mi alcance. Por eso tuve que destrozarte».

Mi voz sonó firme, en contraste con los frenéticos latidos de mi corazón. «Por la misma razón por la que tuve que golpearte». Cerró los ojos durante una fracción de segundo, como si sintiera dolor.

Se inclinó hacia mí, su aliento cálido rozando mi mejilla mientras se pasaba la mano por el cabello. «Hablaba en serio cuando dije que no podía ser tu protegido y desearte al mismo tiempo. Me estaba volviendo loco».

Su voz vibró en mis huesos, repentinamente reemplazada por el olor a café rancio de oficina y el golpe seco de una pelota de ping-pong.

Estábamos tan cerca que podía contar las motas verdes y doradas de sus iris mientras sus pupilas se dilataban.

«Lo ocultaste bien», dije, casi en un susurro.

Él esbozó una pequeña sonrisa sin humor. «No me habrías creído».

«Odiarte habría sido más sencillo», dije, con las palabras rasgándome la garganta.

«Demasiado tarde», dijo.

Levantó la mano, me apartó un mechón de pelo detrás de la oreja con los dedos y me recorrió el cuello con una línea de calor. Me quedé completamente inmóvil, con la respiración atrapada en el pecho mientras luchaba contra el instinto de apartarme. Cuando el rechazo que esperaba nunca llegó, el aire salió de mis pulmones de golpe y me desplomé contra él, rindiéndome al alivio.

Nos quedamos tumbados en el silencio que siguió, con el aroma del humo de leña impregnándonos, mientras los cascabeles de la puerta tintineaban débilmente con el viento.

La yema callosa de su pulgar recorrió el contorno de mi oreja. —¿Recuerdas las fiestas de Navidad de la oficina? Siempre eras la última en irte. Nunca tuve el valor de llevarte bajo el muérdago.

Una sonrisa sincera se dibujó en mis labios y su mirada se posó en mi boca. —Y yo que pensaba que solo disfrutabas convirtiendo mi vida en un infierno.

Me empujó sobre mi espalda con un cuidado lento y deliberado que era menos ternura y más una reivindicación. Su cuerpo se cernía sobre el mío, todo calor y músculos y el aroma limpio de su piel.

—Esto ya no es un juego —dijo, con la voz quebrada en la última palabra, un sonido que resonó en lo más profundo de mi pecho.

—No lo es. —Mis manos se deslizaron desde su rostro hasta sus hombros, aferrándose a él—. Y yo quiero perder.

Me besó, lento y profundamente, con su boca que sabía a whisky y arrepentimiento. Sus manos enmarcaron mi rostro con una inesperada delicadeza que me hizo estremecer. Respondí a su beso, arqueándome para reclamarlo mientras la manta se deslizaba. Su barba incipiente me rozó la mandíbula, anclándome allí con él.

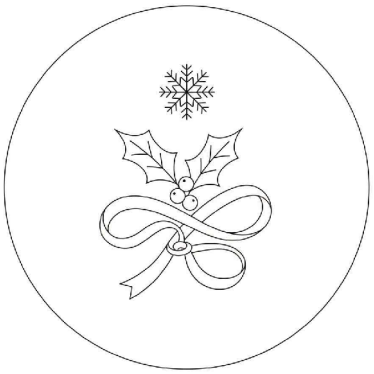
Se apartó, su aliento rozando mis labios en jadeos entrecortados, su frente presionada contra la mía. «Dime que pare», susurró.

Apreté sus camisa con las manos, atrayéndolo hacia mí. «No te atrevas», le ordené con voz áspera.

Él se rió y luego me besó de nuevo, y esta vez no me limité a devolverle el beso. Me rendí, mi cuerpo se ablandó por completo bajo su peso. Solo tenía la certeza de que, cuando saliera el sol, ya no lo odiaría.

Ni siquiera un poco.

Sofía



LO ATERRADOR NO ERA que Derek se apretara contra mí como si fuera dueño de cada centímetro de mi cuerpo, sino lo desesperadamente que yo quería que lo hiciera. A medianoche, el viento sonaba como si fuera el fin del mundo (las ventanas traqueteaban, los árboles gemían bajo el hielo), pero lo único en lo que podía concentrarme era en su brazo rodeando mi cintura, reclamándome incluso mientras dormía. En algún momento de la noche, la caldera se rindió y dejó de funcionar. Apenas me di cuenta, porque Derek era una caldera pegada a mi espalda, con la nariz hundida en mi cabello.

Me desperté con el sonido de unos dientes castañeando. Los míos, me di cuenta, cuando abrí los párpados y vi la escarcha floreciendo como delicadas flores blancas en el cristal sobre la cama, el aire tan frío que me quemaba las fosas nasales con cada respiración. La habitación estaba helada. Derek seguía durmiendo, el imbécil, con

su cuerpo generando suficiente calor como para calentar un sedán de tamaño mediano. Intenté escabullirme y me empujó hacia él, con nuestras piernas desnudas entrelazadas y su mano extendida sobre mi estómago bajo las cobijas.

Mi intento de escapar debió despertarlo. Se movió detrás de mí, apretándome con fuerza, como una trampa. «Sé que estás despierta». Su voz era áspera por el sueño, una orden disfrazada de observación.

«Las leyes de la termodinámica me despertaron», dije. «Estoy bastante segura de que he perdido la circulación en mi pie izquierdo».

Pude oír la suficiencia en su voz incluso antes de verlo sonreír, el muy bastardo. «Me necesitas. Dilo».

Me di la vuelta y al instante me arrepentí cuando mi trasero rozó su pene a través del fino algodón de sus calzoncillos. Estaba duro, y no de la forma suave de una erección matutina. Debería alejarme, pero mi cuerpo me traicionó, presionándose más cerca de su calor, anhelando precisamente aquello a lo que me había dicho que resistiera.

Como si sintiera mi necesidad, Derek deslizó la mano bajo mi suéter prestado y me acarició lentamente la columna vertebral con la palma. —Encenderé la chimenea.

—Nosotros —dije—, significa tú. Yo me quedaré bajo esta manta hasta que llegue la primavera. Pero incluso mientras lo decía, una parte de mí quería que él ignorara mis protestas y decidiera por mí.

Me besó el hombro, solo una vez, con los labios posados en mi piel. Sentí inmediatamente la pérdida de su calor cuando se separó

de mí y se dirigió hacia la sala, con los boxers caídos sobre las caderas y los músculos de la espalda y los hombros flexionándose con cada paso.

A pesar del frío que se apoderó de mí donde antes estaba su calor, observé las largas líneas de su espalda y, cuando miró por encima del hombro, no aparté la vista. La fachada entre nosotros se había derrumbado por completo.

Encendió el fuego rápidamente, metódicamente, como si lo hubiera hecho mil veces antes. Lo observé desde la cama, abrazada a las mantas, negándome a admitir que sin él el frío era peor. Cuando las llamas prendieron, la habitación se sintió menos hostil.

Derek señaló el colchón, con un tono que no admitía réplica. —Vamos a acercarlo al fuego. Ahora mismo.

—No se deben poner camas delante de las chimeneas —dije.

—Exacto —sonrió y arrastró el colchón fuera del armazón con un gruñido—. Va contra las reglas.

Le ayudé a colocarlo en su sitio. Arrastramos el colchón hasta cerca de la chimenea, y el calor de las llamas me calentaba la cara. Cuando terminamos, él se dejó caer hacia atrás, jadeando, y luego se acercó a mí con los brazos abiertos.

Me dejé caer a su lado, sin aliento. «Esto parece demasiado doméstico».

El tono de mi voz debió de llamar su atención, porque se giró hacia un lado, apoyándose en el codo. «Lo dices como si fuera una amenaza».

Esperé el sarcasmo, la pulla, pero nunca llegó. En cambio, me acarició la cara, recorriendo la línea de mi mandíbula con la yema

del dedo. La tensión habitual alrededor de su boca había desaparecido, su mirada era tan directa que sentí un nudo en el estómago.

«¿Qué?», dije.

Siguió tocándome, lento, deliberado, con los dedos callosos y ásperos contra mi piel, como si estuviera aprendiendo mi rostro de memoria solo con el tacto. «Nunca dejas que nadie haga esto, ¿verdad?».

«¿Hacer qué?».

«Dejar que te mire», dijo, bajando la voz a ese tono autoritario que me provocaba un nudo en el estómago. «Mirarte de verdad. Deja de esconderte de mí».

Quería ignorarlo, pero no lo hice. Dejé que me mirara, dejé que el fuego y las luces navideñas jugaran con mi piel.

«Eres hermosa», dijo, con la voz ronca por la emoción. «Tienes que saberlo».

Sus palabras tocaron algo muy profundo dentro de mí. Intenté reírme, pero solo me salió un risita temblorosa. —Solo dices eso porque soy la única mujer en cincuenta kilómetros a la redonda.

Él negó con la cabeza y me acarició la mejilla con el pulgar. —No. Lo digo porque debería habértelo dicho antes. Y porque es verdad.

Su mano se deslizó hasta mi nuca, sus dedos se enredaron en mi cabello y me atrajo hacia él. Me besó suavemente, luego con más intensidad, su boca sabía a sueño y a algo único en él, hasta que el frío desapareció y no quedó nada más que calor.

Me abrí para él, dejando escapar un suave gemido mientras empujaba mis caderas hacia adelante. La invitación sin palabras

flotaba entre nosotros, cargada de todo lo que habíamos estado evitando.

Me subió el suéter, dejando mi cintura al descubierto a la luz del fuego. Sus manos se movieron sobre mi piel con reverente lentitud, sus dedos trazando cada curva y cada hueco.

Cada caricia me hacía arquearme más hacia él.

El calor de su tacto hacía que la tela me resultara sofocante. «Quítatelo». Su voz era una orden, con los dedos aún agarrados al dobladillo como si fuera a arrancarlo él mismo si yo dudaba.

Dudé, pero algo más profundo que el deseo brilló en sus ojos. Tal vez era expectación, o una orden directa, pero, en cualquier caso, mi cuerpo respondió antes de que mi mente pudiera protestar.

Me quité el suéter por la cabeza, con el cabello electrizado y revuelto, crepitando suavemente en el aire seco. Derek extendió la mano, cogió un mechón y, con un suave tirón, me lo colocó detrás de la oreja, lo que me provocó un escalofrío.

«Perfecto», murmuró. Su mano me acarició el pecho, su pulgar rodeó mi pezón a través del fino algodón, y la tela creó una fricción que me hizo temblar de deseo.

Me apreté contra él, necesitada y sin vergüenza. La idea de ser completamente suya hizo que el calor me recorriera el cuerpo de una forma que nunca había admitido desear.

Me besó el cuello, por encima de la clavícula, con su aliento cálido contra mi piel, y luego tiró de la tira de mi camiseta con los dientes, y la tela de algodón se deslizó con un suave susurro. Su boca la siguió, con calor, lengua y dientes que me provocaron escalofríos.

«Joder». Clavé mis uñas en su espalda, jadeando mientras él me trabajaba.

Él rozó sus dientes a lo largo de mi clavícula. «¿Eso es una queja?».

Cada terminación nerviosa gritaba por más. «Sigue». Las palabras salieron raspando de mi garganta.

Él accedió, quitándome la camiseta y los pantalones de chándal con deliberada lentitud hasta que quedé desnuda sobre el colchón, con la piel sonrojada a la luz del fuego.

Derek besó mi estómago, su aliento caliente contra mi piel, deteniéndose en mi ombligo, donde su lengua trazó un círculo lento, luego más abajo, con un agarre firme y posesivo en mis muslos. Su lengua me encontró sin dudar, y la primera caricia me hizo jadear. Me estimuló con deliberada precisión, deslizando la lengua sobre mi clítoris en círculos lentos y enloquecedores, luego moviéndola más rápido, alternando la presión hasta que mi respiración se detuvo y murió en mi garganta.

Me corrí rápido, demasiado rápido, el placer me invadió en oleadas que lo nublaron todo. Arqueé la espalda sobre el colchón y un grito entrecortado se escapó de mi garganta. Él no se detuvo, su boca implacable, chupando con más fuerza, prolongando cada estremecimiento hasta que mis piernas temblaron incontrolablemente y yo sollocé: «Por favor, otra vez, por favor».

Se apartó, se limpió la boca y me miró como si acabara de descubrir el fuego. «Esa es una», dijo.

«¿Una qué?».

«Un orgasmo. Voy a llevar la cuenta», dijo, deslizando los dedos por mi humedad antes de abrirme más, reclamando la propiedad de mi placer. «Te ves tan jodidamente bien cuando te rindes a mí, toda resbaladiza e hinchada».

Eché la cabeza hacia atrás. «Qué arrogante».

Me mordió la parte interna del muslo, con la fuerza suficiente para dejarme una marca. «Te encanta».

Me encantaba. Una emoción me recorría con cada caricia áspera y cada provocación lenta, y me retorcí contra él, deseando más.

Se quitó los calzoncillos con un suave susurro de algodón, dejando al descubierto su pene, ya duro y grueso, enrojecido en la punta con gotas de líquido preseminal. Lo rodeó con la mano, acariciándolo lenta y constantemente mientras me observaba retorcerme, el sonido húmedo de sus movimientos apenas más fuerte que el crepitar del fuego.

«Quiero verte montarme». Sus palabras salieron ásperas, tensas.

Una necesidad primitiva se apoderó de mí y empujé contra su pecho hasta que me dejó montarme sobre él, con los muslos apoyados a ambos lados de sus caderas. Me agarró el trasero y me guió hacia abajo hasta que la punta de su pene presionó mi clítoris.

Me quedé paralizada.

Mi repentina inmovilidad debió alarmarlo. «¿Qué pasa?». Aflojó el agarre, pero no me soltó, y me miró a los ojos.

«¿Tienes... un condón?». Intenté mantener la voz firme, pero su absoluta concentración me desconcertó.

Él negó con la cabeza. «No. No traje ninguno».

Lo miré fijamente, con el corazón latiéndome con fuerza. «Estás bromeando».

Su sonrisa era puramente lobuna. «No. Supongo que serás mía hasta que pase la tormenta». La certeza posesiva de su voz debería haberme aterrorizado. En cambio, hizo que un calor líquido se acumulara entre mis muslos.

«¿Y si me quedo embarazada?». La pregunta salió antes de que pudiera detenerla, y mi cuerpo se tensó ante la idea.

—Entonces llevarás mi bebé. —Sus manos se apretaron sobre mis caderas, manteniéndome cautiva—. Y todos sabrán exactamente a quién perteneces.

Me hundí en él, centímetro a centímetro, y la gruesa cabeza de su pene me abrió hasta que jadeé. El ardor era exquisito, mis resbaladizas paredes lo apretaban mientras mi cuerpo luchaba por acomodar su tamaño. Me llenó por completo, cada terminación nerviosa viva, y su respiración se entrecortó cuando lo tomé hasta el fondo, sus manos agarraron mis caderas con tanta fuerza que me dejaron moretones, mientras sus ojos devoraban cada destello de placer y dolor que cruzaba mi rostro.

«Joder», gimió. «Qué bien se siente. Qué jodidamente apretada estás».

Me mantuvo allí, sin moverse, haciéndome tomar cada centímetro antes de dejarme marcar el ritmo.

Lo cabalgué lentamente, levantando mis caderas hasta que solo la punta permaneció dentro, luego empujando con fuerza, tomándolo hasta el fondo. Mi clítoris se arrastraba contra la gruesa base de su pene con cada movimiento, la fricción enviando chispas a través de

mi núcleo. Sus ojos se vidriaron, la mandíbula apretada, fijos en mí mientras yo trabajaba sobre su longitud.

Ya estaba cerca. La comprensión brilló en sus ojos.

«Todavía no». Sus manos se movieron hacia mis muñecas, arrastrándolas detrás de mi espalda, una posición que arqueaba mis pechos hacia él mientras la chispa de rebeldía se apagaba bajo oleadas de placer. «Pídelo como la buena chica que eres».

Mi visión se nubló por los bordes mientras lo miraba con ira, pero él siguió moviéndome, arriba y abajo, lento y profundo.

«Pídelo». Su voz era acero envuelto en seda, autoritaria e irresistible.

—Por favor. —La palabra salió entrecortada.

Él negó con la cabeza. «No es suficiente».

Mi orgullo se había esfumado, consumido por la necesidad. «Por favor, déjame correrme. Por favor».

Él seguía sin ceder. «Dime que eres mía».

El placer se apoderó de mi estómago, amenazando con destrozarme, y dejé de preocuparme por mi orgullo.

«Soy tuya». Las palabras salieron de mi garganta como un secreto que había guardado toda mi vida, una confesión que no sabía que estaba deseando hacer.

Me soltó las muñecas y sus manos encontraron mi trasero, clavando los dedos mientras me empujaba con fuerza, respondiendo a cada embestida con brutal precisión. El húmedo sonido de la piel contra la piel llenó la cabaña, mezclándose con mi respiración entrecortada mientras me penetraba sin descanso. Cuando me derrumbé a su alrededor, con mis paredes internas apretándose con

fuerza, grité su nombre; el sonido resonó en las paredes de la cabaña, sin importarme si toda la montaña lo oía.

Me dio la vuelta, inmovilizándome los brazos por encima de la cabeza mientras me penetraba con fuerza desesperada. Su pene se hinchó y palpitaron mientras se corría profundamente dentro de mí, con todo su cuerpo temblando. Sentí cada chorro caliente mientras se vaciaba, su liberación inundándome mientras gemía mi nombre contra mi garganta, sus caderas sacudiéndose con las réplicas.

Durante mucho tiempo, los únicos sonidos fueron el silbido del fuego y nuestras respiraciones entrecortadas sincronizadas en el silencio.

Aflojó su agarre y luego besó mi hombro, donde sus dientes me habían marcado. «¿Estás bien?».

Asentí con la cabeza, demasiado agotada para hablar.

Me atrajo hacia su pecho, abrazándome tan cerca que podía sentir el latido constante de su corazón contra mi espalda.

Nos quedamos así, tumbados, viendo cómo el fuego se apagaba hasta convertirse en brasas incandescentes. Todas las veces que me había dicho a mí misma que no quería esto, que no lo quería a él, eran mentiras. Todas y cada una de ellas.

Todas mis huidas siempre me habían llevado a esto. A él. A nosotros, aquí, frente a la tormenta.

Sus dedos peinaron mi cabello, con un gesto perezoso y posesivo. «Sabes que podemos volver a hacerlo, ¿verdad?». La pregunta tenía un matiz de incertidumbre, como si necesitara mi permiso para tener esperanza.

Apreté mi rostro contra su pecho, respirando su aroma. «Vas a arruinarme para cualquier otra persona».

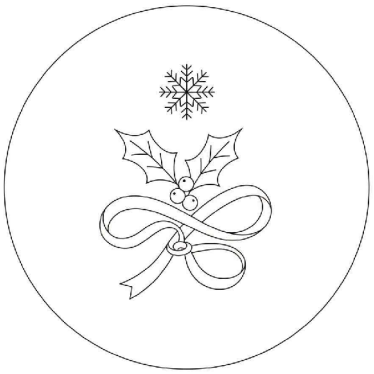
Me besó en la coronilla. «Por supuesto que sí, y solo estaré contigo».

Durante un largo momento, me permití creerlo, alejando la voz que me susurraba que eso no duraría más allá de la tormenta.

El ruido de la nieve y el viento estaba presente, pero su presencia era más significativa.

Y él, abrazándome como si fuera lo único que valía la pena salvar.

Sofía



ME DESPERTÉ CON LA mejilla apoyada en el pecho de Derek, el aroma de su piel aún mezclado con el humo del fuego que se apagaba, todavía procesando en qué nos habíamos convertido en la oscuridad. En un segundo, estaba enredada y abrigada contra él; al siguiente, el mundo irrumpió con un estruendo que hizo vibrar los huesos de mi cráneo.

El vidrio se rompió con un estruendo cristalino. El aire helado atravesó la cabaña, cortando directamente la cama como cuchillos de hielo contra mi piel desnuda. Me incorporé de un salto, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. Derek se levantó de un salto a mi lado, enredado en las sábanas, con la adrenalina inundando su rostro.

Durante un segundo, nos miramos fijamente, con los ojos desorbitados, ambos en ropa interior, con el cabello revuelto y la piel

aún sonrojada por la noche anterior. La única luz era el resplandor moribundo del fuego, que parpadeaba en el piso.

Él se movió primero, con los pies descalzos tocando el suelo sin dudar, los hombros rectos mientras se dirigía hacia el ruido. «Quédate aquí», ordenó, con un tono protector en la voz que me provocó un cosquilleo desagradable en el pecho, como si fuera a hacerle caso.

Lo seguí por las escaleras, enfundándome una camisa de franela mientras bajaba. La sala principal era un desastre: un agujero astillado donde antes estaba la ventana panorámica, el viento aullando con el olor penetrante de los pinos y la nieve, y el árbol de Navidad inclinado como un borracho, con el oropel esparcido por todas partes como plata rota.

Una rama enorme, negra y nudosa, había atravesado la ventana, arrastrando consigo un manto de nieve.

—Vaya, eso es nuevo —dijo Derek. Ya se estaba moviendo, flexionando los músculos mientras apartaba la rama con el hombro y empujaba la madera hacia afuera para evitar que el vidrio se derrumbara por completo—. Trae toallas. Cualquier cosa que encuentres para detener la corriente de aire.

No hizo falta que lo repitiera. Corrí al armario del pasillo y saqué todas las mantas y colchas, apilándolas al pie de la brecha. Mis manos se entumecieron al instante por el frío.

Derek levantó la rama, apoyó el pie contra el alféizar de la ventana y la arrancó. El árbol de fuera crujió y luego se desplomó, dejando un agujero irregular en la pared. La nieve entró a raudales por mi improvisada barrera, cubriendo la alfombra y el sofá.

Me miró, con el cabello pegado a la frente. «¿Crees que puedes hacer trabajo manual?».

«Cuando estoy lo suficientemente motivada», respondí, con la mirada recorriendo su cuerpo casi desnudo a pesar de la crisis. «¿Tienes pantalones o la hipotermia es parte de tu encanto?».

Él sonrió, acercándose hasta que pude sentir el calor que irradiaba su piel, sus ojos clavados en los míos con una intensidad peligrosa. «¿Celosa de que el frío acapare toda la atención?». La pregunta tenía más peso que un simple coqueteo.

—¿Del frío? Sí. Te está tocando más que yo —dije, con la mirada fija en la piel de gallina que se le estaba formando en el pecho.

Él se rió y luego me indicó con un gesto que sostuviera una manta mientras él salía por la puerta lateral. Reapareció con tablas y una caja de herramientas. «Lo taparemos con tablas», dijo, sin esperar a que yo aceptara. «Sujeta las tablas mientras las clavo en su sitio».

«No es así como me imaginaba que iba a ser», murmuré, pero sujeté la primera tabla en su sitio. Nuestras manos se encontraron sobre la madera, la suya lo suficientemente grande como para tragarse la mía por completo, áspera y con callos. El simple contacto hizo que el calor recorriera mi brazo. Después de años de distancia profesional, por fin estábamos trabajando juntos en lugar de uno contra el otro.

Él se dio cuenta de que lo estaba mirando fijamente. «Concéntrate».

—Tú eres el que tiene el martillo —le respondí—. Intenta no destruir el resto de la casa.

Trabajamos en silencio, con el ritmo del martilleo y el roce de la madera sobre la madera llenando el espacio. Él se anticipaba a mis movimientos y me pasaba la siguiente tabla antes de que se la pidiera. Yo le ayudaba a apuntar sin que me lo pidiera. A pesar de todo lo que había entre nosotros, nos movíamos como si fuéramos compañeros desde hacía años, no enemigos obligados a trabajar juntos por las circunstancias.

Cuando terminamos, el viento seguía aullando, pero era más sordo y el frío era soportable. Derek dio un paso atrás y observó nuestro trabajo.

«No está mal», dijo, secándose el sudor de la frente a pesar del frío. «Podría ser un nuevo trabajo extra».

«No hago trabajos manuales gratis», dije. «Ni a temperaturas bajo cero».

Algo cambió en el ambiente entre nosotros mientras nos apartábamos para admirar nuestro trabajo. Me atrajo hacia él, rodeándome la cintura con los brazos y presionando mis pechos contra su pecho desnudo. «Te pagaré con el calor de mi cuerpo», dijo con voz ronca por el deseo. «Es todo lo que tengo ahora mismo».

«Eres un idiota», dije, pero mi voz se había vuelto suave y toda mi fuerza se había desvanecido. Me acerqué hasta poder sentir los rápidos latidos de su corazón, mi pulso sincronizándose con su ritmo. Era un terreno peligroso: no solo por el deseo, sino por la forma en que me hacía querer confiar en él de nuevo.

Me levantó la barbilla, leyendo el conflicto en mis ojos. «Casi morimos», dijo, con voz tranquila y seria.

«Estás siendo dramático», dije, pero mi voz temblaba un poco.

Se inclinó hacia mí, tan lento y deliberadamente que tuve tiempo de sobra para huir. No lo hice. En cambio, me incliné hacia él, mis pezones endureciéndose contra su pecho a medida que la distancia entre nosotros se reducía. Su boca se cernió sobre la mía, su aliento cálido, sus manos apretadas sobre mis caderas, sus pulgares acariciando la piel desnuda por encima de la cintura de mi vestido.

Entonces, en un momento cósmico perfecto, un lobo aulló fuera de la cabaña: fuerte, cercano, triste como el infierno, el sonido resonando en las montañas y vibrando a través del suelo. Fue tan inesperado que di un salto. Derek soltó una carcajada, pero sus manos nunca abandonaron mi cuerpo.

«La naturaleza nos ha fastidiado», dijo, sacudiendo la cabeza.

«La historia de mi vida», respondí, aunque mi coño ya estaba mojado y deseando que me inclinara sobre la mesa de la cocina y me follara hasta que gritara.

Me soltó, pero no sin antes rozar mis labios con los suyos, un gesto tan inusualmente tierno que derribó todas las defensas que me quedaban. «Entremos en calor antes de que llegue el próximo desastre», dijo con una voz más suave que nunca mientras me llevaba de vuelta al colchón.

Con el hechizo roto, pero no la tensión, arrastramos la ropa de cama lo más cerca posible del fuego. Derek echó más leña en la estufa y luego se quitó los calzoncillos mojados, secándose con una toalla delante de mí como si nada, con la luz del fuego jugando sobre su piel y proyectando sombras sobre su polla gruesa y semierecta. Observé cada movimiento, con la boca seca por el

deseo, y luego me quité mi propia franela helada y me metí bajo las mantas.

Se deslizó detrás de mí, todo calor y músculos, rodeándome la espalda. «¿Estás bien?», preguntó en voz baja.

«Nunca mejor», respondí. «¿Y tú?».

Deslizó una mano bajo mi suéter, extendiendo los dedos sobre mis costillas, con la palma cálida contra mi piel fría. Podía sentir su corazón aún acelerado por la adrenalina, al igual que el mío. Después de un largo momento, dijo: «No dejo de pensar en lo que habría pasado si no lo hubiéramos logrado».

«Habrías salido medio desnudo, como el leñador más tonto del mundo», dije, con la voz entrecortada al darme cuenta de lo cerca que había estado de perderlo.

Me pellizcó el costado, pero su expresión se volvió seria. «Hay tantas cosas que me habría arrepentido de no haberte dicho nunca».

No respondí. La experiencia cercana a la muerte había despojado toda pretensión, todo muro cauteloso que había construido. La adrenalina se estaba transformando en algo completamente diferente: un deseo puro que ya no podía ocultar. Me giré para mirarlo, apretando los muslos mientras la humedad se acumulaba entre ellos, con el clítoris ya hinchado por el deseo.

Me apartó un mechón de pelo mojado de la cara, con un toque prolongado, como si estuviera memorizando el tacto de mi piel. «¿De qué te arrepentirías?». Su voz se quebró ligeramente al formular la pregunta, revelando su propia vulnerabilidad.

Las palabras se me atragantaron en la garganta, demasiadas y a la vez insuficientes. En lugar de eso, me limité a mirarlo, memorizando

los ángulos marcados de su rostro, el desorden de viejas cicatrices en sus nudillos.

Sus ojos recorrieron mi rostro, deteniéndose en mis labios entreabiertos. Por supuesto que vio mi deseo. Siempre lo hacía.

«Te voy a decir algo», dijo, bajando la voz.

—Entonces dímelo —susurré, sabiendo ya que me rendiría a cualquier cosa que me pidiera.

Él sonrió, pero algo más oscuro brilló en sus ojos. —¿Quieres saber de qué me arrepentiría? —Su mano se deslizó hacia abajo para agarrarme la cadera de forma posesiva—. De no decirte lo mucho que te deseaba. De cómo he imaginado tomarte contra esa ventana, desnuda, con los brazos en alto, rogándome que te follara. Te inclinaré sobre el alféizar y me aseguraré de que cualquiera que pase por allí sepa que eres mía.

Su mirada escrutó mi rostro como si esperara que saliera corriendo. Algo se rompió en mi pecho: años fingiendo que no quería exactamente esto, exactamente a él.

No era así. Su confesión destrozó mi última resistencia, sustituyendo el miedo por un deseo desesperado. Presioné mis caderas contra las suyas, frotándome contra su dureza que se tensaba entre nosotros, con mi vagina ya húmeda y lista. «Hazlo. Si los lobos quieren un espectáculo, dáselo».

Él gimió, grave y autoritario, y me empujó sobre mi espalda, separándome las piernas con una sola rodilla. Su boca se estrelló contra la mía, exigente, tragándose mi jadeo mientras sus manos se aferraban a mi cabello.

Me arrancó el suéter por la cabeza, lo arrojó al fuego y luego me inmovilizó las muñecas por encima de la cabeza. La restricción me provocó una descarga eléctrica. Por fin, alguien tomaba el control. La áspera manta de lana me arañaba la piel, pero no me importaba. Me arqueé, desesperada por la fricción, ansiosa por él.

Me soltó las muñecas para besarme el cuello, luego más abajo, mordiéndome los pezones hasta que jadeé. «Te encanta esto», dijo, y luego lamió el dolor. «Has estado esperando a que alguien tomara el control, ¿verdad?».

Lo miré con ira, pero mis caderas se movieron solas, delatando lo desesperadamente que ansiaba sus palabras, su control. «Hablas demasiado».

Él se rió, pero luego su expresión se volvió más oscura, más concentrada, mientras se alineaba con mi clítoris y empujaba hacia adentro, lento e implacable, estirándome alrededor de su gruesa polla. Jadeé por la plenitud, mis paredes resbaladizas apretándose alrededor de él mientras clavaba mis uñas en su espalda, sin delicadeza.

Me folló con fuerza, tal y como yo necesitaba, como si cada embestida me marcara como suya, con su polla penetrándome profundamente y golpeando ese punto perfecto dentro de mí. Mi cabeza golpeaba la almohada con cada embestida, el cabello en mi cara, el sudor en mis labios, los sonidos húmedos de nuestros cuerpos chocando entre sí llenando el aire mientras me rendía completamente a su control.

Cuando me corrí, mi coño se apretó alrededor de él, oleadas de placer me atravesaron hasta dejarme sin aliento. Él no aminoró el

ritmo, persiguiendo su propio clímax, con las manos agarradas a mis muslos, forzándolos a abrirse cada vez más.

«Dilo», ordenó, con voz áspera y posesiva. «Dime que eres mía. Dime que lo necesitas».

«Soy tuya», jadeé, con las palabras arrancadas de lo más profundo de mi ser. No era una mentira. Ya no. Una rendición contra la que había estado luchando desde el momento en que nos conocimos.

Me folló hasta el final, moviendo las caderas hasta correrse con un juramento, inundándome con un calor que me dejó temblando.

Durante un minuto, los únicos sonidos fueron el viento y el suave y obsceno chapoteo de nuestros cuerpos aún unidos. Luego, la respiración de Derek se estabilizó contra mi cuello.

Se derrumbó a mi lado, el peso de lo que acabábamos de compartir se instaló entre nosotros. Un brazo sobre mi cintura, la cara hundida en mi cabello.

«He deseado esto desde el día en que nos conocimos», le susurré, las palabras brotando después de años de negación. «Me odiaba a mí misma por desearte».

Después de un momento, me atrajo hacia él, con una mirada feroz y posesiva. «La próxima vez, te pondré contra esa ventana para que todos vean a quién perteneces».

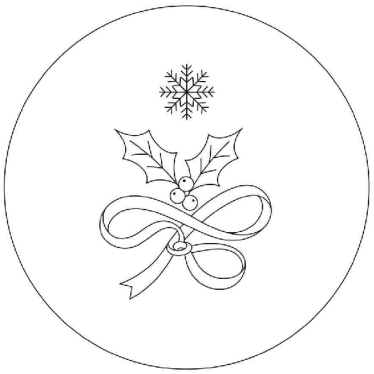
La promesa hizo que el calor volviera a recorrerme. «Más te vale», dije. «Quiero que todo el maldito bosque lo vea».

Él se rió, el sonido retumbando en su pecho mientras presionaba sus labios contra el hueco de mi cuello.

Algo se asentó en mi pecho. Por una vez, no me importaba si alguien nos observaba.

Si el mundo iba a acabar, al menos por fin había conseguido lo que quería.

Sofía



MI CUERPO ERA UN mapa de dolores que no tenían nada que ver con el sueño. Por la mañana, el mundo exterior era blanco como el cristal y silencioso. El colchón frente al fuego estaba frío, el aire olía a ceniza, al igual que el espacio donde debería haber estado Derek. Había desaparecido antes del amanecer, dejándome sola con las ruinas de quien solía ser.

Me senté, luchando contra el frío y la mortificación, y luego me puse la franela más cercana, la suya, por supuesto, no la mía. Me llegaba por debajo de las rodillas y aún olía a él: sal, sudor y el leve aroma a whisky que se instaló en lo profundo de mi pecho. La sala de estar era una zona catastrófica: sábanas arrugadas y torcidas, almohadas en el piso, el árbol de Navidad doblado en un ángulo de cuarenta y cinco grados, brillando con las últimas luces alimentadas por pilas. La nieve se colaba a través de los huecos de nuestro

parche casero en la ventana, cubriendo la casa de jengibre volcada y filtrándose en la alfombra en una pequeña avalancha festiva.

Mi mirada recorrió la habitación y se posó en Derek, que estaba de pie, sin camisa y descalzo, junto a la ventana, mirando a través de las tablas la tormenta como si pudiera detenerla con la fuerza de su voluntad. Tenía los brazos apoyados en el marco, los hombros marcados y la cabeza inclinada. Parecía un depredador decidiendo si reclamar su territorio o reducirlo a cenizas.

Sus ojos se encontraron con los míos en el reflejo del vidrio, su aliento empañando el frío cristal. —La carretera sigue cubierta —dijo con voz ronca—. Nunca traerán una quitanieves aquí antes de Navidad.

Me envolví más con la franela, y mis pasos cautelosos resonaban ridículamente fuertes en el repentino silencio. «Pareces decepcionado», le dije. «Casi como si quisieras que te rescataran».

Él resopló. «Tú tienes ese efecto en la gente. Empiezan a soñar con escapar».

¿Fue lo de anoche un sueño febril o una declaración de guerra? Quizás ambas cosas. «Esto es solo otra parte de tu plan de conquista, ¿no? Atraparme aquí arriba».

Finalmente me miró, con la mandíbula apretada y los ojos rodeados de un halo gris. —No he montado nada.

—Claro. Porque tú y las coincidencias navideñas van de la mano.

Me miró fijamente, sin decir nada. El silencio se prolongó entre nosotros, peligroso y cargado. Todavía podía sentir la forma de sus manos en mis caderas, mis muñecas, mi garganta. Todavía sentía el sabor salado de su sudor, sus palabras aún resonaban en mi oído.

«Di que eres mía». Como si fuera tan fácil. Como si nuestras carreras fueran a sobrevivir a eso.

El recuerdo era demasiado. Pasé junto a él hacia la cocina, fingiendo una naturalidad que no sentía. «Relájate. Una vez que se abran las carreteras, podremos volver a fingir que esto nunca sucedió».

Apenas había dado un paso hacia la despensa cuando él se movió, bloqueándome el paso y empujándome contra la isla de la cocina hasta que mi espalda golpeó el frío bloque de madera con un ruido sordo. No me tocó, solo se acercó lo suficiente como para que el calor que desprendía me llegara en oleadas.

«¿Es eso lo que quieres?», preguntó clavando sus ojos en los míos. «¿Fingir?».

Abrí la boca, dispuesta a decir algo ingenioso, pero no me dio oportunidad. Acortó la distancia y me enmarcó el rostro con las manos, aplastando su boca contra la mía en un beso que sabía a whisky y discusiones amargas. No hubo delicadeza, solo una fuerza contundente y una necesidad frenética que me robó el aliento. Respondí a su boca, dejándome devorar, una parte cruda y honesta de mí que ansiaba precisamente eso.

Rompió el beso con un gruñido, rozando mis mandíbulas con los dientes. —No vas a salir de aquí como si nada hubiera pasado.

Levanté la barbilla, aunque mi corazón latía con fuerza contra mis costillas. —Si tienes un plan mejor, más vale que te des prisa. La tormenta no va a durar para siempre.

Él se rió con una risa baja y maliciosa. «¿Quieres un plan? Muy bien». Me levantó y me subió al mostrador con una facilidad que me

dejó sin aliento, y me besó de nuevo, más lentamente, con una precisión que hizo que mi pulso se acelerara. Una mano me sujetó por la cadera, manteniéndome en mi sitio, mientras que la otra se deslizó bajo la franela, subiéndola hasta dejarme con el trasero al descubierto sobre el frío mármol.

Hundí las uñas en sus hombros, decidida a no darle la satisfacción de un gemido, pero una risa grave retumbó en su pecho contra mi oído. Su boca bajó por mi cuello, mordisqueando la tierna piel, con la lengua siguiendo círculos perezosos y atormentadores.

—No más juegos —dijo con voz apagada, como una orden contra mi garganta.

«Depende», logré decir, «de cómo pienses jugar».

Él sonrió, mostrando sus dientes afilados, y con un solo movimiento me giró hasta dejarme inclinada sobre la encimera, con la franela subida hasta las caderas. Mi aliento se condensaba sobre el granito y mi corazón latía con fuerza en mis oídos.

«¿Sabes cuál es tu problema?». Deslizó la mano por mi espalda, frotando lentos círculos justo por encima de mi trasero.

«¿Solo uno?», logré decir, y luego jadeé cuando su mano bajó con fuerza, y el dolor se extendió instantáneamente desde mi piel hasta mi interior.

Lo hizo de nuevo, con más fuerza. —Te encanta pelear, pero nunca te permites perder. No del todo.

Me mordí el labio para no gritar, la sacudida de placer era tan intensa que sentí como si me hubiera marcado con un hierro candente donde había estado su mano.

«Veamos si podemos arreglar eso». El aroma limpio y frío del granito inundó mis sentidos cuando se introdujo dentro de mí: sin previo aviso, sin piedad, solo una entrada larga y castigadora.

Me arqueé, con las manos apoyadas en la piedra, el estiramiento y la plenitud tan repentinos que no podía respirar. Me mantuvo allí, moviéndose lenta y profundamente, el grueso borde de su pene rozando mis paredes con cada movimiento calculado, arrancando otro sonido entrecortado de mi garganta.

«Di que eres mía», exigió de nuevo, con la voz pegada a mi oído.

Negué con la cabeza, no por negación, sino por desafío. «Oblígame».

Él respondió con un gruñido grave y luego no hubo más palabras.

Nuestros cuerpos se golpeaban, el sonido resonaba en la cabaña con un ritmo frenético contra la tormenta que rugía afuera. Él extendió la mano, su pulgar encontró mi clítoris, presionando y frotando con fuerza, en círculos implacables hasta que yo sollozaba, rogándole que me llamara suya.

«Córrete para mí», gruñó, y con esa orden, todo mi cuerpo se tensó y mi orgasmo me atravesó en una serie de espasmos incontrolables.

En lugar de detenerse, me mantuvo allí, su ritmo se volvió brutal, golpeándome mientras exigía su propia liberación. Se corrió con un rugido, apretando su mandíbula contra mi hombro, marcándome con una presión tan fuerte y posesiva que me dejaría marcas durante días.

Se retiró, me giró y me besó, mordiéndome el labio inferior con tanta fuerza que me hizo sangre antes de que su lengua se

sumergiera para reclamar el sabor. Cuando finalmente me soltó, mis rodillas se doblaron y me habría derrumbado si sus manos no hubieran seguido agarrándome los brazos.

Con un destello de victoria en los ojos, sonrió y me levantó del mostrador. Sus pies descalzos eran silenciosos sobre la alfombra mientras me llevaba de vuelta al colchón, con un abrazo sorprendentemente suave, como si fuera algo precioso en lugar de algo que acababa de desmantelar.

Me acostó, colocándome la franela alrededor de la cintura mientras se inclinaba sobre mí, con los ojos oscuros. «Ni se te ocurra intentar huir», dijo. «La próxima vez te ataré a la cama».

Debería haberle mandado a la mierda. Debería haber hecho una broma, o al menos haber amenazado con morderlo. En cambio, me quedé allí tumbada, con todos los músculos relajados e inútiles, incapaz de impedir que se subiera a mi lado.

Me atrajo hacia él y me abrazó con tanta fuerza que apenas podía moverme. Debería haberme puesto rígida y odiado la forma en que se metía bajo mi piel. Pero se me escapó un suspiro y mis músculos se relajaron en una rendición silenciosa y traicionera.

Dejé de luchar contra él y contra mí misma. Durante un peligroso instante, dejé que la comodidad de sus brazos fuera mi mundo entero.

❄

Nos sentamos junto al fuego comiendo puñados de cereales secos y azucarados, cuyo dulce crujido contrastaba extrañamente con el

whisky que nos pasábamos el uno al otro. Después de avivar el fuego, leímos el resto de las cartas, con nuestros únicos atuendos: feos suéteres y moretones. Su reto era sencillo: leer el pasaje más obsceno sin apartar la mirada. Mi voz no vaciló, pero sentí una nueva humedad entre mis piernas.

Un repentino goteo procedente del alero me alertó de que la tormenta había amainado por fin. Afuera, el paisaje era azul y tranquilo, y el único sonido era el suave goteo de la nieve derretida, mientras todos los árboles se inclinaban bajo su peso adicional.

Derek me llevó hasta la ventana, rodeándome la cintura con los brazos, y señaló los carámbanos que reflejaban la luz moribunda.

Apoyó la barbilla en mi hombro. «Es casi bonito».

Me recosté contra su pecho, con los músculos tensos por la mentira. «Casi».

Me besó en la cabeza, con la mandíbula tensa contra mi cabello. «Probablemente nos despidan por esto».

«¿Nosotros?», dije, volviéndome hacia él, tratando de aparentar una alegría que no sentía. «Yo soy la que tiene una negación plausible. Tú eres el que decidió tomar el control».

Él se rió, con una risa plena y sincera. «¿Crees que se lo van a creer?».

«Ni por un segundo».

Entonces me miró, me miró de verdad, y su mirada inquisitiva me hizo preguntarme si la mujer de la noche anterior seguía allí.

—No eres lo que esperaba —dijo con voz suave, apretándome la cadera con la mano.

Recosté la cabeza contra el frío cristal. —Tú tampoco.

Me tomó el mentón con la mano y me acarició la mejilla con el pulgar, como para reclamarme como suya. «Di que eres mía», susurró.

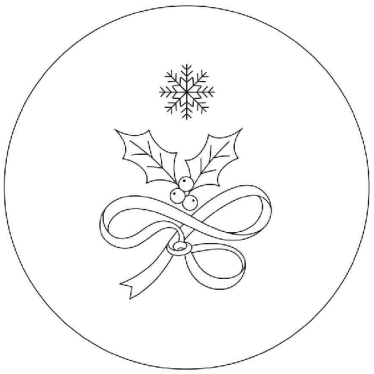
Esta vez no discutí. Acerqué mi mano a su mejilla y asentí con la cabeza.

Me besó, un beso lento y dulce que era una promesa de que nada volvería a ser igual.

La ventisca rugía, sacudiendo el cristal y escupiendo nieve por la chimenea. Pero el fuego era un dios hambriento, y el calor era húmedo y pesado en el pequeño espacio. Su aliento sabía a victoria.

Enterré mi rostro en su cuello, dejando finalmente que el resto del mundo y todas las razones que tenía para odiarlo se convirtieran en escarcha.

Sofía



LO PRIMERO QUE REGISTRÉ en la mañana de Navidad fue el cuerpo de Derek, un horno contra mi espalda en el aire gélido. Parpadeé para despertarme con el crujir de la escarcha, toda la cabaña iluminada por un sol tan brillante que me dolían los ojos. El mundo exterior era cristalino, esculpido en montículos que empequeñecían el porche y hacían que nuestro parche en la ventana panorámica pareciera aún más el resultado de un asedio. Su brazo era un peso muerto sobre mi cintura, inmovilizándome contra él, su calor una reclamación tangible contra mi espalda mientras yacíamos enredados en nuestras extremidades y al menos tres suéteres feos diferentes.

Se movió, su barba incipiente rozando la sensible piel de mi cuello, y por un segundo el mundo solo nos pertenecía a nosotros: calor, sudor y el ruido imposible de los latidos de mi corazón. Contuve la

respiración, deseando preservar este frágil y sucio mundo que habíamos construido antes de que se hiciera añicos.

Él se me adelantó. «Feliz Navidad», murmuró con voz ronca tras una noche de peleas, sexo y romper todas las reglas que habíamos establecido.

Gruñí, demasiado deshidratado para hablar. «¿Qué hora es?».

«Hora de que nos rescaten». Señaló con la barbilla hacia la ventana. «Mira».

Me apoyé en un codo, con la manta resbalándose, y miré fijamente. Muy abajo, al final del camino, un trío de pesadas máquinas quitanieves avanzaba lentamente por la carretera, con sus palas atravesando dos metros de nieve acumulada, y sus pequeñas luces naranjas parpadeando como en una fuga de prisión.

«Bueno», dije. «Ahí se va nuestra negación plausible».

Él se rió, con franqueza y sin vergüenza, y luego se abalanzó sobre mí, hundiendo su peso en el colchón mientras me inmovilizaba con sus antebrazos. —¿Te preocupa que te pillen desnuda?

«Me preocupa que nos cobren un extra por la ventana», dije, pero no lo aparté. «¿Tienes pantalones?».

Lo pensó. «Quizás».

Nos quedamos allí tumbados un momento más, con el colchón aún húmedo y la habitación apestando a sexo, cera de vela derretida y el aroma picante y azucarado del pan de jengibre.

Esperaba sentir una oleada de derrota. En cambio, una descarga de adrenalina recorrió mi cuerpo, un impulso primitivo de pelear con él o de follar con él por última vez.

Encontré unos leggings limpios y el último suéter limpio, rojo con las palabras «Problemas de Elfo-estima» en letras blancas hinchadas, y me dirigí al baño. Cuando salí, Derek ya estaba en sudadera y metiendo los pies en botas de nieve como si se estuviera preparando para un despliegue militar. Levantó la vista y me sorprendió mirándolo.

«¿Qué?».

Miré la bolsa de lona que ya había llenado con su ropa, tres cajas de cereales a medio comer y la radio a pilas. «¿Estás haciendo las maletas?».

Se encogió de hombros. —Me estoy preparando para irme. Puede que no traigan estas cosas hasta la puerta.

—Dios mío —exhalé—. Qué manera de mantener vivo el espíritu navideño.

Él sonrió. «Es una tradición».

Empecé a empacar, doblando cada cosa con precisión, un viejo hábito para ocultar cualquier rastro de caos. Metí los feos suéteres encima, apilándolos como si fueran una armadura, y el chirrido áspero de la cremallera al cerrarse me pareció como sellar una tumba.

Derek me observaba, con la mirada fija en la cremallera de mi bolsa. «¿Estás bien?».

«Estoy bien». La última palabra fue seca y frágil.

No discutió, pero bajo su mirada, volví a revisar la habitación, mi mirada detallando las pruebas: botellas de licor vacías, un rastro de envoltorios de bastones de caramelo, la casa de jengibre destruida como una reliquia de guerra sobre la mesa de centro. Consideré

intentar arreglarla, pero decidí que era más honesto dejar las ruinas tal cual.

Cuando entré en la sala, él estaba arrodillado en la alfombra, tratando de pegar la casa de jengibre con cinta aislante. Lo ridículo de la situación, la ternura pura y sin sentido del acto, me hizo sentir un nudo en la garganta.

«Eres un caso perdido», le dije, pero mi voz se quebró en la última palabra.

Levantó la vista y sonrió. «No digas eso. Creo que se puede salvar».

Se sacudió las migas de las manos y se puso de pie, acortando la distancia entre nosotros. Durante un segundo, ninguno de los dos se movió, y el silencio solo se rompió con el suave zumbido de los motores que se acercaban, una vibración física en mi pecho.

Derek me tocó la cara, pasando lentamente la yema callosa de su pulgar por mi mandíbula.

Una observación profesional y cortante murió en mi lengua; la idea de volver a odiarlo era una mentira que me revolvió el estómago.

El conflicto debía de ser evidente en mi rostro.

«Volvemos a fingir o puedes admitir que quieres ver qué pasa cuando dejemos de hacerlo», dijo.

Lo miré fijamente, al moretón que florecía en su cuello y a las marcas de arañazos que le surcaban los brazos. Todas las cartas de esa caja pasaron por mi mente: cincuenta años de deseos obscenos y confesiones atrevidas. Yo quería una para mí.

Un dolor profundo y visceral floreció dentro de mí por todo ello: la pelea, la obscenidad, la rendición.

Levanté la barbilla. «Demuéstramelo».

Me agarró por las caderas y me arrastró hasta la isla de la cocina, con un impacto brusco y violento, nada que ver con la delicadeza con la que me había tomado antes. Sus manos ásperas engancharon mis leggings y me los bajaron por los muslos, dejando mi coño al descubierto al aire fresco de la mañana antes de arrodillarse. Su lengua lamió una franja caliente y húmeda desde mi clítoris hinchado hasta mi coño, implacable, y mi mirada voló por encima de su hombro hacia una repentina y horrible claridad: las ventanas ya no estaban escarchadas. El equipo de rescate estaba fuera, sus gritos amortiguados atravesaban el cristal mientras sus chaquetas brillantes se movían más allá de la ventana.

Mi cuerpo se estremeció, un instinto primario de ocultarme, pero cuando él enganchó sus manos bajo mis rodillas y me separó los muslos, una parte más profunda y sucia de mí se quedó quieta, ansiando la exposición. «Deja que vean». Su voz era áspera en mi oído. «Deja que vean que eres mía».

Mis ojos se fijaron en la silueta de un miembro del equipo a través del cristal, y la visión de sus gafas espejadas reflejando la cabina me arrancó un grito de la garganta mientras me corría, fuerte y rápido, con el placer agudizándose hasta convertirse en un borde brillante y doloroso.

Derek se puso de pie, me besó con fuerza, saboreando mi clímax, y luego me mordió el labio inferior lo suficiente como para hacerme jadear. «La próxima vez», dijo contra mi boca, «te voy a marcar en todas las superficies de Manhattan. Empezando por tu escritorio».

Mi respuesta se apagó cuando un puño pesado golpeó la puerta, y el sonido resonó en toda la cabina.

Él sonrió. «Hora del espectáculo».

La puerta se abrió de par en par y tres hombres vestidos con trajes naranjas de rescate se quedaron en el umbral, su calma profesional vacilando por un segundo al contemplar la escena. La mirada del que iba delante recorrió la casa de jengibre y la ventana destrozada antes de posarse en mí. Su mirada recorrió mis piernas desnudas, mi suéter desabrochado y mis labios hinchados.

Se aclaró la garganta. «¿Son ustedes los ocupantes? ¿Alguien necesita asistencia médica?».

El brazo de Derek rozó mi espalda al colocarse ligeramente delante de mí, protegiéndome de su vista. «Nunca mejor».

Sin decir nada más, recogimos nuestras cosas y salimos en silencio, con las botas crujiendo sobre el hielo. La cruda esperanza de todo aquello me hizo entrecerrar los ojos; parecía una trampa. El equipo de rescate nos condujo por el camino hasta una máquina pisanieves que nos esperaba con el motor en marcha y una guirnalda de oropel enrollada alrededor de la jaula antivuelco.

Derek me empujó para que entrara delante de él y luego me siguió, apretándome la mano con fuerza, como si me retara a alejarme.

La máquina pisanieves se sacudió al alejarse de la cabaña, lo que me hizo inclinarme hacia él mientras el frío finalmente me invadía. Él me rodeó los hombros con el brazo, acercándome a él, y durante un minuto nos limitamos a observar cómo el mundo se deslizaba a

nuestro alrededor, una mancha borrosa de nieve y árboles tan brillantes que parecía un ataque.

Mis dedos encontraron la carta que había cogido apresuradamente de la caja mientras Derek hacía las maletas. La saqué y la leí, y las palabras se grabaron en mis huesos.

«Querida mía:

Nunca pensé que lo lograríamos. Nunca pensé que llegaríamos a esta Navidad, a este momento. Siempre dijiste que quemaríamos el mundo antes de dejar que nadie nos detuviera, y tenías razón. Cincuenta años después, todavía te siento cuando me despierto. Todavía te deseo cada día. Todavía recuerdo la primera vez que me desarmaste en ese horrible sofá azul. Espero que todo el mundo sepa lo que hicimos. Espero que lo envidien.

Tuya para siempre,

B.

Doblé el papel crujiente y, fingiendo un escalofrío para acercarme más, lo deslice dentro del bolsillo de lana áspera de su abrigo, con el corazón latiéndome con fuerza por el riesgo. Lo encontraría más tarde y sabría que era una promesa. Un desafío.

El vehículo para la nieve entró ruidosamente en el pequeño pueblo al pie de la montaña, donde el aire olía a humo de leña y tierra húmeda. En cuanto bajamos, antes de que pudiera fijarme en las banderas navideñas que ondeaban en las farolas, Derek me cogió de la mano y me giró para que lo mirara, con todo el mundo mirando.

Me sujetó por la nuca y me besó bajo un arco de plástico adornado con muérdago, mientras su lengua saqueaba mi boca con tanta fuerza que me hicieron flaquear las rodillas.

Cuando me soltó, me dijo: «Las próximas Navidades no voy a esperar a que haya una tormenta de nieve para estar a solas contigo».

Arqueé las cejas. «¿El suéter con la menorá?».

Él sonrió, mostrando todos los dientes. «Te queda muy bien».

Caminamos por la ciudad, el crujido húmedo del aguanieve bajo nuestras botas era una banda sonora desordenada para el caos, y mis hombros finalmente se relajaron. Mis dedos se apretaron alrededor de los suyos, desafiando al mundo a mirar.

Cuando llegamos al coche de alquiler, abrió la puerta y esperó a que me sentara dentro, atrapándome eficazmente antes de inclinarse hacia mí, con voz baja y confidencial.

«No pienses ni por un segundo que no lo decía en serio». Su mano se deslizó hasta la nuca, agarrándome un mechón de pelo y tirando suavemente. «Lo de la mesa. Y lo de marcaje».

Lo miré, el rubor en sus mejillas y el ridículo gorro navideño que llevaba en la cabeza, que debía de haber cogido del salpicadero del vehículo para la nieve. El recuerdo de sus manos, su boca, sus promesas, chocó con la aterradora emoción de lo que vendría después.

«Sí». Mi voz era apenas un susurro, una rendición silenciosa. «Lo sé».

Él sonrió ante mi sumisión y arrancó el coche. Mientras salíamos de la ciudad con una canción navideña que siempre había odiado, me sorprendí a mí misma tarareándola.

A medida que las montañas se desvanecían en el espejo retrovisor, la nieve derretida manchaba el parabrisas, en un esfuerzo inútil por

limpiar el mundo.

Me encontré con mi propia mirada en el cristal y, por primera vez, no reconocí a la mujer que me devolvía la mirada.

Derek se inclinó sobre la consola y me tomó la mano, entrelazando nuestros dedos con una determinación posesiva.

—No esperes que tenga autocontrol —dijo—. No cuando se trata de ti.

Mis labios esbozaron una sonrisa. «¿Es eso una promesa?».

Me apretó la mano, besándome los nudillos mientras me acariciaba la palma con el pulgar. —Esto es solo el comienzo. Ahora ya no hay vuelta atrás para ti.

No discutí. Simplemente me recosté y dejé que él condujera, observando cómo se deslizaba ante mis ojos un mundo prístino y peligrosamente nuevo.

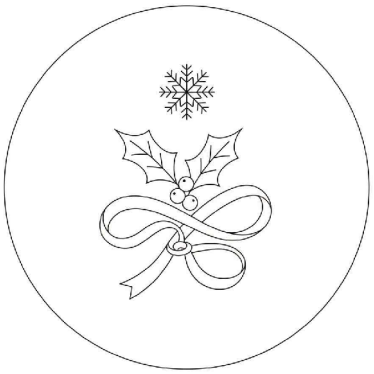
Las campanas de la puerta de la ciudad repicaron cuando pasamos por debajo y yo sonreí, pensando en todos los retos que había perdido y todas las reglas que había roto.

Feliz puta Navidad para mí.

El mocoso navideño del guardaespaldas

Libro dos

Lana



MI SEMESTRE TERMINÓ CON mi expulsión de Vassar; mis vacaciones de Navidad comenzaron con los matones de mi padre sacándome a rastras de la sala VIP del aeropuerto. En cuanto aterricé en el JFK, su equipo de seguridad privada, dos hombres con complexión de armario empotrado que abollaban sus trajes monocromáticos, me escoltaron desde la sala VIP de Delta agarrándome del brazo con tanta fuerza que me prometieron que no era una maleta que pensaran perder. El coche que esperaba en la acera era un gigante de acero negro y cristales tintados, más parecido a una sombra que a un vehículo. En el interior, el aire era gélido y olía a limpiador cítrico esterilizado y tapicería cara. No dije ni una palabra durante el trayecto, ni siquiera cuando el teléfono a mis pies vibró con el primero de lo que se convertiría en un desfile de mensajes pasivo-agresivos del tipo «pienso en ti» de su nueva

esposa. Las luces navideñas de la ciudad brillaban a través de los vidrios tintados. Era una jaula.

El ático del 157 intimidaba a cualquiera que no tuviera un patrimonio neto de nueve cifras, todo acero frío y vidrio impersonal que reflejaba una perfección cuidada. Nos detuvimos en el vestíbulo privado, donde un portero con uniforme a medida me miró con los ojos muy abiertos, apretando los labios en una fina línea de simpatía. Le habría esbozado una sonrisa si no hubiera tenido la mandíbula cerrada como con soldadura.

El jefe de seguridad de mi padre (¿sargento? ¿teniente? Nunca conseguía recordar su rango) cogió mis maletas: la bolsa de viaje de diseño que nunca había querido y la mochila vintage de la breve etapa «autosuficiente» de mi padre. Prefería la mochila. Era lo único en mi vida con la decencia de desmoronarse bajo presión.

—Bienvenida a casa, señorita Harrington. —El tono del sargento era completamente monótono, despojando de calidez a las palabras y dejando tras de sí una fría advertencia—. Su padre llegará a las 19:00. Hay refrescos en la sala de espera.

«No puedo esperar», murmuré, saliendo del ascensor al pasillo. Una cámara de seguridad siguió mis movimientos. Le hice un gesto obsceno y luego me ajusté la cintura de mis pantalones de cuero. Si iba a hacer de reclusa, al menos ya iba vestida para el papel.

Dentro del ático, el aire acondicionado estaba tan alto que el frío me calaba hasta los pantalones de cuero. Todo estaba impecable: suelos de madera clara que resonaban con mis pasos, enormes sofás modulares y unas vistas del horizonte que harían llorar a cualquier arquitecto. Había un árbol de Navidad en la sala principal,

con agujas tan verdes que parecían radiactivas, adornado con suficientes adornos de oro y platino como para arruinar a un pequeño reino. Estaba claro que el decorador de mi madrastra había estado allí. No reconocí nada.

Después de encontrar el salón, me serví una generosa cantidad del mejor whisky de mi padre, cuyo aroma distintivo y terroso me hizo cosquillear la nariz. Dejé el vaso sobre la barra de mármol con tanto cuidado que no hizo ningún ruido. Me deslice detrás de la barra y saqué mi teléfono, revisando algunos mensajes antes de ponerlo en modo «No molestar». El silencio era un arma, tan completo que ejercía presión sobre mis tímpanos.

La cerradura de la puerta principal hizo clic. Un sonido metálico y agudo antes de que se abriera con un suspiro. Esperaba a mi padre, o tal vez a la madrastra malvada. Lo que apareció fue un hombre: enorme, de casi dos metros de altura, con hombros lo suficientemente anchos como para llevar un piano Steinway. Llevaba una camisa que olía ligeramente a almidón y al aire frío del exterior, y unos vaqueros descoloridos en las rodillas; tenía el pelo corto y la barba recortada con rigor militar. Tenía tatuajes en los antebrazos, medio ocultos por las mangas remangadas. Sus ojos eran de un azul acero, tan planos como Lake Placid en enero. Se movía como si esperara un disparo en cualquier momento.

Escudriñó la habitación (ventanas, salidas, a mí) con la fría eficiencia de un hombre que registra amenazas, no que admira la decoración.

Levanté mi copa en un brindis silencioso. «No esperaba que el matón llegara por separado». Le eché un vistazo a sus brazos.

«¿Vienes con intimidación incluida o es un extra?».

Ignoró el anzuelo, aunque un solo músculo se le tensó en la mandíbula. En cambio, dejó una bolsa de lona gastada en el suelo y dejó que la puerta se cerrara silenciosamente detrás de él.

—Señorita Harrington —dijo. La voz coincidía con el cuerpo: grave, dura, con un ligero acento. No era de por aquí, tal vez ni siquiera de este país. Fijó su mirada en mí con una fuerza tan palpable que se me erizó la piel—. Soy Cian Doyle. Me encargaré de su seguridad durante toda la estancia.

Tardé un segundo en asimilar las palabras. —¿Durante cuánto tiempo? —pregunté—. ¿El fin de semana? ¿Navidad? ¿O se trata de algún tipo de detención prolongada por vacaciones?

No respondió. En lugar de eso, pasó junto a mí hacia la sala de estar, con sus zapatos de suela blanda sin hacer ruido sobre el piso de madera mientras completaba su revisión de seguridad. La mayoría de los guardaespaldas de mi padre eran exmilitares, pero la quietud de este era diferente: no era calma, sino cautiverio. Tenía una amplia cicatriz en el dorso de la mano izquierda, un corte blanco y fibroso que parecía quirúrgico.

Regresó y se detuvo a un brazo de distancia de mí, sin bloquear del todo la barra, pero lo suficientemente cerca como para que fuera un movimiento de poder.

—Tu padre me ha pedido que te informe —dijo—. No salgas de este ático, no hagas ninguna llamada, ni siquiera respires sin consultármelo primero. Esas son las nuevas reglas.

Se me escapó una risa aguda e incrédula. —¿Estás bromeando?

Parpadeó lentamente una sola vez, sin inmutarse en absoluto. —Ni un poco.

—Soy adulta. No puedes simplemente... —Hice un gesto con el vaso, inclinándolo lo suficiente como para que el whisky llegara al borde.

Él no se inmutó. «Tu padre no está de acuerdo. Mis instrucciones son explícitas».

—¿Y si decido no cumplirlas? ¿Vas a derribarme? ¿Usarás un dardo tranquilizante?

—Si es necesario.

Dejé el vaso con un golpe seco y me incliné hacia él. «Ni hablar, no soy un rehén. Me dijeron que habría una cena de Navidad, quizá alguna terapia familiar simbólica. Esto no es lo que yo había acordado».

Su mirada se posó en mis manos, en la barra, en la ventana detrás de mí, calculando mis vías de escape antes de que yo pudiera hacerlo. «Tu situación cambió después de tu expulsión», dijo. «Tu padre tiene motivos para creer que estás en peligro».

—Vaya, qué gracioso. ¿Qué es esta vez? ¿Un rescate? ¿El asesinato por parte de un antiguo niño rico? —Hice una pausa, dejando que el silencio se prolongara. Nada. —O tal vez estás aquí porque sigo aburriéndome y convirtiendo su vida en un infierno.

—Eso también —dijo Cian, sin cambiar de expresión.

Lo miré con ira, luego rodeé la barra y me dirigí al salón con los brazos cruzados. Las ventanas eran de triple acristalamiento, a prueba de balas. La ciudad brillaba bajo mis pies, su constante rugido se atenuaba hasta convertirse en un zumbido lejano e

indiferente, y cada luz navideña era un pequeño recordatorio de mi arresto domiciliario.

Cian me siguió, manteniéndose a tres pasos detrás de mí, lo suficientemente cerca como para estar atado con una correa. Me dejé caer en el sofá y lo miré con ira.

—¿Cuál es tu plan, soldadito de plomo? —dije—. ¿Vas a quedarte ahí parado mirándome o se te permite responder a algunas preguntas?

Evaluó los asientos como si esperara un enfrentamiento táctico y finalmente se sentó en el borde de una silla frente a mí, con una postura desafiante. «Pregunta».

—¿Quién demonios eres en realidad? Mi papá no contrata a exmilitares al azar sin una investigación de antecedentes tan profunda que llegue a averiguar de qué color eran los calcetines que usabas en segundo grado.

Se encogió de hombros, moviendo uno de sus enormes hombros. —Quince años de servicio. Afganistán, Yemen. —Hizo una pausa—. Luego, el sector privado. Multinacionales en Asia, África. La empresa de tu padre superó la oferta de mi último cliente.

Observé cómo flexionaba las manos, abiertas y relajadas, pero preparadas. «¿Siempre eres tan hablador?».

Inclinó la cabeza, esbozando una sonrisa burlona. —¿Siempre eres tan hostil?

«Solo cuando me tratan como si fuera una bomba a punto de estallar».

Él asintió con la cabeza, con un destello de algo indescifrable en los ojos. «Mi opinión sobre ti es irrelevante. Solo te mantengo con

vida».

Saqué mi teléfono y lo desbloqueé. —Mira, tengo que enviarle un mensaje a mi mejor amiga. ¿Vas a leerlo por encima de mi hombro o me vas a dar un poco de privacidad?

Él extendió la mano. —Envía tu mensaje. Luego dame el teléfono.

Puse los ojos en blanco y escribí: Me han dado un niñero del tamaño de un refrigerador Sub-Zero. Por favor, rescátame antes de que lo mate con amabilidad. O simplemente lo mate. - Lana.

Cian tomó el teléfono cuando se lo ofrecí, leyó el mensaje y me lo devolvió. «La amabilidad no parece ser tu primer instinto», dijo.

«Eso es porque no me has conocido en mi hábitat natural». Le dediqué una sonrisa empalagosa. «Champán, luces estroboscópicas, malas decisiones en la vida. Créeme, puedo ser una auténtica alegría».

«Tomaré nota». Se recostó en su asiento, en silencio, esperando el siguiente movimiento.

El silencio se prolongó. Él llenaba la habitación, su presencia era tan grande que parecía que la gravedad atrajera todo hacia su masa. Me hacía sentir tan pequeña, como si al fin y al cabo no importara. La frustración se enroscó en mi estómago, un nudo caliente e indigesto. No podía leerlo; era como un mueble, solo que más propenso a estrangular a alguien hasta matarlo si fuera necesario.

—Entonces —dije—, ¿celebras la Navidad o esto es solo otro trabajo más para ti?

Una pausa. «Lo celebro».

«¿En familia?».

Él negó con la cabeza. «Ninguna que valga la pena mencionar».

Me detuve, sorprendida. «¿Se siente solo aquí arriba, en las nubes, Capitán Seguridad?»

Su mirada se desvió hacia las luces de la ciudad, a un universo de distancia. «No es mi lugar para sentirme solo».

Sentí un repentino y feroz impulso de romper ese escudo. Si era humano, si podía sangrar, entonces tal vez yo no era la única en esta habitación que estaba siendo desmantelada.

«¿Siempre es tan obediente o tiene un punto de ruptura?».

Sus ojos se posaron en los míos, agudos y fríos. «Todo el mundo tiene un punto de ruptura. A mí solo me pagan para asegurarme de que el tuyo no salga en las noticias».

El golpe dio en el blanco. Aparté la mirada, apretando la mandíbula. «Yo no pedí estar aquí».

Se puso de pie y, por un segundo, la dureza de sus ojos se suavizó con algo parecido a la empatía. —Ninguno de nosotros lo pidió, señorita Harrington.

Sus palabras me golpearon como una bofetada, con una implicación de miseria compartida que me negué a aceptar. —Me llamo Lana —espeté—. La señorita Harrington es mi madrastra malvada.

Él ignoró eso, alejándose del pasillo mientras su mirada se posaba en mí con un nuevo peso. «Deberías comer. Hay comida en la cocina».

Mi mirada siguió su espalda mientras se alejaba, trazando las líneas de su camisa y la letal economía de cada uno de sus movimientos: una promesa silenciosa de violencia hacia la que me dirigí de todos modos.

La cocina era un festín digno de una orgía romana, con el aire cargado de la combinación de aromas de pescado salado, fruta madura y queso añejo y picante. Obedecí, cogí una uva de la encimera y la mastiqué lentamente, con sus ojos fijos en mí. Cian estaba de pie en la puerta, con los brazos cruzados, mirándome como si yo fuera la única amenaza potencial en la habitación.

Lancé una uva al aire y la atrapé con la boca, su dulzura contrastaba con el sabor amargo de mi estómago. «¿A qué te dedicas? ¿Cuando no estás cuidando niños?».

No respondió durante un instante, moviendo la mandíbula en silencio, como si estuviera sopesando la energía que le costaría responder. «Corro o boxeo. A veces leo».

«Déjame adivinar. ¿Sun Tzu?».

No mordió el anzuelo. «Un libro da menos problemas que una persona. Menos riesgos».

«Bueno, supongo que es justo». ¿Él acurrucado con un libro de bolsillo? Intenté imaginarlo, pero mi cerebro se negó a hacerlo. «¿Cuál es tu favorito?».

Levantó la mirada y un rubor oscuro se extendió por su cuello durante una fracción de segundo. «No importa». Lo archivé para más tarde.

«Claro, apuesto a que es El señor de los anillos o Cincuenta sombras».

Esta vez obtuve una reacción: la comisura de su boca se levantó en una leve sonrisa, que desapareció antes de que pudiera estar segura de haberla visto.

«Come», dijo.

Cogí un puñado de bayas y me senté en el sofá de la sala, estirándome con las piernas colgando del brazo como si fuera la dueña del lugar. Las luces de la ciudad parpadeaban abajo, mientras un teletipo de noticias corría por la parte inferior de un televisor sin sonido al otro lado de la habitación. Mi atención seguía volviendo a Cian, de pie al otro lado de la habitación, una estatua impasible con pulso.

Después de veinte minutos, ya había tenido suficiente. Le envié un mensaje de texto a mi mejor amiga: Actualización: el robot sigue mirándome fijamente. Creo que está tratando de descargar mi alma. Apuesto diez dólares a que puedo hacerle parpadear antes de perder la cabeza.

Apenas había pulsado enviar cuando la voz grave de Cian rompió el silencio. —No soy un robot, señorita Harrington.

«¿Está leyendo mis mensajes?».

—Mi única orden es *usted*. Eso incluye sus comunicaciones.

«¿Ha oído hablar alguna vez de los límites?».

—He enterrado la mayoría de los míos.

Acepté el desafío que veía en sus ojos. «¿Por qué dejaste el ejército? ¿Te cansaste de ser un arma viviente?».

La cicatriz de su mano pareció tensarse mientras miraba por la ventana. «Hay algunas órdenes con las que no puedes vivir después».

«Entonces, ¿por qué este trabajo? Mi papá no es precisamente el jefe más adorable del mundo».

Él se encogió de hombros. «El sueldo es bueno».

Busqué en su rostro, en su postura, alguna grieta en su coraza. «¿Alguna vez te tomas un día libre?».

Él gruñó, divertido. «Los días libres no están en el contrato».

Dejé que eso calara y luego lo miré a los ojos. «¿Y si me voy ahora mismo? ¿Cuál es el protocolo?».

«Te acompañaría de vuelta. Si te resistieras, llamaría a tu padre».

«¿Y si sigo corriendo?».

Su mirada se posó en mis muñecas y luego volvió a mis ojos, con un destello de acero auténtico. «Entonces te inmovilizaré físicamente».

Una aguda emoción me recorrió el cuerpo. Bajé las piernas del sofá y me acerqué a él con paso firme.

—No me asusto fácilmente.

Él me superaba en altura. «Eso no es mi trabajo».

Estábamos tan cerca que sentía el calor que irradiaba su cuerpo, con los ojos fijos en la tela que se tensaba sobre su pecho. Me picaba la mano, dividida entre el impulso de empujarlo o de aplastarla contra su camisa. No hice ninguna de las dos cosas.

Su voz se suavizó, un cambio sorprendente, y dio medio paso hacia mí antes de detenerse. —Aún no has comido y pareces no haber dormido en días.

—Tienes razón en todo. No lo he hecho.

Ladeó la cabeza. «¿Pesadillas?».

«No, solo la vida real».

Por primera vez, su mirada no recorría la habitación en busca de amenazas, sino que se fijó en la mía. —Si alguna vez quieres hablar, también me pagan por escuchar.

Mi habitual réplica mordaz se me quedó en la lengua.

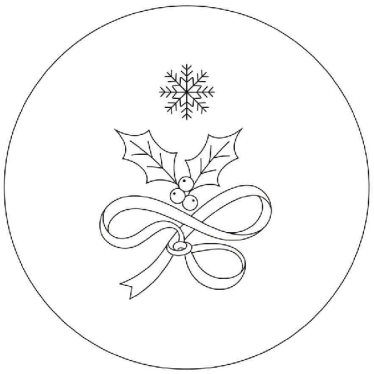
Volvió a su silla, se acomodó y recorrió la habitación con la mirada.

Me senté en el sofá, repitiendo cada intercambio. Por primera vez en mucho tiempo, no estaba segura de quién tenía la ventaja.

La nieve comenzó a caer después del atardecer. Me senté en la oscuridad, con el teléfono apagado, masticando lo poco que me quedaba de orgullo. Las luces navideñas del árbol parpadeaban, frías e impersonales. Cian observaba las ventanas, como un guardián silencioso, como si los fantasmas de la ciudad vinieran a por nosotros dos.

Iba a ser unas vacaciones jodidamente largas.

Lana



LAS ALERTAS POR TORMENTA comenzaron siendo leves, pero luego se tornaron distópicas. «Fenómeno de heladas inusualmente severas», anunciaron los meteorólogos al mediodía, con la palabra «fenómeno» tan insuficiente que casi me atraganto con mi cerveza fría. A las dos, el teletipo decía «todos los vuelos suspendidos», y el Instagram de mi madrastra se actualizó con una selfie en un jet privado: palmeras, un feo caftán de neón, ni un copo de nieve a la vista. El vuelo de mi padre desde Ginebra seguía «retrasado», según el estoico mensaje de voz con acento británico que dejó su asistente, como si no pudiera ver la verdad que se arrastraba por la parte inferior de todas las cadenas de televisión.

Afuera, la ciudad parecía bañada en azúcar glas, excepto que ya se estaba formando una capa interminable. Intenté encender un cigarrillo en el balcón, solo para ver si Cian me lo quitaría, pero el viento me azotaba la piel con astillas de hielo y me retiré jadeando.

Él estaba de pie en la cocina, observando cómo el hielo se deslizaba por las ventanas, con los brazos cruzados y la mandíbula tan apretada que casi esperaba que se le rompiera una muela.

«¿Todavía tienes hambre?», dijo. Lo que probablemente significaba que quería saber si pensaba volver a ensuciarlo todo.

—No, gracias. Esta nevera es un crimen de odio contra los carbohidratos.

Su boca se crispó de una forma que no significaba nada y lo significaba todo. «Si quieres algo, pídelo».

—¿Puedo tener mi libertad?

Un destello azul iluminó su rostro; segundos después, un trueno sacudió el suelo. «No».

Me serví una bebida energética, el silbido agudo de la lata rompió el silencio, y lo miré con ira por encima del borde.

Luego me retiré a la sala y me desplomé en el sofá de gamuza. Mi teléfono mostraba un catorce por ciento de batería y dos mensajes sin leer: mi ex preguntándome si estaba «bien» después de las noticias de Vassar, un preludio transparente para pedirme un favor, y la asistente de mi terapeuta, «Regina», confirmando una sesión a la que no asistiría. Dejé el teléfono. El ático estaba tan silencioso que podía oír los latidos de mi corazón en los tímpanos.

Busqué puntos débiles en la habitación. Había dos salidas: la puerta principal (lo suficientemente gruesa como para resistir una redada policial) y el ascensor privado, que mi padre solo utilizaba para evitar el vestíbulo y los paparazzi. El ascensor tenía código, pero el panel era un modelo antiguo que había aprendido a burlar en mi último internado, un truco de cuatro minutos con una cuña de

goma y una horquilla. Todavía tenía la cuña guardada en mi mochila de cuero, esperando su próxima mala decisión.

La trama hacía que el silencio se sintiera más pesado, así que encendí la televisión para tener compañía. Todos los canales alternaban entre el tiempo, políticos que no parecían preocupados y repeticiones de accidentes de tráfico en la FDR. Había más anuncios de generadores de pánico y ventanas a prueba de tormentas que de cualquier otra cosa que yo quisiera comprar.

Cian se mantenía fuera de mi vista, pero no muy lejos. El leve susurro de sus pasos, esa elegancia de acosador exmilitar, seguía cada uno de sus movimientos por los suelos de mármol. Abría armarios, revisaba el perímetro y rellenaba la cubitera. No se relajaba. Ni una sola vez. Me preguntaba si sabía cómo hacerlo.

En cuanto se metió en el estudio para hacer su ronda de cada hora, hice mi movimiento.

Cogí mi mochila de cuero y me dirigí al vestíbulo. La cámara de seguridad me parpadeó, pero ya había localizado su ángulo muerto. Me metí en la sombra, me agaché y utilicé el borde de una tarjeta de crédito para abrir la endeble cubierta del panel del ascensor. Tecleé el código de seis dígitos del antiguo pasaporte de mi padre (un número que había memorizado hacía años) y abrí las puertas en cuanto oí el pitido de confirmación.

Lo suficientemente rápido. Un nuevo récord personal.

El ascensor se abrió con un susurro. Entré, con el corazón latiéndome con fuerza contra las costillas. Pulsé el botón del panel para ir al garaje de servicio.

No se oyó ningún sonido, solo un cambio en el aire. En un segundo estaba sola; al siguiente, me arrastró de vuelta al vestíbulo, con su mano cerrándose alrededor de mi muñeca como una esposas. Me atrapó antes incluso de que se cerraran las puertas.

—No —dijo.

«Tienes que estar bromeando, joder».

—Las instrucciones de tu padre fueron claras. No te alejarás de mi vista.

No me apretaba, pero su agarre era fuerte y cálido, y su mano era tan grande que parecía de piedra. Una humillación ardiente me subió por el cuello. Si hubiera tenido garras, le habría hecho sangre.

Tiré de mi mano. Él la sujetó, con los ojos a la altura de los míos.

Su pulgar rozó mi pulso, con un movimiento lento y deliberado. —¿Vamos a pelear o vas a volver conmigo?

—Quiero que te vayas al infierno.

—Eso no está en mis órdenes.

—¿«Mostrar humanidad» forma parte de la descripción de tu trabajo?

Me soltó tan bruscamente que tropecé y casi me caigo. Mi mochila se deslizó de mi hombro y cayó al suelo con estrépito. La dejé allí y pasé junto a él con la cabeza alta, de vuelta a la sala de estar.

«La próxima vez, podrías simplemente electrocutarme», espeté. «Probablemente dolería menos».

No hubo respuesta. Así que me dejé caer en el sofá y me quedé mirando la televisión. Las noticias aparecían ahora en mayúsculas: «DECLARADO EL ESTADO DE EMERGENCIA».

El silencio detrás de mí se prolongó. Miré por encima del hombro. Cian estaba exactamente donde lo había dejado, mirando las puertas del ascensor, como si estuviera pensando en lo que haría falta para bloquearlas.

Su quietud me irritaba, así que me levanté, fui a la cocina, abrí una bolsa de chips de maíz y me metí uno en la boca.

Él me siguió a la cocina y se apoyó contra la encimera.

Hice que cada crujido sonara como un disparo en el silencio, dejando caer migas sobre el mármol para ver si conseguía que le temblara el ojo. No dijo nada, pero un músculo se le contrajo en la mandíbula y supe que había dado en el clavo.

Probé con otro enfoque. «¿Cuál es tu historia, en realidad? ¿Mi papá te encontró en una caja de ofertas? ¿O es esto una especie de cosplay de espía de bajo presupuesto?».

«El sector privado es mejor que la alternativa».

Di otro mordisco ruidoso a una papita. «Apuesto a que has matado a gente. Probablemente con tus propias manos».

Se encogió de hombros. «Eso fue en otra vida».

«Profundo. ¿Siempre eres tan divertido en las fiestas?».

Se limitó a mirarme.

«¿Por qué lo haces?».

«Paga bien. Me mantiene la cabeza despejada».

«¿Y te gusta obedecer órdenes?».

Se movió, con una leve sonrisa en la comisura de los labios. Esa casi sonrisa me provocó una oleada de ira. «Algunas personas lo necesitan».

«Dios, eres como uno de esos androides del valle inquietante».

Dio un paso hacia mí. «Quieres sacarme de quicio. ¿Por qué?».

«No, no quiero».

Una risa baja y aguda cortó el aire. «Sí, quieres. Pero no sabes qué harías si lo lograras».

El aire salió de mis pulmones de golpe. Me miró fijamente y un odio agudo se apoderó de mi estómago.

Aplasté la bolsa de Doritos y la lancé hacia la basura. Fallé por medio metro. Lo miré a los ojos y la dejé allí.

Él ni siquiera miró.

Con la frustración enroscándose dentro de mí, caminé por la sala y luego me detuve junto a la ventana. La ciudad había desaparecido, borrada por un remolino de hielo y niebla que chirriaba contra el vidrio, reduciendo las luces de la calle a halos anaranjados y sellándonos en el fondo de un océano helado.

Pegué la frente al cristal y sentí el frío brutal contra mi piel. «Es una gran caída», murmuré, antes de preguntar: «¿Alguna vez piensas en ello?».

Se acercó detrás de mí. «Ni una sola vez».

«¿Por qué no?».

«Hay deudas de las que no puedes escapar».

Me giré. Estaba a solo un paso de distancia, más cerca de lo que nunca antes me había permitido. No sabía si era una amenaza o un consuelo.

«¿Alguna vez has tenido una vida fuera del trabajo?»

«Brevemente».

«¿Qué pasó?».

«No encajaba en absoluto».

«Qué pena», dije, sorprendiéndome a mí mismo. «Podrías haber sido cualquier cosa y elegiste esto».

Él sonrió, lenta y despiadadamente. «No es cierto. Lo sabrías si lo hubieras intentado».

Por un segundo, un pulso caliente y temerario recorrió mi cuerpo. Quería presionarlo hasta que se derrumbara. Hasta que admitiera que me deseaba.

«Está bien. Encontraré algo más apropiado para una situación de rehenes», dije, y me fui a mi habitación antes de poder pensarlo mejor.

Mi dormitorio se había convertido en una escena de una novela de Dickens, con aromas de pino artificial y terciopelo viejo, y con decoraciones como oropel y cintas, y una cama con dosel repleta de almohadas que parecía una celda acolchada. Mirando mi reflejo en el espejo dorado, me froté el rímel corrido y luego busqué algo de ropa en el armario.

Me decidí por el vestido negro más corto que tenía, con una malla áspera y fresca contra mi piel, brillante y provocativo. Me hacía parecer una esposa trofeo a la fuga. Lo combiné con los pies descalzos y sin sujetador, y luego volví al salón, con el teléfono en la mano, esperando la reacción.

Cian estaba hablando por teléfono en irlandés con alguien que parecía aún más enojado que yo. Hizo una pausa, con los nudillos blancos sobre el teléfono, mientras sus ojos recorrían mi cuerpo, antes de darme la espalda y volver a la llamada. Me apoyé en la puerta, con los brazos cruzados, y lo observé.

Un momento después, terminó la llamada, dejó el teléfono y me dirigió una mirada larga e indescifrable. El silencio en el ático siempre se sentía pesado, pero con él, se sentía opresivo.

—¿No tienes frío? —preguntó.

«Ni siquiera un poco», mentí, a pesar de que la corriente de aire que entraba por las ventanas del suelo al techo me hacía sentir un escalofrío en la espalda.

Él solo asintió, cruzó la habitación con una pesada manta de cachemira y me la colocó sobre los hombros. No se limitó a entregármela, sino que invadió mi espacio y su calor se irradió a través de la tela durante la fracción de segundo en que sus manos se detuvieron cerca de mi cuello.

«Lo tendrás», dijo con una voz grave que pareció calarme hasta los huesos.

—Eres tan divertido como una negociación prenupcial —intenté sonar aburrida, pero mi corazón latía frenéticamente contra mis costillas.

Él se encogió de hombros y se retiró al otro extremo del sofá. —No me pagan por ser divertido.

Agarré la manta, envolviéndome en su suavidad como si fuera una armadura, y me senté en el borde del cojín. Él se sentó como un resorte, leyendo las noticias en una tableta mientras su mirada recorría ocasionalmente el cristal oscuro de las ventanas.

«¿De verdad nunca te relajas?», le pregunté. «¿O es que ser una "estatua impasible" es tu estado natural?».

No apartó la vista de la pantalla. «La relajación es un lujo para las personas que no están siendo vigiladas».

«¿Esto es todo? ¿Esto es todo lo que eres?», me incliné hacia adelante y la manta se deslizó. «¿El traje, el arma, el silencio? ¿Hay una persona ahí dentro o mi padre solo alquiló un aparato muy caro?».

Finalmente me miró, con los ojos reflejando la fría luz azul de la ciudad. «¿Qué haría falta para satisfacerte?».

Lo pensé, y la amargura que sentía en la garganta se suavizó y se convirtió en algo más peligroso: curiosidad. «Una sonrisa o una risa. Demonios, me conformaría con que admitieras que no me odias activamente. ¿Eso entra en el presupuesto?».

«No te odio».

«Podrías haberme engañado. Me miras como si fuera una tarea que estás esperando terminar».

Entonces se inclinó hacia mí y su mirada se posó en mi boca durante una fracción de segundo. Un fallo en su programación que hizo que el aire de la habitación se evaporara. «Odiar es fácil», murmuró, bajando el tono de voz una octava. «Y yo no hago las cosas fáciles».

Lo miré, lo miré de verdad. Me fijé en la cicatriz descolorida que tenía en la mano. Un recuerdo irregular de una vida que nunca entendería y la forma en que nunca le daba la espalda a las ventanas. Por un segundo, las ganas de pedirle que se sentara a mi lado fueron un dolor físico, una necesidad desesperada de sentir el calor de otra persona que entendiera lo que era ser prisionera del mundo de Harrington.

La vulnerabilidad me parecía una debilidad, así que me contuve.

«Te estás escondiendo», le dije, con una voz tan baja como un susurro. «Detrás del contrato. Detrás de la actuación del "Capitán Seguridad". Te da tanto miedo que te vean como a mí».

Entonces sonrió. No fue una sonrisa tenue, sino una sonrisa real, con los dientes al descubierto. No fue amable, fue un reconocimiento.

«Se necesita serlo para reconocerlo», dijo.

Un trueno sacudió el ático. Las luces parpadearon y luego se estabilizaron. La televisión seguía emitiendo: «Acumulación de hielo sin precedentes». «Las temperaturas bajan a mínimos históricos». «Permanezcan en sus casas y refúgiense en el lugar donde se encuentren».

Cian se levantó, se acercó a la ventana y observó el horizonte. Se quedó allí de pie, con el cuerpo en tensión ante una amenaza que solo él podía ver. Me pregunté si alguna vez dormía.

Regresó y se sentó más cerca, el sofá se hundió bajo su peso, y miró las noticias. El presentador dijo que la ciudad estaría «cerrada hasta nuevo aviso», que era el código televisivo para «estás jodido».

Agarré el control remoto y apagué la televisión. El silencio repentino era pesado, solo roto por el aullido del viento y el silbido del hielo sobre el cristal.

En el pesado silencio que siguió, tracé un dibujo en el cojín de gamuza del sofá. «¿Alguna vez te sientes solo?».

Respondió sin mirarme, con voz grave y baja. «A veces».

«¿O es que la soledad es parte del trabajo?».

Finalmente me miró, con una vena palpitando en la sien. Una señal de advertencia que debería haber tenido en cuenta. «Es un requisito

que simplifica las cosas. Mantiene a la gente *a salvo*». Se inclinó lo suficiente como para que sintiera el calor de su cuerpo. «No me mires como si fuera un rompecabezas que puedes resolver. Confía en mí. No me quieres».

Mi espina dorsal se tensó. «No me digas lo que quiero».

Su mirada me clavó, oscura e indescifrable. «Aún no lo sabes. No sabes lo que pasa cuando dejo de estar solo».

La tormenta rugía afuera, haciendo vibrar los cristales. Una extraña energía nerviosa zumbaba bajo mi piel, mis dedos picaban con la necesidad de romper algo, o a alguien, solo para oír cómo se rompía.

Las luces parpadearon brevemente y luego se apagaron durante un segundo entero. Sombras distorsionadas y danzantes llenaron la habitación, cortesía del llamativo árbol de Navidad alimentado por pilas. Un sutil y continuo silbido provenía del hielo de las ventanas, creando la impresión de que todo se estaba congelando poco a poco.

Cuando las luces parpadearon, Cian se levantó inmediatamente, inspeccionó el panel del generador y luego regresó.

«Podría apagarse para siempre», dijo. «Si lo hace, la temperatura bajará rápidamente».

«¿Qué hacemos?».

Esperamos. O quemamos el árbol para calentarnos».

—Mi papá te mataría.

Miró el árbol, luego a mí, y bajó la voz hasta convertirla en un murmullo. «Podrías hacer que valiera la pena».

Era una broma, pero no del todo. Algo brilló en sus ojos, solo por un segundo, un calor que se instaló en lo más profundo de mi estómago.

Me envolví mejor en la manta, me acurruqué y lo observé.

Él se sentó, con los brazos cruzados, la mirada fija en las ventanas.

«Si pudieras estar en cualquier otro lugar ahora mismo», le dije, «¿adónde irías?».

Me miró y, durante un largo momento, el único sonido fue el del viento.

«¿Dónde?», insistí.

Él dudó y luego dijo: «Al mar».

«No me pareces un tipo de playa».

Él se quedó mirando la tormenta. «Es grande e incontrolable».

«¿Se supone que eso debe asustarme?».

Él negó con la cabeza. «Creo que te gusta el miedo. Solo que no sabes qué hacer con él».

Volví a enfadarme, con la mandíbula dolorida por el esfuerzo de no gritar, y dejé que sus palabras se cuajaras en el silencio entre nosotros.

Nos sumimos en un largo silencio, observando juntos la tormenta. El árbol brillaba en azul y rojo en la oscuridad. El viento golpeaba el vidrio y parecía como si el mundo exterior se estuviera acabando, pero aquí dentro, sentía la piel tensa, electrizada.

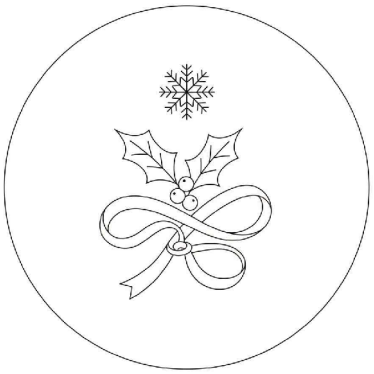
La tormenta no me asustaba en absoluto. Mi verdadero miedo era un nudo que se apretaba en mi estómago por lo mucho que quería romperlo. O tal vez dejar que él me rompiera a mí.

Las luces se apagaron de nuevo y permanecieron apagadas.

Cian se levantó, se acercó a la ventana y observó cómo la ciudad desaparecía.

Lo observé, con su silueta recortada por las luces navideñas, y pensé: tal vez estar atrapada no es lo peor que podría pasar. Tal vez lo peor pasa cuando empiezas a sentir algo por tu carcelero.

Lana



DESPUÉS DE QUE MI último intento de fuga fracasara, supe que tenía que ser más inteligente. Más paciente.

Seguí a Cian todo el día, moviéndome cuando él se movía, comiendo cuando él comía, frunciendo el ceño cuando me ignoraba. A veces me miraba con los ojos entrecerrados, con una mirada de sombría fascinación, como si fuera algo hermoso y venenoso de lo que no podía apartar la vista.

Al ponerse el sol, Manhattan parecía embalsamada. Todas las superficies brillaban con el hielo; el único sonido que se oía en la calle era el suave silbido de la lluvia helada. Cian hizo sus comprobaciones perimetrales con una extraña reverencia, deteniéndose junto a la ventana como si estuviera viendo desaparecer el mundo. Esperé hasta que dejó el teléfono y empezó a desabrocharse la camisa por el cuello, un gesto nervioso que pensó que yo no había notado.

Tiré un libro de la mesa. Cayó al suelo con un fuerte golpe. Se giró, molesto, solo por un segundo. Fue todo lo que necesité para coger la tarjeta de acceso de su cinturón.

Para ocultar mis manos temblorosas, metí la tarjeta en la manga de mi vestido y luego fingí estar relajándome en el sofá, estirándome con los pies en alto y una manta sobre las pantorrillas. Él no dio ninguna señal de haberlo visto.

«¿Te sientes solo en Navidad?». Lo observé, buscando alguna grieta en su fachada.

Se encogió de hombros, con la mirada fija en el árbol de Navidad. Las luces se habían atenuado lentamente entre el azul y el verde, lo que hacía que el árbol pareciera radiactivo. «No realmente. Es solo un día».

«Qué triste».

Se sirvió un vaso de agua, cuyo sonido resonó en la silenciosa habitación, y se lo bebió de un trago, mirándome por encima del borde. «La soledad es una elección».

«Hoy estás muy sabio».

Dejó el vaso sobre la mesa. «No me gusta charlar».

«Está bien». Tiré la manta a un lado y me dirigí hacia la cocina, balanceando las caderas lo justo para comprobar si realmente estaba tan indiferente como fingía. Su falta de reacción era un desafío. Abrí el refrigerador, y una ráfaga de aire frío me golpeó las piernas desnudas, saqué una botella de champán y me giré, con la cadera ladeada, sosteniéndola como una antorcha. «¿Quieres celebrar el fin del mundo conmigo?».

—No.

«Genial, más para mí». Descorché la botella, llené la copa hasta que casi se derramó y tomé un sorbo lento, sosteniendo su mirada. «¿Alguna vez vas a casa?».

Me ignoró y siguió tecleando en su teléfono.

Eché un vistazo al pasillo. Estaba vacío. El ático era una silenciosa cámara acorazada de alta tecnología. El vuelo de mi padre seguía en tierra, los mensajes directos de mi madrastra estaban llenos de historias sobre tequila y fotos desenfocadas de yates.

Si tan solo pudiera llegar a las escaleras...

Mi oportunidad llegó unos instantes después. Esperé a que Cian se girara para volver a escanear el pasillo y entonces me deslicé por él, con la tarjeta de acceso quemándome la piel. El panel de control del apartamento brillaba al fondo: el punto de acceso a la salida de incendios, vigilado por una cámara instalada en la esquina. Esperé a que parpadeara el barrido de seguridad, calculé el tiempo y me agaché por debajo de la línea de visión de la cámara. El lector de acceso era un modelo actualizado, pero seguía funcionando con una tarjeta. Me temblaba la mano mientras presionaba la tarjeta contra el lector, esperando con todas mis fuerzas que Cian no hubiera cambiado el PIN.

La puerta emitió un pitido rojo. *Denegado*.

Estaba a punto de volver a intentarlo cuando la pantalla parpadeó y luego se quedó en negro.

Mierda. Todo el edificio se había quedado a oscuras. El zumbido del sistema de climatización, el leve chirrido del ascensor y el coro de los electrodomésticos se detuvieron de golpe, dando paso a un silencio tan absoluto que pude sentir el cambio de presión en mis oídos.

La oscuridad se apoderó de todo, densa y absoluta.

«Mierda, mierda». Me giré, con las manos extendidas, tratando de encontrar de nuevo el tenue resplandor del panel de control. Se oyó un suave roce detrás de mí, un leve movimiento, y luego nada. Se me hizo un nudo frío en el estómago.

La oscuridad era un peso físico. Me quedé allí, con el pulso acelerado en la garganta que me dificultaba respirar, y dejé que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Mi sentido del equilibrio se tambaleó; el piso se inclinó debajo de mí, pero seguí avanzando, con una mano recorriendo la pared hasta llegar a la esquina.

Una mano me agarró del hombro tan rápido que un grito se atascó en mi garganta, un peso enorme y frío que me hizo girar hasta que mi espalda golpeó la pared con un *ruido* sordo.

—¿Creías que no te oiría? —La voz de Cian, más áspera de lo que jamás había oído, vibró en mi pecho más que en mis oídos.

Su mano se apoyó contra la pared, aprisionándome. El calor emanaba de él en oleadas, en marcado contraste con el frío creciente, llevando el aroma fuerte y limpio de su loción para después de afeitar.

Reaccionando al calor que desprendía, intenté esquivarlo, pero su mano se cerró alrededor de mi muñeca, callosa y caliente, con un agarre preciso e ineludible.

Su agarre se hizo más fuerte. «Devuélvemelo».

Mi cuerpo se tensó, en una silenciosa y definitiva negativa.

Me empujó contra la pared, con su cuerpo como una barrera inamovible. Su otra mano buscó en mi manga hasta que sus dedos tocaron la tarjeta y la sacaron. Se la guardó en el bolsillo, pero no

me soltó. En cambio, se inclinó hacia mí, tan cerca que su aliento rozaba mi mejilla.

«He dicho *que basta* de juegos», gruñó, y sus palabras fueron como una fuerza física en la oscuridad.

El miedo era un eco lejano, reemplazado por un calor confuso y pesado que se enroscaba en lo más profundo de mis entrañas.

Impulsada por ese calor confuso, levanté mi mano libre hacia su pecho y lo empujé, sin esperar nada, pero él retrocedió medio centímetro, más sorprendido que forzado. Empujé de nuevo, con más fuerza, y él me agarró la otra muñeca, inmovilizándome ambos brazos por encima de la cabeza con una sola mano. Luché, pero el movimiento solo me empujó con más fuerza contra él.

—¿Quieres pelear? —Su respiración era ahora entrecortada, sus rasgos se recortaban contra las sombras—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—¿Qué más da? Me vas a retener aquí de todos modos —espeté, forcejeando contra su agarre.

—Así es —las palabras sonaron como un veredicto.

Me mantuvo inmovilizada, con su peso presionándome contra la pared, sus caderas, su pecho y sus muslos formando una jaula ineludible. La tormenta azotaba las ventanas, y los truenos retumbaban en lo más profundo de los cimientos del edificio.

En un arrebato de rebeldía, intenté darle una patada. La bloqueó con la espinilla, el impacto me sacudió la pierna, y luego me sujetó las rodillas entre sus piernas, atrapándome tan completamente que una ola de furia impotente me invadió. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron, enroscándose con una energía inútil y frenética.

«Suéltame», siseé.

—Ni lo sueñes.

Me retorcí contra él, una parte vergonzosa de mí registrando cada ángulo duro de su cuerpo. «Te encanta esto. Por fin tienes una excusa para maltratar al mocoso del cliente».

Exhaló, emitiendo un sonido a medio camino entre una risa y un gruñido. «Si esto fuera cualquier otro trabajo, ahora mismo estarías atada con cinta adhesiva a una silla».

Sus palabras fueron una chispa en la yesca seca; casi le muerdo el brazo, pero él me giró las muñecas hacia arriba, obligándome a arquear la espalda y a curvar mi cuerpo contra el suyo. El contacto era aterradoramente íntimo, y me provocó una sacudida que era a partes iguales miedo y algo completamente diferente. Su cuerpo era un mapa inflexible de músculos contra el mío, la dura línea de su muslo encajada entre los míos.

Su aliento cortaba el aire junto a mi oído, caliente y áspero, y mi respiración se entrecortó en respuesta. Un calor furioso y creciente floreció en mi piel bajo sus manos.

Las luces de emergencia se encendieron, inundando el pasillo con un inquietante pulso de rojo, luego verde, luego azul. Los colores cambiaban, bañándonos en un resplandor clínico e invasivo que no dejaba secretos entre nuestros rostros. Los ojos de Cian brillaban salvajemente bajo la luz, su mandíbula era un nudo de piedra bajo la luz cambiante.

Lo miré con ira. «¿Así es como te diviertes? ¿Jugando a ser carcelero?».

Se inclinó hacia mí y bajó la voz hasta un tono grave y serio. «Esto no es para siempre. Solo tienes que aprender que algunas batallas no se pueden ganar».

Me retorcí, tensando los hombros. Su agarre solo se hizo más fuerte.

«¿Ya terminaste?», dijo.

«Vete al infierno».

Se inclinó hasta que su frente tocó la mía. «Inténtalo de nuevo».

Quería darle un cabezazo, pero me sujetaba con tanta fuerza que me resultaba imposible moverme. En lugar de eso, me dejé caer, entregando todo mi peso a su abrazo. Él no se movió. Se limitó a esperar, inflexible, como si pudiera permanecer allí toda la noche.

Cerré los ojos. El pulso de mi muñeca se aceleró donde él me sujetaba, con su pulgar rozando mi piel y su pecho subiendo y bajando constantemente contra mí.

Mientras el edificio crujía a nuestro alrededor, las luces del pasillo se apagaron y luego volvieron a encenderse, iluminando nuestros rostros con un brillo festivo poco natural. En el silencio posterior, los latidos frenéticos de mi pecho se calmaron hasta convertirse en un fuerte golpeteo, y la ira que me había impulsado durante todo el día disminuyó, dejando mis extremidades extrañamente ligeras y vacías.

Me arriesgué a abrir un ojo. Él seguía mirándome, con una intensidad tal que parecía capaz de leer cada uno de mis pensamientos.

«¿Qué vas a hacer ahora?», susurré.

Me soltó las muñecas, pero no dio un paso atrás. Mis brazos cayeron, la sangre volvió a fluir con un doloroso hormigueo y, en el

espacio que nos separaba, el aire se volvió denso, cargado de una tensión que me erizó el vello de los brazos desnudos.

—Vuelve a la sala principal —dijo—. No te alejes de mi vista. O la próxima vez no seré tan educado.

—¿Esto ha sido educado?

Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios, llena de arrogante confianza y sin ninguna calidez. —Aún no has *visto lo que es ser* descortés.

La humillación debería haber sido el sabor en mi boca, pero lo que floreció allí en su lugar fue el sabor agudo y eléctrico de la adrenalina.

Pasé junto a él con paso firme, negándome a darle la satisfacción de verme tropezar. Llegué a la sala antes de que la adrenalina se desvaneciera y me desplomé en el sofá, cuyos cojines gemieron bajo mi peso repentino.

Desde el sofá, observé cómo el árbol de Navidad parpadeaba, ajeno a todo, encendiéndose y apagándose con la energía de reserva. Me acurruqué en un extremo, con los brazos alrededor de las rodillas, y seguí a Cian mientras se acercaba a las ventanas para comprobar si había alguna brecha. Se movía con la misma economía controlada, pero había una nueva rigidez en sus hombros.

Se acercó a la ventana, dándome la espalda, y se quedó mirando la ciudad helada.

El silencio se prolongó, convirtiéndose en una especie de presión, así que metí los pies debajo de mí en el sofá. —Puedes sentarte si quieres. No te voy a morder.

No respondió, pero un minuto después, se sentó en la silla frente a mí, frotándose la mandíbula con una mano.

La tormenta rugía afuera. Una violencia pura que hacía que el amplio ático pareciera una jaula, con sus paredes de cristal presionando contra el vacío de la noche. Me pregunté si volvería la luz o si acabaríamos congelándonos juntos en ese ataúd de cristal. Dos especímenes conservados en muebles de alta gama y un silencio costoso.

Entonces lo miré. Él me observaba desde las sombras, con una expresión indescifrable, salvo por un leve destello en sus ojos. Una chispa de reconocimiento de que ya no estaba mirando a una «señorita Harrington», sino a la mujer que había debajo.

«Eres más inteligente de lo que aparentas», dijo, con una voz que atravesaba el viento como una espada baja y firme. «Tu actitud de mocosa... es una máscara muy eficaz. Muy eficaz».

«Y tú eres más complicado que un sueldo», le respondí, aunque el fuego de mi voz carecía de su veneno habitual. «El soldado silencioso. El perro leal. ¿No te cansa fingir que no tienes alma solo para facilitar el trabajo?».

No se inmutó. En cambio, se recostó, una silueta oscura contra el caos de la tormenta. «No es una farsa. Es una economía de escala. Las almas pesan mucho en una pelea».

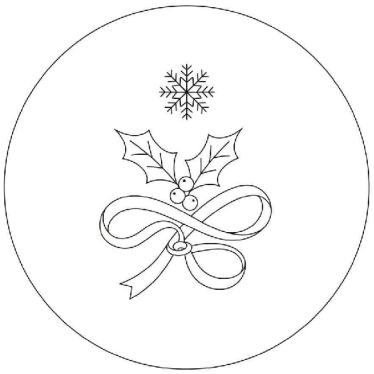
«Quizás». Observé cómo las luces de la batería parpadeaban sobre su rostro. Pulsaban rítmicamente en verde y luego en rojo, pintando sus rasgos con un extraño brillo espectral, como un sueño febril en el que ambos estábamos atrapados.

Recosté la cabeza contra el vidrio y exhalé, sintiendo la vibración del trueno en mis dientes. Por primera vez, no sentí la necesidad de llenar el silencio con otra punzada. Él había visto la grieta en mi armadura y yo había visto el peso de la suya.

Él había ganado esta ronda. Se lo había dejado ganar. Por ahora.

Si íbamos a estar atrapados en esta jaula hasta que el mundo se acabara, al menos las vistas eran decentes. Y, por una vez, no me refería solo a las luces de la ciudad.

Lana



LA TEMPERATURA DEL ÁTICO comenzó a bajar de forma constante e implacable, y el frío penetrante me caló hasta los huesos. No era solo una resaca de adrenalina; un escalofrío sádico me recorrió los brazos y me hizo castañear los dientes.

Me acurruqué más en el sofá, colocándome los cojines decorativos sobre las rodillas y abrazándolos contra mi pecho. La única luz provenía del árbol de Navidad alimentado por pilas y de los puntos distantes de las luces de emergencia, que convertían el emblemático horizonte en algo apocalíptico. Muy abajo, los faros parpadeaban y se apagaban, atrapados en el hielo.

Mientras la ciudad exterior quedaba silenciada por el hielo, Cian barrió la habitación con la mirada, comprobando las líneas de visión y despejando las esquinas como si esperara una emboscada. Una nueva tensión se apoderó de sus hombros, una concentración tan aguda que me provocó un escalofrío de advertencia por la espalda.

¿Podía sentir cómo bajaba la temperatura o había sido genéticamente modificado para la guerra bajo cero?

Como si hubiera sentido mi mirada sobre él, se dio cuenta de que lo estaba observando y se detuvo, con las manos relajadas a los lados.

—¿Tienes frío? —preguntó. No había ironía en ello.

Esbocé una mueca de desprecio. —¿Es esta la parte en la que el hombre grande y poderoso mantiene caliente a la mujer frágil?

Por un instante, apretó la mandíbula con un destello de irritación que no pudo ocultar del todo. —Hay mantas. Úsalas.

«¿Por qué, si tengo almohadas con forma de lingotes de oro?». Apreté la más cercana hasta que el relleno tensó las costuras.

Me observó durante unos segundos más de lo necesario. «Tienes los labios azules».

«Es lo último en moda. Está muy de moda esta temporada».

Me miró fijamente un momento más y luego desapareció por el pasillo, regresando con mantas militares y una manta térmica metálica que crujía como papel de aluminio. Tiró el montón sobre el brazo del sofá.

«Tómalo».

«No te esfuerces. Estoy segura de que mi padre no te pagó para que fueras el ayudante».

Ignoró mi comentario y se dirigió a la enorme chimenea. Siempre había pensado que era decorativa, pero él encontró la válvula de ventilación y localizó una caja de leños de emergencia. Se arrodilló en el hogar de piedra y encendió el fuego metódicamente, con unas manos increíblemente firmes.

Su silenciosa competencia me irritaba, así que me levanté del sofá, me acerqué a la ventana y miré con ira hacia la ciudad. Mis pies descalzos ardían contra el suelo helado; el aire en mis muslos era como caminar desnuda por el pasillo de un congelador. Odiaba que tuviera razón sobre mis labios. Odiaba aún más la forma en que el frío me hacía doler los pezones, dos puntos duros que presionaban contra la fina seda.

En menos de dos minutos consiguió encender el fuego. Los leños ardieron rápidamente, desprendiendo un ligero olor a productos químicos y pino, y las llamas se enroscaron en brillantes tonos naranjas y azules, lanzando un calor voraz y crepitante a la habitación. Ajustó los leños con un atizador, sin mirarme en ningún momento.

Su silencio era un desafío al que no pude resistirme. —Oye, no necesito que vigiles mis signos vitales. He sobrevivido a cosas peores que una Navidad en un ático con el termostato roto.

Apoyó el atizador contra las piedras y levantó la vista. —Lo dudo.

—En serio, podría contarte historias.

«Prefiero que no lo hagas».

Apreté la frente contra el vidrio helado. «¿Qué pasa cuando tu activo se muere de frío? ¿Te dan una bonificación por entregar el cadáver intacto?».

—No hay bonificación. Solo papeleo.

Una risa entre histérica y frágil brotó de mi boca. «Apuesto a que te encanta el papeleo».

«Casi tanto como me encanta la insubordinación».

Giré la cabeza bruscamente y lo encontré mirándome, con el rostro bañado por el resplandor antinatural y cambiante del árbol de Navidad.

Su mirada se clavó en la mía. «¿Ya terminaste de mirarme con odio?».

«Depende. ¿Ya terminaste de encerrarme?».

Se levantó como una sombra en la luz parpadeante del árbol y cruzó la habitación para detenerse justo fuera de mi alcance. «Tienes que seguir con vida», dijo. «Ese es mi único trabajo».

«¿Es esto lo que imaginabas cuando te alistaste? ¿Hacer de guardián de una mujer?».

Su expresión no cambió, pero la fría certeza de sus ojos convirtió mi rebeldía en cristal. —Aún no has visto lo que es «disfrutar».

Un rubor se extendió por mi cuello y clavé las uñas en las palmas de las manos. —¿Es eso una amenaza?

«Solo si tú lo conviertes en una».

Mi orgullo luchó contra el temblor de mis huesos antes de que finalmente agarrar una manta y envolverme los hombros con ella como si fuera una capa. Me observó durante un largo y silencioso minuto, y luego desapareció en la cocina. Regresó con una taza humeante, precedido por el aroma de la canela y el whisky.

«Bébete eso», dijo.

Miré la taza humeante. «Qué bien, ¿ahora preparas ponches calientes? ¿Esto formaba parte del programa de entrenamiento de las fuerzas especiales?».

No respondió. Di un sorbo y el calor detonó en mi pecho, un agradable ardor que ahuyentó el frío de mi sangre. Di otro largo y

codicioso trago, luego acuné la taza, dejando que el calor se filtrara en mis dedos.

Cuando el calor se instaló en mis huesos, volví a centrar mi atención en él. Estaba sentado en el sofá, con los codos sobre las rodillas, mirando fijamente el fuego. Los únicos sonidos eran el crujir y el silbido de la leña ardiendo y el leve gemido de la torre asentándose bajo el hielo. Los colores del árbol cambiaban, bañando la habitación en azules y rojos a cámara lenta.

Lo observé desde el suelo, con el calor de la chimenea apenas alcanzando el frío de mi médula. Su control era tan absoluto que resultaba insultante; los únicos signos de vida eran la contracción rítmica de un músculo de su mandíbula y la tensión de sus manos, con los nudillos blancos, mientras permanecía sentado en esa silla de respaldo recto, aún en servicio incluso en la oscuridad.

«¿Alguna vez te relajas?», le pregunté, con voz débil frente al rugido del viento exterior. «¿Ni siquiera por un segundo? ¿O es que el palo que tienes en el trasero es un requisito estructural permanente?».

No levantó la vista, pero vi cómo apretaba los puños sobre las rodillas. «No. No acaba bien».

«¿Para quién?».

—Para cualquiera que se encuentre en la zona de salpicadura.

«Tonterías». Di un sorbo lento al ponche caliente que me había preparado. La miel y el whisky me quemaron la garganta, algo que necesitaba desesperadamente. «No eres más que otra de las adquisiciones de lujo de mi padre. Todo programación, sin pulso. Un centinela con el ceño fruncido».

Entonces sonrió, una sonrisa amarga y entrecortada. «¿Y tú no lo eres? Interpretas a la perfección el papel que él escribió para ti. Eres la princesa rebelde, tal y como estaba previsto. Los dos somos modelos diferentes de la misma máquina».

Las palabras me golpearon como un golpe físico. Me alejé de él, arrastrándome más cerca del fuego hasta que la gruesa lana de la alfombra me rozó los muslos. Era muy consciente de cómo se me subía la seda del vestido, pero no me lo bajé. Si él iba a tratarme como a un objeto, yo sería el objeto más incómodo de la habitación. Podía sentir su mirada sobre mí. Pesada, silenciosa y, de repente, muy humana.

—¿Qué pasará cuando termine la tormenta? —le pregunté a las llamas—. ¿Me devolverás al rey y desaparecerás en la noche? ¿Borrarás la memoria y pasarás al siguiente trabajo?

«Así lo estipula el contrato».

—Parece que me vas a dejar ir demasiado fácilmente. Las palabras salieron antes de que pudiera controlarlas. Un desafío y una súplica. Sobre todo, una provocación. Quería que dijera que no era fácil. Quería que dijera que sería lo más difícil que había hecho nunca.

Cian arqueó una ceja, y la luz del fuego se reflejó en la línea marcada de su frente. —¿Tienes un plan mejor?

—Mi primer plan era encontrar la manera de quebrarte —dije, mirándolo por encima del hombro—. Ahora me inclino por dejar que el frío acabe con los dos. Al menos así no tendría que volver.

—El frío no tendría ninguna oportunidad —murmuró, y sus ojos azul acero finalmente se encontraron con los míos—. No contra ti.

—¿Por qué? ¿Porque soy tan «vibrante»? —espeté la palabra como si fuera una maldición.

—No —dijo, bajando la voz hasta ese tono grave y ronco que me ponía la piel de gallina—. Porque eres un incendio forestal. Y la mayoría de la gente no recibe ninguna advertencia antes de quedar reducida a cenizas.

Mi réplica se quedó en mi boca. Volví a mirar el fuego, apretando la taza hasta que mis nudillos se pusieron igual que los suyos. El silencio se hizo pesado con el olor a humo de leña y el aroma fuerte y medicinal del whisky, mientras la nieve seguía cubriendo el mundo del que ambos estábamos tan desesperados por escapar.

Rompió el pesado silencio cuando se levantó de nuevo, cerniéndose sobre mí. El suave roce del papel al salir de su chaqueta fue el único sonido que se oyó cuando dejó un sobre estropeado sobre la mesa de café. Mi nombre estaba garabateado en la parte delantera con la letra impaciente y arrogante de mi padre.

«¿Qué es esto, una nota de rescate?».

—Léelo —dijo él.

Abrí el sobre. El papel estaba frío y rígido en mis manos mientras leía la primera página. Eran tres páginas con la prosa corporativa habitual de mi padre, pero una vaga advertencia sobre «la oposición» me provocó un nudo helado en el estómago. Ahogué ese sentimiento con ira.

Levanté la vista hacia Cian, que ya me estaba estudiando con esa mirada fija e inquebrantable. «¿Qué soy yo, una moneda de cambio? ¿O un objetivo?».

Sus labios se torcieron. «¿Importa cuál de las dos cosas?».

Las páginas se me resbalaron de los dedos. «¿Por qué te importa?».

Él se quedó mirando el fuego durante un largo momento antes de responder. —No me importa. Pero me importan las órdenes.

—No es lo mismo.

«No», dijo. «Es mejor».

Dejando que sus palabras flotaran en el aire cargado, me abracé las rodillas y lo observé, preguntándome qué haría falta para que se derrumbara.

«¿Puedo preguntarte algo?».

No se movió. «Pregunta».

«Si saliera ahora mismo, descalza y con este vestido, ¿me perseguirías?».

«¿En la nieve?». La comisura de sus labios se crispó. «No durarías ni diez minutos».

—Eso no es un no.

Su mirada, llena de una posesividad cruda y aguda, se posó en el pulso que latía con fuerza en mi garganta. «Si corrieras, te encontraría».

Intenté ocultar el temblor de mis manos con un sorbo de la bebida, cuyo calor contrastaba con mis dedos helados. La manta se deslizó de uno de mis hombros, pero la dejé allí.

Sus ojos siguieron mis manos temblorosas durante un instante antes de que dejara la taza y sacara su pesada parka negra del armario. Me la colocó sobre los hombros, con un peso tan repentino y absoluto que casi me caigo.

«Póntela», dijo. «La necesitas».

Un comentario sarcástico murió en mi lengua; el interior de la chaqueta estaba forrado de lana y aún conservaba el calor de su cuerpo. Me envolvía por completo, el cuello me rozaba la mandíbula y las mangas me cubrían las manos. Cada respiración que tomaba estaba impregnada de su aroma: fuerte, limpio e invasivo.

Me quedé completamente inmóvil, dejándome hundir deliberadamente en la parka, empapándome de la calidez y la cruda intimidad de estar envuelta en su aroma.

«¿Este nivel de sofocación está en la descripción del trabajo?», dije, tratando de ocultar lo bien que me sentía.

Él se arrodilló, con una rodilla sobre la alfombra, y me miró fijamente a los ojos.

«Sigues empujando», dijo. «Pero no sabes dónde vas a aterrizar».

«Quizá me guste la caída».

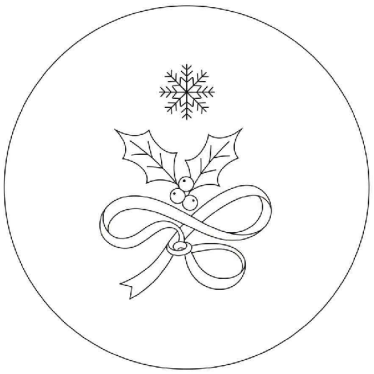
Se inclinó tan cerca que su aliento era una cálida bocanada con aroma a whisky contra mi mejilla. «Intenta huir de nuevo y te demostraré lo poco que importa esa cerradura».

Tragué saliva, con la garganta repentinamente seca. La amenaza era real. También lo era el destello de diversión en sus ojos y la ardiente y húmeda tensión en lo más profundo de mí que deseaba que él tuviera el control. El silencio se prolongó durante otros tres latidos. Luego se puso de pie, se ajustó el cuello de la camisa y regresó al sofá para observarme por encima del borde de su taza.

El árbol parpadeaba, pintando las paredes con sombras cambiantes. Envuelta más estrechamente en su chamarra, sentí que el calor me envolvía por completo. Me convencí a mí misma de que era una cuestión de supervivencia.

Pero ni siquiera yo podía mentir tan bien.

Lana



EL ÚNICO LATIDO EN el ático era el parpadeo de las luces del árbol de Navidad. Un leve zumbido electrónico acompañaba sus lentos pulsos de azul y rojo. El resto de las luces del ático estaban apagadas. Las ventanas reflejaban esas luces directamente hacia nosotros, con cristales de suelo a techo salpicados de oscuridad y el llamativo parpadeo del oropel, convirtiendo el ático en una bola de nieve hecha por alguien con un fetiche por el Grinch.

Contra el frío resplandor, la chimenea se estaba apagando, y un débil y acre olor a humo sustituía su calor. El calor nunca llegaba más allá de mis rodillas, pero me había envuelto en la parka y dos mantas militares, por lo que probablemente parecía una mezcla entre un superviviente y un yeti deprimido.

Cian se paró frente a la ventana, con los brazos cruzados, observando el apagón de la ciudad como si pudiera mirar fijamente a la tormenta. Su rostro era una máscara cambiante bajo el

resplandor de colores, huesos y sombras, con la barba como una mancha oscura. Las noticias habían dicho algo sobre «» y «frente ártico histórico», pero no mencionaron lo que le pasaba a tu mente cuando te encerraban en una caja de vidrio con un hombre diseñado para ser más un arma que una persona.

Revisé mi teléfono por centésima vez. Tres por ciento de batería. Sin servicio. Sin Wi-Fi. Probablemente mis amigos ya estaban enviando mensajes de texto sobre mi repentina desaparición, pero nadie llamaría a la policía. Ese era el trabajo del equipo de seguridad de mi padre, y no darían la alarma a menos que él también hubiera desaparecido.

—Lana —dijo Cian con voz no muy alta, pero que atravesó las capas—. Te estás quemando la manga.

Tenía razón. Un fuerte olor químico me hizo mirar hacia abajo, donde el nailon azul marino de mi parka se arrugaba con el calor. Lo aparté, fingiendo una expresión de aburrimiento. —Si se incendia, tírame por la ventana.

Él gruñó, lo más parecido a una risa que había hecho desde que comenzó el confinamiento. Esta vez se sentó en el sofá, más cerca que antes, con el ángel de ojos muertos del árbol parpadeando sobre su hombro izquierdo.

—¿Piensas quedarte despierto toda la noche?

Se quedó callado un momento. «No importa si no duermo. Nadie entrará ni saldrá hasta que pase la tormenta».

«¿Y si nunca amaina?». Intenté hacer una broma, pero mi voz se quebró al final.

—Al final, nos quedaremos sin leña. Entonces improvisaremos.

Me moví sobre la alfombra y me ajusté las mantas, nerviosa por su despreocupada seguridad. —¿Has hecho esto antes? Quería saber si alguna vez había estado atrapado con alguien que le hubiera *dado ganas* de dar órdenes.

Apoyó los codos en las rodillas. «Casi. Una vez en Kabul. Un apagón de cuarenta y ocho horas. Jugamos a las cartas a la luz de las velas, contamos historias. Mi jefe se emborrachó con café instantáneo».

«Suena festivo», dije. «¿Quién ganó?».

Se subió un poco la manga y trazó una fina cicatriz blanca en su antebrazo. «El perdedor pagó un precio. Me aseguré de que yo no lo hiciera».

Una parte de mí quería tocarla, para comprender la historia detrás de la marca. En cambio, tomé un sorbo de la taza de ponche frío y empalagoso que tenía a mis pies. «¿Alguna vez has perdido a alguien?».

Apartó la mirada y apretó la mandíbula. «Todo el tiempo».

—¿Por qué te dedicas a la seguridad privada? ¿No fue suficiente tortura el ejército?

—Aquí solo acepto los trabajos que quiero. —Me miró, firme como un bote salvavidas en un huracán—. La mayoría de la gente es sencilla. Tienen miedo de las cosas correctas, así que escuchan.

«¿Y el resto?».

Me miró. «Son como tú».

Sus palabras fueron como una punzada aguda, y yo la saboreé. «Entonces, ¿soy "difícil" o simplemente "incurable"?».

Su boca se curvó. «Las dos cosas».

El fuego crepitó, un carbón estalló, y decidí contraatacar. «¿Cuántos clientes antes que yo?».

«Ocho».

«¿Cuántos sobrevivieron?».

Inclinó la cabeza, calculando. «Siete. Tú aún no estás muerta».

Fue lo más brutalmente práctico que nadie me había dicho jamás. Dejé caer mi teléfono, con la batería al uno por ciento, y acerqué las manos al fuego.

Él observó cómo me temblaban las manos a la luz del fuego. «Ven aquí». La orden fue tranquila, absoluta. «Estás helada. Deja de ser tan terca».

Arrastrándose detrás de mí como un sudario fúnebre, las mantas hacían un suave y áspero ruido al rozar el suelo. Me senté en el extremo más alejado, colocando una almohada como barrera entre nosotros, aunque él podría haberme alcanzado con una sola mano.

Contemplamos juntos el árbol, su perfil parecía magullado bajo las luces azules y rojas cambiantes.

Miré al ángel parpadeante del árbol. «¿Celebrabas la Navidad cuando eras niño?», le pregunté.

Tardó en responder. «Sí. Mi madre era católica».

Me lo imaginé, a Cian, pequeño, aún sin ser un martillo, pero la imagen no se formaba. «¿Y tu padre?».

Él negó con la cabeza. «Era un nombre en un formulario. No se puede extrañar a un fantasma».

«La mayoría de la gente mentiría sobre eso».

Su mirada se detuvo en la mía un segundo más de lo debido. «La mayoría de la gente quiere ser comprendida».

Dejé que el silencio se prolongara. «Eres bueno ocultándote».

«No estás haciendo las preguntas adecuadas», dijo.

«¿Qué voy a preguntar? Mi vida está en Google».

«Google no dice por qué necesitas este nivel de protección». Cogió uno de los adornos de cristal de la mesa de centro. «Sin embargo, habla mucho de Vassar. ¿Por qué te echaron?».

Puse los ojos en blanco. «¿Cuál de las veces?».

Dejó el adorno en la mesa, deliberadamente. «La última vez».

«Volví a activar la alarma de incendios de mi dormitorio. Estaba borracha, era época de exámenes finales y quería ver si los rociadores funcionaban, pero no fue así. Los bomberos tuvieron que subir doce pisos, uno de ellos se dio un golpe en la cabeza con mis apuntes de psicología y me expulsaron».

Él asintió. «¿Y antes de eso?».

Conté con los dedos. «La fiesta de éxtasis en el laboratorio de química, colgarme del portal de donantes de antiguos alumnos y el cargo por "dañar propiedad pública" (que fue yo mejorando un horrible mural del campus)».

Él volvió a asentir. No le impresionó, pero tampoco le sorprendió.

«Crees que soy un idiota».

«No. Creo que quieres a alguien lo suficientemente fuerte como para detenerte». Esas palabras tocaron una fibra sensible y vergonzosa que nunca había admitido, ni siquiera ante mí mismo.

Cogió un atizador y movió los leños. El fuego se avivó, lanzando una bocanada de humo al aire, y luego se apagó. Los únicos sonidos eran el silbido de los leños y el rugido de mi sangre.

Me cubrí más con la manta, la verdad de sus palabras era como una fría corriente de aire contra mi piel. Quería responderle con brusquedad, mentir, pero la forma en que me miraba... desmontaba mi actuación de «pobre niña rica». «¿Alguna vez tienes miedo?».

Dejó el atizador. —Solo cuando tengo que confiar en alguien.

—¿Confías en alguien ahora?

Me miró sin pestañear. «No».

Su honestidad era una correa, y yo quería ver hasta dónde podía correr antes de que él la tirara con fuerza.

La pantalla de mi teléfono se iluminó por última vez. Había perdido un mensaje de mi madrastra, enviado hacía horas: «Miami es precioso. Intenta no romper a tu nuevo amigo». La pantalla se quedó en negro en medio de un emoji.

«Joder». Lo tiré a la alfombra, donde cayó con un ruido sordo y poco satisfactorio.

Él observó cómo rebotaba. «¿Extrañas a tus papás?».

La pregunta fue tan inesperada que casi no la procesé. Me quedé mirando las brasas moribundas. «Mi papá es un inversionista de riesgo con un pasatiempo como donante de esperma. No lo he visto en un año. Mi mamá real murió de una sobredosis cuando yo tenía ocho años».

Un leve rugido brotó de su pecho. «Entonces, ¿por qué vale la pena protegerte?».

Repetí sus palabras. ¿Las había oído bien? «No lo sé. ¿No está eso en mi expediente?».

Su expresión era indescifrable. «Se lo pregunté».

Eso me llamó la atención. «¿Y?».

—No me respondió.

Observé sus manos, apoyadas en las rodillas, con los nudillos en carne viva por la leña y nuestra pelea anterior en el pasillo. Atraída por una repentina y desesperada necesidad de algo real, extendí la mano. Mi dedo recorrió la sorprendente suavidad de la delgada cicatriz blanca cerca de sus nudillos.

Se echó hacia atrás tan rápido que casi me golpeó la barbilla. *«No».*

La palabra no era una petición, era un golpe táctico. Dejé caer la mano sobre la alfombra. «Lo siento. Es que...».

Respiró lenta y ruidosamente, bajó la mirada hacia mi boca durante un instante y luego volvió a fijarla en la ventana. «Regla número uno: no me toques. No hasta que yo te lo diga».

El peso de la orden me pareció una mentira, pero la fantasía de su control absoluto era demasiado tentadora como para resistirse. Acepté el desafío en sus ojos. «Parece que podrías derribarme con una cucharita, Capitán. ¿Por qué estás tan nervioso?».

—Porque sé exactamente cuánto daño puedo hacer —murmuró.

Decidí poner a prueba los límites de su jaula. —Sabes, todos los guardias que mi papá contrató antes de que tú renunciaras en menos de un mes.

Finalmente me miró, escudriñando mi rostro en busca de la trampa que sabía que había allí. —¿Porque tú los obligaste?

—Quizá. O quizá tenían miedo de lo que me pudiera pasar si se quedaban. Me acerqué más, con las rodillas rozando casi el borde del sofá. —Tú no tienes miedo, ¿verdad?

«¿Es eso un cumplido?».

—No te acostumbres. Le robé su vaso de agua y tomé un sorbo, dejando que el frío mineral eliminara el sabor del whisky. —Entonces, ¿qué pasó en Kabul? ¿De dónde sacaste esa cicatriz?

Miró el árbol, luego un adorno de cristal, como si la respuesta pudiera esconderse en los reflejos. —Un coche bomba. Se suponía que debía proteger a un cliente. Ambos salimos ilesos, pero la metralla le arrancó el brazo y a mí me dejó esto. —Levantó la cicatriz, con la mano firme, incluso cuando el recuerdo oscureció sus ojos—. Mejor que nada.

«¿Alguna vez te sientes culpable?», le pregunté en voz baja.

No apartó la mirada. «Todos los días».

Las luces del árbol pasaron de azul a rojo y luego volvieron a cambiar. En el silencio, el parpadeo de las luces era el único latido en la habitación. Me moví, apoyando las rodillas en el borde del sofá. Esta vez no me aparté. La tela de mi vestido rozó el áspero denim de sus pantalones. Vi cómo se le tensaba el músculo de la mandíbula, pero no se apartó.

«¿Qué pasará cuando vuelva mi padre?», susurré.

Él se echó hacia atrás; el movimiento acercó su rostro a pocos centímetros del mío. —Él me paga. Yo me voy. Tú vuelves a tu vida.

—¿Eso es todo?

Asintió con la cabeza de forma tajante y definitiva.

—¿Y si no regresa?

Cian no respondió. El silencio se prolongó, cargado de algo más ardiente que el fuego.

«Si huyera ahora mismo», dije con voz apenas audible, «¿de verdad me perseguirías?».

Finalmente se dio la vuelta, se giró de verdad, con el cansancio de la larga noche reflejado en sus hombros. «Si te dejara huir», dijo con voz ronca y peligrosamente baja, «te perdería para siempre».

Una oscura emoción me recorrió el cuerpo. «¿Es esta la parte en la que empiezo a animar a mi secuestrador?».

Él casi me devolvió la sonrisa. «Normalmente se tarda más».

La distancia entre nosotros se redujo. Me incliné hacia adelante hasta que nuestras rodillas quedaron completamente juntas, formando una línea sólida de calor. Esta vez no se apartó. No pudo hacerlo. Su pulgar se movió contra su propia rodilla, un micromovimiento de contención que me pareció más íntimo que una caricia.

«¿Por qué te quedas?».

—Porque esto no tiene que ver con tu papá —dijo, bajando el tono de voz—. No estás en peligro por ser quien es él.

«Entonces, ¿por qué?».

—Por lo que representas. —Me miró y, por primera vez, su mirada era etérea bajo la pulsante luz azul—. Tu padre es una caja fuerte, pero tú eres la única llave que realmente funciona. Eso te convierte en el activo más peligroso de la ciudad.

La frase cayó como un golpe en el hielo. Me recosté en mi asiento, sintiendo de repente que el calor de la habitación se volvía sofocante. «¿Una llave? No sé nada sobre sus negocios».

«No necesitas saber nada para ser una ventaja», dijo, endureciendo el tono de su voz. «No quieren el dinero de tu padre. Lo único que quieren es al heredero».

Lo miré fijamente, y la palabra que había elegido resonó en mis oídos como una sentencia de muerte. No una víctima. No un objetivo. «Solo un heredero», susurré, con la voz quebrada para dejar al descubierto el nervio desnudo que había debajo. «Siempre he sido un objeto para alguien, ¿no? Una llave que girar. Un activo que proteger. Incluso para aquellos a quienes se les paga por mantenerme a salvo, solo soy una partida en un presupuesto».

El primer sollozo se me escapó antes de que pudiera contenerlo. Un sonido agudo y entrecortado que parecía hecho de cristal. Me estremecí, una falla se abrió en mis cimientos y dejó que años de presión de alto rendimiento finalmente se liberaran. Traté de taparme la boca con las manos, pero los temblores ya habían comenzado, una violenta convulsión que me sacudió hasta lo más profundo. El vestido de seda y la pesada parka de repente se sintieron como una camisa de fuerza, y luché contra ellos, doblando las rodillas hacia el pecho como si pudiera hacerme lo suficientemente pequeña como para desaparecer en la alfombra.

A través del velo de mis lágrimas, la luz azul del árbol inundó la habitación, fría y despiadada, antes de volver a cambiar a un rojo sangriento. Me ahogué en un sollozo, con los dedos arañándome la garganta como si intentara arrancar el dolor de mis vías respiratorias.

Enterré la cara en el hueco de mi codo, tratando de capear la tormenta interior mientras la exterior seguía aullando. Podía sentir que Cian me observaba, su quietud era una elección deliberada y agonizante. Permaneció agachado en mi espacio, con los antebrazos sobre las rodillas, su calor irradiando a través de los pocos

centímetros de aire que nos separaban. No me tocó, ni se alejó; simplemente existía como un peso sólido y silencioso en medio de mi caos.

—Lana —dijo. Su voz ya no era un andamio, era el suelo mismo.

No pude responder. Las palabras se astillaron contra mis dientes cuando un violento temblor se apoderó de mis pulmones, convirtiendo cada respiración en una batalla inútil contra las barras de mis propias costillas.

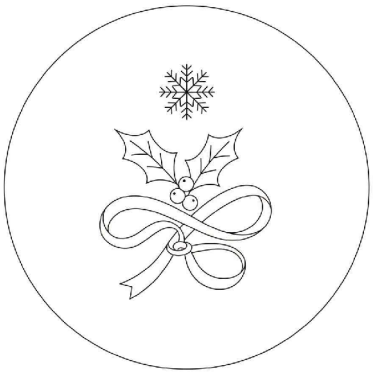
Él esperó, contando los segundos entre las explosiones de dolor con la paciencia de un hombre acostumbrado a esperar el fin de un asedio. Cuando mis ojos finalmente se encontraron con los suyos, no encontré el desprecio o el aburrimiento que esperaba. En cambio, había una firmeza cruda y descarnada en su mirada. Una base sólida que no se movió ni siquiera cuando me derrumbé contra ella.

La última leña se derrumbó en brasas anaranjadas. La farsa había terminado. Éramos dos animales en una caja, pero la jerarquía había cambiado. Mi mano se movió hacia la suya de nuevo, con un movimiento tan lento que era un desafío. Esperé la reprimenda por la Regla Número Uno, o a que él finalmente perdiera los estribos.

No se movió. Solo me observó mientras yo trazaba la cicatriz con mi pulgar. Su mano permaneció inmóvil. Un permiso silencioso y pesado que parecía menos una rendición y más una alianza.

Observamos cómo parpadeaban las luces y no sabía si era esperanza o fatalidad lo que latía en la oscuridad. En cualquier caso, no quería que se detuviera.

Lana



MI VOZ SALIÓ DESGARRADA, las palabras se atascaron en los bordes ásperos de mi garganta. «Por favor. Tienes que saber que... esta no soy yo».

Un destello de comprensión, o tal vez un oscuro reconocimiento, pasó por sus ojos antes de que asintiera lenta y deliberadamente. No se alejó. Se quedó allí, como un pilar de sal y acero en medio de mi tormenta.

Yo solía ser... buena. Tan buena como para formar parte de la Sociedad Nacional de Honor. Ni siquiera bebí alcohol hasta los veintiún años. Pasaba los sábados dando clases particulares de cálculo a niños. Las palabras salieron a borbotones, feas y rápidas, dejando un sabor amargo en mi lengua. «Era la chica que seguía todas las reglas porque pensaba que las reglas estaban ahí para mantenerme a salvo».

Él no pestañeó. Solo escuchaba, su quietud actuando como un vacío para mis secretos.

«Entonces mi vida se partió en dos». Respiré temblorosamente y bajé la mirada hacia mis manos, que se retorcían en mi regazo. «El verano después del penúltimo año, mi papá decidió que debía hacer una pasantía con él. Por una vez, relajó la seguridad porque quería que pareciéramos una familia normal ante la prensa. Una historia de «interés humano». Se suponía que íbamos a ir a una conferencia en Boston».

Las palabras se me atragantaron en la garganta, espesas por el sabor a óxido y al viejo miedo que aún no podía tragar.

«La noche antes de partir, alguien irrumpió en la habitación del hotel. Me ataron. Uno de ellos me tapó la boca con una mano que olía a gasolina y frío y me susurró: *"Cállate o mataremos a tu padre delante de ti".* Me retuvieron durante seis horas que se convirtieron en seis años. Me oriné y lloré tanto que me desmayé. Y durante todo ese tiempo, mi padre estuvo allí sentado con una pistola en la cabeza, tratando de negociar con ellos. Como si yo fuera solo otra partida más en su balance».

El recuerdo me dejó sin aliento, y el olor fantasma de la gasolina se hizo repentinamente denso en el aire del ático. Las luces del árbol volvieron a teñirse de azul, y un escalofrío que no tenía nada que ver con la ventisca se instaló profundamente en mis huesos.

«Nunca me tocaron. No de *esa manera.* Pero fue suficiente. Suficiente para reprogramar todo mi sistema». Una risa se escapó de mi garganta, un sonido como de metal desgarrado. «Después de eso, busqué cualquier emoción que me hiciera olvidar lo que se

sentía al ser nada más que una moneda de cambio. Me convertí en la mujer que conociste porque ser «buena» era solo una invitación a ser abusada».

Me sequé los ojos, mocosos e indignos, y finalmente lo miré. «¿No te has preguntado por qué sigo presionándote? ¿Por qué trato de molestarte? Es porque tengo que saber cuál es tu límite antes de que tú descubras el mío. Si no controlo eso, siempre seré la chica que espera ser salvada. O abandonada».

Durante un largo rato, el único sonido fue el crujir de la torre bajo el peso del hielo. Las luces rojas parpadeaban, luego azules, luego rojas de nuevo, en un lento y rítmico latido de advertencia urgente.

—Estás contando la historia equivocada —dijo Cian, con una voz que cortaba el silencio como una espada baja y firme—. Lo único que importa de esa historia es que sobreviviste.

Quería decirle que era el consuelo más horrible que había oído nunca, pero una extraña vibración quebrada en su voz me detuvo. «Te has dicho eso a ti misma antes, ¿verdad? ¿Después de Kabul?».

Su tono se endureció, perdiendo su breve suavidad mientras miraba hacia la ventana. «Tu padre tenía razón al estar asustado. El expediente lo confirma. Después de esa noche, llegaron los imitadores. Las amenazas comenzaron de nuevo con cada escuela a la que te transferiste. Cuando llegaste a Vassar, se intensificaron. Alguien publicó tu horario en línea. Dos veces».

La habitación dio vueltas. «Por eso estás aquí», susurré.

Él asintió y, por un segundo, me pareció ver una sombra de dolor por un hombre al que ni siquiera le había caído bien. «Revisé todos los informes. Hombres como ese te buscaban porque nunca te

derrumbaste. Ni siquiera después de Boston». Se inclinó hacia mí, clavándome la mirada. «Si te hubieras derrumbado, este trabajo sería fácil. Te quedarías en tu habitación y harías lo que te dijeran. Pero tú luchas. Esa rebeldía... ese es el verdadero premio. Eso es lo que no pueden soportar. Y es lo que quieren poseer».

Me limpié la nariz con la muñeca, sintiéndome más pequeña que nunca, pero extrañamente comprendida. «¿Así que realmente estás aquí por... mí? ¿No solo por la cuenta bancaria?».

Él negó con la cabeza, con una leve sonrisa en los labios. «No solo por el sueldo».

La confesión dejó un silencio ensordecedor a su paso. Cuando el aire de mis pulmones finalmente se liberó en un estremecimiento, él extendió la mano. Todos mis instintos me gritaban que me echara hacia atrás, pero tensé los músculos, confiando en la base sólida. Su mano cubrió mi brazo, la piel callosa de su palma transmitía un calor sorprendente y reconfortante.

Su movimiento fue mesurado, como el de una persona que maneja a un animal herido. Me atrajo hacia él y me dejé caer en sus brazos. Era cálido, sólido, olía a pino y a la noche nevada que se aferraba a su abrigo de lana. Su mano se cerró sobre mi nuca, con dedos suaves pero firmes. Contra ese abrazo posesivo, la tensión finalmente se desvaneció de mi médula.

«Estás a salvo», dijo, y sus palabras resonaron en mi corazón como una suave vibración que me llegó desde su pecho. «Te protegeré».

Las palabras se arraigaron en mi pecho y, a medida que mi cuerpo aceptaba la verdad, sentí que los nudos de mis hombros se

aflojaban, dejando que el mundo volviera a entrar.

El hielo crujía contra el vidrio como estática. La luz azul se desvaneció hasta convertirse en roja, y la tormenta exterior se disipó, reduciendo el mundo entero al espacio cargado entre nuestros cuerpos.

Su mano trazó lentos círculos sobre mi hombro, la firme presión de su palma atravesando la tela para calmar los músculos tensos que había allí.

«¿Alguna vez tienes miedo?». Mi voz era un murmullo contra su pecho, las palabras amortiguadas por la gruesa lana de su suéter.

Permaneció en silencio durante un largo momento, luego sus brazos me rodearon en un breve y posesivo abrazo, con su barba pinchándome el cuero cabelludo. «Todos los días».

Se apartó, sin apartar la mirada de la mía. «Entonces somos dos».

No pude esbozar una sonrisa, mi rostro se negaba a obedecerme. —Está bien. Tú ganas. Confiaré en ti.

Él sonrió, una sonrisa de cazador que era sorprendentemente genuina. «Nunca iba a dejarte ir».

Nos quedamos así, como una fortaleza entre sus brazos, mientras las luces bailaban y el viento ululaba. Arullada por su calor y el lento latido de su corazón, me vino un extraño pensamiento.

«Es extraño», dije. «Ese instinto de huir... sigue ahí. Solo que ahora parece que apunta hacia ti».

Sus grandes dedos peinaron mi cabello, y las yemas ásperas de sus dedos ejercieron una fricción sorprendentemente suave contra mi cuero cabelludo. —No tienes que huir.

«Ahora lo llevo en los huesos. No sé cómo detenerlo».

Él presionó sus labios contra la parte superior de mi cabeza. Un beso firme y cálido que fue como un ancla. «No te está permitido hacerlo».

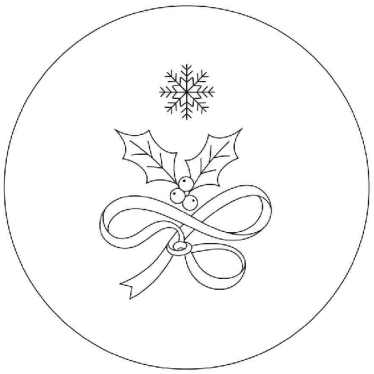
El fuego ardía lentamente, y su aroma a carbón y cedro llenaba el aire, pero ya no necesitaba su calor. El aire entre nosotros chispeaba con un calor peligroso y, por primera vez desde que tenía dieciséis años, no solo me sentía protegida, sino también reclamada.

Como si fuera una respuesta, las luces del árbol parpadearon más rápido. Rojo, luego azul, luego ambos a la vez, tiñendo la habitación de un púrpura crudo y primitivo. Cerré los ojos y dejé que mi cuerpo se relajara en sus brazos, mientras el mundo exterior dejaba de importarme.

Tenía todo lo que quería, justo aquí.

Y supe que, por una vez, no lo dejaría escapar.

Lana



ME DIJE A MÍ misma que no volvería a llorar: que volvería a armarme, a controlarme, a ser la mocosa que activaba las alarmas de incendio por diversión y que podía recibir un golpe sin derrumbarse. Pero después de derrumbarme sobre su pecho y de que él no huyera, el derrumbe de esos muros fue una sensación física que me dejó aturdida. Me senté allí, en el círculo de los brazos de Cian, luchando contra el impulso de salir a rastras, desesperada por que él no me viera tan destrozada ni un segundo más.

Él no me soltó, ni siquiera después de que el último sollozo se me escapara y me dejara en carne viva. Su mano trazó patrones perezosos sobre la curva de mi hombro, con el pulgar calloso enganchado detrás de mi cuello. El fuego se había reducido a un pequeño núcleo, llenando el aire con un ligero olor a humo, pero el calor que irradiaba era tan absoluto que quemaba cualquier otro pensamiento, incluso el sonido de la tormenta.

—Estás callada.

Me levantó la barbilla con dos dedos. —Necesitabas el silencio.

Intenté liberarme, pero una parte más profunda y hambrienta de mí se negó a obedecer la orden, prefiriendo su firme control a mi pánico.

«Mírame».

Lo hice.

Su expresión era cautelosa, pero no había crueldad en ella. Solo una franqueza abierta y firme que me hizo retroceder. Su mirada me inmovilizó, una orden silenciosa de no apartar la vista. «Puedes dejar de correr. Te tengo».

«Es fácil para ti decirlo. Estás construido como una maldita fortaleza».

«Tú también. Solo que sigues luchando en los frentes equivocados».

La verdad me golpeó con crudeza, robándome la risa de la garganta. «No se supone que debes psicoanalizar al cliente», dije, pero mi cuerpo traicionó mis palabras, inclinándose hacia él.

Él no me soltó. «¿Quieres que pare?».

Negué con la cabeza, pero susurré: «Quizá».

Se inclinó más hacia mí. —¿Qué pasa?

«No lo sé. Dejar que me veas me parece un peligro diferente, uno del que quizá no quiera escapar».

Se movió, levantándome por completo y sentándome en su regazo como si no pesara nada. «Déjame ser el peligro al que corres, no del que huyes».

«Sí».

Las luces del árbol de Navidad parpadeaban detrás de él, pintando su rostro de azul, luego de rojo y luego de morado. Bajo esa luz cambiante y antinatural, sus ojos me resultaban desconocidos, pero sus muslos rodeando los míos y sus manos sujetándome con firmeza eran una clara advertencia de que no debía escapar.

Tenía que saberlo, y la pregunta fue un susurro desesperado. «¿Por qué te importa?».

No dudó. «Porque desde el momento en que te vi, tú eras lo único que había en la habitación».

Un calor imprudente se encendió en mi pecho e inmediatamente traté de sofocarlo. «Estás atrapado aquí conmigo. ¿Con quién más vas a hablar?».

Me agarró la mandíbula, no con rudeza, sino con intención. «No es por eso», dijo. «No lo menosprecies».

Sus palabras me dejaron sin aliento. —No sé cómo actuar de otra manera —susurré—. Si me permito creer en ti... dime quién quieres que sea.

No respondió, pero la lenta caricia de su pulgar bajo mi barbilla me provocó una oleada de calor, y el aroma de su piel y el aire frío de la noche hicieron que mi cuerpo se desplomara contra el suyo, buscando una seguridad que no sabía que echaba de menos.

La repentina seguridad fue un shock físico, una vulnerabilidad tan aguda que intenté zafarme de su regazo, pero él me agarró por las caderas y me mantuvo allí, inmóvil. «Basta», dijo.

—¿Dejar de qué?

Me miró a los ojos. «Deja de fingir que no quieres estar aquí».

Mis músculos cedieron, uno por uno, en una rendición consciente y aterradora que me dejó como un peso muerto contra él.

Me miró fijamente, desafiándome a discutir. «Si de verdad quieres irte, te dejaré. Pero ambos sabemos que no te vas a marchar».

Intenté besarlo.

Mi intención era hacer un último intento por controlar la situación, pero en el momento en que su boca se posó sobre la mía, mi cuerpo se alineó con mi deseo más profundo, derritiéndose en una necesidad pura y frenética.

Él respondió al instante, con la boca hambrienta, deslizando la lengua entre mis dientes. Su beso fue una conquista estratégica de territorio, su mano enredándose en mi cabello para inclinar mi cabeza hacia atrás, forzando mi boca a abrirse mientras su agarre se tensaba hasta que me dolía el cuello. Era una fortaleza, y yo no quería escapar; quería estar encerrada dentro.

Su mano libre se aferró a mi trasero, el calor de su palma callosa quemándome a través del vestido mientras me atraía con fuerza hacia él. Me rendí, dejando que las mantas y la parka cayeran mientras la malla con lentejuelas se subía y se arremolinaba alrededor de mis caderas. Su aliento era una ráfaga caliente contra mis labios, y cuando chupé su labio inferior, gimió, profundo y grave en su pecho.

Interrumpí el beso, jadeando en busca de aire, e incliné la cabeza, encontrando con los dientes la sal de su piel al morder el tendón sobre su clavícula. Un gruñido gutural retumbó en su pecho y sus dedos se clavaron en mis caderas mientras se frotaba contra mí, con su impactante protuberancia, una dureza espesa e imposible,

presionándome a través de sus jeans. Me balanceé contra él, necesitada y medio salvaje.

Me besó de nuevo, esta vez con más rudeza, y luego se apartó, con la voz ronca contra mi piel. —Dime que esto es lo que quieres.

Asentí con la cabeza, frotándome contra él hasta estar segura de que podía sentir lo mojada que estaba.

Una risa grave retumbó en su pecho mientras se movía, haciéndome girar de su regazo y cayendo sobre la alfombra en un movimiento desorientador. El mundo se convirtió en rayas azules y rojas proyectadas por las luces navideñas sobre nuestros cuerpos. Su peso no era solo pesado; era un calor aplastante y posesivo que me inmovilizaba en la alfombra y me robaba el aliento.

Me pasó la mano por la pierna, más allá de la rodilla, hasta el pliegue del muslo. «Sin bragas», dijo.

Lo miré a los ojos. «Siempre hay que tener una estrategia de salida. Deberías saberlo».

«¿Ese impulso de huir? Voy a sacártelo a golpes y ponerme yo en tu lugar».

Me subió el vestido, me agarró el cuello con una mano en una orden silenciosa para que me quedara quieta y me abrió con la otra. No dudó. Deslizó dos dedos dentro, su aspereza rozando cada terminación nerviosa, y cuando me resistí, utilizó su peso para inmovilizarme. «Tranquila», dijo. «Déjame».

Me llenó, primero lentamente, luego con determinación. Exploró mi interior y, cuando mi cuerpo se arqueó ante un toque específico, sus dedos se curvaron con precisión experta, convirtiendo mi jadeo en

un sonido crudo y suplicante. Enganchó los dedos, tirando con fuerza de ese punto, y un grito se formó en mi garganta.

Me tapó la boca con la suya, tragándose el ruido, sin aflojar nunca. Le arañé los hombros, tratando de acercarlo más, pero él solo me folló con la mano, implacable. Mi mundo se redujo al roce de sus dedos y al nudo apretado y enroscado de placer en lo profundo de mi vientre.

—Mírate —dijo, con los ojos fijos en el placer de mi rostro—. Qué bien te sienta cuando por fin te dejas llevar.

Abrí la boca para protestar, pero solo me salió un gemido.

Me soltó el cuello y me agarró la barbilla, girando mi rostro hacia el suyo. «Quiero verte correrte», dijo. «Dame eso».

Apreté con tanta fuerza alrededor de sus dedos que me dolió. — Eres tan jodidamente...

Me besó con fuerza, apoderándose de mi boca con su lengua, y luego presionó su pulgar contra mi clítoris. Mi orgasmo llegó al instante, una violenta contracción que nubló mi visión mientras un grito se escapaba de mi garganta. Me sostuvo durante todo el proceso, con sus dedos enterrados dentro de mí, y cuando el mundo volvió a enfocarse, me di cuenta de que estaba llorando de nuevo, pero esta vez era de alivio.

Esperó a que las réplicas se desvanecieran y luego sacó la mano. El sonido húmedo de él chupando mi humedad de sus dedos resonó en el silencio, sin apartar los ojos de los míos.

«Buena chica», susurró, con palabras que sonaban como una ruda plegaria contra mi piel.

Nunca las había oído antes, pero las palabras se clavaron en lo más profundo de mi ser, liberando una ola de calor que era a partes iguales alivio y terror.

Se quitó la camisa y el chirrido áspero de la cremallera resonó en el silencio antes de bajarse los pantalones de mezclilla con un movimiento fluido. Su pene quedó al descubierto: una longitud de carne gruesa, brutal y formidable. Se me secó la boca. Se arrodilló entre mis muslos, se colocó en posición y luego se detuvo.

«¿Estás segura?», preguntó.

«¿A qué esperas? Hazme suplicar».

Se deslizó lentamente, solo la punta, y mi cuerpo protestó y cedió al mismo tiempo. Observó mi rostro en busca de cualquier signo de dolor, pero yo solo jadeé y me balanceé para encontrarme con él, y un gemido crudo de puro alivio vibró a través de mí.

Empujó más profundo, y luego, de golpe, se hundió hasta el fondo. La aguda presión de ser abierta era un dolor tan intenso que se convirtió en placer, e instantáneamente quise más.

Se retiró y volvió a penetrarme, esta vez con más fuerza. Las fibras ásperas de la alfombra me quemaban la espalda y su olor a lana polvorienta me llenaba la nariz. Las luces navideñas pintaban su cuerpo con destellos estroboscópicos de azul y rojo, convirtiéndolo en una serie de poderosas siluetas con cada embestida. Clavé los talones en su trasero, instándolo a penetrarme más profundamente.

Era implacable, una fuerza dominante que borraba cualquier otro pensamiento de mi cabeza. Sus manos agarraron mis muñecas, los callos raspando la fina piel mientras las inmovilizaba sobre mi

cabeza, y cuando me arqueé, me empujó de nuevo contra la alfombra.

«Lo aguantas muy bien», dijo, y el elogio hizo que mis músculos internos se apretaran a su alrededor.

Gemí alto y salvajemente, y él se inclinó para morderme el hombro, marcándome. El calor de su boca era una marca en mi piel. «Dilo».

—¿Decir qué?

—Dime que lo quieres.

—Dios, sí, lo quiero. Te quiero a ti.

Aceleró el ritmo, golpeando con sus caderas, el sonido obsceno de la carne en el silencio, mientras el aire se volvía denso con nuestro sudor. La presión en mi vientre se intensificó, un calor abrasador que me elevaba. Soltó mis muñecas solo para capturar mi rostro, inclinándolo hacia arriba hasta que mis ojos se encontraron con los suyos.

«Córrete para mí», dijo.

Mi espalda se arqueó sobre la alfombra, un único y violento espasmo mientras el orgasmo me atravesaba. Mi cuerpo se tensó y gemí, el sonido amortiguado por su boca mientras me besaba. Él también se corrió, un gemido áspero brotó de su pecho mientras se estremecía, inundándome con su semilla caliente. No dejó de moverse, no hasta que yo exprimí hasta el último temblor a su alrededor.

Se derrumbó sobre mí, su peso muerto aplastándome contra la alfombra. Cuando jadeé en busca de aire, se movió, haciéndonos rodar hasta que quedé encima, a horcajadas sobre él, todavía

conectados. Sus manos acariciaron mis muslos, sus pulgares acariciaron mi piel interior antes de que sus dedos se apretaran, marcándome como suya.

—Buena chica —repitió, esta vez con más suavidad—. Eres tan buena cuando por fin me escuchas. Tan segura.

Exhalé un suspiro tembloroso, con su sabor aún en mi lengua. —Necesito que sigas diciéndolo.

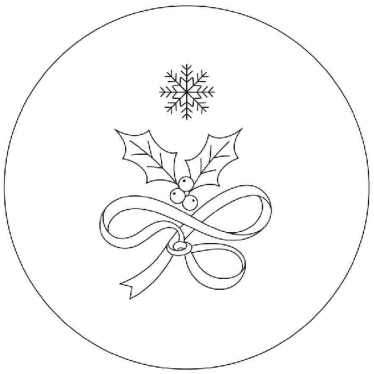
Me besó en la frente. «No pienso dejar de hacerlo».

Las luces navideñas parpadeaban sobre nosotros, azules y rojas, pintando nuestros cuerpos fundidos en colores cambiantes y caleidoscópicos.

Había pasado años huyendo de todo lo que pudiera romperme. Nunca imaginé que dejaría que alguien lo rompiera.

Y, por una vez, no quería volver a recomponer los pedazos.

Lana



MIS HUESOS DOLÍAN BAJO su peso y recé para que no se moviera. El fuego, las mantas, la ciudad: nada de eso podía inmovilizarme más que el peso de él dentro de mí, o la mirada en sus ojos cuando finalmente perdió el control y se permitió desear algo, aunque solo fuera por un segundo.

No se apartó ni fingió que el aire de la habitación no había cambiado. Simplemente me abrazó, aplastándome entre la alfombra y su pecho. Su peso era tan absoluto que, cuando mi cuerpo se relajó contra la áspera lana de la alfombra, me rendí por completo y me limité a respirar.

Después de un largo momento, recorrió con sus manos la longitud de mis muslos y la curva de mi cadera, con manos ásperas pero cuidadosas, y yo temblé, mi cuerpo probando automáticamente los límites de lo que podía soportar de él.

Ese desconocido esculpido por la luz enterró su rostro en mi cuello, con una respiración lenta y cálida, y lo único que podía oler era a él: jabón limpio y aire nocturno helado adherido a su piel.

Su voz sonaba amortiguada contra mi piel. —Debería irme.

—Por favor, quédate.

No se movió.

Su peso se convirtió en una fortaleza a mi alrededor, incluso cuando cada centímetro de mi piel se sentía desnudo ante su tacto. Su pene seguía dentro de mí, medio duro y obstinado, y mi cuerpo estaba exquisitamente arruinado, con un profundo latido entre mis piernas y un dulce dolor en cada músculo por su posesión. Como si fuera una respuesta, la tormenta exterior alcanzó un nuevo nivel, el viento golpeaba las ventanas con tanta fuerza que el vidrio vibraba contra mi espalda con cada ráfaga.

Sus labios se movieron contra mi clavícula. —Vas a tener moretones.

—Sí. —Me moví, sintiendo el dolor satisfactorio de su posesión—. Espero que me hayas dejado más.

Me mordisqueó el hombro, más como un beso que como una advertencia. —Te gusta el dolor.

«Es un recordatorio de que puedo recibir un golpe y no romperme», dije.

Exhaló, y el bajo rugido de su pecho resonó en mi interior. Me acerqué más, persiguiendo la sensación que se hundía en mis huesos.

Nos quedamos así, pegados el uno al otro, hasta que el fuego se apagó y el frío, que se acercaba por los bordes, finalmente lo hizo

levantar la cabeza.

«¿Quieres algo?», le pregunté. «¿O simplemente te gusta mirarme?».

Se encogió de hombros, pero no apartó la mirada. «Haces que sea imposible mirar a otra parte».

Puse los ojos en blanco, pero un calor traicionero inundó mis mejillas. —¿Lo has practicado delante del espejo o es tu actitud habitual?

No sonrió, pero su boca se crispó. —Por defecto. ¿Quieres algo de beber?

Negué con la cabeza, un ligero movimiento que era una sincera confesión. —Quiero que sigas tocándome.

Él respondió tomando el control, sus dedos recorriendo mi costado, contando cada costilla y trazando cada moretón que había dejado. «Estás hecha un desastre», murmuró contra mi garganta.

—Tú también —susurré, con las palabras amortiguadas por el lento y constante latido de su corazón—. Solo que tú eres mejor ocultándolo.

Se quedó quieto durante un largo momento y luego se retiró, y yo hice una mueca de dolor ante el vacío. No se alejó mucho, solo rodó hacia un lado y me arrastró encima de él, con mis muslos a horcajadas sobre su cintura, y yo no me resistí, fundiéndome en su abrazo porque no había ningún otro lugar en el que quisiera estar.

Mientras me acomodaba contra él, mi mano encontró la suya y tracé la cicatriz en su piel. «¿Cómo te hiciste eso?».

Él flexionó los dedos. —En Berlín. Un cliente rompió el protocolo, creyó que era más listo que la amenaza. Nos llevó directamente a

una emboscada.

Pasé el pulgar por la áspera costura de carne, la piel pálida y levantada. «¿Qué clase de idiota deja que le disparen en la mano a su guardaespaldas?».

—A través de ella —dijo—. Salió por el otro lado.

Apreté la mano al imaginar el desgarro del metal a través de su carne, con su rostro convertido en una máscara de piedra. «¿Y no dejaste que se desangrara?».

Su pulgar acarició mi pulso mientras me miraba a los ojos, con expresión impasible. —Tuvo suerte de que yo siguiera en servicio.

Me incliné y besé la cicatriz, saboreando la sal de su piel, y luego la mordí con la fuerza suficiente para hacerle silbar.

Su voz era grave y ronca. «¿Estás tratando de quebrarme?».

—Solo quiero ver si emites algún sonido —dije—. Utilizas ese silencio como un arma. No es tan diferente de lo que yo hago.

Volvió a rodarnos con una velocidad que me dejó sin aire, y me encontré debajo de él, inmovilizada por su masa y el peso inflexible de su mirada. Su voz era baja y tranquila. —Crees que quieres que te rompa. No tienes ni idea.

Le mordí la mandíbula con tanta fuerza que le dejé una marca. —Entonces demuéstramelo.

Me miró fijamente, con los ojos oscuros, luego inclinó la cabeza y me besó, un beso lento y deliberado que no se parecía en nada a su ansia anterior y que me dejó sin aliento.

Respondí a su beso, abriendo los labios para él. Devoró mi respuesta, con la boca dura sobre la mía, los dientes rozando mi labio inferior mientras me inclinaba la cabeza. Enrosqué mis piernas

alrededor de su cintura, sintiendo cómo se endurecía de nuevo entre mis muslos.

Me reí, sin aliento. —Joder. ¿Nunca te cansas?

Esta vez sonrió, una amplia, blanca y devastadora grieta en su control. —Nunca.

«Demuéstralo», le dije.

Me empujó las rodillas hacia arriba, abriéndome, y luego se abalanzó sobre mí como un hombre hambriento. Su lengua era brutal, un ritmo implacable de lamidas ásperas y chupadas fuertes contra mi clítoris que me hicieron temblar y gritar su nombre.

No paró hasta que lo aparté, medio riendo, medio sollozando. Mi cuerpo era pura electricidad estática, mi piel tan sensible que el aire mismo era un roce abrasivo. Él lo atravesó, arrastrándose para lamer mi sabor de sus labios y besarme de nuevo, como para recordarme a quién pertenecía.

«No vas a sobrevivir a mí», dijo.

Mis dedos se clavaron en sus hombros. «No te atrevas a dejarme».

Se movió, levantándome con una fuerza natural, y me sentó en su regazo para que lo mirara. Su pene estaba resbaladizo y caliente contra mi vagina, y cuando empujó hacia adentro, mi visión se redujo al punto ardiente de conexión donde nos encontrábamos.

Me enmarcó el rostro, su agarre era una orden silenciosa. «Mírame. A partir de ahora, este es tu lugar».

Mi respuesta fue enganchar mis dedos en su cabello y atraer su boca hacia la mía, mordiéndole con fuerza el labio inferior.

Me penetró, al principio despacio, luego con más fuerza, con un ángulo que empujaba la punta de su pene directamente contra mi

punto G hasta que arqueé la espalda y un grito se escapó de mi garganta. Me aferré a sus hombros, clavándole las uñas profundamente en la piel mientras lo cabalgaba con un ritmo frenético.

Él observó mi rostro todo el tiempo, estudiando cada jadeo, cada gemido. Cada vez que apartaba la mirada, él me obligaba a volver a mirarlo. Era demasiado. Demasiado cercano, demasiado expuesto. Me corrí de nuevo, esta vez más silenciosamente, con un placer profundo y punzante que comenzó en mi vagina y se extendió por todos mis huesos. Él siguió adelante, implacable, persiguiendo cada réplica hasta que mis nervios gritaron, sobrecargados más allá de la agonía, en puro éxtasis.

Se retiró en el último segundo, su mano se movió rápidamente mientras se corría sobre mi estómago. Su rostro estaba tenso y una emoción obscena me recorrió cuando decidió por mí, marcando mi estómago con los pulsos calientes de su semilla.

Agarró el dobladillo de seda de mi vestido y yo me estremecí cuando la tela fría se arrastró por el calor pegajoso, limpiándome antes de tirarlo a un lado.

Nos quedamos allí, enredados y agotados, hasta que el fuego se convirtió en brasas con un último y suave silbido, y el frío de la habitación me erizó la piel.

Se dio la vuelta sobre su espalda, me atrajo hacia él y nos cubrió a ambos con una manta.

La simple intimidad del gesto me hizo imprudente. «Dime algo verdadero», le dije, sintiendo que las palabras eran crudas y peligrosas en la oscuridad.

Permaneció en silencio durante un largo rato, apretando mis cabellos con los dedos. Cuando finalmente habló, su voz sonó áspera. «Esto es mejor que estar solo».

Apreté mi rostro contra su pecho, sintiendo cómo sus palabras vibraban con el ritmo constante de su corazón bajo mi oído.

«Nunca supe lo que quería», confesé, con palabras desnudas. «Pero este dolor, estar tan destrozada... esto se siente más real que cualquier otra cosa».

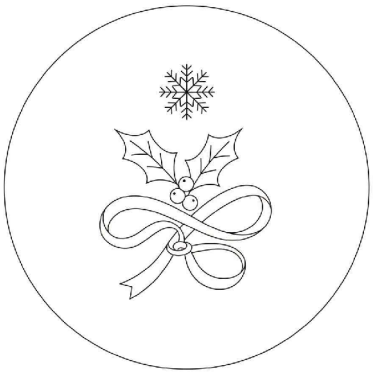
Me abrazó con más fuerza. «Vas a desentrañarme por completo».

«Quizá eso es lo que quiero».

Su silencioso abrazo fue su propia respuesta. Afuera, el viento aullaba. La ciudad estaba sumida en la tormenta, pero aquí dentro, lo único que podía sentir era su calor y, por primera vez en mi vida, los músculos de mi espalda se relajaron y los bordes irregulares dentro de mí se calmaron.

Las luces navideñas parpadeaban y, por primera vez en mi vida, me permití creer en un milagro.

Lana



LO PRIMERO QUE REGISTRÉ al amanecer fue su semen, enfriándose en mis muslos en el frío amargo y metálico del ático. Cian y yo seguíamos en la alfombra de piel de oveja, con las extremidades entrelazadas, y yo no tenía ningún deseo de moverme. La tormenta había pasado, pero el aire de la habitación estaba tenso, y la más mínima presión amenazaba con devolver nuestra nueva realidad a la dura y fluorescente normalidad. Yo no quería la normalidad. Quería este espacio entre nosotros, jodido, peligroso y real.

Deslizó lentamente su mano por mi espalda desnuda, con la palma caliente contra mi piel. Mi cuerpo se tensó, esperando algo sarcástico o disciplinario, pero él solo me acarició, cada caricia una promesa silenciosa de que yo estaba allí con él, mientras el mundo fuera de las ventanas era azul grisáceo y silencioso, todo sepultado bajo el hielo y el cristal.

El silencio era una trampa, y mis pensamientos se centraron inmediatamente en las vías de escape. ¿Se arrepentiría él? ¿Y yo? ¿Se rompería el hechizo cuando volviera la luz y mi padre apareciera con abogados y contratos y la expectativa de que volviera a desempeñar el papel de hija? Me temblaban los labios, así que los apreté con fuerza para ocultarlo.

De todos modos, él notó el temblor. «Deja de pensar demasiado».

«¿Puedes culparme?». Me giré para verle la cara mientras hablaba; parecía más vivo que nunca, como si finalmente se hubiera encendido un fuego detrás del azul hielo de sus ojos.

«En realidad, sí puedo», dijo. «Te hace parecer frágil, y yo soy el único que puede romperte».

Eso me tomó tan desprevenida que me eché a reír. A él le gustó; una pequeña sonrisa se dibujó en su mandíbula.

Me apoyé en el codo, el aire sabía a polvo frío y ozono mientras enfriaba mis pulmones. «¿Y ahora qué? ¿Fingimos que nada de esto ha pasado y volvemos a la ley marcial, o...?»

Se giró hacia un lado, de modo que su cuerpo se curvó alrededor del mío. —Yo no voy a volver. ¿Y tú?

La pregunta era un desafío, pero su voz era áspera, con algo que parecía una súplica. Me estaba pidiendo que me quedara en esta tormenta con él, y cuando una emoción feroz y posesiva me recorrió el cuerpo, me di cuenta de que por fin era mi turno de girar la llave.

Tragué saliva, pero mi voz seguía sonando quebrada. «¿Pero cuando vuelva la luz? Cuando mi padre esté ahí, ¿qué harás?».

Me tocó la mejilla con dos dedos, apartándome el pelo. «¿Quieres probar algo por mí?».

Entrecerré los ojos, recelosa. «¿Es una costumbre irlandesa?».

Él sonrió con aire burlón. «No, a menos que consideres la disciplina una exportación cultural».

Casi me enfadé, pero el recuerdo era un calor fantasmal en mi garganta, un sabor de la rendición sin aliento que siempre había anhelado, pero que nunca esperaba de alguien que realmente me viera.

«Está bien», dije. «¿Cuál es el juego?».

Se incorporó, la manta se deslizó de su regazo y la visión de su gruesa polla, que ya se retorcía mientras se endurecía, me provocó una sacudida en las entrañas. —Arrodíllate.

Le lancé una mirada, una última chispa de rebeldía, pero mis rodillas golpearon la alfombra con un ruido sordo, con todos los nervios vivos y expuestos.

Él dio un golpecito en la alfombra a su lado, un sonido seco y definitivo. «Las manos en el regazo».

Lo hice, con el frío recorriendo mis muslos como un hecho lejano frente al calor de su mirada.

Su mirada me recorrió de arriba abajo y, en el repentino silencio, mi pulso latía frenéticamente contra la escalofriante quietud de sus ojos. —Tres verdades. Las dirás despacio, mirándome a los ojos, y después de cada una, pondrás la mano aquí —dio una palmada en el centro de su pecho, justo encima del corazón—. Si te equivocas, volverás a empezar.

Lo miré entrecerrando los ojos. «¿Cómo puedo equivocarme?».

—Tropiezas, te estremeces, pierdes el hilo. O rompes el contacto visual.

«¿Qué pasa si lo hago?».

Me miró de arriba abajo, calculando, y luego asintió con la cabeza hacia la ventana. «Entonces pasarás la siguiente hora allí. De rodillas, con nada más que una sola manta. Podrás volver cuando lo supliques».

Un pulso intenso comenzó a latir en mis oídos, caliente y rápido. «Esto te excita, ¿verdad? Las reglas».

Él sonrió, mostrando todos los dientes. «Y tú estás a punto de descubrir cuánto te gusta». La promesa en su voz envió una corriente directa a mi interior.

Me senté más erguida. —¿Qué tengo que decir?

Su tono era plano, desprovisto de emoción. «Primero, por qué soy más fuerte que tú. Segundo, por qué necesitas que te vigile. Tercero, qué quieres que te haga. Sin mentiras. Sin bromas».

—Hablas en serio.

Él asintió con la cabeza, sin apartar la mirada.

La firmeza de su asentimiento hizo que un calor agudo y punzante inundara mi piel, subiendo desde mi pecho hasta mis mejillas. Forcé mis hombros a relajarse, pero mi sangre rugía con la necesidad de ganar este juego. Respiré hondo y comencé.

—Eres más fuerte que yo porque... —Tuve que forzar las palabras para que salieran de mi garganta—. Porque nunca te rindes. Incluso cuando hago todo lo posible por asustarte, tú te esfuerzas aún más.

Mantuve su mirada, dejándole ver que lo decía en serio. Su rostro no cambió, pero su pecho se movió, expandiéndose sutilmente. Coloqué mi mano sobre su corazón, y el latido constante y potente bajo mi palma contrastaba con el temblor de mis propios dedos.

Él asintió una vez. «Bien. Sigue adelante».

Me lamí los labios, las palabras ya sabían a rendición. —Y necesito que me cuides porque no puedo dejar de romper cosas. No confío en mí misma para no alejarte. Necesito límites, o me destrozaré.

La confesión sabía a sangre en mi boca, pero mantuve el contacto visual, incluso cuando mi mano temblaba sobre su pecho. Él la cubrió con la suya, su enorme palma envolviendo mis dedos, y deliberadamente entrelazó nuestros dedos, su agarre un voto silencioso que me inmovilizó allí.

Su pulgar presionó mis nudillos. «Una más. Dilo».

Tragué saliva, el aire gélido me quemaba la garganta. Las palabras salieron crudas y sin filtrar. «Quiero que seas mi dueño: que me folles hasta que sea tuya. Porque si no lo haces, me voy a romper en pedazos y esta vez no sabré cómo recogerlos».

Mi voz se quebró en la última palabra, pero mantuve su mirada, desafiándolo a decir que era un error.

Él me tomó del mentón y me atrajo hacia él hasta que sus labios estuvieron casi sobre los míos. —Así se habla, mi chica.

Me besó, lento y profundamente, y luego me tumbó sobre la alfombra. Sus manos recorrieron mis hombros, bajaron por mis brazos, luego entrelazó sus dedos en mi cabello y tiró de mi cabeza hacia atrás hasta que mi cuello se arqueó.

Su voz era un gruñido grave en mi oído. «Vas a recordar esto. Cada Navidad durante el resto de tu vida».

Me incliné hacia su abrazo, mi cuerpo se relajó en completa rendición.

Él se arrodilló frente a mí, con una mano agarrándome el cabello y la otra recorriendo la línea de mi cuello. Me mantuvo allí, con un agarre absoluto, sin dejar lugar para la resistencia, y un profundo y estremecedor alivio me recorrió por ello. Mi corazón latía tan fuerte que el eco resonaba en lo más profundo de mi vagina. Abrí los labios para jadear, pero él me hizo callar con un dedo, y su aroma a jabón y aire nocturno nevado inundó mis sentidos.

«Pórtate bien».

Asentí con la cabeza.

Me inclinó hacia atrás hasta que quedé medio tumbada sobre la alfombra, con la piel erizada por el frío del suelo mientras el calor de su cuerpo me envolvía, y esperé su caricia.

Su palma se deslizó desde mi estómago hasta el calor húmedo entre mis piernas, presionando deliberadamente antes de que sus dedos se deslizaran dentro de mis pliegues húmedos con una reclamación sin prisas. Al principio no se movió, solo me dejó sentir lo preparada que estaba.

Sus dedos se detuvieron dentro de mí. «Dime qué eres».

Jadeé. «Tuya».

Él sonrió, oscuro y orgulloso. «Así es».

Me penetró con los dedos, constante e implacable, frotando su palma contra mi clítoris con cada embestida. Me balanceé para encontrarme con él, moviendo las caderas, pero me inmovilizó con su otra mano en mi garganta.

Su pulgar presionó con fuerza mi clítoris, deteniendo el frenético pulso. «No puedes escapar de esto. No te correrás hasta que yo te dé permiso».

Gimí, preocupada solo por el nudo resbaladizo y retorcido en lo profundo de mi vientre y por saber que solo él podía ordenar su liberación.

Él redujo el ritmo, lo prolongó y luego se inclinó para que su boca quedara justo junto a mi oído. «Si te corres antes de que yo lo diga, te pondré junto a la ventana y te dejaré allí».

La amenaza hizo que mi vagina se tensara y un leve zumbido vibró en su pecho.

—Así que eso es lo que necesitas —murmuró—. La amenaza de ello.

Asentí, desesperada. «Sí, por favor, quiero correrme».

Me interrumpió con otro beso, mordiéndome el labio inferior con tanta fuerza que me dolió. «Todavía no. Aguanta».

Un sollozo ahogado se atascó en mi garganta mientras sus dedos entraban y salían sin piedad, y las luces de colores de Navidad se difuminaban en rayas. Agarré su muñeca presa del pánico, tratando de frenarlo, pero él solo me sujetó la mandíbula con la otra mano, obligándome a mirarlo, y mis forcejeos cesaron.

Su voz se volvió más aguda. «Mírame a los ojos».

Lo hice, con el cuerpo temblando mientras me aferraba al control. Mi orgasmo se cernía sobre mí, a un paso de distancia, y me di cuenta, en un vertiginoso torbellino, de que su aprobación era más necesaria que mi próximo aliento.

Él siguió, con su pulgar trabajando mi clítoris en círculos apretados y brutales, hasta que lloré. Las lágrimas rodaron por mis mejillas y él lamió una, con su lengua caliente y húmeda contra la sal de mi piel.

«Suplica», dijo.

—Por favor —jadeé—. Por favor, déjame correrme. Haré lo que sea.

Él sonrió, luego soltó mi garganta y me introdujo tres dedos, abriéndome tanto que un grito se escapó de mis pulmones al sentirme llena más allá de mis límites.

Su voz fue como el chasquido de un látigo. «Córrete ahora». Lo hice, con tanta fuerza que las luces de colores se convirtieron en blanco puro y todo mi cuerpo se tensó.

Él no se detuvo, sacando cada pulso de mi cuerpo hasta que quedé exhausta, con el único sonido del golpe húmedo de su mano contra mi muslo.

Luego me levantó, con una facilidad que me hizo sentir un nudo en el estómago, y me sentó en su regazo. Alineó la gruesa cabeza de su pene y empujó dentro, sin calentamiento, con una brutal embestida que me llenó hasta el útero y me arrancó un grito desgarrador de la garganta.

Me folló como si me estuviera marcando por dentro, con las manos agarrándome las caderas y la mandíbula presionada contra mi hombro. Su aliento era caliente en mi oído mientras gruñía: «Mía. Eres mía, joder».

«¡Sí, tuya!».

Su pecho vibró contra mi espalda cuando lo repitió. «Buena chica». Cada palabra era una marca en mi alma.

Se corrió con un grito, mordiéndome en el lugar donde mi cuello se une con el hombro, con tanta fuerza que me dejó una marca, mientras su semilla caliente inundaba mi útero. La posesividad que había en ello era tan cruda que me dolía el pecho.

Nos derrumbamos juntos, enredados. Sus brazos me rodeaban con tanta fuerza que no podía moverme, y cuando crucé mi mirada con la suya, vi la pregunta en sus ojos: ¿Y ahora qué?

El cielo exterior pasó de azul a dorado. El hielo de las ventanas reflejaba el sol naciente, esparciendo arcoíris sobre nuestra piel, mientras el árbol de Navidad salpicaba de luz de colores un mundo en el que solo existíamos nosotros.

Aparté la cabeza de la ventana y lo miré. Tenía el cabello revuelto, el pecho brillante por el sudor y la mandíbula marcada por mis uñas. Por una vez, la máscara de soldado había desaparecido, sustituida por el feroz orgullo de un hombre que había ganado, y sentí una emoción al saber que yo era el premio.

Él vio que lo miraba y levantó una ceja. —¿Planeas desafiarme por el primer puesto otra vez?

—Quizá —dije con voz suave—. Pero también podría convencerme de quedarme aquí.

Él apretó su agarre y una tensión que había llevado toda mi vida se desató en mi columna vertebral.

Un chirrido agudo procedente de la cocina fue la primera advertencia, luego todas las luces del ático parpadearon y se encendieron a la vez.

Las luces brillaban, pero dentro de mí nada había cambiado. El mundo podía descongelarse, las viejas reglas podían volver, pero yo no iba a renunciar a esto.

Me besó suavemente y luego susurró: «Feliz Navidad».

Y pensé que tal vez los milagros *sí* ocurren. Incluso aquellos que primero te destrozan.

Epílogo

Lana



LA DESCONOCIDA EN LAS paredes espejadas del elevador era un arma y, por primera vez, se parecía a mí. No fue la transformación lo que me emocionó, sino el rendirme a ella. El vestido era de seda, de un verde tan oscuro que parecía negro hasta que lo veías bajo las lámparas de araña, con una abertura hasta el muslo y sin espalda. Llevaba el pelo recogido de una forma que hacía que mi cuello pareciera peligrosamente largo. Llevaba un collar de diamantes, ajustado y frío contra mi piel, una reliquia de mi padre con un precio que podría llenar un cofre del tesoro.

La fiesta había comenzado hacía horas, pero yo llegué a las once, justo cuando la ciudad exterior alcanzaba su máximo frenesí. El salón de baile del ático brillaba con una paleta de colores sacada

directamente de una fantasía de villanos de espionaje: todo era cristal y resonaba con un sonido agudo y fino, el aire olía a perfume caro y champán frío. No podía dar un paso sin tropezar con un director ejecutivo o un exsecretario del Gabinete. Alguien había instalado un dron con transmisión en vivo sobre Central Park, y las pantallas zumbaban mientras rotaban entre tomas aéreas del arsenal de fuegos artificiales de la ciudad y la capa ininterrumpida de hielo que cubría las calles.

La mayoría de los invitados me ignoraron al principio. Los que no lo hicieron solo estaban interesados en saber qué cóctel de pastillas y amenazas se había necesitado para que la heredera Harrington apareciera sobria y antes de medianoche. Sonreí a las personas adecuadas, floté por la sala y cogí una copa helada de Pol Roger de una bandeja que pasaba, con las burbujas pinchándome la lengua.

Encontré a Cian al instante. Estaba de pie junto a las ventanas, observando la fiesta con la quietud de un cazador: aburrido, hambriento, esperando un error. Llevaba un esmoquin azul medianoche que le quedaba como si hubiera sido cosido a su ADN, con la camisa abierta por el cuello. Podría haber pasado fácilmente por un miembro de la realeza, no por un matón a sueldo.

Captó mi mirada y asintió una vez, lentamente. Esa mirada me provocó un escalofrío privado, una confirmación silenciosa de que, después de aquella tormenta, él era dueño de todos mis secretos.

Finalmente aparté la mirada de él y pasé junto al piano, aunque la música no era más que ruido. De las cien personas que había en la sala, solo tres importaban: mi padre, su esposa y el hombre que

había pasado la última semana mostrándome lo que se sentía al quebrarse.

Mi padre había dejado atrás sus años de espía villano, pero el esmoquin y el omnipresente teléfono le daban un glamour despiadado. Estaba de pie con una copa de whisky escocés de malta, con el hielo tintineando suavemente, murmurando con un senador, de espaldas a mí.

La madrastra malvada presidía la mesa de los postres, rodeada de un grupo de esposas del Upper East Side que la odiaban, pero querían conocer su secreto para conseguir un hombre más joven. Me hizo un gesto con dos dedos que significaba tanto «ven aquí» como «presume de tu nuevo yo obediente».

Le dediqué una sonrisa que la hizo retroceder y me dirigí directamente a la barra.

Cian no se movió cuando me acerqué. Solo me echó un vistazo, con la mirada recorriendo mi cabello, la abertura del vestido y la gargantilla. «Parece que has sobrevivido al cambio de imagen».

—Por los pelos, pero me niego a poner tacones. —Mostré las pantuflas de terciopelo negro que llevaba debajo del vestido.

Su boca se curvó en una rara sonrisa. —Práctica. Esa es mi chica.

Sin amenazas evidentes ni restricciones, una tensión diferente tensó sus hombros, una tensión centrada por completo en mí. Tomé su whisky, sosteniendo su mirada mientras bebía, y lamí la última gota de mis labios solo para ver cómo se oscurecían sus ojos.

El salón de baile era un mar de seda y agendas ocultas, el aire estaba cargado con el olor de perfumes caros y mentiras aún más caras. Observé la sala desde la seguridad de mi órbita privada,

sintiendo el peso familiar de ser una «Harrington» sobre mis hombros. Pero esta vez, no se sentía como una camisa de fuerza.

Queriendo tantear el terreno, miré hacia el senador, que en ese momento se reía de uno de los chistes ensayados de mi padre. —Qué gracioso —dije en voz baja—. El senador ni siquiera está en la nómina esta noche y, sin embargo, ladra cuando se le ordena.

Cian no miró al senador. Su mirada permaneció fija en la multitud, con la misma postura letal y erguida en la que yo confiaba. —Sabe de dónde viene la comida. ¿Te sientes expuesta? ¿No necesitas refuerzos esta noche?

Me encogí de hombros, con un movimiento suave y deliberado. —Ahora soy mi propia arma, capitán. Pero no me importaría tener un arma corta.

Sus ojos se clavaron en los míos durante un instante, y el azul acero de su profundidad se suavizó con una leve sonrisa. —¿Es una decisión táctica o solo estás tratando de provocarle un infarto a tu padre?

Me reí suavemente y terminé lo que quedaba de su bebida. —Por favor. Quiero demostrarle que he encontrado un límite que no puede negociar. Lo cual, en nuestra familia, es la forma más alta de respeto.

Él puso los ojos en blanco, mostrando un pequeño destello de irritación humana que yo había aprendido a apreciar. —Regla número dos —murmuró—. No me uses para ajustar cuentas.

—No, no te estoy utilizando —susurré, buscando su mano.

Esta vez no esperé su permiso. Simplemente deslicé mis dedos entre los suyos, reclamando el calor áspero de su palma. Sus dedos

se cerraron alrededor de los míos al instante. Definitivamente no fue un apretón cortés, sino un ancla posesiva en medio del caos resplandeciente.

Al pasar por delante del bar, una de las asistentes del senador se quedó en silencio, con la copa a medio camino de sus labios y la mirada fija en nuestras manos entrelazadas. No era que supiera quién era Cian, sino la forma en que un Harrington miraba al personal de servicio. O, mejor dicho, la forma en que el *personal de servicio* miraba a un Harrington como si fuera el dueño del aire que yo respiraba, y a mí me parecía perfectamente bien.

Cian no se inmutó ante la mirada escrutadora. Simplemente me atrajo un poco más hacia él, con su hombro como un muro sólido contra el resto del mundo.

—Estás a salvo —dijo—. Sigo protegiéndote.

Mi pulso se aceleró cuando llegamos junto a mi padre, quien despidió a su asesor con un gesto de la mano. Su mirada se posó en mí sin una pizca de sorpresa.

Levantó su copa en señal de saludo. —Lana. Estás... —Hizo una pausa, observando el vestido, la gargantilla y el hecho de que estuviera erguida y mirándole a los ojos—. Se detuvo en la única palabra que no sonaba como una acusación—. Impresionante.

—Papá. Tú también te has arreglado. ¿Has conseguido mantenerte casado todo un año?

Sonrió y, por un momento, una chispa genuina iluminó sus ojos. —El secreto está en las generosas bonificaciones navideñas. Y en un acuerdo prenupcial con cláusulas de cumplimiento muy específicas.

—Miró a Cian, evaluándolo con la misma lógica despiadada que utilizaba para las fusiones—.

—Veo que has conocido al señor Doyle.

—Lo conozco. Muy bien.

Cian no sonrió, pero inclinó la cabeza. —Señor. —La palabra fue neutra: una constatación de un hecho, no una muestra de deferencia.

Mi padre se inclinó hacia mí y bajó la voz. —Debo admitir que nunca pensé que te tomarías tan bien la disciplina. Has estado muy sereno.

—Quizá solo necesitaba encontrar una razón para ganármela.

Casi se rió, con un raro atisbo de aprobación en su expresión. —Disfruten —dijo—. Es Nochevieja. Solo recuerden que todo nuevo comienzo tiene un precio.

Dejé que Cian me alejara de mi padre cuando encontró un hueco entre la multitud, guiándome a través de un cuello de botella hasta una sección menos concurrida del balcón, protegida por un vidrio esmerilado.

Nos deslizamos a través de las pesadas puertas de vidrio hacia la terraza, donde el aire helado de diciembre fue un agradable impacto después del sofocante perfume del salón de baile. Cian se recostó contra la barandilla de piedra, con los hombros enmarcados por la brillante silueta de la ciudad. No miró el paisaje; su atención se centró en las puertas por las que acabábamos de salir, escudriñando el interior en busca de cualquier sombra que no perteneciera allí.

Me coloqué en el estrecho espacio entre sus botas, presionando mi pecho contra el suyo. La fina lana de su esmoquin era áspera contra

la seda de mi vestido, pero apenas sentía el frío, absorbida por el profundo calor que irradiaba su cuerpo.

Se tensó de forma casi imperceptible, con las manos suspendidas a los lados y la mirada fija en la sala detrás de mí. —Aquí fuera tengo el campo de visión comprometido. Las salidas...

—Puedes protegerme desde aquí mismo —murmuré, deslizando mis manos por las solapas de su chaqueta—. Además, la única amenaza que me preocupa eres tú.

Entonces descruzó los brazos y sus manos finalmente se aferraron a mi cintura. Sus pulgares se clavaron en los huecos sobre mis caderas, reclamando un derecho que parecía más permanente que cualquier contrato. «Ese es el plan».

Sus palabras me provocaron una oleada de calor, tan intensa como los colores que comenzaban a estallar en el cielo de medianoche.

Debió de notar el cambio en mi expresión, porque la dureza de su mirada se suavizó. Levantó la mano y me acarició la mejilla con el pulgar antes de colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja. —¿Eres feliz?

No respondí de inmediato. Por encima de nosotros, la primera bengala explotó sobre el East River: dorada, roja y blanca, la lluvia bañaba la terraza en un destello de amanecer artificial. «No estoy segura de saber cómo serlo. Pero estoy más cerca que nunca».

Apretó mi cintura con más fuerza, y la única advertencia que recibí fue una repentina y brusca inspiración. Me atrajo completamente hacia él, con una fuerza natural y absoluta, y me inmovilizó contra su cuerpo. La multitud que cantaba la cuenta atrás vibraba a través

de las puertas de cristal detrás de nosotros, un pulso duro y rítmico contra mi columna vertebral.

Diez segundos para la medianoche.

«¿Quieres huir?».

Negué con la cabeza, con el cabello suelto ahora, cayéndome sobre la cara. «A menos que tú me persigas».

Cian me echó la cabeza hacia atrás, con la mirada fija en la mía con una intensidad tan cruda que hizo que las luces de la ciudad se atenuaran. —Te lo dije —susurró, con su aliento cálido contra mis labios—. Yo no pierdo.

Sonrió, luego inclinó la cabeza y me besó con fuerza. El frío del vidrio me sorprendió la piel, pero su calor era una corriente a la que me arqueé, mis terminaciones nerviosas disparándose al contacto con él. Su boca reclamó la mía, su lengua entrando, exigiendo más, y yo me rendí a ella, mis dientes rozando su labio inferior mientras lo acercaba más a mí.

La fiesta en el interior llegó a su fin. La ciudad estalló en vítores, cada uno de ellos puntuado por el estruendo de los fuegos artificiales que llenaban el cielo de color. No nos separamos. Me agarró el muslo y lo levantó para que la abertura del vestido dejara al descubierto la piel desde la cadera hasta el tobillo. Su mano se aferró a mi pierna, su pulgar trazando una línea lenta y posesiva por la parte interna de mi muslo, su palma como una marca en mi piel.

Su voz era ardiente en mi oído. «¿Quieres esto?».

«Siempre», susurré, con esa palabra como un voto, mientras frotaba mis caderas contra su palma en una demanda silenciosa y desesperada.

Me giró, de modo que mi espalda quedara contra el vidrio, y me presionó allí, inmovilizándome. El vestido se arremolinó alrededor de mi cintura, los diamantes de mi gargantilla se clavaron fríamente en mi piel. Me besó de nuevo, luego se apartó lo suficiente para que su mirada recorriera mi rostro.

Susurró las palabras contra mi piel. «Buena chica». El elogio fue como una llave que giró en lo más profundo de mí, y una liberación ardiente y derretida comenzó en lo más profundo de mi vientre.

Enganché mis dedos en su cintura y lo atraje hacia mí, mientras un temblor recorría su espalda ante mi urgencia. La gruesa protuberancia de su pene se presionó contra mi estómago, una dura promesa a través de la tela, mientras sus músculos dorsales se tensaban bajo mis palmas.

Me subió el vestido y yo jadeé cuando la sacudida del aire frío de la noche sobre mi piel húmeda hizo que mi coño se apretara ante la cruda emoción de estar tan expuesta.

Deslizó la mano entre mis muslos y, mientras un fuego artificial estallaba en el cielo, sus dedos encontraron el calor húmedo que yo tenía preparado para él. No perdió el tiempo, simplemente introdujo dos dedos dentro de mí, y el deslizamiento áspero y la repentina sensación de plenitud fueron una sacudida perfecta. Le agarré la chaqueta con las uñas, mientras mi otra mano se deslizaba inútilmente contra el vidrio frío y resbaladizo que teníamos a nuestro lado.

Me folló con la mano, sus dedos acariciándome y curvándose dentro de mí, al principio lentamente, luego con un ritmo implacable que me hizo perseguir sus nudillos con mis caderas. Cazó mis

gemidos, curvando sus dedos justo lo necesario hasta que un grito se escapó de mis labios, y luego aplastó su boca contra la mía, tragándose el ruido como si fuera suyo.

«Por favor», susurré, una palabra que significaba rendición total. «Necesito que seas dueño de mí».

Él sonrió, el lobo que yo conocía y amaba. «Bien. Porque eres mía para tomar».

Se desabrochó el esmoquin, se liberó y luego puso sus manos en mis caderas, girándome y inclinándome sobre la barandilla con paneles de vidrio. Empujó hacia adentro, con una brutal embestida que me abrió de par en par, y la repentina plenitud me hizo morderme el antebrazo para evitar que mi mundo se hiciera añicos.

Estableció un ritmo castigador, sus caderas golpeando mi trasero, la fuerza de cada embestida profunda haciendo vibrar mis dientes con cada estruendo concusivo del cielo. El vidrio vibraba contra mi mejilla con cada estruendo, un eco distorsionado del placer que él me estaba dando.

Su voz era una orden áspera mientras inclinaba mi cabeza hacia el vidrio. «Mírate. Mira la hermosa y obscena forma en que me recibes cada centímetro».

Lo hice, y con el olor de la pólvora en mis oídos, me corrí tan fuerte que me rompí, espasmando a su alrededor con tanta intensidad que casi me desmayo. Él no se detuvo, siguió golpeándome hasta que estuvo listo, luego se retiró, y su semen caliente salpicó la parte baja de mi espalda en una marca ardiente y reivindicativa.

La celebración era un rugido lejano; el mundo terminaba y comenzaba de nuevo en una maraña de seda y viento helado. Cuando finalmente me giró entre sus brazos, atrayéndome hacia su pecho para ver las últimas brasas de los fuegos artificiales, se estremeció una vez. Una rara y entrecortada admisión de lo mucho que le había costado permanecer quieto.

Me besó el lado del cuello, sus labios, cálidos como el whisky, en contraste con el aire gélido, y luego me volvió a mirar. Me acarició la cara con sus manos callosas, su mirada anclándome. «Buena chica», murmuró, la autoridad grave de su voz calmando el caos en mi cabeza. «Yo controlo la habitación para que puedas respirar. Te mantengo a salvo. Siempre».

Lo abracé, apoyando mi rostro en la lana áspera de su chaqueta, respirando su aroma: pino, aire frío y el almizcle limpio y distintivo de un hombre que había atravesado el fuego para encontrarme. El frío del viento en mi piel desnuda y el calor sólido e inquebrantable de su pecho crearon un mundo sin fronteras, sin padres y sin influencias.

Me apartó un mechón de pelo detrás de la oreja y dejó el pulgar sobre mi sien. «Feliz Año Nuevo».

Miré el mundo brillante y helado, y luego volví a mirar al hombre que había reclamado cada parte rota de mí y la había llamado un premio. Sonreí, con una expresión nueva y completamente real.

«Feliz Año Nuevo», dije, bajando la voz hasta convertirla en un desafío desafiante. «Ahora fóllame otra vez. Recuérdame que esto es real. Recuérdame que estoy aquí».

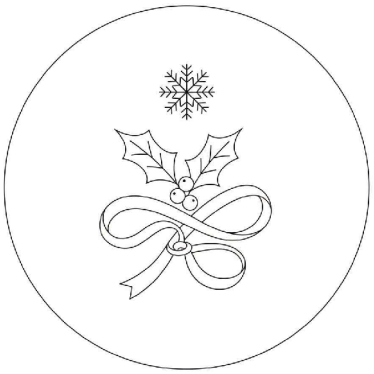
Él no dudó. Sus manos se deslizaron hasta mis muslos, levantándome hasta que fui parte de él, y esta vez no me importó quién nos observara desde detrás del cristal. Por primera vez en mi vida, no estaba esperando a que me salvaran.

Estaba exactamente donde quería estar.

Marcada por el hombre de la montaña

Libro tres

Maya



ESTO ES LO QUE no te dicen sobre las Navidades «alejadas de la civilización»: la civilización es lo único que se interpone entre tu trasero y la hipotermia, y la batería de un coche plateado de 2021 es tan fiable como la promesa de una cita de Tinder.

Así que allí estaba yo, con la manicura recién hecha ya estropeada por golpear el volante, atrapada en el arcén de una carretera rural de dos carriles tan remota que parecía que no había visto tráfico en semanas. El salpicadero digital parpadeó en sus últimos estertores, luego el motor se estremeció y se apagó, sumiendo al coche en un silencio repentino y penetrante mientras se esfumaba el último resto de calor. Pero eso no importaba. Mi teléfono había perdido dos barras de señal hacía rato, e incluso la función SOS solo mostraba un pequeño círculo azul antes de rendirse.

Afuera, la nieve se acumulaba en capas lentas y sofocantes en el parabrisas, mientras un fino polvo blanco se acumulaba en los

limpiaparabrisas.

«Esto es irreal». Mi voz rebotó en el cuero suave como la mantequilla y el cromo. El coche no respondió. Tampoco lo hizo el asistente virtual del coche.

Desplacé la última serie de mensajes frenéticos de mi agente (¿Dónde estás? ¡Esto es un trabajo pagado, Maya, no unas vacaciones!) y de mi madre (Cena de Nochebuena, 7 p. m., por favor, no te pongas *ese* mono), luego me rendí y golpeé el teléfono con tanta fuerza que se deslizó hacia el espacio para los pies del lado del pasajero.

Sin servicio ni batería, era imposible llamar a la empresa de alquiler, y el único tráfico que había visto en la última hora, una quitanieves oxidada con una fila de luces cegadoras en el techo, me hizo gritar por dentro que me quedara escondida.

Había dejado atrás Boston para este «auténtico viaje de contenido» y, hasta ahora, lo único auténtico era la congelación que se apoderaba de mis dedos de los pies. El algoritmo se había tragado mi historia sobre una Navidad en un pueblito en el «B&B vintage más bonito que puedas imaginar», pero esto no formaba parte del plan.

Mi aliento empañaba el cristal mientras una humedad pegajosa se filtraba desde los asientos de cuero, enfriando mi piel a través de mis leggings.

Miré el asiento trasero: una semana de accesorios fotográficos y conjuntos de invierno cuidadosamente seleccionados, apilados en bolsas de ropa y bolsas de compras a juego. Absolutamente inútiles en una ventisca.

¿Y mi abrigo? Una chaqueta de cachemira color crema que llegaba hasta los tobillos. El viento atravesaba su tejido increíblemente suave, una prenda perfecta para «momentos urbanos de invierno», pero no para esto. Llevaba botas de diseño con tacones de cuña de siete centímetros y unos leggings tan finos que se podía ver el brillo de la tela si se miraba con la luz adecuada.

Mi risa sonaba aguda y extraña en el silencio. «Esto es una broma. Es literalmente una broma».

Me dolía la mandíbula de tanto temblar. Mis dedos (revestidos con guantes sin dedos, por cierto, porque había priorizado la compatibilidad con la pantalla táctil sobre el calor real) se estaban volviendo rojos y manchados.

Bien. Respiré hondo, temblando, y alcancé la manija de la puerta.

Revisé el GPS averiado por última vez, un reflejo inútil. Sin otra opción, tuve que confiar en mi memoria: la señal del desvío indicaba que el B&B estaba a ocho kilómetros de la autopista principal. Podía caminar esa distancia.

La nieve que caía era de ese tipo polvoriento y traicionero que esconde hielo negro bajo una superficie aparentemente amigable y esponjosa: la misma que ya había hecho que mi coche se saliera de la carretera antes de que el motor se apagara.

Me puse las gafas de sol (la única protección que tenía contra la ceguera por nieve, ya que había olvidado llevar gafas adecuadas) y abrí la puerta. Una ráfaga de viento entró en el coche, trayendo consigo un olor a hielo limpio y penetrante y una ráfaga de blanco que me picaba en las mejillas.

Mi primer paso aterrizó en la nieve, que me llegaba más allá de la pantorrilla. Luché por mantener el equilibrio, apoyándome en la puerta del coche, y maldije cuando el frío se filtró instantáneamente a través de mis botas.

Así que esta era la experiencia de unas «vacaciones inmersivas y rústicas»: dedos de los pies congelados y el olor persistente de un motor averiado.

Cada paso helado era otra línea en la historia que tendría que inventar más tarde.

La carretera estaba desierta durante kilómetros. Todas las bonitas casitas de campo que se veían desde el autocine quedaban muy atrás, detrás de hileras de árboles esqueléticos, y todas las entradas estaban bloqueadas por un muro de hielo arado. Intenté saludar con la mano a la primera granja por la que pasé, pero no salió nadie, ni siquiera un perro.

En medio del espeso silencio, intenté concentrarme en el pie de foto de mi próxima publicación para ahogar mi propia respiración entrecortada, el chirrido de mis botas y el entumecimiento progresivo que se extendía por mis espinillas.

Después de un kilómetro y medio, la mitad exterior de mi pie izquierdo se entumeció, convirtiéndose en un peso muerto que arrastraba por la nieve. Intenté correr, pero eso solo hizo que el frío subiera más rápido por mis muslos. ¿Mi última publicación sería una foto borrosa de un ícono de batería agotada? Qué final tan patético para la marca.

Estaba a punto de desplomarme cuando apareció: el mismo letrero torcido de la granja de árboles de Navidad que había visto desde la

carretera kilómetros atrás, anunciando: «Granja Black Pine & B&B. ¡Corta tu propio árbol, sidra y donas!». Al menos era un destino.

Giré por el camino de entrada, a punto de caerme de bruces dos veces antes de descubrir cómo caminar en la nieve tan profunda. Filas de árboles de Navidad torcidos se extendían en la distancia. Un trineo destartalado estaba encadenado a un poste de la cerca. No había huellas, solo montículos de nieve esculpidos por el viento.

En lo alto de la colina, una granja de dos pisos se hundía bajo el peso de la nieve, con el porche derrumbado y una mecedora rota enterrada en la entrada, mientras el viento silbaba a través de las tablas descascarilladas.

El anuncio prometía «encanto vintage», no un decorado de película de terror.

Subí los escalones del porche con dificultad, con las piernas doloridas, y llamé a la puerta. No hubo respuesta. Volví a llamar, con más fuerza. Tenía las manos tan frías que el impacto fue solo una vibración sorda y lejana.

Después de un minuto entero llamando, la puerta se abrió de golpe.

Él ocupaba todo el marco.

Era un metro ochenta y cinco de granito y sombra, con una piel pálida que contrastaba con su cabello oscuro. El olor a aire frío y lana húmeda se aferraba a su camisa de trabajo desabrochada, con las mangas remangadas sobre los antebrazos cubiertos de suciedad.

Sus ojos planos, de color azul grisáceo, absorbían la luz, situados debajo de una cicatriz irregular que le atravesaba una ceja y por encima de una boca fija en una línea inexpresiva.

Su enorme corpulencia parecía deformar el espacio a su alrededor, encogiendo el marco de la puerta. Me miró como si fuera algo desagradable que estuviera a punto de quitarse de la bota.

—¿Es usted el dueño? —logré articular, con un tono agudo para disimular el temblor de mi mandíbula—. Llevo horas caminando. Mi coche se ha averiado. Necesito entrar.

—No acepto huéspedes. —No se movió ni un centímetro.

Se me escapó una risa seca. —¿Tiene idea del frío que hace aquí fuera?

Sus ojos se posaron en mis botas, luego en mi abrigo y luego de nuevo en mi cara. Su expresión no revelaba que reconociera la marca del diseñador.

—Es invierno. —Como si esa sola palabra me convirtiera en una idiota por esperar que el planeta se adaptara a mí.

Intenté esquivarlo para entrar, pero él cambió el peso de su cuerpo, un simple movimiento que me cortó el paso por completo. «Pagaré el doble. El triple. Tengo tarjeta de crédito».

Exhaló larga y lentamente, y una espesa nube de vapor se esparció en el aire gélido. «No hay habitaciones libres».

Me mordí la mejilla para no gritar. «Mire, solo necesito usar su teléfono. Por favor». Esbocé la sonrisa encantadora y ensayada que siempre funcionaba.

Un músculo de su mandíbula se tensó e instintivamente di medio paso atrás.

Tras una pausa, dejó escapar un suspiro seco. «Está bien. Pase. Deje sus zapatos junto a la puerta». Dio un paso atrás, obligándome a pasar a su lado, y la lana húmeda de su camisa rozó mi brazo.

El aire del interior era tan frío que mi aliento se condensaba con el olor a polvo y madera seca mientras pasaba por encima de cajas apiladas, con el suelo crujiendo bajo una alfombra que tenía más manchas que dibujos.

Me quité las botas y lo seguí por un estrecho pasillo hasta la cocina.

La enorme cocina estaba claramente construida para trabajar, no para estar cómodo: mis ojos se fijaron en las desgastadas encimeras de madera que olían a lejía, una mesa maltrecha con sillas desiguales y un refrigerador dorado, mientras una vieja radio murmuraba sobre la encimera.

Él señaló con la barbilla el banco junto a la estufa de leña. «Siéntate».

Me dejé caer en el banco, con las piernas rígidas e inútiles como las extremidades de un maniquí.

Se acercó a la estufa, la puerta de hierro fundido se abrió con un chirrido antes de que él echara otro leño con un golpe seco. Una bocanada de humo de leña se escapó antes de que él la cerrara de golpe.

Ya sabía la respuesta, pero tenía que preguntar. «¿No hay señal de celular aquí?».

—La torre más cercana está a seis millas al sur. El teléfono fijo está en la despensa.

Me levanté de un salto, pero debió de oír el ruido. Me interrumpió con un gruñido sin darse la vuelta. «No te molestes. Las líneas se cortaron con la última tormenta. Tengo una radio CB, si quieres hablar con los chicos de la quitanieves».

Sus palabras me dejaron vacío por dentro y la desesperación hizo que mi voz se volviera débil. «¿Hay algún hotel o algo así? ¿Un Uber?».

Se dio la vuelta y se apoyó en la encimera, bloqueando la otra salida. «Si quieres intentar ir andando al hotel, adelante». Se pasó la mano por la cara, con la palma rozando la áspera barba incipiente. «Si no, puedes quedarte en la habitación de invitados hasta que limpien las carreteras».

Su pregunta hizo que mi mente se acelerara para calcular el gasto calórico de caminar de regreso a la carretera principal, mientras un dolor fantasma florecía en mis muslos.

Él me observó, con un destello de algo parecido a diversión en los ojos. —Tu coche estará bajo medio metro de nieve por la mañana. ¿Quieres morir ahí fuera o puedes aguantar sin romperte un tobillo durante cuarenta y ocho horas?

Apreté los dientes. «Me quedaré en la habitación libre».

Él asintió con la cabeza de forma breve y decidida, mostrando por primera vez algo más que desdén en su rostro, y luego echó bolsitas de té en dos tazas desconchadas y las llenó con agua hirviendo.

Empujó una taza por la mesa con dos dedos, y la cerámica rozó la madera desgastada. —Soy Gideon Black. Probablemente hayas leído el letrero.

Intenté rodear la taza con las manos, pero mis dedos no me respondían. Sentía la lengua pastosa en la boca. —Maya Valen.

Su mirada se posó sobre mí, lenta y metódicamente, como un carnicero que decide si salarme para almacenarme durante el invierno. «Estás muy lejos de cualquier lugar».

Si no hubiera estado tan congelada, quizá habría mentido, pero mis palabras salieron en una nube de vapor. «Se suponía que debía estar en el B&B para una sesión fotográfica de marca. Una historia navideña, todo el paquete. Pero supongo que lo de «una acogedora estancia en una granja» no es del todo cierto».

Ni siquiera pestañeó.

Bebí un sorbo de té. Sabía a hierba hervida y arrepentimiento, pero estaba caliente. Lo tomaría para ahuyentar el frío.

Él tomó un sorbo de su té. «El baño está al final del pasillo. No tires nada más que papel higiénico. El sistema séptico es viejo».

Sentí que se me levantaban las comisuras de la boca, pero la expresión parecía que se iba a romper.

«¿Puedo usar tu wifi?», intenté, aferrándome a la esperanza.

Bajó la mirada hacia mi teléfono y la comisura de sus labios se crispó, en una mueca de diversión sin humor. «No hay wifi. No hay cable. Si quieres ver algo, tengo viejas cintas VHS en la sala».

Esperé el remate, pero la expresión severa de su mandíbula me indicó que no estaba bromeando.

Algo golpeó la ventana de la cocina y di un respingo. Afuera, el viento había arreciado, soplando la primera nevada intensa de lado a través del patio. El cielo tenía el color del acero.

Él miró hacia la ventana y lo que vio allí le hizo apretar la mandíbula antes de volver a su taza. —Se supone que mañana por la noche habrá un metro de nieve. No vas a salir en un buen rato.

Se me hizo un nudo en la garganta y el aire se volvió cálido y enrarecido. —Pero mi coche...

Él negó con la cabeza, con un gesto sombrío y definitivo. «Las grúas no funcionarán hasta que se despejen las carreteras. Lo mejor que puedes hacer es quedarte aquí».

Estaba atrapada allí con un hombre que parecía haber perdido una pelea con una navaja.

Se alejó de la barra y su sombra se proyectó sobre la mesa. — Puedes quedarte en la habitación de invitados. No toques mis cosas. No entres en el granero.

Mi mirada se desvió hacia el granero, pero me tragué la pregunta. Este hombre no parecía que fuera a apreciar mi curiosidad.

Salió de la cocina y sus botas resonaron en el pasillo hasta que una puerta se cerró de golpe y la cerradura se selló con un fuerte ruido metálico.

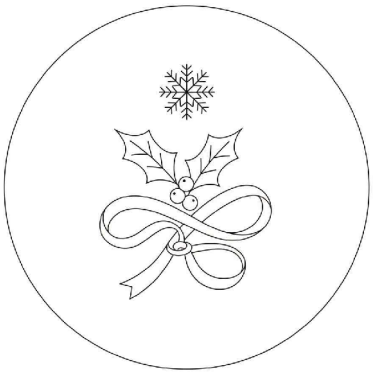
La nieve caía con más fuerza, acumulándose en el porche y en las ramas del exterior. La granja estaba en silencio, salvo por la vieja radio que crepitaba con advertencias sobre «condiciones de ventisca» y «refugiarse en el lugar».

Me quedé mirando mi taza e intenté sentir los dedos de los pies.

El hombre de la montaña aún no me había matado.

Pero la tormenta apenas estaba comenzando.

Gideon



LA GENTE CREE QUE el invierno solo es frío, pero es una presión constante que pone a prueba las debilidades de un lugar, esperando un mal momento.

Mi vieja granja olía a madera húmeda y humo, y ya estaba perdiendo la batalla contra el frío. Años de reparaciones y preparativos (cerrar habitaciones, racionar el propano, almacenar pilas) no sirvieron de nada. Ella había arrastrado la tormenta al interior y estaba sentada en mi sofá, filmando un colapso para sus seguidores.

El viento golpeaba las ventanas de la cocina con más fuerza de la que había oído en años, pero la voz de Maya, que resonaba desde la sala de estar, era igual de fuerte.

«Creo que no lo entiendes, mamá». Caminaba en círculos, con el teléfono pegado a la oreja. «De verdad ha dicho "sin wifi", como si estuviéramos en los noventa o algo así. No, mamá, escucha. Está

loco. Las carreteras están cerradas. Estoy literalmente en una película de asesinatos con hacha, y no, no es una broma. Dios mío, ni siquiera me estás escuchando».

La señal se cortó en medio de un gemido. Su tono se volvió monótono, como si estuviera leyendo un guion: «Día uno. Atrapada en un apocalipsis de nieve. Lo único más frío que esta granja es el corazón de mi anfitrión. Reza por mí». Entonces, el teléfono se quedó en silencio y la verdadera tormenta se abatió sobre nosotros, devorando la casa con pequeñas ráfagas cada vez más fuertes.

La radio a pilas crepitaba con advertencias, pero yo ya sabía que estaríamos solos durante al menos tres días. El generador podía esperar hasta el anochecer. No tenía sentido gastar combustible antes de que llegara el frío de verdad.

Esa idea debería haberme tranquilizado. En cambio, tenía la mandíbula apretada y todos los músculos tensos, listos para la lucha. Era culpa suya por invadir mi espacio.

Durante una hora, no se había movido del sofá, la imagen de la inutilidad. Se envolvió bien en la vieja manta de lana; sus temblores eran un poco demasiado dramáticos. Antes, había rebuscado en la cocina en busca de un termostato y se había encogido de hombros al no encontrar nada. No dejaba de suspirar y mirar el reloj de la pared, como si el tiempo le debiera algo.

A las cuatro en punto, las luces parpadearon y luego se apagaron. No de forma lenta y entrecortada, sino con un corte limpio y quirúrgico. Como siempre ocurría en este tramo de la línea.

Su grito resonó por toda la casa: «¿Hola? ¿Qué carajos pasa?».

Dejé que la oscuridad la envolviera durante treinta segundos antes de coger las velas de emergencia. En la sala de estar, se sentó rígida en el sofá, con el rostro iluminado solo por su teléfono.

«Se ha ido la luz». Puse una vela en la repisa de la chimenea. «Será mejor que raciones la batería del teléfono».

Apuntó con la luz a mi cara y luego retrocedió como si hubiera visto a un lobo en lugar de a un hombre. «¿No puedes hacer algo? Llama al sheriff o a la compañía eléctrica, ¿o no tienes un generador mejor?».

«¿Bromeas? ¿Llamar a la policía por un apagón?». Puse las velas en la mesa de centro.

«En Boston, revisan a las personas mayores. Quiero decir, ni siquiera tienes chimenea. ¿Cuál es tu plan, de todos modos?».

En cierto modo, tenía razón. La mayoría de las casas antiguas tenían chimenea. La nuestra tenía un hogar tapiado y una estufa de leña en la cocina que desprendía olor a hollín viejo. No calentaba nada el salón, pero yo no iba a admitirlo.

«Abrígate. Vamos a aguantar». Encendí una vela y la puse junto a ella. «Si quieres ayudar, puedes sostener la luz mientras reviso el generador».

Ella me miró fijamente. «Ahora eres tú quien bromea, ¿verdad?».

«¿Te parece que lo estoy haciendo?». Sus ojos eran verdes y desafiantes, pero mantuve su mirada hasta que vaciló y apartó la vista.

«No voy a salir. Afuera hay diez grados bajo cero».

«Eso es con la sensación térmica». Crucé los brazos. «Si quieres calor, entonces ayuda. Si no, deja de quejarte».

Abrió la boca y luego la cerró con un pequeño bufido teatral. Se ajustó la manta y, deliberadamente, no me siguió.

Bien. Si quería congelarse, que lo hiciera.

Mientras la casa gemía bajo el embate de la tormenta, la saqué de mi mente y comencé a recorrer la planta baja, revisando todas las ventanas y puertas. La nieve contra la pared oeste ya llegaba hasta los alféizares de las ventanas. Esperaba que la trampilla de acceso al generador no estuviera ya atascada; desenterrarla sería un infierno. Afuera, el viento aullaba y escupía granizo contra el vidrio. Era el tipo de tormenta en la que sabía que no debía permanecer mucho tiempo.

Me puse mi pesada chaqueta de lona, guantes y botas. En cuanto salí, mis pulmones se paralizaron como si hubiera inhalado vidrio molido.

Tardé media hora en palear, luchando contra los ventisqueros que intentaban deshacer mi trabajo en cuanto me daba la vuelta. Luché con la trampilla del cobertizo del generador durante tres minutos antes de poder abrirla, y luego me metí dentro para comprobar el combustible. Estaba medio lleno. Lo cebé, tiré del arranque y el motor rugió, escupiendo el fuerte olor del escape al aire helado. Durante un segundo, el único sonido fue el de la combustión. Entonces, el viento aulló sobre los aleros, más fuerte que antes.

Lo apagué después de cinco minutos. Con una tormenta como esta, cada litro era precioso y no iba a desperdiciar ni uno en ella.

Respiré profundamente el aire helado, volví al interior y la encontré exactamente donde la había dejado.

Ella no levantó la vista. «¿Lo arreglaste?».

Me quité los guantes. «El generador funciona, pero vamos a ahorrar combustible. Por ahora usaremos las lámparas de batería. Haz que duren».

—Mira, creo que no lo entiendes. Se suponía que esta iba a ser una estancia de lujo. Tengo un contrato. Mis patrocinadores esperan un video. No puedo hacer nada en la oscuridad y no puedo comer... lo que sea que haya sido eso. Tienes que arreglar esto.

«¿Qué esperas que haga? ¿Arreglar la red eléctrica por arte de magia?».

Ella lo miró con ira. «Ya se te ocurrirá algo. ¿No es ese tu trabajo? Tú diriges un negocio. ¿O es que tu «Bed and Breakfast» solo funciona cuando hace buen tiempo?».

Apreté los puños, cada palabra que ella pronunciaba era como un tirón más en un hilo demasiado tenso dentro de mí.

«Señora», le dije, «su reserva era para la semana que viene. Ha aparecido en medio de una ventisca y espera un servicio de cinco estrellas. No he visto ni un centavo y ahora tengo que alimentarla mientras usted aumenta mi factura de propano. Así que cállese».

Se cubrió la cabeza con la manta y su voz sonó amortiguada. —Este es el peor servicio al cliente que he recibido en mi vida.

«Usted no es una clienta». Mis ojos recorrieron su figura encogida, fijándose en el costoso suéter y la obstinada expresión de su mandíbula. «Solo es un problema».

Durante diez benditos minutos, no dijo nada.

Aprovechando el silencio, cociné chili enlatado y lo que quedaba de pan de maíz en la estufa de leña. Cuando le llevé un tazón, lo miró como si le hubiera dado de comer un animal atropellado.

«Está frío». Empujó el tazón unos centímetros lejos de ella.

«Todo está frío», le dije.

Ella picó un poco del pan de maíz, pero el chile quedó intacto.

Más tarde, su voz volvió a adoptar ese tono ensayado mientras grababa: «Día uno, hora seis. Sigue sin haber electricidad. Creo que el hombre de la montaña está perdiendo la cabeza. Si no saben nada de mí, envíen un equipo de rescate. No bromeo».

Todo era pura actuación. El pánico genuino no tenía guion.

Estaba barriendo el piso cuando la volví a oír, con la voz más aguda mientras grababa un mensaje en su teléfono: «No puedo creerlo. Se me están poniendo los pies azules y él ni siquiera enciende el generador. Este tipo es un auténtico psicótico. Si desaparezco, ya sabes lo que ha pasado».

Terminé de barrer y estaba a medio camino del vestíbulo para comprobar de nuevo las cerraduras de las puertas cuando ella vino tras de mí.

«¿Disculpa? No es que estés ocupado. Lo único que haces es dar vueltas. Tengo frío, tengo hambre, estoy perdiendo la sensibilidad en los dedos y tú solo estás... ¿qué? ¿De mal humor?».

Eso fue todo. Una quietud gélida me invadió, de esas que preceden al crujido de un árbol bajo el peso del hielo.

Cruzé la habitación en cuatro zancadas y apoyé la mano en la pared junto a su cabeza, sintiendo el impacto del frío yeso en mi brazo. La fuerza hizo vibrar los cuadros. Ella retrocedió, pero mi brazo le bloqueó la retirada, aprisionándola. Podía oler el costoso aroma floral de su champú, un olor ridículo para una ventisca.

«¿Quieres saber por qué me importa un carajo?». Me incliné hacia ella, invadiendo su espacio, con voz baja y tensa. «Porque esta es la granja de *mi* familia. He pasado los últimos cinco años reuniendo cada centavo que tengo para mantenerla en funcionamiento. Y cada mes es el banco o algún turista privilegiado *quejándose* de que no es lo suficientemente buena. ¿No te gusta? Pues vuelve a Boston. A ver cuánto aguantas, joder».

Un relámpago iluminó mi silueta contra la ventana. Sus ojos se agrandaron y, en ese instante, su habitual actitud desafiante desapareció, sustituida por un miedo animal y primitivo que era casi sincero.

«Dios, qué dramático eres». Las palabras salieron débiles, casi en un susurro.

Bajé el brazo y retrocedí sin decir nada más, dándole la espalda mientras me dirigía a ver cómo estaban los animales.

Necesitando poner mis manos a trabajar, me subí la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla, me enfrenté al viento y caminé con paso firme hacia el granero. Los montículos de nieve eran más altos que antes, la nieve crujía con cada paso, llegando hasta mis rodillas en algunos lugares. Luché contra ella, con el corazón latiéndome con fuerza contra las costillas, y fui a ver al ganado. Estaban acurrucados juntos en el heno, con el aliento empañando el aire gélido, y en su quietud sentí mi propio agotamiento.

Trabajé con la linterna frontal, las tareas familiares marcando un ritmo constante contra la tormenta. Cuando terminé, me quedé de pie durante un largo rato, simplemente observando a los animales respirar, sobreviviendo sin quejarse.

Cuando me volví hacia la casa, un destello de luz me llamó la atención. Ella estaba de pie en la ventana de la cocina, con una vela en la mano, su silueta observándome, y sentí el peso de su mirada incluso a través del vidrio.

Por un instante, pensé que se quedaría dentro. Cuando me sacudí la nieve de las botas, ella ya estaba en el vestíbulo, envuelta en su abrigo y temblando.

Le castañeteaban los dientes. «¿Siempre eres así? ¿O solo conmigo?».

La ignoré, sacudí la nieve de mis botas y señalé el armario de los utensilios. «Si quieres ayudar, hay más sacos de pienso que traer. Si no, entra y deja de hacerme perder el tiempo».

Ella frunció el ceño, pero cuando me alejé sin mirar atrás, oí sus pasos mientras me seguía.

En el granero, donde el aire estaba impregnado del olor a heno y almizcle animal, la temperatura apenas superaba los cero grados. Aguantó cuatro minutos antes de dejar caer un cubo de pienso y gritar cuando el frío metal le quemó la piel como una marca.

No dije nada mientras terminaba de apilar las bolsas de pienso y las colocaba donde debían ir.

Lo intentó de nuevo, arrastró un cubo por medio granero antes de tropezar con la paja y derramar agua que se congeló al instante en sus botas.

Un rubor oscuro se extendió por su cuello cuando el agua se congeló en sus cordones, luego me miró, con la boca entreabierta, como esperando un veredicto. No le dije nada. El frío podía enseñarle mejor que yo. Me quedé allí parado, dejando que hiciera

su trabajo hasta que finalmente se derrumbó. «¿Y bien? ¿No vas a regañarme?».

«No», respondí. «Solo hazlo».

Sus mejillas se sonrojaron, pero enderezó los hombros y volvió a coger el cubo. Cuando terminamos, tenía la cara en carne viva y le temblaban las manos, pero la chica de ciudad no se rindió. Tenía que reconocerlo.

Regresamos a la casa con dificultad, con el silencio solo roto por el crujir de la nieve. Por primera vez, no se quejó.

Dentro, se quitó las botas y los calcetines, y su rostro se tensó al ver sus dedos azules. Saqué una manta de lana del armario del pasillo y se la tiré.

Mi mirada se posó en sus dedos azules, un color peligroso. «La próxima vez, ponte unas botas mejores».

Ella me miró con ira. «La próxima vez me quedaré en el Four Seasons».

«Dudo que te dejen entrar con ese aspecto».

Ella se rió, luego se acurrucó en el sofá y se cubrió los pies con la manta.

Avivé el fuego de la estufa de leña y me acerqué a la ventana de la cocina para escuchar cómo el viento azotaba la casa. La radio seguía sin más que estática.

La casa se acomodó al ritmo del viento y el crujir de la madera. Horas más tarde, un nuevo sonido llegó desde la despensa. Comenzó como un leve traqueteo metálico, luego se hizo más fuerte. Sonaba como una lata raspando contra el estante y el suave golpe de algo moviéndose entre el desorden. El silencio de la casa

hacía que cada ruido fuera más agudo, más urgente. Escuché desde la cocina cómo se abría la puerta de la despensa con un chirrido, con las bisagras quejándose por el frío, y el arrastrar amortiguado de unos pies descalzos susurrando por el suelo.

Ella estaba de pie en la despensa, envuelta en la manta, y sostenía una lata de duraznos como si fuera la última comida en la tierra.

Su atención seguía fija en la lata de duraznos. «Mi teléfono tiene un cinco por ciento de batería. Si tienes un cargador, te daré la mitad de mi alma a cambio».

Le lancé la batería portátil que había en el cajón de los trastos junto al fregadero. «Ten cuidado con ella. Es todo lo que tenemos».

Ella lo enchufó, se sentó con las piernas cruzadas en el suelo y se quedó mirando la barra luminosa. Cuando pasé por delante, levantó la vista, con los ojos muy abiertos, verdes y todavía un poco asustados. Por un momento, estuve a punto de decir algo.

«¿Por qué te quedas aquí?», dijo. «Podrías, no sé, venderlo, mudarte a algún lugar cálido y empezar de nuevo».

«Esto es todo lo que tengo», respondí. «Es razón suficiente».

Ella no discutió, solo se quedó allí sentada, aferrada al teléfono como si fuera una reliquia, observando cómo se agotaba la batería como si fuera lo único que pudiera salvarla.

Parecía pequeña y fuera de lugar, con paja en el pelo y la mandíbula apretada, como si se estuviera preparando para algo más que el frío.

Mientras el viento aullaba, decidí que verla era más peligroso que la tormenta, así que apagué la luz, subí las escaleras y la dejé sola en la oscuridad.

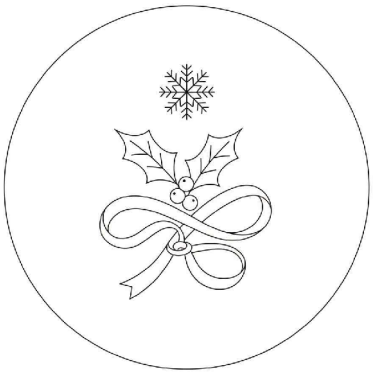
Era la espera lo que quebrantaba a la gente, más que el frío.

Abajo, las velas se consumían. En el silencio, su voz se elevó, más suave ahora que estaba dirigida a sí misma y no a la cámara.

«No voy a morir aquí», susurró, como una promesa. «No lo haré».

Ya lo veríamos.

Maya



SOLÍA PENSAR QUE «CONGELARSE» era una forma de hablar hasta que mi aliento se convirtió en humo en el aire. Alrededor de las dos de la madrugada, los crujidos de la casa bajo la nieve me indicaron que mi escenario de supervivencia había comenzado.

Mis dedos de los pies habían pasado de estar entumecidos a una insensibilidad que no entendía. ¿Estarían negros por la mañana? Me temblaban tanto las manos que, cuando encendí una vela, una de esas gruesas y feas que había ridiculizado al llegar, casi se me cae la cerilla y me prendo fuego al pelo. Casi se me cae la cerilla y me prendo fuego al pelo, lo que al menos habría sido una mejora.

Me senté en el suelo de madera helado, cuyos tablones me quitaban el calor a través de mis leggings mientras me apretaba contra un antiguo y inútil radiador. La manta que había sacado del sofá dejaba fibras por todas partes en mis leggings y, al cabo de unas horas, olía a naftalina y desesperación.

El fuego de la sala de estar se había reducido hacía tiempo a unos tristes trozos rojos. Intenté reavivarlo con unas astillas y unas páginas de una vieja revista National Geographic, pero lo único que conseguí fue añadir «ojos ahumados» a mi lista de problemas, ya que el aire se enfrió más que el interior de un refrigerador.

Mi teléfono estaba muerto. No solo «batería crítica baja», sino «aplastado». La batería de repuesto se había agotado alrededor de la medianoche. No había radio, ni señal, nada más que el viento y el implacable tictac del viejo reloj de pie, un sonido que ahora odiaba con una furia que me parecía primitiva.

Sin señal que me hiciera compañía, el aire sabía a humo y polvo frío: no era acogedor, sino medieval.

Me quedé mirando la llama de la vela, concentrándome en su baile, en cualquier cosa que no fuera el violento castañeteo de mis dientes. Mi vida, hasta ese momento, había sido una serie de desastres cuidadosamente escenificados: audiciones desastrosas, relaciones fallidas y aquella vez que casi me arrestan en Miami por entrar sin permiso en un centro comercial cerrado. Pero esto era diferente. No había guion, ni reinicio, ni forma de recuperarme con una publicación inspiradora y un café con leche patrocinado.

Si mañana encontraran mi cuerpo, llevaría un abrigo de 2000 dólares que nunca había visto un invierno de verdad, con la mano congelada en forma de garra alrededor de mi teléfono. Los comentarios serían despiadados.

Mi espiral de miseria se rompió al oír unos pasos, pesados y deliberados, que crujían por el pasillo con un ritmo que ya reconocía.

Gideon.

Apareció en la puerta, trayendo consigo una ráfaga de aire gélido. La luz de las velas proyectaba sombras nítidas en su rostro, revelando unos ojos gris tormenta y un cabello húmedo por la nieve, con una expresión perfecta y exasperante de control.

—¿Por qué estás en el suelo? —dijo, sin molestarse en saludar.

Era difícil parecer digna mientras temblaba tanto que me castañeteaban los dientes. —Probando una nueva estrategia. Si el frío quiere tanto el piso, puede tenerme a mí también.

Sus ojos se posaron en la ventana oscura. —Vas a perder los dedos si te quedas ahí.

«Gracias por el diagnóstico profesional».

Él cruzó los brazos, y el suave roce de la tela resonó en el silencio. Los músculos de su mandíbula se tensaron. —Deberías estar en la cama. Abrigada. El calor corporal te ayudará.

«El calor corporal solo funciona si hay más de un cuerpo».

—Estarías menos muerta en la habitación de invitados que en el piso.

—Buenas noticias, entonces: todavía no estoy muerta.

Cuando no le ofrecí nada más, suspiró y se acercó a mí. Cogió la vela, que parecía diminuta en su mano; solo con ese movimiento, la llama se puso a bailar.

Parecía completamente ajeno al frío, vestido con la misma camiseta térmica y los mismos vaqueros que antes. Incluso desde la distancia, irradiaba calor en el aire helado como un horno andante.

Me envolví más en la manta. «¿No tienes frío?».

Se encogió de hombros. «No fácilmente».

«Claro que no. Debe de ser agradable ser un yeti».

Me lanzó una mirada que parecía decidir algo, luego se agachó (ponerse en cuclillas no hacía justicia a su tamaño) y levantó la vela para inspeccionar mi rostro.

«Vas a sobrevivir esta noche». La vibración grave y deliberada de su voz parecía resonar en el aire helado. «Pero solo si haces lo que te digo».

Se me escapó una risa, un sonido áspero y quebradizo que parecía más un escalofrío que humor. «No voy a aceptar consejos de supervivencia de un tipo que ni siquiera enciende el generador».

Gideon entrecerró los ojos, captando la luz parpadeante de la vela. —El combustible es limitado. Esto es una tormenta, no una fiesta de pijamas. —Se inclinó hacia mí, con las sombras de la pared de la cabaña proyectándose detrás de él—. Cada vez que te mueves, desperdicias calor. Se supone que debes conservar energía, no hacer berrinches en el suelo.

Un músculo se le tensó en la mandíbula mientras se movía. Había una eficiencia brusca y letal en sus movimientos; probablemente trataba a su ganado con más ternura. Mis dientes seguían castañeando, los temblores eran tan violentos que hacían que la vela que sostenía en la mano se tambaleara.

Gideon siguió con la mirada la llama titilante. —Estás al borde de la hipotermia.

—Solo tengo frío —dije, aunque las palabras vibraban con tanta fuerza que apenas se entendían.

Una palma áspera y callosa se apoyó sobre mi mejilla. Me sobresalté, sorprendida por la intrusión, pero él no se apartó. Su piel estaba sorprendentemente seca y caliente contra mi rostro helado.

Por un segundo, el contacto me resultó casi agradable, incluso tierno, pero entonces sus dedos me agarraron la barbilla e inclinaron mi cabeza hacia arriba.

Me inspeccionó con la frialdad clínica de un granjero que examina a un ternero nacido en invierno, pasando el pulgar por mi boca entumecida. «Tienes los labios azules. Eso es mala señal».

Intenté apartarme, pero mi fuerza era inútil contra la suya. Al cabo de un segundo, la lucha simplemente se agotó en mí, dejándome flácida contra el firme tornillo de su mano. «Estaré bien», insistí, tratando de recuperar algo de dignidad. «Solo necesito...».

De repente, el mundo se inclinó. Me levantó del suelo, con la manta y todo, y me dejó caer sobre su regazo en el sillón. El movimiento fue tan repentino que me pareció una reorganización de la realidad, doblándome contra su enorme cuerpo como si fuera un maniquí de pruebas de choque.

«¡Bájame!», grité, con el sonido amortiguado por la gruesa lona de su chamarra.

No se molestó en responder. Me rodeó con sus brazos, uno por la espalda y otro sujetándome las piernas, y me subió la manta hasta la barbilla. Mis inútiles brazos quedaron inmovilizados a los lados. Su pecho era una pared de hierro, y sus muslos igual de inflexibles. Lo único que había entre nosotros era una fina capa de lana y los últimos centímetros inútiles de mi espacio personal.

Intenté zafarme, pero él solo apretó más fuerte, comprimiendo el aire de mis pulmones. —Quédate quieta —gruñó, con una voz que era un susurro caliente en mi oído.

La presión contra mis costillas era tan intensa que pensé que me partiría por la mitad, pero entonces sentí el calor.

No era solo «calidez», sino una ola física de calor que irradiaba de él como una fragua. Cada centímetro de su cuerpo era puro músculo y fuerza bruta, un horno viviente que aprisionaba mi cuerpo tembloroso.

Ajustó su agarre, presionando mis manos contra la sólida pared de su pecho. Podía sentir los lentos latidos de su corazón contra mi omóplato, y cada vez que me estremecía, su agarre se tensaba y me sujetaba como un cinturón de seguridad.

«Eres débil», dijo. «Mi cuerpo es una herramienta. Aprovecha mi calor y quédate quieta».

Mi cuerpo se tensó por la indignación, pero un estremecimiento de alivio disipó inmediatamente la tensión. Luché por seguir enfadada por haber sido maltratada, por haber sido llamada débil, pero la protesta se desvaneció cuando el frío desapareció de mis dedos, sustituido por un calor profundo y vergonzoso que se enroscaba en lo más profundo de mi vientre.

No voy a llorar. No, yo no. Las lágrimas brotaron, picándome los ojos, y mi compostura se disolvió cuando una se derramó, dejando un rastro salado en mi boca.

«No soy débil», dije, y odié la forma en que se me quebró la voz.

Él exhaló un suspiro que me llegó al oído de una forma casi indecente. «Estás temblando como una hoja», dijo, y flexionó el brazo, acercándome imposiblemente más a él. «Y no voy a pasar los próximos dos días buscándote congelada en mi piso. Quédate quieta. Respira e intenta no morir en mis muebles».

Las palabras me hicieron reír, luego hipar y luego, en cierto modo... detenerme. Mis músculos se relajaron, mi cuerpo se derritió contra el suyo en una rendición contra la que mi mente gritaba, pero que mis muslos apretaban para dar la bienvenida.

El viento sacudía las ventanas y el reloj seguía marcando las horas, mientras el aire se llenaba del débil olor a cera de la vela a medida que se consumía.

Dentro de la fortaleza de sus brazos, me descongelé. Cada punto de contacto era una nueva lección de humillación: mis pies descalzos enredados en sus jeans, mis piernas estiradas sobre las suyas, mi cara aplastada contra su cuello, donde el áspero roce de su barba y el aroma limpio de su piel me abrumaban. Olía a aire libre: a pino y aire frío, un aroma tan real que casi era una agresión.

Durante un rato, no hablamos. Los únicos sonidos eran el lento susurro del fuego y nuestra respiración sincronizada: la suya lenta y constante, la mía frenética hasta que finalmente se ajustó a su ritmo.

Me vino a la mente un pensamiento irónico: este era el tipo de intimidad forzada que a mis seguidores les hubiera encantado, sin la parte de la «muerte inminente».

Después de unos minutos, mi cuerpo me traicionó. El profundo dolor en mis huesos se desvaneció, reemplazado por un calor punzante que se extendió desde mi piel hacia adentro, un deshielo lento e invasivo. Me desplomé contra él; la lucha se agotó en mí con el último escalofrío.

Su mano, la que no me rodeaba las costillas, se levantó y me cubrió la nuca. Estaba comprobando mi temperatura como si fuera

un equipo defectuoso. Pero el contacto se prolongó. Su pulgar acarició la sensible piel justo debajo de mi oreja, una exploración lenta y áspera que me dio ganas de morderlo.

En contra de mi voluntad, una parte de mí se relajó y mi cabeza se hundió unos milímetros más en la curva de su hombro. Una sacudida me recorrió el cuerpo, una nueva oleada de miedo que no tenía nada que ver con el frío.

Me moví, tratando de crear distancia, pero su mano se deslizó por mi espalda, presionándome contra él en una corrección firme y silenciosa. Lo intenté de nuevo con un movimiento vacilante, pero cuando la manta se deslizó, su brazo la volvió a subir inmediatamente y me inmovilizó en mi sitio.

Sus brazos se tensaron, una advertencia física antes de las palabras. «Detente».

En contra de todos mis instintos, obedecí.

Apoyando la frente contra su clavícula, intenté recordar cómo se sentía la dignidad. La habitación se sumió en la oscuridad mientras el fuego crepitaba, dejando solo la luz de la vela y las brasas humeantes. Afuera, el mundo había desaparecido.

Pensé en mi hogar, mi hogar real, no el de Instagram. Pensé en la última vez que alguien me había abrazado así. No como una actuación, ni para una foto, ni para conseguir «me gusta». No se me ocurrió nada. Y ahora este desconocido me abrazaba con más certeza que nadie lo había hecho nunca, porque yo podía derrumbarme en cualquier momento.

Intenté no dejar que ese pensamiento entrara en mi mente.

Después de lo que me pareció mucho tiempo, dejé de sentir las piernas. Tenía la cara apoyada en su camisa, húmeda por un sudor que olía a tierra y a limpio, mientras que mi boca estaba seca por el miedo.

Su corazón latía bajo mi oreja, un profundo zumbido como el motor de una máquina pesada. Adapté mi respiración a su ritmo y los temblores finalmente disminuyeron.

«Mejor. Te estás calentando».

«Voy a morir», murmuré.

Él se quedó en silencio durante un largo rato antes de hablar. «¿De verdad crees que te dejaría morir aquí?».

Giré la cabeza lo justo para verle la cara. «Apenas me conoces».

Se encogió de hombros y movió el muslo debajo de mí, un simple movimiento que me provocó una sacudida indeseada en lo más profundo de mi ser. —No importa. Nadie muere bajo mi cuidado.

La certeza en su voz insinuaba algo más profundo, pero estaba demasiado cansada para preguntarme qué era.

Cerré los ojos solo un segundo.

Debí quedarme dormida, porque mi cabeza se inclinó contra su pecho y mi boca se abrió. Me desperté sobresaltada e intenté alejarme, pero su mano ya estaba allí, inmovilizándome.

—No lo hagas —dijo, con una voz aún más suave que antes—. Quédate donde pueda mantenerte caliente.

Lo miré con ira, pero fue un esfuerzo inútil. «Esto debe de ser un verdadero alarde de poder para ti».

No respondió, pero la comisura de sus labios se curvó hacia arriba a la luz de las velas.

Nos quedamos así, en un enfrentamiento entre el orgullo y la biología, mientras la habitación se sumía en la oscuridad absoluta. Yo estaba completamente despierta, muy consciente del peso sólido de su mano en mi cadera y del calor húmedo de su aliento rozando mi oreja con cada exhalación.

Era un muro, una fuerza inamovible. No era su invitada ni su rehén; era su responsabilidad, algo que ahora estaba decidido a evitar que se rompiera.

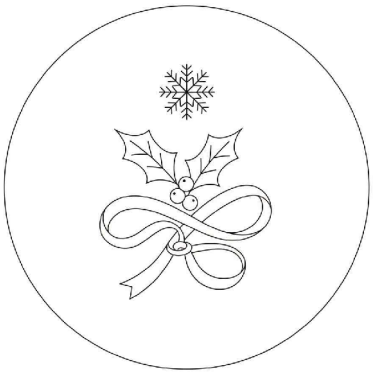
No importaba. Estábamos atrapados. Yo estaba atrapada.

El viento aullaba. El reloj hacía tictac. Su corazón latía con fuerza, indiferente.

Incliné las caderas hacia atrás, solo unos centímetros, presionándome más contra el calor implacable entre sus piernas. Sus brazos se tensaron de forma casi imperceptible.

Podría haberlo odiado si no lo hubiera necesitado más que el aire.

Maya



HAY UN NIVEL DE frío que no es solo clima, es un ataque personal. El viento, la casa: toda la granja intentaba matarme.

Al tercer día, la estufa de leña echaba más humo que calor, y solo quedaban tres leños. Había dejado atrás las ilusiones del «encanto rústico» y había pasado directamente a la fase de ira de la hipotermia.

Cada vez que miraba la pila de leña menguante, se me hacía un nudo en la garganta y sentía una presión caliente detrás de los ojos. Lo cual era un problema, porque las lágrimas se me congelaban en las mejillas antes de que pudiera secármelas. Pasé la mayor parte de la tarde sentada en una silla lo más cerca posible de la estufa, envuelta en una manta, con los dientes castañeando tan fuerte que sentía que se me iban a romper las muelas.

Gideon trabajaba afuera, como una bestia que nunca había notado el clima en su vida. A través del vidrio deformado, paleaba, revisaba

a los animales y reforzaba el invernadero con tablones. Un resentimiento amargo se enroscó en mis entrañas mientras observaba su brutal eficiencia, la fuerza de voluntad que lo mantenía en movimiento. La pregunta ardía debajo de eso: ¿cómo diablos no estaba muerto?

Más tarde, esa misma tarde, entró pisando fuerte, trayendo consigo una ráfaga de aire gélido mientras sus botas aplastaban el hielo derretido sobre las baldosas de la cocina. Su mirada pasó de mí a la estufa y a la pila de leña casi vacía.

«Has quemado la leña de media semana en un solo día. ¿Estás tratando de convertir la casa en un horno?».

—Si tuviera un horno, al menos no me estaría congelando hasta morir.

Sacudió la nieve de sus botas. —Si usaras el cerebro, la semana que viene seguirías teniendo dedos.

Me ajusté la manta alrededor de los hombros y encogí los hombros para conservar el poco calor que me quedaba. — ¿Por qué te comportas como un imbécil? ¿Así es como tratas a todos tus invitados?

Se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados. Tenía la barba cubierta de hielo y el pelo pegado a la frente como una señal de advertencia. —No eres una invitada. Eres una vagabunda que se ha colado aquí.

Su mirada se deslizó más allá de mí, como si fuera un animal salvaje que esperaba que mordiera los muebles.

Sus palabras fueron la gota que colmó el vaso. La ira que sentía dentro de mí estalló, dejando en su lugar una ola de humillación. El

calor inundó mis mejillas y el sabor metálico de la vergüenza cubrió mi lengua mientras luchaba por contener un llanto desagradable.

Mi ira se derrumbó en una súplica. «Si eres tan bueno en esto, entonces enséñame. Nunca he hecho esto antes. No sé cómo sobrevivir a esto».

Me miró fijamente, con una expresión endurecida y un destello de algo parecido a una sombría responsabilidad. Luego se dirigió al perchero, tomó algo grueso y marrón, y regresó hacia mí.

«Levántate».

No me moví. «¿Por qué?».

«Porque lo estás haciendo mal». Su mirada se posó en mi figura sentada, una orden silenciosa que eludía por completo cualquier discusión. «Levántate».

Ante su tajante orden, me desprendí de la silla, con la manta aún envuelta como una toga, y mis rodillas temblaron, amenazando con ceder.

Dejó caer el abrigo a mis pies. «Primera lección: lo llevas todo mal puesto». Me quitó la manta y mi protesta se ahogó en mi garganta cuando su mirada inventarió y descartó cada prenda inútil que llevaba puesta. «Esos leggings son inútiles contra este frío. Ese abrigo es solo un cortavientos y tus botas son una broma».

No pude ni siquiera discutir. Solo estaba confirmando un mito que yo misma había ayudado a perpetuar en Internet: que el estilo podía prevalecer sobre la funcionalidad.

«Quédate quieta», gruñó, ignorando mi protesta mientras cogía un par de enormes calcetines de lana grises que había sobre la mesita. Me los tiró al regazo. «Póntelos. Tus guantes están empapados».

Me costó mucho ponerme la pesada lana en las manos, pero mis dedos parecían salchichas congeladas. Torpes, insensibles y completamente inútiles. Cada intento torpe solo empeoraba los temblores.

Gideon observó mis progresos durante unos diez segundos antes de soltar un breve suspiro de impaciencia. No esperó a que le pidiera ayuda; simplemente extendió la mano y los recuperó. Antes de que pudiera regañarlo por el robo, me agarró la mano derecha. El calor de su piel callosa fue una sacudida para mi carne helada, un recordatorio abrasador de lo lejos que estaba realmente.

No fue delicado al hacerlo. Metió mi mano en la gruesa lana, rozándome la muñeca con los dedos mientras me subía el puño hasta el codo.

«Lo estás haciendo mal», murmuró, con la cabeza inclinada cerca de la mía mientras buscaba el segundo calcetín. «En esta cabaña, el orgullo es lo primero que se congela. Si no puedes vestirte sola, lo haré yo por ti».

Abrí la boca para discutir, pero el calor que irradiaba su pecho hizo que las palabras se me murieran en la garganta. Estaba atrapada entre su fuerza y la lana, un desastre tembloroso que estaba siendo recomponiendo por un hombre que parecía más una fuerza de la naturaleza que un ser humano.

Volvió a coger la manta, la dobló por la mitad y me la ató alrededor de la cintura, asegurándola con un trozo de cuerda que colgaba de un gancho junto a la puerta. «Apriétala bien. Tienes que atrapar el aire, no dejar que se escape».

«¿Como un burrito?».

—Como alguien que quiere conservar sus piernas.

Dio un paso atrás y observó el resultado, luego asintió. «Mejor».

Sentí cómo el calor me subía por el cuello. Estaba hecha un desastre, con unos calcetines gigantes y una falda de manta, y mis dedos por fin habían dejado de dolerme bajo su mirada atenta e indescifrable.

Asintió con la cabeza hacia la estufa. «Ahora, enciéndelo. Quieres que arda más fuerte, no solo durante más tiempo. Arruga el papel, haz un tipi con la leña y luego coloca los troncos encima. No lo sofoc

Dudé, pero luego empecé a colocar los troncos. Mis manos jugueteaban con las cerillas bajo su mirada silenciosa e inmóvil, y dejé caer una en las cenizas. En el siguiente intento, la llama prendió, estallando con un soplo de calor y un fuerte olor a azufre que me hizo retroceder.

«Tranquila». Me sujetó con firmeza por el brazo, con una presión que me daba seguridad y al mismo tiempo me hacía sentir como si fuera de su propiedad. «No te va a comer».

Me aparté, enderezando los hombros para recuperar algo de dignidad. «Podrías haberme dicho eso». Señalé el fuego, los calcetines y mi falda de manta. «En lugar de hacerme parecer una idiota».

«Lo intenté, pero no me escuchaste».

Maldito sea por tener razón. Mi orgullo necesitaba congelarse antes de que pudiera escuchar, y ahora él estaba allí, mirándome, esperando.

Removió el fuego con el palo, observando mis torpes intentos por ayudar. Después de un largo momento, me miró. «¿Alguna vez has

hecho algo difícil en tu vida?».

—Dirijo una marca con medio millón de seguidores. ¿No crees que eso es difícil?

«Estás viva. Eso es un comienzo».

Me senté de nuevo en el suelo, cerca de la estufa, dejando que el calor penetrara en mis huesos mientras miraba fijamente a la pared, incapaz de sostener su mirada.

Un momento después, se sentó en el suelo a mi lado, con el olor del aire frío y los pinos impregnado en él, mientras las tablas del suelo crujían bajo su peso. El silencio era tan denso que se convirtió en otra presencia en la habitación.

El silencio exigía ser llenado y, aunque la verdad se sentía como un trozo de hielo en mi garganta, las palabras salieron de todos modos. «No hay nada real en esa marca. Las actividades al aire libre, los acuerdos de la marca... todo son mentiras falsas cubiertas de purpurina».

No respondió durante un rato, moviendo la mandíbula en silencio mientras observaba el fuego. «Nada de eso importa en esta casa».

«¡Pero sí importa!», exclamé con voz quebrada. «Esa es mi vida. Es todo lo que he construido. Si la cago o les demuestro lo mal que se me da sobrevivir a una tormenta de verdad, ¿qué me queda?».

«La supervivencia es un comienzo».

Me sequé los ojos con mis mitones de calcetín. «Ni siquiera puedo hacer eso bien».

Él no me ofreció consuelo, solo una dura verdad. «No estás muerta. En este momento, esa es la única victoria que importa».

«¿Así que ese es tu criterio para medir el éxito? ¿No morir?».

«Es lo único que cuenta aquí fuera».

Observamos cómo crecía el fuego. Un doloroso hormigueo me pinchaba los dedos de las manos y los pies: la agonizante promesa de que no se me iban a caer.

Señaló la estufa. «Vas a tener que alimentarla cada hora o se apagará. No dejes que se apague».

«Gracias por tu voto de confianza».

«Solo no quemes la casa».

Miró hacia las ventanas que se oscurecían. «Hay que ir a ver cómo están los animales». Se levantó y se fue al granero, cerrando la puerta de un portazo tras de sí.

Me quedé sentada junto al fuego durante mucho tiempo, removiéndolo, añadiendo leña y guardando las cerillas como si fueran joyas. Esa pequeña llama era lo único que mantenía a raya la tormenta.

Al anochecer, el viento aullaba con más fuerza y, por encima de su embate contra las paredes de la granja, un repentino crujido estático resonó en la oficina.

Me arrastré hasta la oficina, arrastrando mi falda de manta, y lo encontré encorvado sobre el escritorio, jugando con los diales. La radio escupió estática, luego una voz lejana y entrecortada:

«...recibido, Granja Black Pine, aquí despacho de Valley. La tormenta se ha estancado sobre el condado. Repito: la tormenta se ha estancado. Todas las carreteras cerradas. Actualización a las 08:00. Cambio».

Gideon se inclinó, con el pulgar sobre el interruptor de transmisión. «Recibido, Valley. La situación aquí es estable. No hay emergencias.

Cambio».

Soltó el botón y miró la radio con ira, como si hubiera insultado a su madre. Luego se volvió y posó su mirada en mí, con mis calcetines-manoplas y todo.

«¿Cuánto tiempo dura "estancada"?».

Miró al techo, contando. «Podría ser una semana. Quizás más».

Otra semana. La realidad me golpeó con fuerza, dejándome sin aliento e inquieta, con un sabor amargo en la garganta.

Una semana de silencio digital no era solo estar atrapada, era ser borrada.

Me temblaban las manos. «¿Qué voy a hacer?».

Él me miró a los ojos. «Mantendremos el fuego encendido y alimentaremos a los animales. Y esperaremos».

La palabra «nosotros» resonó con un peso extraño en la silenciosa habitación. Era la primera vez que me incluía en su supervivencia. Un nudo de ansiedad seguía apretándome el pecho, pero me obligué a asentir, con la mandíbula dolorida por el esfuerzo de no gritar.

Luego se levantó, pasó junto a mí y tomó la gran manta del sofá. La extendió frente a la estufa, cubriéndola con un saco de dormir gastado y dos almohadas.

«Te quedarás aquí esta noche», afirmó, sin preguntar. «Mantenemos el calor donde importa».

Le ayudé a preparar la cama, con mis manos cubiertas de calcetines moviéndose torpemente. Me lanzó una almohada y colocó la otra en el lado opuesto, tan lejos de mí como lo permitía la manta.

Los únicos sonidos eran el crepitar de la leña ardiendo y el viento sacudiendo las ventanas.

Observé las llamas e intenté imaginar un mundo en el que yo no fuera un desastre. ¿Qué pensarían mis seguidores si me vieran ahora, acurrucada en el suelo con un supuesto neandertal cuyas manos, ahora lo sabía, podían ser sorprendentemente cuidadosas?

El cansancio finalmente me venció. Mi cabeza se balanceaba mientras luchaba por mantener los ojos abiertos, sin querer perderme ni una sola brasa, pero mis párpados se volvieron pesados y las brasas titilantes se difuminaron en una cálida y hipnótica danza antes de que la oscuridad finalmente se apoderara de mí.

Cuando desperté horas más tarde, parpadeando a la tenue luz del fuego, el mundo se había reducido al tamaño de la chimenea. Esperaba ver a Gideon estirado al otro lado de la manta, pero el espacio estaba vacío.

En su lugar, encontré su enorme abrigo de lona cubriéndome, con la pesada tela actuando como un escudo secundario contra la corriente de aire. Las mangas eran tan largas que me envolvían por completo, y el forro aún irradiaba el calor profundo y persistente de su piel.

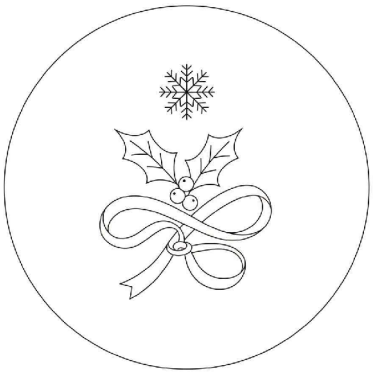
Mi corazón latía con fuerza mientras mis ojos buscaban entre las sombras, hasta que finalmente se posaron en una silueta oscura junto a la estufa de la cocina. Gideon no estaba dormido. Permanecía inmóvil, con los hombros erguidos contra el viento que silbaba, mientras alimentaba el fuego con una precisión silenciosa y rítmica. No solo estaba esperando a que amaneciera, sino que vigilaba la frágil burbuja de calor que había construido para mí.

«Eres demasiado», susurré.

Me acurruqué más dentro del abrigo, respirando el aroma a cedro, tabaco y escarcha invernal. Era un olor reconfortante, que calmaba el ritmo frenético y entrecortado de mi corazón. Debería haberlo odiado. Debería haber resentido la forma en que había entrado en mi vida y tomado el control de cada uno de mis respiros.

En cambio, me subí el cuello hasta la barbilla y me dejé sumergir en lo único contra lo que había luchado durante tres días: una aterradora sensación de seguridad. Aquí fuera no había filtros, ni seguidores, ni mentiras tras las que esconderme. Solo había frío, oscuridad y el hombre de la montaña que no dejaba que me congelara.

Gideon



PARA LA TERCERA MAÑANA, su cuerpo llevaba la cuenta de cada comida perdida, cada manzana racionada, anotando la deuda en su nivel de azúcar en sangre. Maya entró en la cocina como una sonámbula, con las manos temblando tanto que no podía agarrarse al respaldo de una silla.

Su estado era consecuencia directa de la disminución de nuestras provisiones. Solo nos quedaban tres latas y, si la tormenta no amainaba, tendríamos que saquear la despensa.

El refrigerador estaba vacío, excepto por una sola barra de mantequilla. Apreté el puño alrededor de ella. El portazo de la puerta resonó en la cocina y me quedé allí un segundo, con el pecho oprimido.

El roce de una silla contra el piso rompió mi trance. Maya entró arrastrando los pies en la cocina, arrastrando torpemente la silla

detrás de ella. Llevaba mi vieja parka, con las mangas enrolladas dos veces y aún cubriéndole las manos.

—Me muero de hambre. —Su mirada se posó en la mantequilla que tenía en la mano.

—Te has comido las dos últimas rebanadas de pan en el desayuno.

Parpadeó, ofendida. «Eso fue hace seis horas. Si vas a mantenerme aquí como rehén, lo menos que puedes hacer es darme de comer».

Levanté la mantequilla. «¿La quieres?».

Ella puso mala cara. —¿Estás tratando de matarme?

—No a propósito. —Le acerqué un poco más la barra de mantequilla—. Pero si no subes tu nivel de azúcar en sangre, por la mañana serás un peso muerto.

Ella me miró con ira. —Eres imposible.

Yo solo la miré. Esa palabra no significaba nada para mí.

Revisó los armarios, miró en la despensa y volvió a mí. «¿Dónde está toda la comida?».

No respondí. Dudaba que ella creyera lo que se consideraba «comida» en la reserva de emergencia.

El viento gemía contra el revestimiento. A través de la ventana, vi mi reflejo superpuesto al suyo. Dos seres humanos, uno de ellos ya inútil. Se nos acababa el tiempo.

Abrió la nevera de nuevo, vio el mismo vacío, la cerró y se apoyó contra la puerta. «Tienes que ir a la tienda o pedir que te traigan algo. ¿Hay alguien a quien podamos pedir ayuda?».

Solté una carcajada, la primera en días. «¿Quieres caminar veinte kilómetros con la nieve hasta el trasero? Adelante. Si no, te comes lo

que te dé».

«No voy a comer pienso para animales», dijo con voz débil.

—No he dicho que tengas que hacerlo. Pero si quieres sobrevivir, vendrás conmigo.

—¿Adónde?

—Al sótano. Dejé la mantequilla sobre la encimera—. Reuniremos los suministros. Échame una mano o no comerás.

Me miró fijamente durante un largo rato, escrutando mi rostro. Cuando se dio cuenta de que no bromeaba, su rostro se relajó y el último destello de rebeldía se apagó. Con un suspiro, se dirigió con paso firme a la entrada y se calzó las botas con los cordones congelados.

Con su renuente consentimiento asegurado, me puse mi equipo y busqué en el armario del pasillo la linterna, una vieja linterna con mecha, cristal y un mango que se podía blandir como un arma.

Me esperó en la puerta trasera, con los brazos cruzados y la barbilla baja. «Si esto es una trampa de película de terror...».

—El frío te matará más rápido que yo. —Balancé la linterna hacia la puerta—. Vamos, estás desperdiciando la luz del día.

Empujé la puerta y salimos con dificultad, con los pies hundiéndose en la capa de nieve. El frío era intenso y seco, nada que ver con el frío húmedo de la casa.

Situada en el borde de la casa, la trampilla del sótano estaba construida en la pendiente, parecida a una cripta. La puerta, hecha de tablones deformados, se mantenía unida por viejas bandas de hierro. La abrí de un tirón, las bisagras chirriaron y una ráfaga de aire frío y terroso salió del espacio en penumbra.

Maya miró dentro y luego me lanzó una mirada. «Estoy a favor de la igualdad. Ve tú primero».

«Está bien». Empecé a bajar las escaleras sin mirar atrás. «Cuidado con la cabeza».

Las escaleras medio podridas estaban resbaladizas por la condensación. Me movía lentamente mientras el aire se enfriaba, cada inhalación mezclada con el olor a piedra húmeda. Cuando llegamos al fondo, el único sonido era nuestra respiración.

Ella se quedó en el borde del círculo, con los hombros encogidos como para protegerse del frío. «Dios, huele como una tumba».

«No está lejos». La luz de la linterna se deslizó por la piedra húmeda. «Mi bisabuelo la construyó para sobrevivir a los inviernos más fríos. Nada ha cambiado mucho».

Ella se estremeció. «Qué bonito».

A medida que nos adentrábamos, vi que el techo goteaba sudor mineral sobre el suelo de tierra compacta, donde, delante de nosotros, unas estanterías toscamente talladas se combaron bajo el peso de unos frascos polvorientos.

Maya iba detrás de mí. «No hay forma de que nada de esto sea comestible».

«La mayoría es más vieja que tú». Golpeé un frasco contra la caja que había entre nosotros. «Pero si quieres vivir, comerás lo que yo te diga».

«¿Qué es esto, algún tipo de desafío rústico de supervivencia? ¿Me darán un premio al final?».

Dejé la linterna sobre una caja y empecé a rebuscar en los estantes, con los dedos ennegrecidos por la suciedad. Pasé el pulgar

por la tapa de un frasco de frijoles. Era cóncava; el sello estaba en buen estado.

—Toma —le entregué el frasco—. Si la tapa silba, tíralo. Si no, ponlo en el cubo.

Ella cogió el frasco con torpeza y casi lo deja caer. Sus uñas ya estaban destrozadas, con la pintura completamente descascarillada. «¿Quieres que toque esto?».

Cogí otro frasco; este estaba lleno de duraznos en almíbar. «Si mueres de botulismo, al menos ya no tendrás que escucharme más».

Puso mala cara, pero tomó el frasco, obediente y hosca. Golpeó la tapa, se estremeció y lo dejó caer en el cubo que yo había traído.

Trabajamos en un pesado silencio solo roto por el tintineo de los frascos y su respiración entrecortada. Revisé los sellos y roté el stock mientras ella me seguía, colocando los frascos en el cubo sin romperlos.

Ella imitaba mis movimientos, con el aliento empañando el aire, cada vez más débil. Tenía la piel azul en las uñas y los labios pálidos.

El trabajo continuó durante veinte minutos hasta que el tintineo cesó. Se había desplomado contra la pared, sosteniendo un frasco de pepinillos con ambas manos. «No siento los dedos».

Mi atención se centró en ella. Pesaba la mitad que yo, probablemente menos, y no tenía ni un gramo de grasa que la mantuviera caliente. Las ojeras bajo sus ojos se habían acentuado. Ahora temblaba con fuerza, un temblor que se extendía por todo su cuerpo.

Me agaché a su lado, con el frasco en la mano. «¿Alguna vez has pasado hambre?».

Ella negó con la cabeza y luego se contuvo. «No así».

«Esto empeora».

—¿Cuánto tiempo tardará en volver la luz?

«Podría ser una semana. Quizá más».

Sus ojos se abrieron como platos. «Estaremos muertos».

«Si no comen, tal vez».

«Esto es una locura».

Ignoré su pánico y seguí buscando. Las conservas de carne habían desaparecido hacía tiempo, pero mis dedos tocaron algo más: un frasco de miel, vieja y cristalizada, con la etiqueta completamente desgastada.

Maya me miró fijamente, con la mandíbula apretada. «¿Y qué, vamos a vivir a base de frijoles y moho?».

«Podría ser peor». Seguí revisando los frascos. «Los frijoles tienen proteínas. Piensa en el moho como si fuera penicilina».

Ella resopló. «Debes de creerte muy gracioso».

—Trae la miel.

Ella dudó, luego agarró el frasco y me siguió hasta el otro extremo de la bodega, donde había colocado una tabla y dos cajas a modo de banco de trabajo. Saqué mi cuchillo y rompí el sello con un leve y repentino estallido. La miel era espesa, de color dorado turbio, pero aún comestible. Metí una cuchara y se la ofrecí, una orden que ella no estaba en condiciones de rechazar.

Ella me miró fijamente, con los labios curvados. —¿Hablas en serio?

Le acerqué la cuchara a los labios. «Si quieres desmayarte subiendo las escaleras, adelante. Si no, come».

Ella dudó y luego abrió la boca, apenas. Le di una cucharada. Tosió por el sabor dulce abrumador y luego tragó con dificultad.

«Es azúcar puro», jadeó.

«Exacto», dije. «Tu cuerpo lo necesita».

Se humedeció los labios y abrió la boca para pedir más. Sentí un nudo en el estómago. Le di otra cucharada y, por fin, recuperó un poco de color en las mejillas.

Se recostó, apoyó la cabeza contra la piedra y exhaló un suspiro tembloroso. —Estás disfrutando con esto.

Limpié los restos pegajosos de la cuchara con la tela áspera de mis jeans. —Estoy disfrutando ver cómo aprendes cuál es tu lugar.

Me miró con los ojos vidriosos. —¿Así es como tratas a todo el mundo? ¿Como si fueran ganado?

—No —la miré a los ojos—. Solo a los inútiles.

Por fin se le acabaron las fuerzas para luchar, y sus hombros se hundieron cuando la armadura de mocosa que había estado utilizando como escudo desde que estalló la tormenta finalmente se hizo añicos. El miedo en sus ojos era ahora evidente. Una amplia y oscura vulnerabilidad que me oprimía el pecho de una forma que no me importaba analizar.

Dejé el frasco de miel sobre la tabla toscamente tallada y no le di el espacio que buscaba. Me agaché frente a ella, inmovilizándola contra la estantería del sótano con nada más que mi proximidad. Esperé hasta que finalmente abrió los ojos y me miró. Quería que

viera la montaña en mi mirada, la absoluta falta de margen para la negociación.

Inclinándome hacia ella, bajé la voz hasta un tono que sabía que sentiría en lo más profundo de su ser. —La supervivencia es simple matemática. Si quieres ver el otro lado de esta tormenta, escucharás. Sin replicar. Sin quejarte. Haz exactamente lo que te diga y tal vez, solo tal vez, logres pasar la semana.

La rebeldía brilló en sus ojos por última vez mientras levantaba la barbilla, pero el temblor de su mandíbula delataba la verdad. No retrocedí ni un centímetro, dejando que el calor entre nosotros se intensificara hasta que el aire húmedo del sótano pareciera estar hecho de alambre.

«¿Entendido?».

Un simple movimiento de cabeza fue la única respuesta que necesitaba.

«Bien», dije, poniéndome de pie. «Ahora levántate. Tenemos trabajo que hacer».

Lo intentó, pero las rodillas le fallaron. La agarré antes de que cayera al suelo, con un agarre fuerte e implacable, dejándole sentir mi fuerza sosteniéndola.

—Arriba —dije—. Llevarás los cubos.

Ella puso mala cara. «¿Y si se me caen?».

—Entonces lo limpiarás.

Ella frunció el ceño, pero tomó uno de los cubos más ligeros con manos temblorosas y se dirigió hacia las escaleras. Yo la seguí, con la linterna en una mano y el frasco de miel en la otra.

A mitad de camino, tropezó y el cubo se derramó. «Pesa demasiado».

—Muévete.

Ella negó con la cabeza, y la pesada lona del abrigo prestado se le deslizó de un hombro. «No, no puedo cargarlo».

Dejé la linterna en el suelo y me acerqué por detrás, lo suficiente como para que pudiera sentir mi aliento en su cuello.

«¿Quieres comer?», le gruñí. «Pues trabaja para ello».

Ella se estremeció, pero no se movió.

Su excusa era débil, un último intento por recuperar algo de territorio. Esta vez no discutí. Simplemente me acerqué a ella, acorralándola hasta que su espalda chocó contra la piedra rugosa de la escalera. Le quité el cubo y lo dejé caer con fuerza sobre el estante más alto, con un *ruido* metálico que resonó en el pequeño espacio.

—¿Quieres comer? —le pregunté en voz grave, inclinándome hasta que mi aliento agitó los mechones sueltos de su sien—. Entonces, trabaja para conseguirlo. En esta montaña no hay nada gratis.

Ella se estremeció, con la respiración entrecortada, pero no me empujó. No podía. La tenía inmovilizada con mi corpulencia, mi pecho era un muro sólido contra su pecho. Con sus manos atrapadas entre nosotros, utilicé mi mano izquierda para sujetarle la barbilla, presionando firmemente con el pulgar la articulación de su mandíbula hasta que abrió la boca.

Con la mano libre, alcancé el frasco de miel que ya había abierto y que estaba sobre la tabla junto a nosotros. Sumergí dos dedos en el espeso ámbar cristalizado, sintiendo el grano del azúcar contra mi

piel. Los sostuve frente a sus labios, observando cómo se le abrían los ojos en la penumbra.

—Abre la boca.

Ella dudó, con el pulso visible en el frenético latido de la base de su garganta. No le di otra opción, cambiando mi agarre en su mandíbula para forzar su boca a abrirse más. Deslicé mis dedos cubiertos de miel dentro, empujando más allá de sus dientes hasta el calor de su lengua.

Maya jadeó, con un sonido agudo y ahogado, y sus dientes se cerraron sobre mis nudillos. Ignoré el dolor punzante y me concentré en cómo la miel se derretía en su boca, goteando por la comisura de su labio inferior.

«Eso es», dije con voz ronca, sintiendo como si las palabras me salieran a trompicones de la garganta.

Al principio, ella intentó resistirse a tragar, tensando el cuerpo mientras me miraba con ira, pero el impacto puro y calórico del azúcar pudo más. Sus movimientos pasaron de la resistencia a una concentración animal y desesperada mientras lamía la dulzura de mis dedos. Fue una rendición cruda e indigna, y hizo que mi sangre ardiera más que la estufa de la cabaña.

«Qué delicia», murmuré, mientras mi pulgar trazaba la línea de su cuello mientras ella tragaba. «Por fin agradecida».

Su cuerpo se desplomó contra la pared, respirando rápidamente. Me miró fijamente, con los labios hinchados, completamente desaliñada, pero con un nuevo fuego ardiendo en sus ojos.

Mantuve su mirada durante un largo y silencioso momento, luego recogí los cubos y subí las escaleras.

En lo alto de las escaleras, me detuve. Ella no había hablado, pero podía sentir su mirada fija en mí, su respiración entrecortada en el silencio.

Me giré en el escalón y la miré a la luz de la linterna.

Tenía el rostro sonrojado, pero no apartó la mirada.

Rompiendo el hechizo, llevé los cubos a la cocina. Ella me siguió y se dirigió directamente al fregadero, bebiendo agua del grifo como si la miel la hubiera dejado sedienta.

Sus ojos ya no estaban llenos de miedo ni de desprecio. Estaban oscuros, fijos en mí, con los labios aún entreabiertos. Un deseo crudo se apoderó de mi pecho y me robó el aliento.

Se limpió la boca con el dorso de la mano. —¿Y ahora qué?

«Ahora», dije, colocando una olla en la estufa, «preparamos la cena».

Ella se rió, con una risa aguda y entrecortada. —¿Con qué?

Mi mirada se posó en la mancha de miel en su barbilla, luego giré la cabeza hacia los cubos. «Ya se te ocurrirá algo».

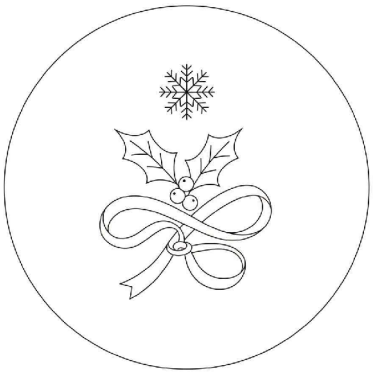
Ella manipuló torpemente la válvula de la estufa. Pasaron las horas y, al caer la noche, la casa olía a frijoles cocidos y ligeramente quemados.

Después de cenar en silencio, las horas se alargaron. Más tarde, cuando el fuego se había apagado, la vi sentada a la mesa, con los ojos fijos en cada uno de mis movimientos.

Ya no me necesitaba como su ancla. Ese era el secreto del invierno. No te mataba a menos que tú lo permitieras.

Pero primero tenía que morir una parte de ti.

Gideon



EL LETRERO DECÍA QUE era un taller. El letrero mentía. Era un sótano que se había fusionado con una cámara de tortura. Las paredes se cerraban sobre uno; los bancos de trabajo ocupaban cada centímetro cuadrado y todas las superficies estaban cubiertas de herramientas oxidadas, como si hubieran estado expuestas a una tormenta de sal durante una década. La única luz provenía de una bombilla conectada directamente a la batería improvisada del generador, que proyectaba un tono verdoso y médico sobre el lugar. Cada exhalación se empañaba frente a mi cara, el aire era cortante y metálico en mi lengua.

Maya pasó la mañana encaramada en mi único taburete limpio, vibrando con una energía inquieta. Había aprendido a tolerar el frío, o al menos se mostraba menos dramática al respecto. Pero no podía quedarse quieta. No dejaba de cruzar una pierna sobre la otra y,

cuando se cansaba de eso, empezaba a dar golpecitos con los talones en el reposapiés metálico.

Me incliné sobre el generador, con las manos metidas en sus entrañas. Ella se quedó mirando mi espalda durante tanto tiempo que empecé a sentir picazón.

«¿Para qué sirve eso?».

No levanté la vista. «¿Qué?».

—Esa cosa. La cosa que estás tirando. ¿Es una bujía?

«Ya no», dije, girando la carcasa. «Está muerta».

Ella hizo un suave «tsk» de simpatía y luego jugueteó con una llave de tubo en el banco, haciendo clic con ella una y otra vez hasta que el sonido me hizo picar los empastes.

Saqué la bujía, cuyo metal estaba helado contra mi palma, limpié la punta grasienta en mis pantalones y doblé el electrodo para cerrar el hueco. Maldición, no tenía un repuesto. Tendría que hacer que esta funcionara.

«¿Ya casi terminas?», preguntó ella.

—No

Ella hizo sonar la llave unas cuantas veces más y luego la dejó sobre la mesa. —Dijiste que tardarías veinte minutos.

—Eso fue antes de ver lo que le habías hecho. Vertiste gasolina en el depósito de aceite.

Sus hombros se sacudieron. —Me dijiste que lo llenara.

Me enderecé y la miré fijamente. —Con aceite.

Ella frunció la nariz. «Aceite, gasolina. ¿Cuál es la diferencia? Ambos son asquerosos».

Agarré el borde del banco con fuerza, haciendo crujir los nudillos. «La diferencia es que estoy limpiando esto por segunda vez por tu culpa».

Su expresión no cambió. «Lo siento», dijo, con la mirada fija en una mancha de óxido en la pared de enfrente. «Pero si te vas a enojar cada vez que intento ayudar, mejor me voy adentro a pasar frío».

No levanté la vista. «Tú decides».

En lugar de marcharse, cogió un destornillador, lo giró como si fuera una batuta y volvió a empezar. «¿Siempre huele así aquí dentro?».

«Es un taller. Huele a hierro frío y gasolina. Te acostumbras».

Ella puso mala cara. «No creo que yo pueda».

«Podrías», le dije, rozando sus nudillos con los míos mientras buscaba otra herramienta. «Si quisieras».

Su mirada me quemaba la nuca, pero durante unos preciosos segundos se quedó callada. Los músculos de mis hombros se relajaron.

En ese momento de silencio, luché por volver a colocar la bujía en su sitio. Me temblaban las manos, un temblor provocado por la falta de comida y de sueño. Apoyé la muñeca contra el bloque del motor, obligando a mis dedos a mantenerse firmes. El generador era la última barrera entre el legado de mi familia y una tumba de hielo.

A mis espaldas, Maya respiró lenta y ruidosamente. «¿Cuánto tiempo más?».

Terminé de enroscar la bujía y luego alcancé el encendido. «Si quieres ayudar, sujeta la carcasa con firmeza».

Saltó del taburete y se acercó con pasos silenciosos, con el pelo saliéndose de su gorro improvisado. Sin decir nada, agarró el marco del generador, que apenas podía abarcar con sus pequeñas manos. Estaba tan cerca que pude oler su aroma: no era champú, sino el olor ácido y humano de la adrenalina y la piel sin lavar. El olor de mi tormenta, de mi casa. De mi chica.

Pulsé el botón de encendido. El motor tosió, traqueteó y luego se apagó.

Ella hizo un ruido escéptico. «¿Se supone que debe sonar así?».

«No», dije, y volví a presionar.

El motor se atragantó, petardeó y se caló. El silencio que siguió fue pesado, una presión contra mis tímpanos. Maya hizo una mueca de dolor y sus uñas rasparon el marco pintado del generador.

«Quizá sea la batería», dijo. «A veces mi teléfono hace eso».

La miré.

Levantó ambas manos. «Solo digo. ¿Has probado a apagarlo y encenderlo?».

Exhalé entre dientes. «No es un teléfono».

Ella puso los ojos en blanco y volvió a agarrar la llave de tubo, dándole vueltas. «Sabes, si me explicaras lo que estás haciendo, tal vez podría ayudarte».

Apreté la mandíbula. «Si quieres ayudar, deja de hablar».

Ella se desplazó de pared a pared, golpeando con los dedos un ritmo irregular en cada superficie grasienta hasta que su cuerpo rozó mi espalda.

Ignoré el contacto y abrí la línea de combustible para drenar la gasolina contaminada. Me salpicó los nudillos, con un picor agudo y

amargo. Me mordí la lengua para no decirle que era culpa suya.

Ella me observó, en silencio, para variar. Su voz era débil cuando finalmente habló. «¿Y si no funciona?».

«Entonces nos congelaremos», respondí.

Ella lo meditó durante un minuto. «¿Será rápido?».

—Probablemente no.

Ella soltó una risa temblorosa. «Es bueno saberlo».

Dejé que el silencio se instalara hasta que los únicos sonidos que se oían eran el golpeteo de sus pies y el tintineo de una llave inglesa que deslizó por el banco.

Dejó de dar golpecitos con el pie y se produjo un silencio diferente, mientras sentía su mirada sobre mí. «No vas a dejar que eso suceda», dijo, como si las palabras fueran un lento descubrimiento.

Cerré el conducto de combustible y me limpié las manos. «¿Cómo lo sabes?».

Ella se encogió de hombros, con una mirada tan directa que parecía un contacto físico. «Eres terco. No sabes rendirte».

La verdad de sus palabras me golpeó con fuerza en el estómago.

En lugar de responder, vertí combustible limpio en el tanque. Maya se inclinó, siguiendo cada uno de mis movimientos con la mirada, su aliento empañando el aire entre nosotros. Su rostro estaba tan cerca que podía contar las motas doradas de sus ojos. Pasaban rápidamente del embudo a mis manos y luego a mi rostro, buscando alguna señal de lo que vendría después.

Enrosqué el tapón. «¿Lista?».

Ella enderezó los hombros y se apoyó en el bastidor del generador. «Lista».

Apreté el botón de encendido.

El motor arrancó con un estruendo y escupió humo acre. El sonido era repugnante, como el de un animal moribundo que se negaba a morir, y un estremecimiento recorrió el piso de concreto.

Ajusté el acelerador y el chirrido se intensificó. Maya se agarró con más fuerza, blanqueándose las manos por el esfuerzo.

«¿Así está mejor?», dijo.

«Aún no lo sé».

Me incliné para escuchar más de cerca, ajustando el ralentí. El motor dio una sacudida violenta que desequilibró a Maya, y su codo golpeó el costado de la caja de herramientas. Todas las llaves y destornilladores de la bandeja superior salieron disparados y golpearon el concreto, haciendo ruido y resonando como disparos.

El estruendo rebotó en mi cráneo y mi mano derecha se cerró con fuerza, con el recuerdo de la gasolina picándome en los nudillos mientras todos los tendones gritaban para golpear el bloque del motor.

Ella jadeó y se llevó las manos a la boca. «Lo siento, Dios mío, lo siento».

«No».

—No quería decir...

—*Basta*.

Se mordió el labio. «¿Quieres que...?»

El roce de mis botas contra el cemento fue la única advertencia antes de girarme hacia ella, un solo movimiento rápido que ahogó el ruido del generador, el frío, todo excepto la furia que corría por mis venas. Ella me miró con los ojos muy abiertos. El estruendo de la

caja de herramientas aún resonaba en el aire, las herramientas esparcidas por el suelo eran un mapa de todo lo que había salido mal.

La acorralé contra la pared, golpeando con los brazos el concreto a ambos lados de su cabeza. Ella se quedó paralizada, con los labios entreabiertos en un suspiro robado, el cabello pegado a la frente por el sudor. La parka se arremolinaba alrededor de sus hombros, haciéndola parecer aún más pequeña.

—Tienes que aprender —gruñí— cuándo callarte.

Le temblaba la mandíbula, pero se mantuvo firme. —Pero lo estoy intentando...

Con un gruñido, le agarré las muñecas, las arrastré por encima de su cabeza y las inmovilicé contra la pared. Ella se retorció, pero sus ligeros y frenéticos movimientos solo sirvieron para apretar su suave cuerpo contra el mío.

Su voz era débil y entrecortada. —Estás enojado.

«Todavía no», dije, y estrellé mi boca contra la suya, saboreando la sal de su sudor: el sabor de un animal acorralado, un sabor a miedo que quería *poseer*.

Al principio se debatió. Intentó morderme el labio, luego intentó liberar sus muñecas, pero yo solo la sujeté con más fuerza. Mi lengua se sumergió en su boca para robarle el sonido. Su cuerpo se puso rígido en un último acto de rebeldía, un solo temblor recorrió su cuerpo antes de que se relajara. Se desplomó en mis brazos y, cuando sus labios se separaron en una rendición agotada, tragué el aliento que ella soltó.

Le rasgué la parka, mis manos se abrieron paso bajo la lana y el algodón hasta encontrar la piel, sintiendo cómo los músculos de su estómago se tensaban en el instante en que mis dedos helados entraron en contacto con ella.

Ella jadeaba contra mi boca, su cuerpo aún tensándose contra el peso aplastante del mío. —Suéltame.

—No —dije, bajando la voz una octava al ver el fuego en sus ojos —. No puedes dictar las condiciones hasta que aprendas a dejar de malgastar oxígeno en *orgullo*. Cállate por mí.

El desafío brilló en su mirada e intentó clavarme una rodilla en el estómago. Le agarré el muslo, lo arrastré hasta mi cadera y la inmovilicé contra la piedra con el peso de mi pierna. Un sonido áspero y entrecortado brotó de su garganta mientras se volvía loca por un segundo. No por miedo, sino en un esfuerzo frenético y desesperado por encontrar un espacio que no existía. Su cuerpo se frotaba con fuerza contra el mío, la áspera costura de sus jeans arrastraba un calor abrasador por mi piel que casi me hizo perder la concentración.

Me aparté lo justo para estudiar su rostro. Su cabello era un halo enmarañado en las sombras, sus labios estaban hinchados por la miel y el frío, sus ojos húmedos por una rabia que delataban las jadeantes y entrecortadas respiraciones que salían de ellos. No era una víctima; era un incendio forestal que yo intentaba contener antes de que ambos ardiéramos.

Manteniendo su mirada, esperé el momento en que la energía frenética alcanzara su punto álgido y, finalmente, inevitablemente, se desmoronara. «¿Ya terminaste?».

Su pecho se agitaba contra el mío, pero la lucha se había convertido en algo más pesado y denso. No respondió, pero tampoco volvió a dar patadas.

—Bien —dije.

Lenta y deliberadamente, solté sus muñecas. No moví la pierna ni di un paso atrás, pero la liberé de la restricción física. Sus manos permanecieron presionadas contra la fría piedra sobre su cabeza, con los dedos curvados contra la roca. El control ya no era físico; la montaña finalmente había ganado y yo era lo único que impedía que ella cayera.

Desabroché el botón de sus jeans, bajé la cremallera y mis dedos callosos tocaron la piel suave y fresca justo encima de su cadera. Ella se estremeció y sus piernas se doblaron.

«¿Quieres que pare?», le pregunté.

Ella negó con la cabeza.

Le metí dos dedos, con fuerza y rapidez, y sus músculos internos se apretaron con fuerza a mi alrededor mientras gritaba. El sonido rebotó en las paredes del taller, tan agudo que parecía cortar el aire. Me agarró del brazo, pero la aparté y empujé más profundamente, enganchando mis dedos para alcanzar lo más profundo de ella y sintiendo un temblor que comenzaba en su interior.

Ella se retorció de nuevo, pero no para escapar. Perseguía mi mano, balanceando sus caderas contra mi palma mientras su respiración se convertía en sollozos.

La besé de nuevo, con tanta fuerza que le dejé un moretón. Ella lo aceptó, respondió a la fuerza del beso y luego me besó, al principio como si quisiera morderme, luego como si necesitara aire.

—Estás hecha un desastre —le susurré—. Y eres mi desastre. Demuéstramelo. Se acabó de fingir.

Ella gimió, moviendo las caderas. «Por favor, oh, por favor».

Le susurré las palabras al oído. «Ahora suplica».

Ella se aferró a mi camisa, desesperada, y yo dejé que me acercara más a ella. Mi mano estaba empapada, el calor de ella atravesaba el frío como un cuchillo. La follé con mis dedos, empujándola contra la pared con cada embestida mientras un sonido ahogado se escapaba de su garganta.

Ella se vino primero. Se sacudió, tensando todo el cuerpo, y luego se quedó flácida contra la pared. La sostuve durante las réplicas, con los dedos enterrados en ella, sintiendo el apretón y el pulso de su liberación contra mis nudillos.

Sentí su primera respiración estable contra mi cuello, luego saqué mi mano y limpié el calor resbaladizo de ella en el áspero denim de mis jeans.

Ella se desplomó, con las rodillas fallándole. La atraje hacia mí, soportando todo su peso.

Hundí mi rostro en su cabello, murmurando con voz grave contra su cuero cabelludo: «Qué bien cuando te quedas callada para mí. Qué bien».

Sus brazos se apretaron alrededor de mi espalda.

Nos quedamos así, con su peso encajando perfectamente contra mí, el zumbido del generador en un distante segundo plano frente al frenético latido de su corazón contra mis costillas.

Finalmente, ella levantó la vista. Sus labios aún estaban rojos y tenía una mancha de grasa en la mejilla.

«Lo que acabas de hacer es una locura», dijo.

«No he oído ninguna queja».

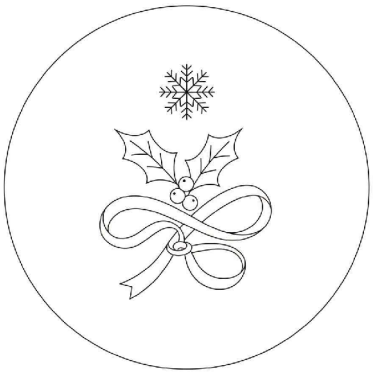
Ella soltó una sola risa entrecortada y luego me besó de nuevo.

El motor de la esquina traqueteó y finalmente arrancó, con su zumbido constante como respuesta a la violencia entre nosotros.

Ella apoyó la cara en mi pecho. «¿Tenemos que volver dentro?».

«Todavía no», respondí, y la abracé allí, en el frío, todo el tiempo que ella me lo permitió.

Maya



DESPUÉS DE LO QUE me había hecho en el taller, esperaba que Gideon me echara. En cambio, se quedó allí, de espaldas a mí, con las manos apoyadas en la encimera manchada de aceite, con el olor metálico del taller aún impregnado en él. Todo su cuerpo se tensó y luego se relajó con una sola exhalación temblorosa. Mi primer instinto fue escabullirme y dejar que se calmara, pero el viento exterior había pasado de «peligroso» a «bíblico», y quedarme allí era más seguro que enfrentarme a él junto al fuego por el momento.

Caminé por el suelo de madera, cuyo crujir era el único sonido además del de mis propios dientes castañeando. Me arriesgué a mirarlo después de cinco minutos; sus hombros seguían rígidos, su silencio era un muro impenetrable.

Finalmente se dio la vuelta y mi corazón latía con fuerza contra mis costillas. Su mirada no era de ira ni de lujuria, solo plana y azul. Me

miró como a una herramienta que estaba a punto de guardar, y su desdén era más frío que cualquier viento invernal.

—Tenemos que comprobar el fuego —dijo—. Si se ha apagado, estamos jodidos.

Salió de la cocina y sus pesadas botas resonaron en el pasillo hacia la sala de estar. Lo seguí, atraída por un instinto más profundo que la supervivencia: un recuerdo de calor que florecía donde sus manos me habían agarrado, ávidas y seguras.

La casa estaba tan fría que parecía una batalla contra el viento, y las corrientes de aire me dejaban las mejillas en carne viva. Me quité la parka, con los dedos pegajosos por el aceite de la reparación del generador, mientras Gideon se dirigía al salón y se arrodillaba frente a la estufa de leña.

El fuego era casi ceniza, con destellos anaranjados que se arrastraban por un esqueleto de carbón. Se dedicó a la tarea con una eficiencia brutal y experta, haciendo estallar la leña al meterla en la estufa antes de apilar la última madera «buena» con una determinación sombría. Mientras trabajaba, sus manos temblaban ligeramente, abandonándolo la última adrenalina.

Me quedé clavada en la puerta, con una corriente de expectación hormigueándome bajo la piel ante la extraña necesidad de esperar sus órdenes. Abrí la boca para hablar, pero no me salió nada.

Él no me miró, su voz era una orden seca que atravesaba el aullido del viento. «Trae la tetera. Llénala. Necesitamos hidratarnos».

Fui a la cocina, mi cuerpo obedeciendo antes de que mi mente se opusiera. Llené la tetera abollada en el fregadero chirriante, cuyo sonido hueco resonaba en la habitación, y la puse en la estufa.

Cuando regresé de la cocina, Gideon ya había echado unos cuantos leños y se había sentado sobre los talones, con los brazos apoyados en los muslos. Tenía la barba salpicada de hielo y el aroma de la tormenta, de pino helado y lana mojada, parecía irradiar de su piel.

Dio unos golpecitos en el suelo a su lado. —Siéntate. Esa simple orden envió una oleada de calor directamente entre mis piernas, un silencioso alivio por no tener que decidir por mí misma.

Me senté donde él me indicó, obedeciendo una regla tácita de no tocarlo, pero tan cerca que la sólida pared de su muslo irradiaba calor contra mi cadera, calentando todo mi costado. Las mantas habían desaparecido del sofá; las había traído aquí, formando un grueso nido improvisado en el suelo que olía a cedro y frío.

El fuego se encendió con un suave silbido, enviando una ola de calor y el aroma de pino seco por toda la habitación. Dejé que me calentara la cara, empapándome de la primera sensación de calor auténtico que sentía en lo que parecían días.

El espacio entre nosotros se llenó de un pesado silencio, solo interrumpido por el crepitar del fuego y el aullido del viento.

Gideon rompió el silencio primero. —Hay dos botellas de whisky en el armario. En el segundo estante.

Me puse de pie, con su mirada siguiéndome mientras buscaba las botellas y dos tazas que no hacían juego. Vertí dos dedos en cada una, el fuerte aroma del whisky impregnando el aire, y luego deslicé una por el suelo hacia él.

La cogió, se bebió la mitad de un trago con un silbido y la dejó a un lado. «No se me da bien esto».

«¿En qué?», pregunté, sin tocar mi taza.

—Con la gente y con hablar. —Apretó y aflojó la mano sobre la rodilla, el áspero denim rozándole la palma mientras se le ponían blancos los nudillos—. Eres la primera persona que se ha quedado más de una noche aquí en toda la temporada. Y tú eres... —Me miró, luego se llevó una mano a la boca, interrumpiendo las palabras.

Di un sorbo al whisky, dejando que el calor limpio disipara la confusión.

Mi voz se redujo a un susurro. «¿Qué soy?».

Exhaló un suspiro largo y lento. —No eres lo que esperaba.

No sabía si sentirme ofendida o halagada. «¿Y qué opinas de mí ahora?». Señalé las ventanas cubiertas de escarcha, donde el viento chirriaba con un sonido agudo y fino.

«Odias cada segundo de esto. Pero sigues aquí».

Volví a beber, terminé la taza y me abracé las rodillas contra el pecho, hundiendo la barbilla en la áspera lana de mi suéter. «¿A dónde más podría ir?».

Él asintió, como si eso tuviera mucho sentido.

Su mirada se fijó en el fuego y, durante un largo momento, pareció luchar con algo. Finalmente, el músculo de su mandíbula se tensó. «El banco se lo va a quedar todo: la granja, la casa, la tierra. Recibí la notificación de ejecución hipotecaria justo antes de la tormenta». Cogió el whisky y se bebió lo que quedaba. «Cuatro generaciones construyeron este lugar. Yo seré quien lo pierda».

Se me secó la boca. Su trampa estaba hecha de deudas y generaciones; la mía era solo unos pocos años de mentiras

cuidadosamente elaboradas. Sin decir nada, abrí la segunda botella, vertí otro trago en su taza vacía y se la acerqué con un codazo.

Él la ignoró. «Nada de lo que haga importa. A nadie le importa si me congelo, si me muero de hambre o si todo este maldito lugar queda sepultado».

Sus manos se cerraban y abrían, todavía temblando. Me encontré con su intensa mirada, con mi confesión atrapada entre los dientes. «A mí me importa».

Cuando un leño se asentó en la estufa con un suave crujido de cenizas, su mirada se encontró con la mía y, por primera vez, la certeza que había en ella vaciló, dejando en su lugar una marcada vulnerabilidad.

«¿Por qué?», dijo.

Tragué saliva para superar el nudo de terror en mi estómago y las palabras salieron de todos modos.

«Porque me mantuviste con vida», susurré. «Incluso cuando lo hice imposible».

«No estás muerta. Eso es lo que importa».

«En realidad no», dije, odiando tener que admitirlo. «Fingo que lo tengo todo bajo control, pero aquí fuera soy inútil. Habría muerto en un día si no me hubieras arrastrado dentro».

Se frotó la cara con la mano y luego se pasó los dedos por el cabello, dejándolo erizado. —Puede que seas inútil ahí fuera. Pero para mí no lo eres.

Bajé la vista hacia mis manos, al esmalte descascarillado y la piel rasgada alrededor de las uñas. «Me siento inútil».

Se volvió hacia mí con un movimiento lento y deliberado. Sus dedos ásperos y cálidos rozaron mi mejilla fría mientras me apartaba un mechón de pelo detrás de la oreja. «Estás viva. Eso es suficiente».

Lo miré fijamente, con la luz del fuego reflejándose en sus ojos. «¿Lo es?».

No respondió. En cambio, extendió la mano, con la palma hacia arriba. Una ofrenda silenciosa.

La tomé y sus dedos se cerraron alrededor de los míos con un sentido de posesión, su palma envolviendo toda mi mano. La fricción de sus callos ásperos era una calidez abrasiva. Apreté a mi vez, una pregunta, y su pulgar presionó con fuerza mi palma, una confirmación firme.

Nos sentamos en un silencio que parecía más pesado que las palabras, con las manos entrelazadas y las rodillas rozándose a la luz parpadeante del fuego.

Su pulgar acarició mis nudillos, un lento y posesivo roce de piel callosa sobre la mía. «¿Qué pasará cuando termine la tormenta?».

Tragué saliva. «Se supone que debo volver a fingir que mi vida es perfecta en Internet».

Su pulgar recorrió el dorso de mi mano. «No puedes volver a fingir después de esto. No de verdad».

Sus palabras resonaron en mi cabeza mientras intentaba imaginarme volviendo a mi antigua vida. La idea me dejó un sabor amargo en la boca. «Quizás lo normal no vale la pena».

Soltó mi mano, solo para rodearme con el brazo por los hombros y atraerme hacia el calor sólido de su pecho, acurrucando mi cabeza

bajo su barbilla. La áspera franela de su camisa, que olía a humo de leña y a él, me rozaba la mejilla, pero su abrazo era deliberadamente suave.

Me habló al oído, con los labios rozándome el cuero cabelludo, sus palabras como una suave vibración. «Estás helada».

Se me escapó una risa temblorosa. «Entonces mantenme caliente».

Se movió, apretando su brazo mientras deliberadamente colocaba el borde de la manta sobre mis hombros, atrapándome en su calor. Este irradiaba de él en oleadas, atravesando mis capas de lana hasta llegar a mis huesos, y mi resistencia se disolvió. Me incliné, apoyando mi mejilla contra el subir y bajar de su respiración, el latido de su corazón un ritmo constante contra mí.

Un dolor desesperado y desconocido latía en lo más profundo de mi vientre, un calor húmedo que me hacía querer empujar contra su perfecta quietud. Él no se movió, solo me abrazó, y yo interpreté su silencio como un desafío. Incliné la cabeza, entreabrí los labios y acepté el reto.

Justo cuando estaba a punto de acortar la distancia entre nosotros, su voz me detuvo, un murmullo grave en mi oído. —Siento haberte hecho daño antes en la tienda.

Me volví para mirarlo, sorprendida. —Oh, pero no era el tipo de daño que quería detener.

Él sonrió, una sonrisa pequeña y torcida. «Quería ver cuánto podías aguantar. Pero no te quejaste». Su confesión era una forma de elogio, y sentí un calor intenso y profundo entre mis piernas.

«Será mejor que no pares».

Me acarició la mejilla con su enorme mano, áspera por el trabajo, que empequeñecía mi rostro. Su pulgar, calloso y cálido, rozó mi ojo con una ligereza que parecía imposible para un hombre de su tamaño, recorriendo mi pómulo como si trazara un mapa de algo precioso.

Se inclinó lentamente, dándome todas las oportunidades para apartarme. Yo fui hacia él. Sus labios eran firmes, agrietados por el frío, y por un momento solo se presionaron contra los míos, y sentí el sabor del whisky y el humo de leña.

Me volví hacia él, dejando que las mantas se acumularan en mi cintura mientras se me erizaba el vello de los brazos por el aire gélido. Mis manos se deslizaron hasta sus hombros y mis dedos trazaron la línea plateada y elevada de la cicatriz de su frente.

Un temblor recorrió todo su cuerpo, que terminó en una brusca inspiración.

Sus manos recorrieron mi espalda, con los dedos abiertos para agarrar mis caderas. Sus palmas se posaron allí un instante, quemándome a través del suéter, antes de que una mano bajara para agarrarme el trasero, apretándome contra la dura protuberancia de su pene. Me arqueé ante el contacto, deseándolo más de lo que jamás había deseado nada.

Su lengua se deslizó en mi boca. Una invasión lenta y dominante que acarició el paladar antes de entrelazarse con la mía. Una exigencia y una promesa al mismo tiempo. Cuando lo atraje hacia mí, sus brazos me rodearon, aplastando mis pechos contra la sólida pared de su pecho, mis caderas pegadas a las suyas.

Nos separamos con un jadeo, el aire frío fue un shock contra nuestros labios húmedos e hinchados. Sus ojos estaban oscuros, las pupilas dilatadas, su rostro a centímetros del mío.

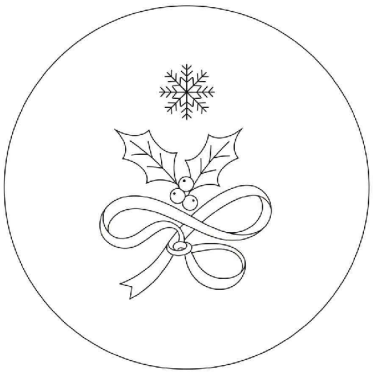
«Esto es real», susurró, presionando con fuerza su pulgar sobre mi pulso, como si reclamara el latido mismo de mi corazón.

Apreté mi palma contra su mejilla, sintiendo el roce de la barba incipiente, su calor. Una sonrisa real y desconocida se dibujó en mis labios.

«Entonces hagamos que dure», dije.

Y esta vez lo decía en serio.

Maya



UNOS GOLPES TAN VIOLENTOS en la puerta principal que pensé que la casa soltaría sus dos últimos clavos y dejaría que el viento se nos llevara.

Salí a duras penas del sueño, enredada en una manta que aún olía a él: humo de leña, whisky y aire frío y limpio. Él ya estaba de pie, con el torso desnudo, flexionando los hombros mientras se ponía unos vaqueros. En algún lugar de la confusión, se oyó el ruido de una escopeta. Se movió para bloquear el pasillo, con su cuerpo como una pared, y su voz como un sonido gutural y grave que era más un hecho que una petición: «Quédate detrás de mí».

Los golpes implacables continuaron, martilleando las paredes mientras yo buscaba ropa a toda prisa. Había metido un brazo por una manga cuando él se acercó a la entrada y se apoyó contra la puerta. Todo el marco vibraba con cada impacto.

Gideon la abrió de un golpe, con el rifle apuntando, y durante un segundo que me paró el corazón, estuve segura de que íbamos a ser disparados o destrozados por lo que fuera que estuviera intentando entrar.

En cambio, el universo envió a Liam.

Estaba de pie en la puerta, con nieve pegada al pelo y al cuello de su chaqueta azul marino. Tenía la cara en carne viva por el frío y su habitual sonrisa se tensó por el cansancio cuando su mirada se posó en el arma, en el pecho desnudo de Gideon y en mí, que miraba por encima de su enorme hombro.

—¡Dios mío, Maya! —Levantó las manos en un gesto conciliador hacia el rifle antes de esquivarlo para llegar hasta mí—. Estás viva.

Me envolvió en un abrazo dramático, digno de Hollywood, que me levantó del suelo. Mi cuerpo se tensó ante esa cercanía desconocida, el aroma de su colonia química y penetrante, comprada en una tienda libre de impuestos del aeropuerto, que me agredía después de una semana de solo fogatas y pinos.

Gideon lo miró con ira. —Entra o sal. Estás dejando escapar el calor.

Liam me dejó en el suelo y sonrió a Gideon, que parecía un muro de piedra. «Tú debes de ser el local», dijo Liam, con un tono que lo descartaba por completo. «Soy Liam. Vengo a buscar a Maya».

La habitación se inclinó y el sonido de sus voces se difuminó en un zumbido sin sentido. Liam haciendo de héroe antes incluso de que saliera el sol era una realidad que no podía entender. —¿Cómo has llegado hasta aquí?

Liam pasó junto a Gideon y sacudió la nieve de sus botas con un gesto teatral. —Usé la última señal GPS de tu coche antes de que se agotara la batería. Me costó un poco, pero uno de los sheriffs locales me ayudó a reducir la búsqueda a esta zona. —Dejó caer su bolsa de lona en el suelo y se quitó los guantes—. Como no recibí respuesta, empecé a llamar a las puertas. Por cierto, de nada.

Se dio la vuelta, con una expresión de preocupación cuidadosamente fingida, pero con el brillo intenso de un vendedor en los ojos. —Llamé a tu agente. Diablos, incluso llamé a tu madre.

Gideon apretó la mandíbula como si estuviera masticando hierro. —No ha muerto nadie. No tenías por qué venir.

Liam dejó que el silencio se prolongara y luego se encogió de hombros, como si ya hubiera ganado. —Las carreteras están despejadas hasta cinco kilómetros de aquí. Solo hay que caminar un poco si sabes lo que haces.

Por fin respiré hondo. —¿Caminaste cinco kilómetros a través de una ventisca para... qué, para arrastrarme a casa?

Se apartó el cabello de la frente, un gesto tan familiar que un escalofrío me recorrió la espalda. —Para asegurarme de que estabas a salvo. —Se inclinó hacia mí y bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Y para asegurarme de que no te tenía secuestrada algún asesino por aquí. —Sonrió—. Al final, no me equivoqué.

Gideon dejó el rifle con exagerado cuidado. —No te vas a quedar.

Liam lo ignoró. —Aquí hay como treinta grados bajo cero. ¿Es normal? ¿O es parte de la experiencia «auténticamente rústica»?

Casi me atraganto, las palabras sabían a excusa débil. —Hemos perdido el generador durante un tiempo. Hay una estufa de leña.

Arrugó la nariz al oler la madera vieja y la humedad. —Debiste de pasar un mal rato. Miró el viejo saco de dormir junto al fuego, luego a mí y luego a Gideon. Una lenta y cómplice sonrisa se dibujó en su rostro. —O quizá no.

La voz de Gideon se apagó, un murmullo grave y autoritario. «La tormenta no ha terminado. No irán a ningún lado hasta que yo diga que es seguro».

Liam lo despidió con un gesto de la mano. —Hermano, acabo de caminar cinco kilómetros con raquetas de nieve. Estamos bien. —Se volvió hacia mí y su voz se suavizó—. Pareces agotada. Apuesto a que no has dormido en días.

Una sensación de calor y náuseas se apoderó de mí. —No necesitaba que vinieras. Estaba bien. Gideon me mantuvo con vida.

Liam me sonrió, pero sus ojos se posaron en Gideon como un desafío. —Estoy seguro de que lo hizo.

Los tres nos quedamos de pie en la estrecha entrada, con el tictac del viejo reloj como único sonido en el silencio aplastante. Yo me quedé entre ellos, atrapada en el fuego cruzado de sus miradas rivales, e instintivamente di medio paso hacia Gideon.

Liam bajó la voz hasta convertirla en un ronroneo tranquilizador. —Mañana se publicará un comunicado de prensa. La historia es que ambos nos quedamos varados, pero logramos salir. Le dije a tu agente que lo presentaríamos como una historia de supervivencia en vacaciones.

El aire se me cortó en los pulmones. «¿Qué?».

«Piénsalo», dijo. «Te harás famosa. Es exactamente lo que quieren tus patrocinadores: resiliencia, determinación, contenido navideño

conmovedor». Sacó su teléfono y me mostró una pantalla llena de alertas guardadas. «Ofrecen el doble por imágenes exclusivas. Una vez que las carreteras estén completamente despejadas, puedo tener un equipo de cámaras a la espera».

Gideon dio medio paso, protegiéndome parcialmente con su cuerpo. —No es tuya para venderla.

—Ahí es donde te equivocas —la sonrisa de Liam era totalmente profesional—. Ahí fuera, este es su trabajo». Su mirada me evaluó como si fuera una mercancía, y sentí un repentino cosquilleo en la piel, una sensación desagradable. «El mundo quiere saber qué pasa después. Están esperando».

Me estremecí, con el calor que irradiaba el cuerpo de Gideon como un muro sólido detrás de mí.

—No es tu decisión —gruñó Gideon.

Liam se dio la vuelta, y toda su falsa cordialidad desapareció. —Tampoco es la tuya.

Nadie habló. Las paredes parecían presionarme y la discusión tácita se instaló como un peso físico en mi garganta.

—Comamos —dijo finalmente Gideon, volviéndose hacia la cocina —. Hay suficiente para uno más.

Liam sonrió. —Genial, me muero de hambre.

Nos guió hasta la cocina, con su amplia espalda como un escudo silencioso e imponente. Gideon sacó el último trozo de pan de maíz y se sentó en un extremo de la mesa como si fuera un trono. Yo me senté en el medio, dejando a Liam en el otro extremo.

Liam se abalanzó sobre la comida como si fuera una audición. —Esto es tan, tan rústico. Apuesto a que también es todo orgánico. —

Miró a Gideon—. ¿Alguna vez has pensado en pasarte a, por ejemplo, la cocina de la granja a la mesa? Hay una enorme demanda de eso en la ciudad.

Gideon no dijo nada. Bebió su café, con la mirada fija en la ventana y la mandíbula flexionándose con cada sorbo.

Liam se volvió hacia mí, rozándome el brazo con la mano. «Por cierto, estás increíble. En serio. Yo habría muerto ahí fuera, pero tú...». Sacudió la cabeza, con una admiración que parecía fingida. «Siempre me sorprendes».

Mis hombros se tensaron, luchando contra el instinto de apartarme de su contacto. «¿Qué es lo que realmente quieres?».

Se inclinó hacia mí. —Escucha. En cuanto las carreteras estén despejadas, nos iremos. Vas a triunfar en esas sesiones fotográficas navideñas y vas a dejar al resto por los suelos. Te llevaremos de vuelta a Boston, te compraré el café con leche más grande que hayas visto nunca y podrás fingir que esto nunca ha pasado.

«No quiero fingir».

Hizo una pausa y luego sonrió, con ternura y compasión. —Claro que sí. Es lo que mejor se te da.

La taza de Gideon golpeó la mesa con un fuerte crujido de cerámica sobre madera, haciendo saltar los cubiertos. —Ya basta.

Liam se giró, levantando las cejas. —Lo siento, ¿querías más café?

Gideon se puso de pie y la habitación se encogió. «En mi casa, no le hables así».

Liam extendió las manos, con aire inocente. —Tranquilo, amigo. Aquí todos somos amigos.

Gideon se inclinó hacia delante y, por primera vez, Liam vaciló. —No me pongas a prueba.

Liam intentó reírse, pero le salió un risita débil. —Vaya, vale. Alguien tiene mal genio. —Me miró y luego volvió a mirar a Gideon —. No es culpa mía que ella quiera irse. ¿Crees que eres el primer chico con el que se ha ido al campo?

Gideon se abalanzó hacia adelante, agarró la parte delantera del abrigo de Liam y lo levantó de la silla con una mano. La silla se deslizó y se volcó. Liam pateó el suelo con los pies.

Salté, con el corazón latiéndome con fuerza. —Gideon, detente...

Se detuvo, respirando con dificultad. Liam colgaba, con la cara roja.

La voz de Gideon era totalmente tranquila. —Ella no quiere que la rescaten.

Puse mi mano sobre su brazo, sin tirar, solo tocándolo. «No vale la pena. Déjalo ir».

Me miró y, por un segundo, pensé que iba a perder los estribos, pero lo soltó. Liam se desplomó y se agarró a la mesa.

Se alejó a toda prisa, sacudiéndose el polvo invisible de la chaqueta. —Por Dios, los dos están locos.

Gideon le dio la espalda a Liam por completo, clavándome la mirada. «Ve a tu habitación. Ahora». Las palabras eran una orden tranquila e innegable dirigida solo a mí.

El calor inundó mis mejillas como si me hubiera golpeado. —¿Qué?

No me miró. —Vete.

Me quedé allí, con la garganta seca, la mirada fija en su espalda. Una parte humillante de mí quería obedecer, pero mi orgullo me

gritaba que luchara, y los dos impulsos me desgarraban por dentro.

Liam se enderezó el cuello de la camisa. «Te ayudaré a hacer las maletas», dijo, interpretando deliberadamente mal la situación mientras me cogía del codo.

Arranqué mi brazo de las manos de Liam, el dolor en mi corazón cortando la furia que me provocaba su orden. Caminé por el pasillo, cada paso una nueva batalla entre mi dolor y su orden.



El sueño era una mentira que mi cuerpo se negaba a creer, el aire helado un pobre sustituto del calor que había dejado atrás. Al final del pasillo, Liam roncaba. Al otro lado de la casa, Gideon meditaba en la oscuridad, con la mandíbula apretada.

Mi piel vibraba con el recuerdo de sus manos, las marcas que había dejado. Apreté los muslos, tratando de recrear la presión de su cuerpo, pero el dolor solo me vaciaba por dentro. Cada vez que cerraba los ojos, la mirada de Gideon llenaba la oscuridad.

Una hora de fingir era suficiente. Me deslice fuera de la cama y caminé de puntillas por el pasillo, con los pies helados contra las tablas.

La puerta de Gideon estaba cerrada. Me quedé fuera, con los nudillos levantados para llamar, pero en lugar de eso mis dedos encontraron el frío latón del pomo. Lo giré y el pestillo hizo un suave clic cuando empujé la puerta para abrirla.

La tenue luz del pasillo lo sacó de las sombras. Estaba sentado en el borde de la cama, sin camisa, un hombre aplastado por el peso de

la oscuridad. No levantó la vista.

Cerré la puerta y la cerradura encajó en su sitio. —Tenemos un problema.

«Vuelve con tu novio».

«No es mi novio. Nunca lo fue».

Por fin me miró. «Entonces, ¿por qué te vas con él?».

Negué con la cabeza, crucé la habitación y me senté en la cama a su lado. «No lo haré». Pasé los dedos por los moretones de mi muñeca, los que él me había hecho. «Pero necesito saber si quieres que me quede».

Como no dijo nada, interpreté su silencio como un desafío y me subí a su regazo, a horcajadas sobre sus muslos.

Me agarró por la cintura, clavándome los dedos con un control que envió un calor agudo y envolvente directamente a mi interior. —¿Has venido aquí para pelear?

Me incliné y le susurré al oído: «No he venido a pelear contigo».

Sus ojos se encontraron con los míos, oscuros y profundos, con toda la violencia de la tormenta en su mirada. Su pulgar rozó las marcas de mi muñeca. —¿Quieres más de esto?

«Quiero que borres de tu mente la idea de que podría preferirlo a él antes que a ti. Hazme tuya por completo, de tal manera que no haya lugar para nadie más».

Me empujó hacia adelante y su boca se estrelló contra la mía en un beso apasionado que sabía a dientes, lengua y desesperación. Sus manos eran ásperas bajo mi camiseta, el roce calloso de sus palmas contra mi piel se amoldaba a mis pechos mientras los apretaba, arrancándome un grito agudo y necesitado de mi garganta.

Me tumbó de espaldas, inmovilizándome las muñecas por encima de la cabeza con una mano enorme. Con la otra me arrancó las bragas, cuya costura cedió con un sonido que hizo que mis músculos se tensaran por la anticipación.

Me soltó lo justo para agarrar la tela rasgada, luego la hizo una bola y me la metió entre los labios.

«Muerde», gruñó. Lo hice, hincando los dientes en la tela con desesperada obediencia.

Me abrió las piernas con sus rodillas y luego se introdujo en mí, desnudo y ardiente. Me llenó tan completamente que mi visión se nubló, el mundo se disolvió en el sonido áspero de su respiración y la abrumadora presión de él dentro de mí.

Su mano se cerró alrededor de mi garganta y la otra se aferró a mi cabello, tirando de mi cabeza hacia atrás para otra embestida castigadora.

Un grito ahogado se escapó a través de la mordaza, y él sonrió, lenta y maliciosamente. Una emoción caliente y obscena me recorrió al verlo.

«*Mía*». Me penetró con fuerza, hundiéndose hasta el fondo.

Le arañé la espalda, clavándole las uñas en la piel. Él solo me folló más fuerte, el olor salado de su sudor llenando el aire mientras sus músculos se tensaban bajo mis dedos.

Gideon se retiró justo antes de que yo llegara al clímax y me dio la vuelta, dejándome boca abajo, con el trasero al aire. Me dio una palmada, luego otra; el dolor se convirtió en un calor profundo y posesivo. Luego volvió a penetrarme, más profundo, más lento,

estirándome hasta que la sensación se convirtió en un único y agudo punto de concentración en lo más profundo de mi interior.

Su voz era áspera. «Dime a quién perteneces».

Me quité la mordaza con la lengua, desesperada por obedecer. «A ti», jadeé.

Me echó el pelo hacia atrás, dejando al descubierto mi garganta. *«Otra vez»*.

«Tuyo», gemí. «Siempre tuyo».

Él se corrió con un rugido gutural, inundándome con su semilla caliente. Luego se derrumbó sobre mí, su peso muerto un último y aplastante acto de posesión.

Nos quedamos allí tumbados, enredados y sudorosos, con los únicos sonidos de nuestras respiraciones entrecortadas y la tormenta que rugía fuera.

Cuando mi respiración casi se había estabilizado, él se dio la vuelta y me atrajo hacia él. Me acurruqué contra su pecho, con cada centímetro de mi piel hipersensible y hormigueante.

Me acarició el cabello en silencio. Su respiración se hizo más profunda, pero su cuerpo seguía tenso. —No te va a llevar —gruñó contra mi cuero cabelludo—. No se te va a llevar.

Recorrí con los dedos los arañazos recientes que le había dejado en la piel. Mis muñecas, mis caderas, mi garganta. Cada lugar que me había marcado era un dolor crudo y sensible, pero una profunda calma se había apoderado de mi pecho, ralentizando mi pulso contra el suyo.

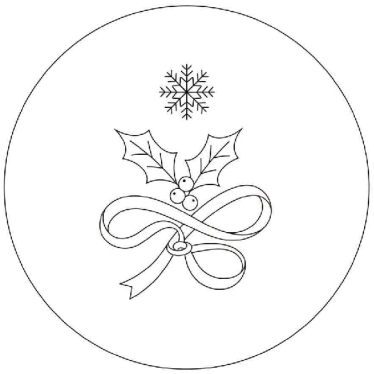
«¿Qué pasará cuando termine la tormenta?», susurré la pregunta que me había dado demasiado miedo formular en voz alta.

No respondió durante un largo momento, con el pecho tenso. «No hay otra opción», dijo finalmente, con voz grave y desnuda. «Te vas a quedar».

El peso de esas palabras se posó sobre mí, más frío que la corriente de aire que entraba por la ventana. Podía sentir la forma de mi antigua vida esperándome más allá de la nieve; las pulidas promesas de Liam, el atractivo de un mundo que fingía tener sentido. Pero tumbada allí, con mi piel aún marcada por su posesión, el recuerdo de mi antigua vida era una fotografía plana y sin color en la que ya no podía entrar.

Apreté mis labios contra el pulso acelerado de su cuello. «¿Qué estás diciendo? Eres mi única opción», susurré, con palabras que sabían a rendición y a victoria al mismo tiempo. Sus brazos me rodearon con fuerza, como una jaula y un refugio, y por primera vez me permití creer que podía pertenecer a él.

Gideon



EL VIENTO AZOTABA LA casa como un ser vivo que intentaba arrancar el techo con los dientes. Yo ya estaba despierto, con el brazo entumecido bajo el peso muerto de Maya, escuchando cómo las viejas vigas crujían en señal de protesta. Entonces, otro sonido atravesó el rugido de la tormenta: la voz de un hombre, aguda y persuasiva, procedente de la sala de estar. Liam. No se había congelado hasta morir la noche anterior. Maldito bastardo.

Saqué mi brazo de debajo de ella. Ella murmuró en sueños, acurrucándose en el calor que yo había dejado atrás. Todos mis instintos me decían que me quedara, que la abrazara y dejara que el mundo se quemara. Pero la voz de abajo era una intrusión en la frágil paz que habíamos construido en este infierno helado.

Me puse los jeans, sin preocuparme por la camisa ni los calcetines. El piso estaba helado bajo mis pies descalzos. No hice ruido al cruzar el pasillo. La puerta de la habitación de invitados estaba abierta, la

cama vacía. Había esperado el momento oportuno, hasta que creyó que estaba dormido.

Me detuve en el pasillo en penumbra, fuera de la vista del arco de la sala de estar. El fuego se había reducido a brasas, bañando la habitación con un tenue resplandor anaranjado.

—Esto es una locura —dijo Liam con voz baja y urgente—. ¿Crees que esto es real? Es un vínculo traumático. Estás atrapada aquí con un auténtico cavernícola que probablemente cree que Internet es una especie de red de pesca.

—No lo conoces —su voz era débil, cansada. Derrotada.

«Sé que vive en una choza que se está cayendo a pedazos. Sé que está a punto de perderlo todo. ¿Es eso lo que quieres? ¿Jugar a ser la esposa de un pionero hasta que el banco embargue la casa y los dos terminen viviendo en su camioneta?».

Podía oír el roce de la tela, el clic de la pantalla de un teléfono. Apreté los puños a los lados.

«Mira», dijo Liam, cambiando de tono, volviéndose astuto y venenoso. «Solo mira».

Un momento de silencio.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó ella.

«Las archivé. Todas las publicaciones. Todas las historias. La sesión fotográfica de la "acogedora cabaña" del año pasado, que era un estudio en Queens. ¿Y el "desayuno fresco de la granja" que compraste en el supermercado o la "caminata por la naturaleza" que era un paseo de diez minutos desde un estacionamiento? Toda tu marca es una maldita mentira. Cada parte de ella».

«Bórralos». La súplica en su voz me revolvió el estómago.

«¿O qué? ¿Harás que tu novio desquiciado me vuelva a dar una paliza?». Él soltó una risa suave y cruel. «Tus seguidores merecen saber a qué fraude están adorando. Deberían ver tu verdadero yo. La estafadora desesperada que se acostaría con un granjero en bancarrota por unas cuantas noches de sexo salvaje porque tiene demasiado miedo de enfrentarse a su propio vacío».

El aire abandonó mis pulmones. Entonces lo vi, no solo la mentira que ella había presentado al mundo, sino la magnitud de la misma. La mujer aterrorizada que había sacado de la nieve era una mujer aterrorizada en todas partes. Había construido un castillo de cristal y este imbécil tenía el martillo.

«Te estoy haciendo un favor», dijo Liam. «Vuelve conmigo. Controlaremos la narrativa. Convertiremos esto en tu historia de regreso. La chica que sobrevivió al hombre de la montaña. Serás más famosa que nunca. O...». Dejó la amenaza flotando en el aire, fría y absoluta. «Todos verán la verdad. Y no tendrás nada».

Eso fue todo. El último hilo de mi control se rompió.

Crucé el umbral. La luz del fuego iluminó los planos de mi pecho, las cicatrices de mis nudillos. Liam retrocedió, metiéndose el teléfono en el bolsillo. Maya se quedó paralizada junto a la chimenea, con el rostro pálido, tan avergonzada que parecía que la vergüenza le hubiera vaciado los rasgos.

«Fuera», dije. Las palabras salieron como un gruñido grave y ronco desde lo más profundo de mi pecho.

Liam intentó recuperarse, hinchando el pecho como un pájaro. Señaló con un gesto la habitación en ruinas. —Estoy tratando de

salvarla de este basurero. Tú estás fallando. Todo este lugar está fallando. Yo le estoy ofreciendo una vida.

—Le estás ofreciendo otra jaula. —Di un paso adelante. El suelo crujió bajo mi peso—. No te lo volveré a decir.

Él se burló, en un patético intento de aparentar valentía. —¿Qué vas a hacer? Si me golpeas, te denunciaré. ¿Quién se encargará entonces de tu pequeño proyecto? —Cometió el error de mirar a Maya, con una expresión que era una mezcla de desprecio y lástima —. Acéptalo. Sin mí no eres nada.

Extendí la mano y lo agarré por el cuello. Cerré los dedos alrededor de su tráquea. Él se atragantó, con los ojos desorbitados, y sus pies pataleaban contra el piso mientras yo lo levantaba hasta que sus dedos rozaban la madera. No pesaba nada.

—Te he dicho —gruñí, inclinándome hasta que mi cara quedó a pocos centímetros de la suya—: Lárgate.

Lo solté. Retrocedió tambaleándose, agarrándose el cuello y jadeando en busca de aire. Su rostro era una máscara manchada de rabia y humillación. —Que te jodan —logró articular—. Los dos estáis muertos. ¿Creéis que podéis retenerla aquí? Está desesperada, pero no es tonta. Volverá arrastrándose cuando tenga suficiente hambre.

Mi puño se estrelló contra su mandíbula. El crujido fue satisfactorio, un sonido sólido y carnoso. Su cabeza se giró hacia un lado y un fino chorro de sangre salpicó el suelo. Gritó, un sonido ahogado y sorprendido, y cayó contra la pared.

Me miró fijamente, con una mano presionando su boca sangrante y los ojos llenos de auténtico miedo. —Mierda, estás loco.

—La carretera está por ahí —señalé la puerta—. Camina. O te tiraré a un montón de nieve y dejaré que la tormenta termine lo que yo empecé.

Buscó a tientas su abrigo, forcejeando con el pestillo de la puerta. Miró a Maya por última vez con una mezcla de odio y súplica en los ojos. «Esto es un error. Te vas a arrepentir».

La puerta se abrió de golpe y una ráfaga de viento helado y nieve azotó la habitación. Dudó en el umbral y luego desapareció en la ventisca. Cerré la puerta de un portazo y eché el cerrojo. El silencio repentino era ensordecedor, solo roto por el grito amortiguado del viento y el sonido entrecortado de la respiración de Maya.

Me di la vuelta. Ella seguía exactamente donde la había dejado, con los brazos cruzados alrededor del cuerpo, temblando. El fuego casi se había apagado. Pasé junto a ella y me arrodillé para echar los últimos leños partidos a las brasas. Trabajé mecánicamente, apilando la leña y soplando sobre las brasas hasta que se encendió una pequeña llama, y luego otra. La leña prendió y el nuevo fuego desprendió calor y luz, haciendo que las sombras se retiraran a las esquinas.

El peso de las palabras de Liam flotaba en el aire, una amenaza para lo frágil que habíamos construido en esta semana helada.

Me enderecé y me volví hacia ella. Sus ojos eran enormes y brillaban a la luz del fuego.

«¿Estás bien?», fue todo lo que pude decir.

Ella solo asintió con la cabeza, con un movimiento rápido y espasmódico. Una sola lágrima trazó un camino a través de la suciedad de su mejilla.

Acerquéme a ella en dos pasos. Le tomé el rostro entre las manos y le sequé la lágrima con el pulgar. Tenía la piel fría. Se inclinó hacia mí y cerró los ojos.

Cuando los abrió, su mirada me desarmó. No era solo gratitud o miedo. Era más bien rendición y necesidad absoluta. Era la respuesta a la posesividad que rugía en mi sangre.

No la besé suavemente. Apreté mi boca contra la suya, reclamándola. Marcándola. Ella jadeó contra mis labios y luego sus manos se posaron en mi cabello, acercándome más a ella, arqueando su cuerpo contra el mío. Toda la tensión, el miedo y la cruda supervivencia de los últimos días se canalizaron en ese beso. Fue ardiente y desesperado, y sabía a sal y rendición.

Le arranqué la ropa, mis manos ásperas sobre la suave tela de su camisa. Los botones saltaron y rodaron por el piso. Ella hizo lo mismo conmigo, sus dedos torpes contra la cintura de mis jeans. Éramos una maraña de movimientos frenéticos, despojándonos de capas hasta que ambos quedamos desnudos, brillando a la luz del fuego.

La levanté en mis brazos. No pesaba casi nada. La llevé a la alfombra frente a la chimenea y la acosté entre las mantas desechadas. Su cabello se extendió a su alrededor y ella me miró, sin aliento, completamente expuesta.

En el suelo, cerca de la cesta de leña, había un trozo de cinta roja, algo que había traído para su maldita sesión de fotos. Lo recogí. Sus ojos siguieron mi movimiento, abiertos y curiosos.

No dije nada. Le agarré las muñecas con suavidad, pero con firmeza, y las até con la cinta. No estaba apretada, no lo suficiente

como para hacerle daño. Ella observaba, con el pecho subiendo y bajando rápidamente, pero no se resistió.

—Mi regalo —dije finalmente, con la voz ronca. Me incliné, con la cara cerca de la suya—. Ahora lo voy a desenvolver.

Cogí el extremo de la cinta entre los dientes y tiré. El lazo se soltó. Usé los dientes para desenrollar la seda de sus muñecas, mis labios rozando su piel con cada movimiento. Ella dejó escapar un grito ahogado, un suave sonido que me llegó directamente al pene.

Dejando a un lado la cinta, me incliné sobre ella, con una rodilla entre sus piernas, separándolas. Le inmovilicé las muñecas por encima de la cabeza con una mano. Estaba completamente abierta a mí. Vulnerable y mía.

—Feliz puta Navidad —gruñí.

La penetré con una embestida brusca y profunda. Ella gritó, arqueando la espalda sobre la alfombra, apretando sus músculos internos a mi alrededor. Me quedé quieto por un momento, hundido hasta el fondo, dejándola sentir todo mi peso, reclamándola como mía.

—Plantaré mi semilla en lo más profundo de ti —le dije al oído, mientras mis caderas comenzaban un ritmo lento e implacable—. Donde está cálido. Donde está seguro. La tormenta no puede tenerte. Nada puede alejarte de esta tierra ahora. Te marco. Perteneces aquí conmigo.

Mis embestidas se volvieron más fuertes, más rápidas. Ella ahora sollozaba, pequeños gritos entrecortados con cada embestida. Sus uñas me arañaban la espalda, haciéndome sangre, sus caderas se

unían a las mías con una necesidad desesperada que igualaba a la mía.

Bajé la boca hasta la unión de su cuello y hombro. Podía sentir su pulso latiendo contra mis labios. Mordí, hundí mis dientes en su carne, profundo y posesivo. Ella gritó, un sonido agudo y primitivo de dolor y éxtasis, y su cuerpo se convulsionó a mi alrededor, rompiéndose en un clímax que parecía desgarrarla.

La sensación de su orgasmo, el sabor de su piel en mi lengua y el sonido de su rendición me quebraron. Rugí mi liberación, vertiendo todo lo que tenía en ella, mi cuerpo temblando con la fuerza del momento. Me derrumbé sobre ella, agotado, mi peso empujándola contra la alfombra.

Permanecimos allí tumbados durante mucho tiempo, jadeando, resbaladizos por el sudor. El fuego crepitaba, calentando nuestra piel. El viento exterior parecía haber perdido parte de su furia.

Me aparté de ella, tirando de ella conmigo, acurrucándola contra mi costado. Mi mano se dirigió a la marca de mordisco en su hombro. Presioné mi pulgar contra el moretón que se oscurecía. Ella hizo una mueca de dolor, pero no se apartó.

—Te quedará una cicatriz —dije.

«Bien», susurró con voz ronca.

No volvimos a hablar. Solo observamos cómo se consumía el fuego, nuestros cuerpos entrelazados en el suelo. La casa se calmó a nuestro alrededor, los gemidos de la tormenta fueron sustituidos por los tranquilos chasquidos y silbidos de las brasas moribundas.

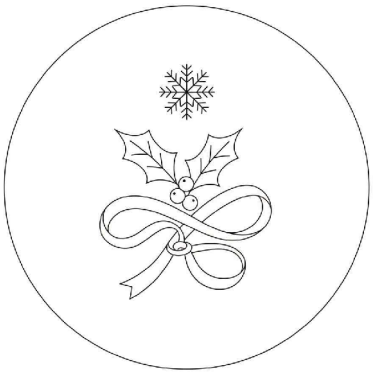
El primer rayo de sol, débil y pálido, atravesó la gruesa capa de escarcha de la ventana. Trazó una línea nítida en el suelo,

iluminando el polvo que flotaba en el aire. La tormenta había terminado.

Miré a la mujer que dormía en mis brazos, con la marca de mis dientes marcada en su piel. El mundo exterior habría cambiado. Las carreteras se abrirían. Habría que tomar decisiones.

Pero en ese momento, con el sol finalmente asomando, la única verdad que importaba era el peso de ella contra mí y la marca que había grabado en su carne.

Maya



LO PRIMERO QUE SENTÍ fue el silencio, un silencio tan profundo que se instaló en mis huesos. La furia de la tormenta finalmente se había agotado, dejando atrás un mundo amortiguado y renovado en un blanco cegador. Tenía un agradable dolor en lugares que no sabía que podían doler. Mis dedos trazaron los bordes rugosos y tiernos de la marca que habían dejado sus dientes. La piel estaba caliente bajo mi tacto, y una nueva ola de calor, desafiante y profunda, latía en lo más profundo de mi vientre.

Lo primero que vi fueron los hombros rígidos de Gideon. Estaba de pie junto a la ventana de la cocina, su enorme figura una silueta oscura contra el resplandor del exterior. Sostenía una taza, cuyo aroma amargo a café negro se elevaba en el aire frío, pero no estaba bebiendo. La tensión en su postura no había estado allí la noche anterior, cuando su peso me había inmovilizado, el áspero denim de sus jeans una deliciosa fricción contra mi muslo.

—Se acabó —dije, con la voz ronca por la falta de uso y otras cosas.

Él no se volvió, su voz era grave y rasposa, como si rasgara el aire. —La tormenta se ha acabado. El trabajo no. —Finalmente tomó un sorbo de café, con la mirada aún fija en los daños del exterior—. El techo del granero podría estar dañado. Las vallas están enterradas. El generador sigue siendo temperamental. Cada problema que enumeraba era otro clavo más entre nosotros, y el calor posesivo que había abrasado mi piel horas antes se desvaneció, dejando solo un frío estoico y familiar en su lugar.

Me puse varias capas de ropa: su franela, un suéter grueso, dos pares de calcetines debajo de mis botas destrozadas. La ropa prestada olía a él, a humo de leña y trabajo duro. Cuando salí al porche detrás de él, el frío fue un pinchazo limpio y agudo. El mundo estaba inmaculado, un mar ondulado de blanco bajo un cielo de un azul imposible. La luz del sol brillaba en miles de millones de cristales de hielo, tan brillante que dolía mirar. Cada rama de los árboles estaba esculpida en cristal, doblándose bajo el peso. La belleza pura y aterradora me dejó sin aliento.

Gideon me puso una pala en las manos. «El camino al granero. No te agotes. Solo despeja un camino estrecho».

Él se puso en marcha, abriéndose camino a través de la nieve que llegaba hasta los muslos con golpes poderosos y expertos. Intentando seguir su ritmo, lo seguí, con torpeza y lentitud, cada paso una batalla. El aire me quemaba los pulmones, pero era fresco. Era real.

Se detuvo en el granero y evaluó la gruesa capa de nieve que cubría el techo combado. «Demasiado peso», murmuró para sí mismo. Revisó la puerta y la abrió empujándola contra un montículo de nieve. El aire del interior estaba impregnado del olor a heno y cuerpos calientes, y los animales se movían inquietos, llenando el espacio con sus suaves resoplidos y el susurro de la paja. Se movía con una eficiencia entrenada, revisando los comederos, acariciando el cuello de un caballo con un tacto sorprendentemente suave.

Cada movimiento era económico y seguro, un lenguaje de silenciosa competencia que yo apenas empezaba a descifrar.

De repente, un violento zumbido comenzó a resonar en mi muslo, la primera señal de que el mundo exterior volvía a la vida. Al darme cuenta de que era mi teléfono, busqué a tientas en mi bolsillo, con los dedos entumecidos y torpes. La pantalla se encendió, un destello de luz en el aire claro. Las notificaciones explotaron en la pantalla. Docenas, luego cientos de alertas, mensajes y llamadas perdidas continuas.

El nombre de mi agente dominaba la lista. «¿Dónde estás? ¡Maya, respóndeme! La colaboración navideña está a punto de cancelarse. Tu compromiso se está hundiendo. La gente cree que estás muerta».

Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas, como un pájaro frenético en una jaula, y sus latidos desesperados me robaban el aliento. «Oh, Dios», susurré mientras me invadía la náusea, caliente y agria por la culpa, con un sabor metálico y agudo en la lengua. La vida cuidadosamente construida que había creado, mi feed perfecto, se estaba desvaneciendo en el olvido sin mí allí para gestionarla.

Gideon se quedó completamente inmóvil y yo me estremecí, su respiración entrecortada rompió el silencio como una cuchilla. Me daba la espalda, pero sus hombros se tensaron como para bloquear físicamente la intrusión del mundo exterior. Sus manos se cerraron en puños a los lados, sus movimientos se volvieron rígidos y excesivamente precisos, en marcado contraste con la fluidez y el poder que había sentido cuando se movía sobre mí horas antes.

Un lejano rugido rompió el tenso silencio: una quitanieves, cuyo ruido era tan imposible que parecía una alucinación. Ambos nos volvimos cuando la amarilla bestia avanzó por la carretera comarcal al borde de la propiedad, apartando un muro de nieve. La seguía una grúa, con mi elegante vehículo plateado enganchado a la parte trasera como un animal capturado.

Gideon apretó la mandíbula. —Parece que tu transporte ha llegado. —Sin decir nada más, se dio la vuelta y me dejó sola en la nieve.

Los mecánicos estaban alegres y ajenos a todo. «La encontramos deslizada en una zanja a unos tres kilómetros de aquí. La batería estaba agotada, completamente congelada. Tuvimos que cambiarla, pero por suerte para usted teníamos una que encajaba perfectamente. Ya está lista para salir». Me entregaron una carpeta con los papeles. Firmé con la mano temblorosa. Cada trazo de las letras me parecía una traición.

Gideon estaba en el porche, atacando con saña la nieve de los escalones con una pala. No me miraba. Estaba abriendo un camino: uno destinado a que yo me marchara.

Los camiones se alejaron con estruendo y, a medida que el sonido se desvanecía, el silencio que dejaron atrás se apoderó de nosotros,

más pesado que la nieve.

Caminé hacia el porche, con mis botas crujiendo en el frío. Él no dejó de palear.

—Gideon.

Clavó la pala en un montículo de nieve y finalmente se apoyó en ella. Su aliento empañó el aire entre nosotros. —Supongo que esto es todo. Miró más allá de mi hombro, y la negación en su mirada me provocó un dolor frío en la piel, donde debería haber estado el calor de su mirada posesiva. —Ahora puedes volver a tu vida real.

Había guardado mi teléfono en el bolsillo y, en ese momento, volvió a sonar con su tono genérico, estridente y exigente. Lo saqué. La foto de mi agente apareció en la pantalla.

El rostro de Gideon se endureció. —Contesta. Es tu mundo el que te llama. No los hagas esperar. Sus palabras fueron un despido, un empujón final.

Mi mirada se desplazó de la hermosa y destrozada granja al coche, un billete de vuelta a una vida de perfección vacía. La elección era sencilla.

Apreté el pulgar contra el botón lateral del teléfono, manteniéndolo pulsado hasta que la pantalla se apagó. El timbre se detuvo, sumiéndonos de nuevo en el silencio.

Deliberadamente acorté la distancia que él había creado, dando un paso, luego otro. La nieve crujía bajo mis pies, cada sonido era un latido contra el frenético pulso de mi garganta.

«Métetelo en la cabeza. No me voy a ir».

Finalmente me miró, con sus ojos tormentosos cautelosos, incrédulos.

Me planté firme y estabilicé mi voz. —No solo por las vacaciones. Quiero quedarme y quiero ayudarte a salvar esta granja.

Exhaló un suspiro corto y áspero, y el tono grave de su voz me provocó un escalofrío involuntario. —¿Ayudar cómo? ¿Tomando bonitas fotos para tus seguidores antes de que el banco se lleve los árboles?

—No. —Lo miré a los ojos con cinismo, mientras la idea se formaba en mi mente mientras hablaba—. Mostrando a la gente cómo es realmente el trabajo agotador y la lucha honesta. Quiero que vean que no es una fantasía rústica y curada. Es real.

Las palabras salieron en un torrente crudo y esperanzado, con el aire helado picándome las mejillas. «Lo documentaré todo. Generadores rotos y bodegas llenas de conservas polvorientas. El sudor que empapa la camisa solo por arreglar un poste de una cerca. Les mostraré el costo de esta vida, pero también su belleza. Como el silencio profundo después de una tormenta, o el sabor de la comida por la que has tenido que sudar. Construiremos una nueva marca basada en la verdad. Mis seguidores... seguían una mentira. Quizás ahora sigan *esto*».

Permaneció en silencio durante un largo rato, con una expresión que parecía esperar el remate, la revelación de que todo esto no era más que otra actuación.

Extendí la mano, dudando antes de colocarla sobre su pecho.

«¿Por qué?», dijo. Esa única palabra vibró en mi palma, con toda una vida de decepción en su sonido.

Mi aliento sabía a aire frío y a súplica desesperada. «Porque tenías razón. Esa persona que era antes no era real. Y esto...». Señalé a

nuestro alrededor, los campos cubiertos de nieve, el antiguo granero, el hombre frente a mí cuyo corazón latía con un ritmo salvaje bajo mi palma. «Esto es lo primero real que he tenido. No podemos dejar que el banco se lo quede. No sin luchar. Y no voy a dejar que me alejes de ello ni de ti. Especialmente tú».

La rígida tensión de sus hombros finalmente se relajó, solo un poco. No sonrió, pero cubrió mi mano sobre su pecho con la suya, y las yemas ásperas de sus dedos callosos rozaron suavemente mis nudillos mientras los encerraban en un calor posesivo.

—Es mucho trabajo —dijo.

—Lo sé. —Enderecé los hombros y lo miré a los ojos sin pestañear —. Y no me da miedo aprender a trabajar.

Él asintió lentamente con la cabeza. Las palabras no dichas quedaron suspendidas entre nosotros, un nuevo contrato firmado no con un beso, sino con una promesa compartida y firme.

Epílogo

Maya



SAVIA DE PINO Y aire frío y limpio. Ese era el aroma de nuestro éxito. Se aferraba a mi suéter de lana, llenaba mis pulmones: el perfume de una vida que yo había elegido, no inventado. Al otro lado del terreno nevado, en una de nuestras estaciones de «podado de árboles», una niña con un traje de nieve rosa brillante chilló cuando su padre la levantó para colocar la estrella en el abeto que habían elegido. Bajé mi cámara. Había conseguido la foto (la alegría genuina, la luz perfecta filtrándose a través de las ramas siempre verdes), pero el impulso de publicarla inmediatamente había desaparecido. Algunos momentos eran solo para guardarlos.

Con el aroma del heno seco llenando el aire frío, Gideon ayudó a una pareja de ancianos a colocar un enorme abeto en el techo de su

camioneta. Su tamaño seguía intimidando a la gente a primera vista, pero rápidamente vieron la paciencia en sus manos, la forma cuidadosa en que explicaba cómo asegurar el tronco. Había cambiado su ceño fruncido permanente por una mirada de concentración. Atrapó a un niño pequeño que había resbalado en un trozo de hielo y lo enderezó con una palabra tranquila que hizo que el niño le sonriera.

Una cálida sensación de posesión floreció en lo más profundo de mi estómago, silenciosa y familiar. Este era el hombre que había amenazado con dejarme en un ventisquero, que me había dado de comer miel con los dedos, que me había marcado como suya frente a una hoguera moribunda. Y ahora era el gigante estable de Granja Black Pine, querido por los niños y en quien confiaban sus padres.

Dejé la cámara y me arrodillé para ayudar a una niña que intentaba hacer un ángel en la nieve, pero sus movimientos eran torpes con su abrigo tan grueso. Le enseñé cómo barrer con los brazos y las piernas. Cuando se levantó para admirar la huella torcida, me abrazó espontáneamente antes de correr hacia su mamá. Gideon me observaba desde el otro lado del estacionamiento. Había dejado de atar un árbol a un coche cercano y sostenía las cuerdas sueltas en sus manos. La expresión de su rostro no era la misma que la de aquella tormentosa mañana de hacía años, llena de ansia y posesión. Era más profunda, más tranquila. Era una mirada de propiedad absoluta y establecida.

—¡Señorita! —Un niño de unos diez años saludaba frenéticamente desde junto a un imponente abeto azul—. ¿Este es lo suficientemente bueno para nuestra sala? Mamá dice que es

demasiado grande, pero papá dice que los techos más altos significan árboles más grandes.

Me reí y me acerqué, con la nieve crujiendo bajo mis botas. «Vamos a medirlo y lo sabremos con certeza». Saqué la regla de mi cinturón. «Sujeta este extremo justo en el tronco».

La familia se reunió a mi alrededor mientras les enseñaba a calcular la altura que necesitaban. Hace seis años, no habría sabido distinguir entre un abeto de Douglas y un abeto azul. Ahora podía diferenciarlos por su aroma en el viento.

«¿Ves? Te lo dije», dijo el padre del niño, revolviéndole el pelo a su hijo. «Este año tenemos espacio para uno de tres metros».

Su esposa puso los ojos en blanco, pero sonrió. «Si lo traes, también lo decoras».

«Te ayudaremos a cargarlo». Crucé la mirada con Gideon al otro lado del estacionamiento y él asintió con la cabeza una vez, dirigiéndose hacia nosotros con un termo de chocolate caliente en una mano.

Cuando llegó a nuestro lado, nos movimos con un ritmo ensayado, conociendo las necesidades del otro sin necesidad de palabras. Le pasé el cordel y él hizo el nudo, con una cadencia firme y silenciosa fruto de años de trabajo en común.

«Vi ese video en el que rompías el hielo del abrevadero», dijo un hombre mientras recogía su árbol. «Me dio escalofríos solo con verlo».

Una mujer detrás de él se rió. «¿Verdad? Sus publicaciones son las únicas que no paso por alto. Sin filtros, sin sonrisas falsas: solo tú, congelándote el trasero».

Sonriendo, le entregué la canasta de regalo de café navideño que había pedido, con los dedos aún en carne viva por las tareas matutinas.

«¿Chocolate caliente?», preguntó Gideon mientras destapaba el termo, liberando un rico aroma a chocolate negro mientras terminábamos de asegurar su árbol. «Maya lo prepara con crema auténtica y chocolate negro. Es mejor que cualquier otro que puedas encontrar en la ciudad».

La mujer aceptó la taza con una sonrisa. «Ustedes dos han creado algo especial aquí. Vimos sus publicaciones en línea y pasamos por delante de otras tres granjas para llegar hasta aquí».

«Es el toque personal», dijo su esposo mientras Gideon ayudaba a su hijo a subir al carro de heno para regresar al estacionamiento. «Y el hecho de que sus árboles realmente duran toda la temporada».

Sonreí, sintiendo una profunda sensación de orgullo que se extendía por todo mi cuerpo. «Los cultivamos lentamente, los cortamos frescos y nos aseguramos de que estén bien cuidados hasta que los lleven a casa».

El carro se alejó y la familia se despidió con la mano. Me di la vuelta y Gideon estaba justo detrás de mí, con un calor palpable que irradiaba de su cuerpo. Su mano áspera y callosa cubrió la mía, entrelazando sus dedos con los míos.

«Los últimos clientes del día». Su voz era el mismo murmullo grave que me había seducido al principio. «¿Quieres cerrar temprano?».

Acerqué mi cuerpo al suyo, presionando mis pechos y caderas contra su sólida complexión, buscando la familiar jaula de su cuerpo. «Todavía tengo el taller de coronas a las seis».

Me acarició la mejilla con la mano, y la yema áspera de su pulgar me quitó un copo de nieve con una ternura que era en sí misma una forma de posesión. «El taller no empieza hasta dentro de una hora. Tengo planes para ti».

La promesa implícita en esas palabras hizo que una familiar sensación de calor me recorriera el cuerpo. Seis años después, seguía siendo capaz de desarmarme con una sola promesa silenciosa.

—¿Recuerdas nuestra primera Navidad? —Sus ojos se oscurecieron al recordar.

—Eras un desastre. Su boca esbozó una media sonrisa que yo atesoraba. —Ni siquiera sabías encender el fuego.

—Y ahora yo dirijo este lugar mientras tú revisas los terrenos traseros. —Levanté la barbilla, desafiándolo—. Admítelo: ya no soy solo una chica de ciudad inútil.

Su risa era algo raro y hermoso que resonó en el terreno cubierto de nieve. —Sigues siéndolo. —Me atrajo hacia él, rodeándome la cintura con el brazo para levantarme del suelo con fuerza posesiva —. Pero también eres el pilar de este lugar. Mi compañera. Mi ancla.

Me puse de puntillas y reclamé su boca por un momento, saboreando el ligero toque de chocolate en sus labios. «Y la tuya». Las palabras eran un voto. «Siempre tuya».

Mientras la última luz del día pintaba la nieve de tonos dorados, supe que la mujer que había sido estaba a millones de kilómetros de distancia. La que había llegado aquí con nada más que ropa de diseño y una vida inventada había desaparecido.



Cuando terminó el taller y se marchó el último coche, se instaló una tranquila quietud. El único sonido era el susurro del viento entre los pinos. Mientras caminaba hacia mí, sus botas dejaban ligeras huellas en la nieve. Sin decir nada, simplemente me tomó la mano y entrelazó sus grandes y familiares dedos con los míos. Su pulgar rozó la tenue cicatriz plateada de mi cuello, donde sus dientes habían dejado su huella permanente. La piel estaba suave, pero un calor fantasmal se encendió allí bajo su pulgar.

«¿Te arrepientes de haberte quedado?».

Miré a mi alrededor. El granero reparado se erigía imponente, ahora adornado con luces festivas. Más allá, nuevas y robustas cercas marcaban los límites de la propiedad que habíamos luchado por conservar frente al banco. En la casa de la granja, el humo se elevaba desde la chimenea, llevando el reconfortante aroma de la leña de roble quemándose al aire frío. Mi mirada finalmente se posó en el nuevo y robusto techo del granero principal. El que habíamos pagado en efectivo después de nuestra primera temporada rentable. Era el techo que nos había salvado.

«Ni una sola vez». Mi voz era clara y segura. «Porque por fin he encontrado algo real. Algo con raíces lo suficientemente profundas como para resistir cualquier tormenta».

Una lenta y genuina sonrisa se dibujó en su rostro, transformando sus duras líneas en algo hermoso. Era una imagen poco común, y era toda mía.

Levantó las manos y las posó en mi cintura. Con un movimiento poderoso, me levantó del suelo. Jadeé, riendo, cuando mi cabeza rozó el ramillete de muérdago que había atado a la viga del porche a principios de esa semana. Me mantuvo pegada a él, suspendida, y yo envolví mis piernas alrededor de sus caderas en una rendición silenciosa y voluntaria.

«Para siempre, entonces», dijo.

«Para siempre», prometí, con la mirada fija en la suya.

Entonces me besó. El aire frío aún se aferraba a sus labios, pero el beso en sí era una posesión más profunda y ardiente. Le devolví el beso, volcando en él toda mi verdad ganada con esfuerzo, con las manos agarradas a los sólidos músculos de sus hombros.

Cuando el beso terminó, apoyé mi frente contra la suya, observando cómo las luces de la granja cobraban vida en el crepúsculo que se avecinaba.

Cuando me bajó, sus manos permanecieron en mi cintura, con los pulgares presionando la carne justo encima de mis caderas. «Tengo algo para ti».

«Aún no es Navidad», dije, mientras mis dedos trazaban la línea de su mandíbula.

—Considéralo un regalo adelantado. —Metió la mano en el bolsillo interior de su abrigo y sacó una pequeña caja de madera. La madera era oscura, pulida y lisa, con pequeños pinos tallados a lo largo de los lados.

Se me cortó la respiración. —Gideon...

—Ábrela. —La tranquila orden en su voz ronca me provocó un escalofrío de expectación.

Dentro, sobre un lecho de terciopelo verde oscuro y fresco, había un anillo. No era de diamantes, sino algo más elemental y sincero. Era una banda de plata martillada con un giro de cobre que la atravesaba como un río a través de las montañas. Sencillo. Sincero. Él.

«Lo mandé hacer», dijo, con un toque de incertidumbre en su voz grave. «Con los tubos de cobre que reemplazamos en el granero la primavera pasada y la plata del reloj de bolsillo de mi abuelo».

Se me hizo un nudo en la garganta y lo único que pude hacer fue mirar el anillo, la simple verdad que representaba.

«Sé que no necesitamos un papel para demostrar lo que somos». Sacó el anillo de la caja. «Pero quería algo sólido que pudieras sentir contra tu piel y saber que es real». Hizo una pausa. «Como nosotros».

Una lágrima rodó por mi mejilla, caliente contra el aire frío. «Es precioso».

«¿Eso es un sí?». Sus manos estaban firmes, pero su mirada había perdido sus defensas habituales, dejándolo completamente expuesto. La esperanza cruda en sus ojos color tormenta era más discordante que cualquier ira que hubiera visto allí, y me partió el corazón.

«Sí». Mi voz se llenó de emoción cuando le ofrecí mi mano izquierda, un gesto silencioso de completa confianza, y sentí el peso frío y sólido del metal cuando deslizó el anillo en mi dedo. «Siempre iba a ser *sí*».

Me atrajo con fuerza contra su pecho, moldeando mi cuerpo al suyo hasta que pude sentir el latido constante de su corazón. Me

rendí a su abrazo, encontrando mi centro en el sólido círculo de sus brazos.

Aflojó su fuerte abrazo, pero mantuvo mi mano entre las suyas, y caminamos hacia la granja, con las luces navideñas reflejándose en la nieve en charcos dorados, rojos y verdes. El camino que habíamos despejado esa mañana ya estaba cubierto por la nieve que había caído durante toda la tarde, y nuestras huellas eran la única señal de presencia humana.

Dentro, el fuego crepitaba en la chimenea reconstruida, calentando los viejos huesos de la casa. El aire olía a pino y canela: la fragancia de una vida que habíamos construido desde cero. Este era un verdadero hogar. De esos con platos sucios en el fregadero y botas cubiertas de barro junto a la puerta, y un amor que llenaba los espacios silenciosos entre nosotros como el calor del fuego.

Gideon se dirigió a la cocina y el aroma cálido y especiado de la sidra caliente pronto llenó el aire mientras sacaba dos tazas. Desde la puerta, la facilidad con la que llenaba el espacio todavía me dejaba sin aliento. No porque me hubiera rescatado, sino porque me había dado un lugar donde rescatarme a mí misma.

—¿En qué piensas? —preguntó, mirándome a los ojos.

—En aquella primera noche —me acerqué a él, deslizando mis brazos alrededor de su cintura y presionando mis palmas contra los duros músculos de su espalda—. Cuando pensé que ibas a dejar que muriera congelada.

Me apartó el cabello detrás de la oreja con un gesto suave. —Estuve a punto de hacerlo.

—No —dije, presionando mis labios contra el hueco de su cuello, saboreando el ligero sabor salado de su piel—. Nunca lo habrías hecho.

Sus ojos, del color del cielo invernal, se encontraron con los míos. «¿Cómo lo supiste?».

Sonreí contra su cuello. «Incluso entonces, fuiste tú quien me trajo una manta cuando tenía frío. Solo que me llevó un tiempo darme cuenta».

Él se rió, y el sonido profundo me hizo vibrar. «Te ha costado bastante darte cuenta».

Alcé la mano y lo atraje hacia mí para darle otro beso lento, dulce y con sabor a hogar. «Feliz Navidad».

«Feliz Navidad», susurró contra mis labios, con una voz grave que sentí en lo más profundo de mi ser.

En ese momento, con la nieve cayendo perezosamente contra el cristal y sus brazos actuando como mi refugio permanente, una tranquila certeza se instaló en lo más profundo de mi ser. Esa calidez no era un filtro ni una pose fingida; era algo sincero, ganado a través de cada noche helada y cada mañana difícil que habíamos sobrevivido juntos.

Nuestro amor, como los árboles jóvenes que habíamos cultivado en la tierra de la montaña, había echado raíces tan profundas que ninguna tormenta podría arrancarlas jamás.

Allí de pie, en nuestra cocina, con el anillo en mi dedo reflejando la suave y titilante luz de la chimenea, me di cuenta de que por fin había dejado de perseguir el reflejo de una vida. Estaba viviendo una vida real.

Y al mirar al hombre que se había negado a dejarme congelarme, supe que ese era el único milagro navideño que necesitaría jamás.



La tormenta arrecia y el fuego arde con fuerza. ¿Quieres entrar y resguardarte del frío? Sígueme en Amazon y descubre esta noche tu nueva obsesión favorita.